



This is a digital copy of a book that was preserved for generations on library shelves before it was carefully scanned by Google as part of a project to make the world's books discoverable online.

It has survived long enough for the copyright to expire and the book to enter the public domain. A public domain book is one that was never subject to copyright or whose legal copyright term has expired. Whether a book is in the public domain may vary country to country. Public domain books are our gateways to the past, representing a wealth of history, culture and knowledge that's often difficult to discover.

Marks, notations and other marginalia present in the original volume will appear in this file - a reminder of this book's long journey from the publisher to a library and finally to you.

Usage guidelines

Google is proud to partner with libraries to digitize public domain materials and make them widely accessible. Public domain books belong to the public and we are merely their custodians. Nevertheless, this work is expensive, so in order to keep providing this resource, we have taken steps to prevent abuse by commercial parties, including placing technical restrictions on automated querying.

We also ask that you:

- + *Make non-commercial use of the files* We designed Google Book Search for use by individuals, and we request that you use these files for personal, non-commercial purposes.
- + *Refrain from automated querying* Do not send automated queries of any sort to Google's system: If you are conducting research on machine translation, optical character recognition or other areas where access to a large amount of text is helpful, please contact us. We encourage the use of public domain materials for these purposes and may be able to help.
- + *Maintain attribution* The Google "watermark" you see on each file is essential for informing people about this project and helping them find additional materials through Google Book Search. Please do not remove it.
- + *Keep it legal* Whatever your use, remember that you are responsible for ensuring that what you are doing is legal. Do not assume that just because we believe a book is in the public domain for users in the United States, that the work is also in the public domain for users in other countries. Whether a book is still in copyright varies from country to country, and we can't offer guidance on whether any specific use of any specific book is allowed. Please do not assume that a book's appearance in Google Book Search means it can be used in any manner anywhere in the world. Copyright infringement liability can be quite severe.

About Google Book Search

Google's mission is to organize the world's information and to make it universally accessible and useful. Google Book Search helps readers discover the world's books while helping authors and publishers reach new audiences. You can search through the full text of this book on the web at <http://books.google.com/>



Acerca de este libro

Esta es una copia digital de un libro que, durante generaciones, se ha conservado en las estanterías de una biblioteca, hasta que Google ha decidido escanearlo como parte de un proyecto que pretende que sea posible descubrir en línea libros de todo el mundo.

Ha sobrevivido tantos años como para que los derechos de autor hayan expirado y el libro pase a ser de dominio público. El que un libro sea de dominio público significa que nunca ha estado protegido por derechos de autor, o bien que el período legal de estos derechos ya ha expirado. Es posible que una misma obra sea de dominio público en unos países y, sin embargo, no lo sea en otros. Los libros de dominio público son nuestras puertas hacia el pasado, suponen un patrimonio histórico, cultural y de conocimientos que, a menudo, resulta difícil de descubrir.

Todas las anotaciones, marcas y otras señales en los márgenes que estén presentes en el volumen original aparecerán también en este archivo como testimonio del largo viaje que el libro ha recorrido desde el editor hasta la biblioteca y, finalmente, hasta usted.

Normas de uso

Google se enorgullece de poder colaborar con distintas bibliotecas para digitalizar los materiales de dominio público a fin de hacerlos accesibles a todo el mundo. Los libros de dominio público son patrimonio de todos, nosotros somos sus humildes guardianes. No obstante, se trata de un trabajo caro. Por este motivo, y para poder ofrecer este recurso, hemos tomado medidas para evitar que se produzca un abuso por parte de terceros con fines comerciales, y hemos incluido restricciones técnicas sobre las solicitudes automatizadas.

Asimismo, le pedimos que:

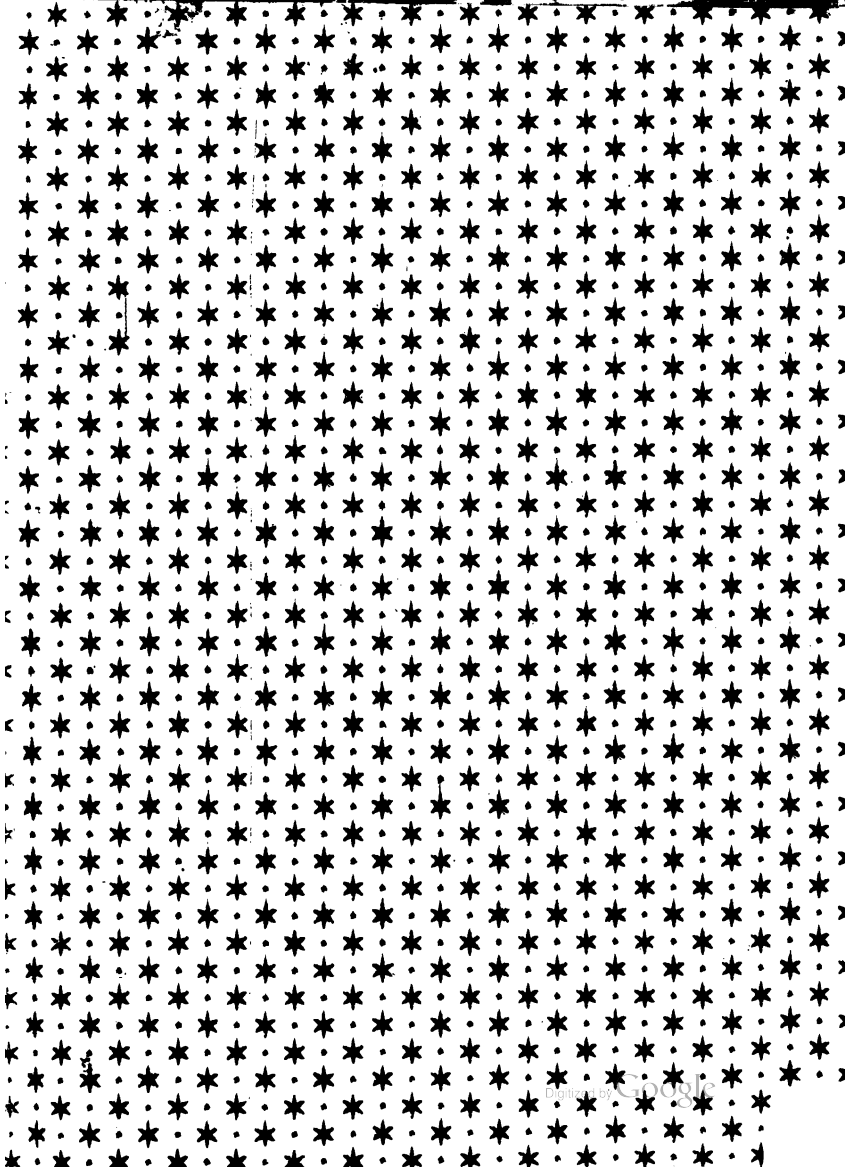
- + *Haga un uso exclusivamente no comercial de estos archivos* Hemos diseñado la Búsqueda de libros de Google para el uso de particulares; como tal, le pedimos que utilice estos archivos con fines personales, y no comerciales.
- + *No envíe solicitudes automatizadas* Por favor, no envíe solicitudes automatizadas de ningún tipo al sistema de Google. Si está llevando a cabo una investigación sobre traducción automática, reconocimiento óptico de caracteres u otros campos para los que resulte útil disfrutar de acceso a una gran cantidad de texto, por favor, envíenos un mensaje. Fomentamos el uso de materiales de dominio público con estos propósitos y seguro que podremos ayudarle.
- + *Conserve la atribución* La filigrana de Google que verá en todos los archivos es fundamental para informar a los usuarios sobre este proyecto y ayudarles a encontrar materiales adicionales en la Búsqueda de libros de Google. Por favor, no la elimine.
- + *Manténgase siempre dentro de la legalidad* Sea cual sea el uso que haga de estos materiales, recuerde que es responsable de asegurarse de que todo lo que hace es legal. No dé por sentado que, por el hecho de que una obra se considere de dominio público para los usuarios de los Estados Unidos, lo será también para los usuarios de otros países. La legislación sobre derechos de autor varía de un país a otro, y no podemos facilitar información sobre si está permitido un uso específico de algún libro. Por favor, no suponga que la aparición de un libro en nuestro programa significa que se puede utilizar de igual manera en todo el mundo. La responsabilidad ante la infracción de los derechos de autor puede ser muy grave.

Acerca de la Búsqueda de libros de Google

El objetivo de Google consiste en organizar información procedente de todo el mundo y hacerla accesible y útil de forma universal. El programa de Búsqueda de libros de Google ayuda a los lectores a descubrir los libros de todo el mundo a la vez que ayuda a autores y editores a llegar a nuevas audiencias. Podrá realizar búsquedas en el texto completo de este libro en la web, en la página <http://books.google.com>

Library
of the
University of Wisconsin







A
257

19

FRANCISCO JAVIER BALMASEDA.

CLEMENTINA,

NOVELA POLÍTICA;

QUINCE AÑOS DESPUES, su continuación.

Primera y segunda parte.

CARTAGENA DE INDIAS.

Tip. á vapor de Araujo L.—Director, O'Byrne. 791 9 9 97

1897

CLEMENTINA.

PRIMERA PARTE.

NOVELA POLITICA

POR

FRANCISCO JAVIER BALMASEDA.



QUINCE AÑOS DESPUES,

Continuación de esta novela, por el mismo autor.

TOMO I.

CARTAGENA DE INDIAS.

Tip. de Garcia é hijos.—Admor., José M.^o de León B.

1897.

CANJE

Uno de los más fecundos escritores que ha producido la América, lo es incuestionablemente el señor Francisco Javier Balmaseda, autor de esta interesante novela.

Si las producciones en asuntos científicos y literarios, y su número y mérito, sirven de valiosa recomendación, lo mejor que haré al recomendar la presente obra es tomar nota de las que ha dado á luz este autor, y lo haré sólo de aquellas que conozco, y con cuya lectura he pasado ratos entretenidos y agradables. Son las siguientes:

Ensayos sobre Patornitología, (enfermedades de las aves).

La publicación de esta obra valió al señor Balmaseda el título de Caballero condecorado con la Cruz de la Orden del Mérito Agrícola de Francia, que el Gobierno de la República le concedió "en premio á sus servicios á la agricultura, después de haber oído los más respetables centros científicos y administrativos". Tiene por objeto este libro proponer la creación de una ciencia especial para el estudio de las enfermedades de las aves, de esa parte de la Historia natural, que, como dice el señor Balmaseda, es tan digna de atención porque muchas de sus enfermedades, particularmente la tisis, se transmiten al hombre. El señor Ministro de agricultura de dicha ilustrada República dirigió al señor Balmaseda una afectuosa carta de congratulación con encargo al señor Cónsul general de la isla de Cuba, Marqués de Monclar, de que la pusiese en sus manos con la cruz y el diploma. Este fué un honor insigne para el señor Balmaseda, honor tan espontáneo como merecido.

Tesoro del Agricultor Cubano, obra de consulta, de

reputación universal, en tres tomos de numerosas páginas y letra compacta: contiene métodos muy explicativos para todos los grandes cultivos de los climas intertropicales, y fué editada por la Propaganda literaria, Habana. La Exposición internacional de Barcelona premió al autor con diploma de honor y medalla de oro. También el Gobierno de Colombia, en la Exposición de Bogotá, remitió al señor Balmaseda, aunque no había sido expositor, una medalla de oro y un diploma por sus grandes esfuerzos en beneficio de la agricultura del Estado de Bolívar".

El Gallinero de los climas cálidos, manual para la cría de aves domésticas [En prensa, 3.^a edición].

Obras de Francisco Javier Balmaseda... Primer tomo, en 4.^o, editada por los señores Ruiz é hijos, de esta ciudad, y á la cual tuve el honor de ponerle el prólogo en 1874.

El libro de los labradores, que contiene enseñanzas agrícolas, tratados de medicina, máximas y pensamientos del autor; editada por don Elías Fernández Casona, Habana.

El Misceláneo, recopilación de producciones científicas, discursos y composiciones poéticas del señor Balmaseda.

Los Confinados á Fernando Póo, libro conmovedor, que ha sido comparado á las Prisiones de Silvio Pellico.

Fábulas morales, libro de lectura para las escuelas de primeras letras. Estas fábulas compiten en bellezas con las mejores, según la opinión de eminentes literatos, y para hacer su elogio bastará decir que han tenido diez y siete numerosas ediciones.

Rimas cubanas, libro hoy raro.

Poesías de Francisco Javier Balmaseda, con la biografía del autor, escrita por el distinguido literato don Jesús

Pando y Valle, obra editada por la Propaganda literaria,
Los Montes de Oro, comedia en cuatro actos y en verso, refundida por el autor.

Amelia, comedia en prosa.

Sin prudencia todo falta, idem.

El dinero no es todo, zarzuela.

Amor y Honor, monólogo.

Edmundo Dantés, idem.

Incluidos en varias de esas obras, ó impresos aparte, corren los siguientes tratados:

Policía internacional en sus relaciones con la salubridad del mundo, presentado á la sección correspondiente del Congreso Médico de la Exposición Internacional de Chicago.

Contribución al estudio de la ley del atavismo, también presentado á dicha Sección de la Exposición de Chicago.

Tratado sobre la *Diabetes sacarina*.

Idem sobre el muermo y los lamparones.

„ sobre la rabia.

„ sobre mordeduras de serpientes venenosas.

„ sobre la viruela.

Notas Biográficas de personajes cubanos:—Carlos Manuel de Céspedes, Salvador Cisneros Bentancourt.

La Ventorrillera de Barranquilla, novela, - segunda edición (en prensa). Vió la luz con el título de “Historia de una iguana”.

Clementina, novela política, de que paso á ocuparme,

Quince años después, segunda parte de esta novela.

Omito otras obras porque no las he leído.

La novela *Clementina* es una noble defensa de las dos razas de hombres que han sufrido mayores infortunios: la india y la etiópica, y prueba lo infundado de la inferioridad en que se les ha tenido por siglos,

siendo innegables sus aptitudes para todas las ciencias y las artes. En este punto la instrucción y la educación son el todo. La joven negra Virginia puede servir de modelo á la más aristocrática dama y el joven indio Achad al más cumplido caballero. Es también una protesta contra el derramamiento de sangre en las guerras, fuera de los combates, lo cual es una crueldad propia de salvajes y no de pueblos civilizados y cristianos. Los prisioneros, como dice muy bien el señor Balmaseda, deben ser tratados con el respeto debido á la desgracia y se hallan bajo la égida del vencedor. Es igualmente una protesta contra la esclavitud, que si bien ha desaparecido de América, existe en varios países, y nunca estará de más anatematizarla.

Hay en el fondo de toda esta obra un gran sentimiento filosófico, escenas tiernas y patéticas, diálogos animados y estilo fácil y correcto. Ella nos hace sentir.

No habrá quien no compadezca las desgracias de Clementina, Matilde, Margarita, y el Capitán Jorge, y quien no simpatice con la bilbaina Dña. Gumerinda Alpigaray; y no deteste las infamias de Alberto Pontoni, que llegó á ser jefe de policía de la Habana, ni quien no aplauda el carácter franco y caballeroso de don Luis Ordoñez, teniente del ejército español, siempre dispuesto á proclamar la verdad aun con peligro de su propia persona.

Doy las gracias al señor Balmaseda por la descripción que hace de la batalla naval en el lago de Maracaibo, en que quedó la bandera de mi patria cubierta de gloria.

Soy conservador, y de ello me glorío. Mi partido en Colombia siempre ha sido sostenedor de las libertades públicas, y siempre ha tenido interés en la suerte del pueblo cubano en sus legítimas aspiraciones á go-

bernarse por sí mismo independiente de la Metrópoli; esto no obstante miro á España con el mayor respeto y hasta con cariño, y quisiera, por su propio bien, que dejase vivir en paz á los cubanos y pusiese término á una guerra tan horrorosa, como la actual, en la que si pierde gana y si gana pierde, término que le será fácil reconociendo la independencia y estipulando un tratado en que recabase las ventajas posibles; así salvaría los restos de su rico comercio con la Grande Antilla. Cuba se halla totalmente arruinada, y nada le producirá en lo futuro, pues es imposible que se reponga mediante á que ningún capitalista irá á establecerse en un país sujeto á revoluciones periódicas. Cuba independiente, puede ser la tierra de Promisión de los mismos españoles, dirigiéndose á ella la emigración, como hoy se dirige al Brasil, Buenos Aires, México etc.

No es justo ni racional, decir que los cubanos carecen de aptitudes para establecer un gobierno sólido; ellos en su inmensa mayoría más han vivido en los Estados Unidos que en su patria, y allí han aprendido las prácticas de los pueblos libres.

La población cubana se compone de un millón y seiscientos mil habitantes, de ellos, cuatrocientos mil de color, es decir, negros y mulatos, y el millón doscientos mil, blancos.

Los cuatrocientos mil de color, en su transición de la esclavitud á la libertad, han dado pruebas de su amor al orden y también la han dado de su amor al trabajo, puesto que una vez libres se ha duplicado la riqueza agrícola de la isla, á que se dedican.

Cuba es un pueblo dado á la agricultura, y por consiguiente amante de la paz. Dificilmente se hallará otro país en mejores condiciones para gobernarse por sí mismo.

La heroica nacion española merece que no se le oculte la verdad, como se la ha ocultado una política torpe y desastrosa, fingiendo frecuentes victorias donde había frecuentes derrotas. La mentira solo produce el descrédito. Mi voz es una voz amiga: la guerra de Cuba, á la que no se le ve fin, es para España una sangría habierta, es una vorágine que se traga de un modo espantoso los hombres y los capitales españoles. No hay nación que resista á tanta distancia el sostenimiento de un ejército tan numeroso y tan innecesario, pues no ha habido ni es posible por la naturaleza de la lucha que haya grandes batallas, y que solo dispone de la mitad del año para las operaciones activas, mediante á que la otra mitad tiene que estar á la defensiva y el soldado peninsular no resiste las fatigas de la campaña y pronto sucumbe víctima de la fiebre amarilla. Cuba es el sepulcro de la juventud española.

Dios quiera que estas observaciones que hago con tan buena fe no sean tomadas á mala parte en lugar de ser agradecidas.

Tal vez del reconocimiento de la independencia de Cuba, que es un hecho inevitable, depende que España se reponga de sus grandes quebrantos y también depende su futuro engrandecimiento, pues podría entonces poseer el afecto sincero de los pueblos de América, donde radica su porvenir y donde solo cuenta con los miramientos internacionales de los gobiernos y es vehemente el deseo de la emancipación de la Perla de las Antillas.

Cartagena, 6 de Julio de 1897.

PÍEGO DE LEÓN.

CAPITULO I.

EL MEDICO DE LOS BOSQUES.

ACHAD era un joven indio de la tribu de los sálibas, que ejercía la profesión de médico (*piache*) en las márgenes del Orinoco. Era naturalmente botánico: conocía las propiedades de numerosas plantas y curaba con feliz éxito muchas enfermedades.

La medicina entre los salvajes se compone de un número de conocimientos debidos á hechos casuales, que observados por los curanderos y conservados por éstos tradicionalmente de padres á hijos, jamás pasan á la mente del pueblo. Los asclepiades de la historia griega no hicieron otra cosa, hasta los dias en que los discípulos de Pitágoras vulgarizaron los secretos del templo de Esculapio.

Curanderos habian sido el padre, el abuelo, y todos los ascendientes de Achad; pero él les excedía en

mérito por su clarísima inteligencia, sus estudios anatómicos en animales [como Hipócrates], sus observaciones, y su constante consagración al arte casi divino de devolver la salud y la vida á los hombres; podía decirse que era un genio.

No solo cumplía sus filantrópicos deberes en los territorios ocupados por sus compatriotas, sino en las tribus, llamadas naciones, de los Caribes, los Achaguas, los Guamos, Maipure--Abane &c.

En todas partes era mirado con veneración, tanto por su relativa importancia científica como por sus buenas acciones. Sentía en su corazón la ardiente llama de la caridad y lo menos que le preocupaba era el cobro de sus honorarios, como sucedía á los demás *pirches*.

Con tales dotes no tardó la fama en llevar su nombre á los lugares más distantes con una aureola de gloria y de amor, á la manera que esparce el viento el perfume de la modesta flor del campo.

Un día Cotopoax, cacique de un pueblo vecino, que se hallaba gravemente enfermo, lo mandó á buscar, y Achad sin perder un instante, emprendió la marcha seguido de cinco indios.

Era alto, delgado, de cuerpo esbelto, de ojos negros y brillantes y de color blanco pálido; y su cabello lacio caía sobre su espalda, como se usaba en Nazaret en tiempo de Jesucristo.

No tenía ni señales de barba, particularidad que se nota con raras excepciones, en los indios, los cuales se arrancan todo vello que les sale en la cara.

Llevaba alrededor de la cintura hasta las rodillas tiras de varios colores tegidas con seda y primorosamente bordadas, y en la cabeza una especie de corona con vistosas y largas plumas. En fin, su presencia era bella, agradable y simpática.

Los compañeros de Achad traían plumas iguales y tiras tegidas con pita. Dos venían armados de macanas y otros dos con aljabas llenas de flechas.

Estos cuatro indios eran de la tribu del cacique enfermo.

El quinto compañero, que iba desarmado, era Otomaco, ayudante de Achad: llevaba en la espalda un cesto con hierbas medicinales, pendiente de una cinta de piel de venado, que le cruzaba el pecho.

Otomaco se distinguía por su corpulencia y por lo basto de sus facciones: carrillos prominentes, nariz de anchas ventanas, labios belfos, ojos pequeños y color amarillo obscuro; tenía feo aspecto.

Emplearon la tarde y toda la noche [por dicha alumbraba la luna] en atravesar un extenso y altísimo bosque, y poco después de amanecer, al llegar á una *sabana*, los rodearon de improviso veinte soldados españoles de caballería, que andaban forrageando y que eran del campamento inmediato; aun ardía en esa parte de Venezuela la guerra de independencia.

El comandante del campamento era el gitano Alberto Pontoni, capitán de infantería.

¿Saben los lectores quiénes son los gitanos? A los que no lo sepán les diremos que pertenecen á una tribu descendiente de los antiguos egipcios, que se halla diseminada por toda España y al traves de los siglos ha conservado sus costumbres nómades y todos sus rasgos típicos sin mezclarse con los españoles, los cuales miran á sus individuos como de una raza inferior y los tratan con el más profundo desprecio.

Andan los gitanos por los caminos reales en partidas de cincuenta y cien familias, de alquería en alquería, de pueblo en pueblo, sin rumbo fijo, llevando las madres á los gitanitos en sus brazos. Se ejercitan en

el esquileo de caballos y perros, en podar vides y más que todo en comprar y vender asnos.

Las mujeres de estas caravanas, en las que no son raras la gracia y la belleza, son locuaces, de gran desenvoltura, y las miradas seductoras de sus lindos ojos se han hecho proverbiales. Cuando han pasado su juventud embaucan á la gente cándida fingiendo que tienen el don de descorrer el impenetrable velo del porvenir.

Entre todas estas adivinas ambulantes era afamada la tía Calceta, madre de Alberto Pontoni, vieja de unos sesenta años, zalamera, dada á la ratería, gran decidora de la buena ventura y con ribetes de bruja. Perdió á su marido Antonio Bringas, de resultas de las mordeduras que le infirieron unos perros por haber entrado furtivamente en una granja á robar gallinas y frutas. Acompañábalo esa noche su hijo Baltasar, nombre verdadero del Comandante, mas salió ileso por haber corrido como un gamo y trepado la tapia antes de que lo alcanzacen los fieros canes.

La tía Calceta embolsaba buenos cuartos con sus adivinaciones: deteníanla en los caminos las zagalas para preguntarle si sus novios les cumplirían la palabra de casamiento; las madres deseaban saber cual era la suerte futura de sus hijos &c.

Hemos dicho que ardía en esa parte de Venezuela la guerra de independendia. En efecto, aunque la batalla de Carabobo, ganada por Bolívar, se puede decir que la había terminado y estaba formalmente constituida la República de Colombia, se sostenía en armas el general don Francisco Tomás Morales en el Delta del Orinoco con una división de cinco mil hombres. Morales, que envidiaba y aborrecía al general en jefe Latorre porque Fernando VII le nombró Virey, cargo de que él

se consideraba más merecedor, obraba por su cuenta y esperaba llegar á tener á sus órdenes un ejército formidable contando con los reclutas que le remitían los realistas del Orinoco, Caquetá y Casanare, los cuales iban reuniéndose é instruyéndose en este campamento.

El jefe de instrucción en ambas armas era el teniente don Luis Ordoñez, tipo del perfecto caballero: valeroso en los combates, sufrido en los trabajos, docto en el consejo, de filiación liberal y generoso con los prisioneros, creía que la clemencia es el más noble distintivo del guerrero, y que la crueldad es prueba de cobardía y elemento perjudicial á todo beligerante, principalmente en las guerras civiles, puesto que cada víctima halla siempre vengadores, mientras la clemencia hace caer las armas de las manos del más encarnizado enemigo.

No olvidaba Ordoñez el abrazo fraternal que se dieron en Santa Ana Bolívar y Morillo, en presencia de los dos ejércitos, jurando que continuarían la guerra sin faltar á los fueros de la humanidad, que habían sido tantas veces violados.

El Comandante despreciaba este patético y memorable acontecimiento, que arrancó lágrimas de ternura á los jefes españoles y colombianos que estaban en Santa Ana y que los pueblos aplaudieron con regocijo.

Por inclinación y por educación Baltasar Bringas era un perverso.

Nació y creció entre gitanos vagamundos, llegó á la edad viril, cayó quinto, sirvió dos años al Rey; y cuando era ya sargento primero se vió en el caso de desertar acusado de numerosos robos. El último de éstos fué en la caja de su regimiento, de la que sustrajo dos mil pesetas, con las que tuvo recursos para dejar á España.

Recorrió varias ciudades de Europa dedicado á la chalanería, y en París, Glasgow y Florencia contrajo matrimonio, con nombres distintos, dos veces en la iglesia católica y una en la episcopal.

Tenía tres esposas.

Creyendo olvidados sus antecedentes personales y escudado con el disfraz del nombre [hízose llamar Alberto Pontoni,] vino á América al cabo de algunos años provisto de una carta de recomendación de Fray Camilo Morales para su tío el caudillo de que acabamos de hablar. Este lo recibió con demostraciones de aprecio, y muy pronto el gitano aventurero, que era maestro consumado en la adulación, se grangeó su afecto en tales términos que lo nombró su secretario particular y le confió sus más íntimos secretos. Al año de estar á su lado pasó en clase de capitán de infantería graduado de comandante á ponerse al frente del reclutamiento del Orinoco, puesto de confianza que miraba Morales como de la mayor trascendencia para la realización de sus planes.

Siempre Ordoñez se declaraba defensor de los desgraciados que caían en manos de Alberto, hasta donde se lo permitía su lealtad al Rey, y repetía á menudo que las guerras no son de hombre á hombre sino de colectividad á colectividad, y que el prisionero, desarmado é indefenso, se halla bajo la égida del vencedor.

Este modo de sentir y de pensar, tan en armonía con los principios del derecho de gentes, era de un todo opuesto á los que profesaba el general Morales, cuya ignorancia corría parejas con su ferocidad, su avaricia y su pérfido proceder con el general Latorre.

No pocas veces denunció Pontoni á Morales las que llamaba ideas peligrosas de Ordoñez, y si aquel lo

conservó en su puesto fué en fuerza del mérito relevante del distinguido oficial, que era irremplazable.

Desgracia grande fué para España haber tenido de defensores de su causa en esta guerra á don Pablo Morillo, liberal en España, absolutista en América, y cuyos hechos excedieron en crueldad á los del Duque de Alba en los Países Bajos; al terrible Boves, á Morales, á Antoñanzas, á Zuazola, á Monteverde, &c. Estos monstruos dejando por donde pasaban un reguero de sangre, desencadenaron el vendaval de implacables odios entre hombres que corrían igual suerte y que podían haber vivido como hermanos, ya bajo el dominio del gobierno absoluto compartiendo los sufrimientos, ó proclamando juntos la independencia y estableciendo el sistema republicano, que es el natural en la democrática América.

Desgracia grande fué también para el Nuevo Mundo el exodo de los españoles, consecuencia necesaria de la torpe y maquiavélica política del gabinete de Madrid, siempre ansioso de dividir para gobernar: le trajo la desaparición de las riquezas de que aquellos eran poseedores, el atraso de las industrias á que se dedicaban, y el quebranto de la población en países tan necesitados de inmigrantes europeos.

Volvamos á los seis indios: no pudieron darse á entender, pues solo hablaban el idioma sáliba, mas sus ademanes y su serenidad demostraban que eran pacíficos.

Fueron conducidos, sin las macanas y flechas, entre dos filas de soldados á la presencia del Comandante, que residía en una rústica y pequeña casa.

La tropa y los reclutas se alojaban en otras casas amplias, todas cobijadas con ramas de cocoteros.

El campamento, que era muy espacioso, estaba defendido por una barranca del Orinoco, de piedra que parecía cortada á pico y tenía cincuenta varas de altura; por una escarpada sierra casi inaccesible, al frente; y por los lados por fuertes trincheras construidas con troncos y arcilla.

A uno de sus extremos ostentaba su lozanía una ceiba secular, en cuyos robustos gajos acostumbraba el Comandante ahorcar los prisioneros.

Achad, por medio del intérprete del campamento dijo al Comandante el objeto que lo guiaba y éste exclamó: "Ahórqueseles inmediatamente. La guerra sin cuartel es la que nos conviene para inspirar terror. Sargento Ortiz: encárguese usted de mandar á la eternidad á estos seis traidores, y puesto que entre ellos hay un *piache* sea el primero en sufrir el último suplicio. Voy á darle la orden por escrito."

Estaba presente un oficial que era sobrino de don Gaspar Melchor de Jovellanos, varón ilustre que fundó el Instituto de Gijón, lumbrera de Asturias.

Llamábase Emilio Jovellanos, había sido educado en ese Instituto y se le mandó á Venezuela en castigo de ser liberal.

Al oír la terrible sentencia, dijo que la guerra había quedado regularizada en el abrazo de Santa Ana, y que el Virey no aprobaba que se diese muerte á los prisioneros, cuanto más que aquellos indios no lo eran.

El Comandante, que estaba henchido de vanidad y soberbia por la protección que le dispensaba el despiadado general Morales, dijo que le importaba muy poco el Virey, que lo que le importaba era exterminar á los enemigos de España.

El oficial replicó: "No me parece que convenga á

la gloria y buen nombre de nuestra nación el derramamiento de sangre inútil á los fines de la lucha, y en ningún caso se debe sacrificar á los inocentes. Por lo demás, el Virey es el jefe superior á quien todos debemos obedecer, puesto que representa al Monarca.

El Comandante, montado en ira y retorciéndose el espeso bigote, dijo: "No se expresa usted como buen español. ¡Qué compasivo es usted! Se conoce que acaba de llegar de la Península y que viene imbuido en las ideas revolucionarias francesas.

"Aquí me ha puesto el general en jefe del ejército, don Francisco Tomás Morales, único á quien tengo que dar cuenta, y estoy seguro de que aprobará mis actos.

Queda usted condenado á cuatro días de arresto."

Emilio Jovellanos, obedeciendo á la disciplina militar, se retiró en silencio á cumplir el arresto.

Sargento Ortiz, agregó el Comandante en alta voz: ¡ A la ceiba, á la ceiba con ellos !

El sargento Ortiz y varios soldados despojaron á los indios del cesto y los plumajes y comenzaron á atarles los brazos con cordeles.

Ordoñez, que solía templar las iras del Comandante, había salido con veinte lanceros á practicar un reconocimiento; de modo que no había ni la más remota esperanza de salvación para aquellos desventurados; estaban en poder de un hombre, en cuyo espíritu, maleado por el ejemplo del difunto Antonio Bringas y la tía Calceta, habían caído las máximas patibularias del general Morales, á quien trataba de imitar, como cae la mala semilla en terreno abonado. Alberto Pontoni tenía, lo propio que su protector, la ferocidad del tigre, la astucia del gato y la insensibilidad de las rocas.

CAPITULO II.

LA ACRISOLADA LEALTAD DEL COMANDANTE.

El Comandante se sentó frente á su pupitre á escribir la inhumana orden, á reserva de dar al general en jefe del ejército un parte describiendo un reñido combate entre cincuenta soldados del regimiento de Asturias, á sus órdenes, y tres mil rebeldes, perfectamente armados; diría en él que duró la acción nueve horas de un nutrido fuego por ambas partes; que tuvo el enemigo ciento cincuenta muertos é innumerables heridos y la tropa un soldado contuso; que los rebeldes emprendieron precipitada fuga y se le hicieron seis prisioneros, los cuales ya habían expiado sus crímenes en la horca, entre ellos el cabecilla Achad, terror de aquellos pueblos, en los que era indescriptible el entusiasmo por la causa del Rey &c.

Este procedimiento, que hemos visto adoptado en la guerra de diez años de Cuba, y que ha servido de escabel para crear muchas reputaciones militares falsas, era muy propio del modo de pensar de Pontoni.

Concluyó la escritura, y al poner la firma le picó en el talón una culebra *Taya equis*, de las que abundan en ese lugar.

Este ofidio posee un veneno tan activo que por lo común no da tiempo á los remedios; la muerte sobreviene instantáneamente.

El Comandante usaba abarcas en su morada y casi siempre andaba descalzo.

Al sentir un dolor agudísimo y una sensación semejante á la que produciría un garfio enrojecido al fuego que penetrase en la carne y balase con fuerza, miró hacia abajo y vió la terrible sierpe á sus pies, enroscada y con el cuello erguido, en actitud de volver á morderle.

Dió un salto lleno de pavor, pálido, tembloroso, con el cabello erizado, sin poder hablar.

Haciendo grandes esfuerzos articuló estas entrecortadas palabras, dirigiéndose á Achad: *¡Piúche! . . . ¡ si me salvas! . . . ¡ te perdono! . . . ¡ te perdono la vida!*

El intérprete tradujo al sálíba esta exclamación.

Acepto, dijo Achad con calma, si la perdonas también á mis compañeros; si no, prefiero morir con ellos.

Convenido, dijo el Comandante, *¡ sálvame! . . . ¡ sálvame! . . .* y prorrumpió en llanto y sollozos.

Aquella noble respuesta agradó tanto á los soldados que todos exclamaron: “¡ Hurra por el indio!” Unos le daban apretones de manos, otro le presentaba la bota llena de vino, otro le brindaba pan y tabacos. Eran valientes y por lo tanto simpatizaban con los actos de valentía.

Achad les dijo: Apartad, apartad. Los instantes son siglos. Blanco: ¿ te atreves á sufrir la operación? es muy sencilla, y no ofrece peligro.

El Comandante contestó: Sí, sí, *¡ sálvame! sálvame!* ¡Oh Dios mío, voy á morir! . . . ¡voy á morir! . . . y daba desaforados gritos.

¡ Cuánto temía á la muerte el que tanto la prodigaba!

Achad lo mandó á sentar, puso una ligadura de majagua (*Hibiscus tiliaceus*, Linneo) dos pulgadas sobre

el tarso para que no entrase el veneno en la circulación general de la sangre, sacó del cesto de Otomaco un diminuto y afilado cuchillo y dilató la herida, profundizándola hasta el fondo, pues estos animales tienen una glándula, una bolsita en la encía, llena del virus mortífero, el cual en el momento de la mordedura corre hacia la punta del colmillo; la sangre salió á borbotones.

Otomaco pidió aguardiente de caña y se lo administró cada medio minuto en grandes dosis. Al mismo tiempo sacó del cesto unas hierbas y un pequeño mortero de piedra y se puso á triturarlas.

Cuando Achad creyó que había salido con la sangre toda ó la mayor parte del virus, colocó su dedo en la herida para que se formase el coágulo, y después de formado le aplicó en un parche las hierbas que había molido Otomaco, y puso una venda.

El Comandante estaba ébrio: cantaba, rezaba, reía, lloraba. Otomaco le dió el último trago, y entonces cayó de espaldas sobre la silla y quedó inmóvil y silencioso.

Achad ordenó que se le trasladase á su lecho y se le dejase dormir.

Al otro día al rayar la aurora, Achad y Otomaco se postraron de hinojos con la mayor reverencia mirando hacia Oriente: eran de la secta que adora al sol, lo propio que los antiguos peruanos; pero no porque las conquistas de los Incas, su civilización y religión hubiesen llegado al Orinoco, esa secta existía antes de la venida de Marco Capac, con su vara de oro, á fundar el Imperio del Perú.

El Comandante se levantó de la cama completamente sano; se dirigió muy alegre y cojeando por efecto de la herida al encuentro de Achad y Otomaco, y los abrazó con efusión, llamándolos sus salvadores, y

empeñándose en recompensar pecuniariamente aquel servicio. Achad rehusó el pago de su honorario, y le dijo estas palabras, que envolvían una ágría censura: "Estoy pagado, señor Comandante, con la satisfacción de haber dado la vida á quien iba á darme la muerte."

Teneis razón, dijo el Comandante bajando la cabeza.

Señor, dijo Achad: la voz de un enfermo resuena en mi oído: ya estais curado, dejadme partir.

¿No volvereis á visitarnos, preguntó el Comandante, cuando regreseis?

Sí, contestó Achad. Segun me han descrito estos indios la enfermedad del cacique Cotopoax, cuando mi dios haya vivificado diez veces la naturaleza, estaré en vuestro campamento de vuelta para mi hogar.

Achad, Otonaco y los cuatro indios se ausentaron.

A los diez dias, como habia dicho el médico de los bosques, estaba de vuelta dejando curado al cacique.

Halló el campamento sufriendo una desoladora epidemia de fiebres palúdicas, que pronto adquirían carácter maligno; aquella mañana habian muerto el físico, (así llamaban al médico), el capellán, y doce soldados.

Tenia el campamento la tristeza de los páramos y el silencio de los sepulcros; solo se oía el susurro del viento en las palmeras y los ayes de los enfermos; y en la apasibilidad de la noche, los mismos ayes, el rugido de los leones y los tigres del bosque, la música melancólica de las sabandijas, el murmurio de las aguas y el siniestro silbido de las culebras.

El hospital, que era una grande y grotesca casa de techo pajizo, estaba situado en un suelo muy húmedo en las mismas márgenes del Orinoco; y el calor de aquel clima intertropical, el desaseo, la aglomeración de tantos in-

dividuos, unos atacados por la fiebre, otros heridos con armas blancas ó de balas, y la penosa impresión que producía la idea de la muerte que hacía cada vez mayores estragos; así como el peligro de verse asaltados por la columna del general colombiano Soublette, que no estaba lejos, y las frecuentes noticias desfavorables para la causa española que se recibían de todas partes, agravaban la situación de los enfermos.

El Comandante preguntó á Achad si se atrevía á detener aquella espantosa epidemia.

Achad no sentía simpatías por los españoles; pero era médico: él no veía en aquellos desgraciados á los atrevidos extranjeros que habían atravesado el océano para venir á conquistar su patria con el hierro y el fuego; veía hombres y por lo tanto hermanos.

Sin titubear contestó: sí puedo.

Pues bien, replicó el Comandante, como me salvaste, salva á los soldados del Rey.

Achad y Otomaco se internaron inmediatamente en la espesura del bosque y volvieron al cabo de algunas horas lleno el cesto de cortezas de quina amarilla. Pelletier no había aun descubierto en esa variedad el sulfato de quinina, y aunque las propiedades antifebriles de esa planta habían sido dadas á conocer desde el primer tercio del siglo XVII al mundo civilizado por una ilustre dama española, la condesa de Ohinchon, ya usaban desde tiempo inmemorial este remedio los indios del Imperio Inca y las tribus salvajes del Orinoco; estaba sin embargo poco generalizado y aun tenía grandes opositores en las Academias de Medicina suponiéndosele efectos perniciosos.

Achad puso á hervir en una paila las cortezas; aquella noche comenzó á administrar el cocimiento y el de varias hierbas, y dispuso que el hospital se cambiase

á un lugar alto, seco y ventilado y que hubiese el mayor aseo; las fiebres desaparecieron como por encanto.

El médico indio se hizo dueño del campamento; los soldados lo miraban como un semidios.

El Comandante lo llamó un día y por medio del intérprete le leyó el parte que había dado al general Morales: "La aparición en este campamento de este hombre sabio y generoso, ha sido, Excelentísimo señor, decía el parte, la aparición de la Providencia. Ha librado de una muerte cierta á un considerable número de españoles, y es superior á todo elogio su desinterés, su actividad, su moderación y la pureza de sus costumbres."

El feroz Comandante hizo completa justicia á Achad.

Con tantos halagos era tratado Achad que estuvo diez meses en el campamento, en los que aprendió á hablar correctamente el idioma español. Las horas que le dejaba desocupadas la curación de los heridos, que remitían las partidas volantes, ó que lo eran en los asaltos frecuentes que recibía aquel campo de enganche é instrucción, las invertía en leer las obras de medicina y cirugía del físico difunto, que eran muchas y se las había regalado el Comandante.

Achad iba todos los meses á ver á sus padres y llevaba cuatro ó seis indios cargados de artículos alimenticios, lienzos, &c.

Cumplidos los diez meses, el Comandante, cuyos alardes de lealtad, inextinguible amor á España y odio á los criollos le daban tan distinguido lugar entre los realistas exaltados é intransigentes, y que á menudo invocaba la integridad territorial de su patria, para oprimir á los hijos del país y hacerse temible, llamó á Achad y con la mayor reserva le dijo: "La causa espa-

ñola presenta malísimo aspecto, y yo no he de ser tan necio que siga navegando en un buque que se va á pique. Estoy en tratos con el general Páez y voy á pasarme á los independientes. ¿Quieres seguirme?"

No, dijo Achad, hoy mismo vuelvo al lugar en que nací.

Así sucedió: Achad y Otomaco se despidieron de la oficialidad y los soldados, y abandonaron el campamento.

Aquella noche desapareció el Comandante llevándose cien soldados y cincuenta acémilas cargadas de fusiles y municiones de guerra. La ocasión le fué propicia, pues el general Morales, que estaba posesionado de la ciudad de Maracaibo, le había dado la orden de que levantase el campo y se le incorporase; por lo que el parque estaba colocado en cajas y todos ocupados en los preparativos para la marcha.

Con los cien soldados se fué también el sargento Ortiz.

El general Páez, el Aquiles de esta guerra, recibió á Pontoni con el mayor placer, le dió veinte mil pesos, un grado más en el ejército libertador y cincuenta pesos á cada soldado.

Al segundo día, á media noche, el campamento fué atacado por sorpresa bajo las órdenes del Comandante.

Los centinelas estaban de acuerdo en el plan y abrieron la brecha por donde entraron los independientes, cuyas fuerzas se componían de los cien españoles pasados, el sargento Ortiz y cincuenta paisanos de una partida. En el campamento había unos setecientos hombres.

Penetraron precipitadamente en el cuartel disparando sus armas cortas de fuego, de un solo tiro, y en seguida esgrimiendo los aílados sables y gritando: ¡ Muera España ! ¡ abajo los tiranos !

El Comandante no se atrevió á entrar; se detuvo en la puerta. Era aquella la primera acción de guerra, de verdadero peligro, en que se veía y estaba lleno de miedo.

Los soldados de línea y los reclutas despertaron sobresaltados y y acudieron en confuso tropel á armarse.

Trabóse la pelea, que duró algunos minutos.

Prodigios de valor hizo Ordoñez.

Los enfermos del hospital, que eran pocos, al oír la algazara, se dirigieron al cuartel, armados como les fué posible, y al hallar al Comandante en la puerta lo aprehendieron, y gracias á la intervención de un cabo, que era como él gitano, no le quitaron la vida.

El sargento Ortiz hería y mataba con ciego furor; mas fué muerto por una bala, y al verlo caer los asaltantes, echando además de menos á su jefe, emprendieron la retirada con desorden dejando prisioneros al Comandante y cinco soldados.

Tuvieron los españoles cincuenta bajas entre muertos y heridos y veinte los independientes.

Ordoñez, que habia asumido el mando, aplazó la partida para Maracaibo, y al siguiente día se formó consejo de guerra verbal y sumarísimo para juzgar á los prisioneros.

Los cinco soldados fueron fusilados aquella misma tarde y el Comandante perdonado, en atención, decía la sentencia, á sus anteriores meritorios servicios, condenándosele solo á dejar el Continente, y pudiendo continuar sus servicios en España ó en Cuba.

Obró en el ánimo de la mayoría del consejo la idea de ser el general Morales íntimo amigo de Pontoni y el temor de exponerse á sus iras; hasta decían algunos que era su hijo.

Ordoñez, que presidió el Consejo, opinó que el Co-

mandante debía ser pasado por las armas y perdonados los soldados, que habian delinquido por sugerencias de su jefe.

Inmediatamente que Alberto fué puesto en libertad, temeroso de ser asesinado por los soldados, que estaban enfurecidos por la triste suerte de sus camaradas; aunque se hallaba con fiebre, encerró en una maleta de viaje su uniforme y algunas prendas de vestir, y guiado por un indígena, tomó camino rio abajo.

En la semana siguiente levantó Ordoñez el campo y se dirigió á Maracaibo al travez de dilatados bosques. Fué hostilizado por las partidas que pululaban en aquella región; y como solo llevaba su tropa armas blancas y fusiles, de que no podía hacer uso por falta de pólvora y balas, pues todo se lo había llevado el Comandante, llegó al lago de Maracaibo con su gente diezmada y él con seis heridas, por fortuna ninguna de ellas grave; pero al bajar del caballo cayó desmayado de tanta fatiga y fué preciso llevarlo en brazos á la piragua que lo condujo á la ciudad.

A los pocos dias, el 8 de Mayo de 1823, la escuadra de Colombia, á las ordenes del Almirante Padilla, forzó la barra recibiendo los fuegos del castillo de San Carlos y entró en el lago.

Desde esa fecha hasta el 17 y 24 del próximo Junio hubo varios combates dignos de mención; pero que palidecen ante los hechos heroicos de esos dos dias. No podemos menos que describirlos, aunque sea á grandes rasgos, pues aunque no tuvieron la resonancia y trascendencia de las batallas campales libradas por Bolívar, Sucre y San Martín, fijaron la suerte de Venezuela y cerraron con broche de oro la epopeya colombiana.

Supo Padilla el 17, por la tripulación de una pi-

ragua apresada que el general en jefe Morales se habia retirado al castillo y mandado casi toda la fuerza disponible á Sinamaica y Pirijá, donde creia probable un desembarque, dejando solo en la plaza quinientos soldados de linea y algún paisanaje, y la defensa confiada al coronel don Jayme Prego.

El coronel Calzada se ausentó en aquella mañana al lugar nombrado La Vigia; ambos esperaban con ansiedad al Contraalmirante don Angel Laborde, que debia llegar de una hora á otra con la escuadra española.

Padilla determinó dar un golpe de mano.

Desembarcó á las cinco de la tarde, á una legua de la población [el lago tiene siete] doscientos hombres del batallón Orinoco, á las ordenes del intrépido capitán Alejandro Blanco, mientras algunos buques de la escuadra disparaban sobre las fortalezas de tierra y protegían el desembarque.

Terrible fué el fuego de fusilería que recibieron estos doscientos valientes; mas no tardaron en ser dueños del campo.

Dirigiéronse en seguida á la ciudad, donde se multiplicó el fuego de los de adentro, en tales términos que Blanco tuvo que dividir su gente en guerrillas para que no pereciese toda. Fué avanzando y tomando calle por calle, hasta llegar á la plaza pública, en que se hicieron fuertes los realistas con el auxilio de cuatro compañías de los batallones Cazadores, General y Barinas.

Los independientes fueron también reforzados con nuevas tropas de desembarque, y entonces todo cedió á su irresistible empuje; al poco tiempo, á las nueve de una noche lóbrega y lluviosa, quedó izada la bandera tricolor en los edificios del Estado y llenaron el aire estruendosos vivas á la independencia.

Perdieron los españoles en esta jornada ochenta soldados muertos y doscientos heridos, y pareció el cadáver del coronel Prego con tres balazos. Los colombianos tuvieron cuarenta muertos y ciento treinta heridos.

Ordoñez, que aun estaba en el hospital convaleciendo, corrió á la defensa de las calles y plaza y recibió una herida de poca gravedad.

Jovellanos perdió un brazo, que fué preciso amputarle. (1)

El 21 llegó Laborde, é inmediatamente pasó una nota á Padilla intimándole la rendición, pues lo tenía cogido en el lago; le ofreció perdonar la vida á él y sus compañeros; y que esperasen la muerte si no se entregaban.

En la mañana del 24, el Mayor general, capitán de fragata don Rafael Tono, español al servicio de la República, fué de buque en buque comunicando las ordenes del Almirante y dando instrucciones para los movimientos que debían ejecutarse.

Estaban las dos escuadras en línea de combate, una enfrente de la otra. La realista, al mando de Laborde, á lo largo de la costa y paralela á la colombiana, constaba de quince buques de alto bordo y diez y siete menores; y la colombiana de diez buques de alto bordo y doce menores. Además, tenían respectivamente fuerzas sutiles.

A las tres y diez y siete minutos de la tarde se puso la señal de abordaje en la nave del Almirante Pa-

(1) Con excepción de lo que se dice de Ordoñez y Jovellanos, todo lo demás relativo á esta batalla naval es exactamente sacado de documentos oficiales. N. del A.

dilla, y no se quitó para significar á los comandantes y tripulaciones "que no había otra cosa que hacer."

Acercábanse las dos líneas de naves enemigas, inflamados los pechos de españoles y colombianos por el entusiasmo y el ánsia de saciar el odio que había engendrado tan larga y desastrosa guerra.

Los cañones de las naves realistas comenzaron á hacer fuego desde el primer momento y no tardaron las descargas de fusilería. Las naves colombianas se acercaban silenciosas, sin disparar un solo tiro, ni de cañón ni de fusil, hasta que estuvieron muy inmediatas, casi sobre la que cada una había elegido para el abordaje. Entonces fué aquello un infierno: las bocas de fuego de las dos escuadras vomitaban llamas y metralla. La goleta Antonia Manuela, que se había adelantado, fué apresada por los españoles y pasados á cuchillo cuantos en ella estaban, "sin perdonar ni aun á los heridos y muchachos de cámara." Siguió en su auxilio la Leona, comandante John Mac Kam, que la recuperó, y no tardaron las sangrientas represalias. El bergantín colombiano Independiente, mandado por el valeroso capitán de navío Renato Beluche, rindió el San Carlos: la goleta de tres palos Emprendedora, su comandante Tomás Vega, al bergantín realista Esperanza, en el que cayó una chispa en la Santa Bárbara en aquel instante y un fragoroso estampido estremeció el lago y los montes; se esparcieron por los aires los destrozados miembros de su comandante y tripulación, y una densa nube de humo se extendió en la atmósfera.

Nicolás Joly, que comandaba el Marte, rindió varias naves.

El abordaje de los colombianos á la escuadra realista se hizo general y simultáneo, como se había previsto y ordenado.

Los españoles sostuvieron algunos minutos la titánica lucha de hombre á hombre, dando y recibiendo la muerte; mas se reconocieron vencidos; les entró el pánico; trataron de picar los cables para hacerse á la vela, y no les fué posible porque estaban rodeados y aco-sados; solo se escaparon tres goletas y un falucho.

La tripulación del San Pablo se arrojó al agua para buscar la salvación en la costa: su ejemplo fué imitado: “solo se veían cadáveres y hombres nadando,” mientras clamaban entusiastas voces y el eco repetía en toda la América, en todo el mundo: ¡ Victoria por la patria ! ¡ Viva Colombia ! ¡ Viva la Independencia ! ¡ Viva la libertad !

Laborde aquella noche se encerró en el castillo.

Al otro día Morales mandó un parlamento proponiendo un armisticio para celebrar la capitulación, que tuvo efecto entregando al Almirante independiente el castillo San Carlos de la Barra, las naves armadas que estaban en el puerto y todas las pertenencias del Estado.

Juraron Morales, Laborde, Calzada y todos los oficiales y soldados no combatir contra Colombia mientras no fuesen canjeados. Muchos siguieron al servicio de la República, otros prefirieron el del Rey, y la mayor parte se retiró á sus hogares.

La República debía facilitar á su costa los buques necesarios para el transporte de la tropa á la isla de Cuba, y se estipuló entregar á Morales con bandera española la goleta “Especuladora,” exclusivamente para él, sus adecanes y los oficiales que eligiese.

Lo más breve posible tuvo efecto el embarque con el mayor orden, y hasta con cortesanía, como si no se hubiesen batido con tanto encarnizamiento.

Así se rindió la importante plaza de Maracaibo,

que se creía inexpugnable y era el último baluarte del Imperio español en Venezuela.

Laborde decía sin recatarse de la publicidad, que este desastre era debido á la impericia de Morales, que había dejado sin vigilancia la entrada del lago y sin guarnición suficiente la ciudad, más atento á la custodia de su persona y su tesoro que al cumplimiento de sus deberes militares.

Parécenos que tenía razón, aunque de cualquier modo hubiera caído Maracaibo en poder de Colombia; mas es lo cierto que cuando una causa se ha perdido, ó está próxima á perderse, todas son discordias, recriminaciones y rivalidades entre los gefes. Laborde aborrecía á Morales, Morales á Latorre, Latorre á Tacón, á quien tenía por inepto; y en el Alto Perú el general Olañeta había desconocido la autoridad del Virey La Serna y publicado una proclama declarándolo traidor á la patria y enemigo del trono y del altar porque había jurado la Constitución, á pesar de haberlo hecho por orden del Monarca. No fué posible lograr ni con las súplicas, ni con las armas que incorporase su división de cinco mil hombres en el ejército que comandaba Canterac, y que sucumbió en Ayacucho. ¡Siempre, siempre los males de España provienen de sus temores á la libertad!

Mientras esto pasaba entre los realistas, Bolívar hacía brotar de la tierra los batallones, creaba recursos de la nada, y llenaba el universo con el eco de sus victorias.

Viendo asegurada la independencia de Colombia, traspuso los Andes, como Aníbal los Alpes, y corrió á libertar el Perú.

Al segundo día de haber desembarcado en la Habana los destrozados restos del ejército español de Cos-

ta firme, el Capitán general don Francisco Dionisio Vives mandó para la Península á Ordoñez, Jovellanos y á varios oficiales, por ser partidarios de la Constitución. El creía que implantado en Cuba el código político más perfecto que ha tenido España, sería el prólogo de la emancipación de la Isla. . . ¡Cuánto se equivocaba! La libertad y el mutuo interés son los lazos, fuertes y durables, que unen á las colonias con las metrópolis. Esta verdad no admite discusión, dado el ejemplo de las colonias autonómicas británicas.

Jovellanos fué declarado por el Ministro de la guerra inútil para el servicio militar y dado de baja en el ejército, sin señalarle pensión.

Tan atroz injusticia fué un rasgo muy natural de la desatentada reacción que se había apoderado de la Península.

Fernando VII, de por sí inclinado á la tiranía, ocupaba el trono; mas el Rey verdadero, el que imponía en toda su voluntad era Tatischeff, embajador ruso, fiel representante de la política espantosamente absolutista de su amo Alejandro III.

CAPITULO III.

EL CAFETAL MARIANA.

Alberto conocía perfectamente las rigurosas leyes militares de España, como que había servido dos años en el ejército de esa nación, y al verse preso creyó que en seguida sería fusilado.

Era en extremo cobarde, tan cobarde como fanfarrón: la idea de la muerte le produjo un terrible abatimiento de ánimo, y cuando se le notificó la sentencia del consejo de guerra, se puede decir que volvió á la vida.

El instinto de la propia conservación, tan poderoso en todos los seres, obró en su organismo y le dió fuerzas para huir del campamento.

Anduvo río abajo seis millas por un terreno cenagoso; y al fin tuvo la fortuna de encontrar una piragua de pescadores de tortugas de la Guayana, que lo condujo á la Trinidad, isla inglesa que se halla frente á la embocadura del Orinoco.

Estuvo en su capital *Spanish Town*, reponiéndose, pues parecía que había salido de una larga enfermedad; y á los dos meses tomó pasaje en una barca holandesa, que se dió á la vela para la Habana.

Llevó el desconsuelo de haber perdido los veinte mil pesos, fruto de su traición, pues la partida á que se había unido con su gente no tenía paradero fijo y los había dejado enterrados debajo de un árbol creyendo regresar la misma noche. ¿Quién hubiera hallado ese árbol en tan interminables bosques?

Desembarcó en la metrópoli cubana con su uniforme de capitán comandante, llevando en el pecho una multitud de condecoraciones que arbitrariamente le había concedido Morales á nombre del Rey, por insignificantes ó por imaginarias acciones de guerra, mejor dicho, él mismo se las había concedido extendiendo á su antojo los diplomas.

En aquel tiempo tenían estimación las cruces, que no se vendían á tan bajo precio como en la actualidad.

Ya el general Morales había partido para la Península.

Dirigióse á la casa del Marques del Valle, con quien hizo conocimiento por haber sido compañeros de viaje en el buque que los condujo de Europa á América. Sufrieron un desecho temporal, y después de muchos trabajos y peligros arribaron á la Guaira; Alberto siguió para Caracas, donde estaba el general Morales, y el Marques para la Habana.

Era el Marques del Valle el hombre más rico de la capital de las Antillas; se le suponían, tal vez con exageración, cien millones de pesos de capital; tenia quince grandes cafetales en una época en que valía el quintal de ese grano hasta cuarenta pesos, por haber desaparecido los riquísimos plantíos de Haití, que proveían el mundo, arrasados por los negros en la guerra de independencia promovida por el genio de un esclavo, Toussaint Louverture.

El Marques correspondía á una noble y antigua familia del país; era afable, generoso, benévolo, de natural sencillez y de muy cortos alcances intelectuales. Recibió afectuosamente á Alberto, quien le dijo que deseaba ser su huesped el corto tiempo que pensaba estar en la Habana, pues debia seguir para el Perú con brevedad por haberle llamado urgentemente el Virey La Serna.

Señalóle el Marqués una de las mejores piezas de su casa, donde quedó cómoda y espléndidamente instalado.

A los seis días, por haber fallecido el administrador de los cafetales, Alberto dijo al Marqués: “Reservadísimamente le participo que el Capitán general me ha comunicado hoy que espera de un instante á otro un movimiento político en la Isla, en sentido liberal, y que necesita de mis consejos y pericia. “La Serna no tiene, me dijo, mejor derecho que yo para utilizar sus

servicios. No piense usted por ahora en ausentarse."

Véome, señor Marques, obligado á dilatar mi estancia aquí, y no lo siento, pues me tiene encantado el trato de los habaneros, y más que todo las finas atenciones que usted se ha servido dispensarme.

No me hallo bien, sin embargo, en la ociosidad, y es grande mi afición á la agricultura, por lo que quisiera que usted me nombrase interinamente administrador de sus cafetales.

Con mucho gusto, queda usted nombrado, contestó el Marques, á quien le pareció que un hombre tan respetable al frente de sus intereses, era de por sí una inesperada dicha.

En la mañana siguiente el nuevo administrador montó á caballo en compañía de un sirviente de la casa, y fué á visitar el cafetal Mariana, llevando una carta del Marques para el mayoral, en que le participaba el nombramiento.

El cafetal Mariana era la más rica propiedad de aquel opulento cubano; trabajaban en él dos mil quinientos esclavos. El guardián de la portada de esta finca, que era un negro anciano, abrió la elegante reja de hierro y Alberto y su guía entraron en una larga y ancha guardaraya, barrida á escoba, y á cuyos lados había hileras de *Hereodoxia regia* (palma real) y líneas de lindas flores, que á trechos presentaban caprichosos dibujos. Los cuadros de cafetos interpolados con naranjos para que tuviesen sombra, formaban calles rectas. Como era el tiempo de la cosecha el grano estaba en su madurez y se destacaba en el fondo verde esmeralda de las hojas como botones de oro. No podía haber paisaje más pintoresco.

Llegaron al *batey*: éste se componía de la suntuosa casa donde residía el Marques cuando iba al cafetal, y en

la que el arte había apurado sus primores; la del administrador, la del mayoral, la del médico, la del jardinero, la de los aparatos para el descascarar, el hospital, la casa donde destilaba su miel el grano, llamada el *desbaldadero*; la de niños en la lactancia, los almacenes y numerosas casitas en las que vivían los esclavos con familia. También había una capilla, varias casas amplias en que dormían encerrados los esclavos solteros, y por último, había un establecimiento de ropa y víveres, una zapatería, una panadería, una barbería &c. Todos estos edificios formaban una plaza y calles; aquel era un bonito pueblo.

Alberto quedó admirado de tanta riqueza.

Entregó la carta del Marques al mayoral, don Wenceslao Bucarazeta. Era este un viscaíno alto, delgado, de ojos pequeños, mirada adusta y frente comprimida. Su bigote y sus largas patillas casi ocultaban su semblante, y usaba como insignia un tolete de naranjo que tenía en su punta un foete tejido con tiras de piel de buey. Hombre de pocas palabras y de consumada honradez, consistía su orgullo en cumplir exactamente las órdenes del Administrador; y como había servido en el ejército de la Península, quería gobernar el plantío militarmente, bajo una rígida disciplina.

Leyó la carta, y terciándose, con la mano en la frente, como el soldado en presencia de su jefe, dijo á Alberto: "Aquí me tiene Usia á su disposición; mande Usia y será puntualmente obedecido."

En dos palabras, le dijo Alberto, os daré mis instrucciones: quiero que haya mucho café que exportar. Poco importa que por efecto de los castigos corporales muera un número de esclavos; la mayor producción recompensará la pérdida de sus vidas.

Está bien, Usia: casualmente tengo de contramayoral á José Bárbaro, llamado el Orangutan. Es un negro que se desvive por dar azotes; parece un tigre. Por lo más leve deja caer su puño duro como el hierro sobre sus compañeros de esclavitud, así es que todos tiemblan en su presencia y andan muy listos. Mírelo Usia: es aquel que está ahora amolando su machete, aquel que tiene la figura de un mono. Oh señor: cuando se halla á mi lado este negro me considero seguro de todo atentado de parte de los demás esclavos, que ya por dos veces han querido rebelarse. Mañana mismo comenzarán los novenarios del Arcangel, que el señor Marques ha prohibido.

El novenario del arcangel ó *boca-abajo*, era la flagelación por nueve días con un látigo tejido con tiras de cuero sin curtir. Recibía la víctima veinte y cinco azotes cada día, dados por brazos robustos; y cuando era grave la falta se le ponía al cuero en la punta un pedazo de alambre. Terminada la flagelación se bañaban las partes laceradas con aguardiente de caña mezclado con zumo de limón y sal.

Alberto pernoctó en el plantío y ocupó el mismo lecho del Marques; mas no durmió, pensando en sus maldades. Concibió el plan de explotar á aquel cándido señor que le había ofrecido tan generosa hospitalidad, y hacerse personaje importante, valiéndose del estado político de la Isla, donde había extendido sus operaciones la sociedad secreta de los soles y rayos de Bolívar, que tenía por objeto la independencia de toda la América española.

CAPITULO IV.

PERIODO DEL GOBIERNO DE VIVES EN CUBA.

El Capitán general don Francisco Dionisio Vives tenía un personal simpático, un trato cortés y una bondad de carácter que solo desaparecía ante la idea de los peligros que corría la dominación española en Cuba con los soles y rayos de Bolívar, en los momentos en que se desarrollaba en el Continente, tocando á su fin, el grandioso drama que debía dar por resultado la aparición de diez y siete naciones libres é independientes y una inmensa democracia.

El General debía saber, sin embargo, que aquella sociedad estaba herida de muerte por la nota que pocos meses antes había pasado Mr. Henry Clay, secretario de Estado en la administración de Jhon Quincy Adams, Presidente de los Estados Unidos á Bolívar, Presidente de Colombia, interesándose por súplicas del gobierno de España, en que Cuba no fuese invadida.

Bolívar en su consecuencia, deseando cultivar las mejores relaciones con la Unión Americana, suspendió la salida de la fragata expedicionaria Cundinamarca, que estaba anclada en el puerto de Cartagena de Indias, y lista para darse á la vela apenas llegase el general Sucre, el vencedor de Ayacucho, que debía comandar la expedición.

De público se decía que don José Francisco Lemus, cubano con el grado de coronel en los ejércitos de Colombia y don José Dimas Valdes, también cubano, eran agentes de la mencionada sociedad. Bastole

esta noticia á Pontoni para formar una lista de conjurados con sus nombres, agregando los de cuarenta y dos personas ricas, de un todo inocentes. Solo incluyó tres que estaban en insolvencia para dar al asunto colorido de verdad: estas fueron: el barbero que lo afeitó al llegar, andaluz muy amigo de la charla, con quien entabló conversación y le dió los nombres de personas acaudaladas de la ciudad por haberle dicho que iba á levantar una suscripción para socorrer las viudas y huérfanos que lo eran por consecuencia de la guerra de la América del Sur; el sastre que vivía enfrente de la casa del Marques y le habia tomado la medida para un vestido, y el zapatero que le hizo un par de botines. Estos tres individuos eran los únicos que conocia de la clase pobre.

Pidió una audiencia el Capitán general para hablarle de un asunto muy grave. Le fué concedida y poniéndose su uniforme cuajado de cruces, se dirigió al palacio de la Plaza de armas; el General lo recibió con afabilidad y le brindó asiento.

Excelentísimo señor, dijo: He derramado mi sangre en la América del Sur en defensa de la integridad de la patria. ¡Oh la integridad de la patria! Este es mi sueño dorado, este es el encanto de mi vida. He pasado unos días entre los enemigos de España, fingiendo que habia desertado del ejército español y que participaba de sus abominables ideas. ¡Qué sacrificio para mí, Excelentísimo señor! pero todo es poco cuando se trata de servir á la causa de la integridad nacional. Pronto llegué á saber quiénes eran en esta Isla los comprometidos á dar el grito de independencia. He aquí la lista de sus nombres.

A la manera que al choque del eslabón con el pedernal salta la chispa, se levantó Vives como movido por

un resorte, tomó la lista, la leyó y exclamó: ¡ Infames ! ¡ infames ! muchos de ellos concurren á mi tertulia. Oh ! y todos los que conozco de estos traidores son ricos, y por lo mismo debían ser los más interesados en la conservación del orden.

En seguida tocó una campanilla y se presentó un ayudante, al que previno que llamase al jefe de policía. Era éste un gallego sencillo y bonachón, de cara ancha, calvo, alto, muy delgado, muy pálido y de una nariz tan enorme que hacia recordar aquel célebre verso de Quevedo: "Erase un hombre á una nariz pegado." Llamábase don José Morrocote, y no tenía otro mérito para el puesto que ocupaba que haber sido cuatro años cochero de Vives, siendo éste capitán general de Barcelona.

Morrocote era casado con una bella sevillana con la cual tenía varios hijos, y sostenía con lujo su casa y las de ocho queridas sin más renta que su sueldo y los regalos que le hacían voluntariamente los dueños de casas de juego. Por pequeños que fuesen estos regalos eran en conjunto cuantiosos ; ¡tan numerosos eran estos garitos ! La Habana era un Montecarlo y aquel sátiro el hombre más adecuado para servir á un gobierno negligente y débil.

Presentóse Morrocote, y el General le dijo: "Lee esa lista: comprende los nombres de los comprometidos como soles y rayos de Bolívar. ¿ No os lo decía ? Aquel anónimo denunciando á Lemus fué escrito por un fiel servidor de nuestra causa. Mañana, á esta hora, quiero que todos esos malvados estén presos; retíraos."

Morrocote hizo una profunda reverencia y se retiró.

Alberto quedó solo con el General, y éste le dijo: Ahora, señor Comandante, espero que me manifestéis

francamente cual es vuestro parecer sobre la suerte de nuestras armas en el Continente, y si podemos tener esperanzas de reivindicar nuestros derechos sobre Venezuela.

La reconquista es imposible, imposible, Excelentísimo señor, contestó Pontoni. Los venezolanos han probado las dulzuras del gobierno propio y se dejarán matar antes de que doblen la cerviz para recibir el yugo. Casi hemos despoblado á Venezuela, casi hemos extinguido allí nuestra raza, y Vuestra Excelencia está viendo el resultado: la catástrofe de Maracaibo es el postrer suspiro del poder español en Costa firme.

El General frunció las cejas y dijo: "tengo para mí que también vamos á perder el Perú, como hemos perdido á Venezuela, el Virreinato de Santa Fe, Mexico, Buenos Aires, Chile y la Presidencia de Quito.

"Mi anhelo es conservar para la corona á Cuba cuyos habitantes me han dado pruebas de lealtad, y yo los entretengo con el juego de naipes, los bailes, las lides de gallos & á fin de que no piensen en hacer patria."

Con cuanta razón, dijo Pontoni, se celebra en todo el mundo la prudencia y la sabiduría de Vuestra Excelencia. Jamás pueblo alguno ha sido gobernado con más acierto. Asegurar la integridad de la patria por este medio es el colmo del saber; todos los españoles estamos en el caso de rendir un homenaje de gratitud á Vuestra Excelencia, el primer militar y el primer político de España. El nombre de Vuestra Excelencia, circundado de gloria, pasará á la más remota posteridad.

Vives, á quien no era indiferente la lisonja, creyó sincero el elogio del astuto gitano, á quien reputaba hombre de pro, y se erguió involuntariamente lleno de satisfacción. La lisonja es una víbora que pica á los gobernantes.

Al otro día á la hora señalada, se presentó el Jefe de policia Morrocote. Excelentísimo señor, dijo, anoche hubo cuatro asesinatos en la ciudad, seis riñas con heridas, cinco robos con escalamiento y.....

Vives le interrumpió: eso no importa; lo que quiero es saber si están presos los infidentes de la lista. Varias veces me he asomado á la ventana para ver si habian llegado." (la cárcel estaba entonces en los bajos del Palacio de gobierno.)

El Jefe de policia contestó: Hasta ahora, Excelentísimo señor, no hay preso ninguno de la lista.

El General se levantó colérico, dió con el puño en la mesa y exclamó: ; Sois un inepto! Quedais de-puesto en este instante. Id á la casa del señor Marques del Valle y decid al capitán don Alberto Pontoni que venga á verme. Os mando para que sufrais la humillación de ir en busca de vuestro sucesor.

Morrocote cumplió la orden, Alberto vino y quedó nombrado jefe de policia.

En la tarde de aquel mismo dia fueron puestos en prisión los vecinos pacíficos é inocentes de la lista, y Lemus y Valdes, que realmente hacían propaganda de la idea revolucionaria no fueron habidos, aunque se hallaban en la ciudad. Ellos habían tomado precauciones para este caso; la inocencia es la que siempre vive descuidada y es sorprendida.

CAPITULO V.

FELIPILLO PEDREGAL Y MALGAREJO.

(Continuación del gobierno de Vives.)

Pontoni al otro día inquirió de los oficiales de su oficina los antecedentes de cada cual, y era de ver como se delataban unos á otros. Ninguno resultaba libre de manchas en su conducta, y todos convenian en que el oficial Felipillo Pedregal y Malgarejo, andaluz, era el más bribón de todos.

Temblaban los oficiales creyendo que habia llegado la hora para ellos funesta de la regeneración moral; así lo indicaba inquisición tan minuciosa.

Pontoni mandó que se presentase en su despacho Felipillo. De allí irá á la cárcel, decian los demás oficiales.

Felipillo obedeció y el Jefe de policía le dijo: Estoy informado de tu proceder criminal; sé que tienes dos causas pendientes: una por fraudes y otra por falsificación de documentos; tiempo hace que debieras estar en el presidio; pero esas causas has logrado que queden paralizadas....

Señor, señor, le interrumpió Felipillo poniéndose de hinojos muy afligido: ¡Perdón! ¡perdón! Tengo muger y dos hijos, y espero del benigno corazón de Usía que se compadezca de este infeliz.

“Levántate, dijo Alberto y escúchame: Soy un noble astur: pertenezco á la familia más ilustre de España y al mismo tiempo la que ha sido más poderosa por su riqueza. En mi árbol genealógico figuran los nom-

bres de muchos Duques, Condes y Marqueses; no por títulos comprados, como se usa en el día, sino por sus méritos y porque realmente eran nobles de pura sangre.

“Andando el tiempo los Pontoni han caído en pobreza, y he aquí que he venido á Cuba á hacer fortuna. Quiero regresar á Asturias con las alforjas llenas de oro, que no en vano he arrojado los peligros de la fiebre amarilla, y te he elegido para llevar á cabo mis planes.”

Felipillo se levantó repuesto del gran susto que había pasado, y dijo: Aquí me tiene Úsía incondicionalmente á su disposición.

Serás desde hoy, dijo Alberto, mi secretario privado y el hombre de toda mi confianza. En tu mano tienes el hilo de la buena suerte, tan difícil de hallar. Si te portas bien, te harás pronto muy rico; si te portas mal reviviré las causas de marras.—

Haré cuanto pueda por hacernos digno de vuestra confianza.

“He resuelto, dijo Alberto, reglamentar el juego. Intimarás á los comisarios de policía que te presenten bajo su más estrecha responsabilidad una relación de todas las casas de banca de sus respectivas demarcaciones, y que hagan saber á los tahures, dueños de ellas, que desde mañana abonará cada uno una onza de oro diaria. Con tal condición pueden tenerlas abiertas toda la noche, y vender licores. Lo mismo dirás á los dueños de ruletas y mesas de dados. Triplificarás el valor de las licencias para bailes, para rifas, velorios [duraban éstos nueve días de jolgorio entre la gente de pueblo, después de enterrado el difunto.] Verás el provecho que se puede sacar de los presos de la cárcel por disposiciones gubernativas, fijando el precio de su libertad, según las circunstancias de cada cual.

Respecto á los cómplices de la conspiración de los soles y rayos de Bolívar, deben ser deportados á las islas Marianas, por exigirlo así la seguridad del Estado; mas todo el que te entregue cinco mil duros, no irá. Para llevar á cabo con buen éxito esta operación tu les dirás que estás encargado de formar la lista de los que serán embarcados en el buque que se está preparando al efecto, y que puedes suprimir los nombres de aquellos que entreguen esa suma, los cuales serán puestos inmediatamente en libertad. Por supuesto, tienes que manejarte con mucha cautela, con mucha reserva, para alejar del gobierno toda sospecha de venalidad.

“ Las cantidades que te entreguen los comisarios y las que recaudes todos los días, por licencias para diversiones, ó bajo cualquier otro concepto, me las llevarás todas las tardes á mi habitación, después de cerrada la oficina. Te señalo el quince por ciento de comisión. Ya ves que te espera un porvenir color de rosas.”

Oh señor, dijo Felipillo: cuán agradecido quedo por las bondades de Usía. En este instante daré principio á mis funciones.

En efecto, tomó una volante de alquiler y fué visitando uno por uno á todos los comisarios de policía.

Como noticia curiosa diremos que en esa época se usaba la volante de alquiler, llamada *simona*, en lugar de los actuales coches. Era un vehículo de dos ruedas tirado por un caballo escuálido, en el que iba caballero un negro nombrado el calesero. Iba armado de un látigo, y llevaba enormes espuelas y botas que le llegaban al encaje de las piernas. Se usaba también el quitrín, de la misma estructura, solo que la volante era enteriza, sin resortes para bajar el caparazón. Los quitrines pertenecían á las familias ricas, y comunmente tenían guarniciones de plata y el calesero

llevaba bordadas las armas de su señor en el cuello y boca-manga de la chaqueta.

Al siguiente día fué reducido á prisión don Pedro Pedregal, tío de Felipillo. Era don Pedro un hombre escaso de cacumen, sumamente pacífico, sumamente tímido, una especie de Pipelet, un bienaventurado pobre de espíritu. Cifraba su dicha en el amor de su mujer, á la que vivía subordinado, y mantenía su familia con el producto de una tienda de juguetes que había establecido en la calle del sol.

Gozaba don Pedro fama de honrado; jamás se había ocupado de política y era muy religioso; todos los días oía misa y todos los meses se confesaba. En las procesiones siempre era de los que cargaban el santo.

Felipillo fué á verlo y le dijo: ¡Oh tío del alma! No sabe usted todo lo que me hace sufrir su desgracia. ¿Qué será de mi tía, qué será de sus hijitos? Ir confinado á las islas Marianas equivale á perder la vida. ¿Cómo fué que se dejó seducir por los enemigos de España y se inscribió en la sociedad de los soles y rayos, hoy llamada del Aguila negra? ¿Qué le importa á usted que se proclame la Constitución ó no en Cuba y que esta Isla sea ó no independiente?

Don Pedro se echó á llorar y dijo: No entiendo lo que me estás diciendo; es la primera vez que oigo hablar de esa águila negra que me causa grima.

Cómo! exclamó Felipillo: en el gobierno hay pruebas secretas de que es usted uno de los corifeos de la revolución.

Ay! Dios mío! exclamó don Pedro; ¡estoy inocente!

Felipillo aparentando que las palabras de don Pedro le conmovían, se dió una palmada en la frente y dijo: se me ocurre el modo de salvarlo: estoy encarga-

do de formar la lista de los que deben salir para las Marianas; suprimiré el nombre de usted.

Hazlo, querido sobrino, por tu madre. ¡ Oh desgraciado de mí !

Hasta pudiera, dijo Felipillo, salvar á casi todos los presos; pero es evidente que contraeré una gravísima responsabilidad, y que es un servicio que debe ser muy agradecido y recompensado.

Ah ! sin duda, dijo don Pedro enjugándose las lágrimas.

Pues bien, dijo Felipillo: todo el que entregue cinco mil pesos será puesto en libertad y no irá á las Marianas. A usted nada le costará; solo la molestia de comunicar esta fausta nueva á los sentenciados y tomar nota de los que estén dispuestos al pago. Oh ! me resuelvo á dar este paso porque estoy compadecido de esos infelices condenados á morir en tan remotos climas. Mañana, tío, volveré á ver á usted para que acordemos el modo de que yo perciba con la mayor reserva las sumas que deben entregar.

La prisión de don Pedro habia sido obra de Felipillo, para hacer lo que queda descripto.

Treinta y cuatro de los reos políticos pagaron los cinco mil pesos cada uno y fueron puestos en libertad, y á los tres dias el bergantin de guerra Reina Amalia zarpaba del puerto con los restantes, menos Lemus y Valdes, únicos culpables.

Lleváronlos á Mahon, una de las islas Baleares, en donde debian permanecer vigilados por la autoridad, y el público creyó que habian ido á las Marianas, engaño con el cual lograron el jefe de policia y su alátere que continuasen por algún tiempo las prisiones y la explotación.

Innecesario es decir que Vives ignoraba estos manejos; habia en la Isla un completo desgobierno.

CAPITULO VI.

EL ORANGUTAN.

(Continúa el periodo del gobierno de Vives.)

Alberto mandó que viniera del cafetal Mariana el contramayoral José Bárbaro, el Orangutan, quien lo seguía á todas partes como un perro. Este feo negro por su figura grotesca parecia un demonio escapado del infierno. Era corpulento, de muy anchas espaldas, de nariz aplastada, de frente comprimida cubierta casi toda por el lanudo y enroscado cabello, que siempre llevaba crecido y desordenado. Su boca muy dilatada, los labios en extremo gruesos y aun sin reirse dejaba ver los dientes blancos como el marfil. Tenia en las sienes pelos cerdosos y rectos, que se extendian hasta las unidas y espesas cejas, pelos que él dejaba crecer á propósito, porque le daban mayor fealdad y consistia su orgullo en inspirar horror. Sus ojos eran redondos y muy movibles; las piernas dobladas hacia fuera; los brazos fornidos y largos y las manos y pies muy grandes. Tenia la cara rayada, es decir, cubierta de las cicatrices de las heridas que dan á los niños sus padres en Oll-Calabar y otros puntos de Africa para que parezcan muy feos y temibles en la guerra. Vestia camisa y pantalón azules y usaba un sombrero de los

llamados de *enpleita* en el país con este letrado en una cinta azul: POLICIA. En una faja de cuero que ceñía su cintura acostumbraba llevar á cada lado una pistola de piedra de chispa [entonces no se conocía el fulminante] y en la parte delantera un puñal con empuñadura de plata.

Las madres al dormir á sus chiquillos, ó cuando cometían una travesura, los amenazaban con el Orangutan.

Para dar una idea de la fuerza y la fiera de este hombre-gorilla, diremos que sujetaba el toro más valiente cojiéndolo con una mano por un cuerno y eran inútiles los esfuerzos del animal por desasirse; y que habiendo tenido un hijo con Juana Conga, que murió en el parto, á los veinte días de nacido, penetró en el departamento donde se criaban los niños en la lactancia, tomó en sus brazos al tierno infante y comenzó á dar saltos lleno de regocijo; después lo lanzaba al aire como una pelota y lo recibía en sus manos, á pesar de la oposición de Josefa Carabalí, encargada del departamento. Josefa denunció esta barbaridad al mayoral, quien lo reprendió con aspereza; mas apenas había vuelto éste la espalda, agarró á Josefa, la lanzó dos veces al aire y la dejó caer en el suelo causándole graves lesiones.

Era tan grande la valentía del Orangutan que tres bandidos armados de arcabuces asaltaron el cafetal, se dirigieron á la casa donde estaba el Marques, y los muchos esclavos que se hallaban en el *batey* se llenaron de miedo y permanecieron impasibles, menos José Bárbaro, que esgrimiendo su machete, les hizo frente y mató dos. Este hecho le grangeó el aprecio del Marques y el mayor respeto de sus compañeros de esclavitud.

Alberto tenía en esta especie de antropomorfo, en

esta bestia humana pronta à lanzarse sobre cualquiera que hiciese el más leve movimiento para ofenderle, un guardián que le era necesario para desempeñar sin peligro el cargo de jefe de policía en una ciudad donde eran tan frecuentes los asesinatos y tal la calculada inercia del Capitán general, que solía decir: "El que no quiera verse asesinado que no salga de noche á la calle," frases que ha recogido la Historia y que pintan gráficamente lo quebrantado que estaba en esa época el sentido moral del pueblo y del gobierno.

Por tres veces el Orangutan le habia salvado la vida: en la última, el dueño de una casa de juego, á quien habia impuesto una crecida multa por supuestos desórdenes en su casa y era el verdadero motivo no haber pagado la onza de oro diaria durante una semana, se arrojó sobre él armado de un puñal y al descargar el golpe, José Bárbaro le asió por el brazo.

En fin, si pretendiéramos imitar las personificaciones de Dante, el gran poeta que viajaba entre las tinieblas del infierno al purgatorio, diríamos que el Orangutan personificaba el monstruo horrible de la esclavitud.

Pululaban en tiempo de Vives los vagos, los tinterillos, los rateros; los campos estaban inundados de compañías de bandidos, y habia una señalada predisposición en los habitantes á los litis; la mayor parte vivia más en los tribunales y en las escribanías que en sus casas. Esto consistia en la abundancia de picapleitos, que rebuscaban medios de que cada vecino tuviese una cuestión judicial para explotarlo.

Los criminales que estaban en la cárcel tenian la seguridad de salir de ella pagando al oficial de la causa dos, tres, ó más onzas de oro, según la gravedad del delito y los recursos monetarios con que contaba, y muchos salian sin gastos, interpuesta la influencia del Mar-

ques Calvo, ó de otros magnates que protegían y estaban en connivencia con los malhechores.

La sociedad de los *Ñáñigos*, al mismo tiempo, estaba en su apogeo en la Habana. Esta sociedad, importada de lo más inculto del Africa, tenía y tiene por objeto asesinar y robar; es contraria á las leyes de la naturaleza y la demostración más patente de la barbarie. Donde quisiera que se asocian dos hombres es con el fin de procurar su bien recíproco; los *ñáñigos*, sin embargo, se dividen en secciones ó juegos, y el individuo inscrito en el juego de un barrio no puede ir á otro barrio sin peligro de su vida porque le atacan sus consocios. Muy á menudo en las calles de la Habana se libraban y se libran, reñidos combates en que hay muertos y heridos, y con frecuencia son los transeúntes víctimas de las balas de estos malvados. ¡Oh ignominia del pueblo y del gobierno! Del gobierno porque tolera la existencia de esta sociedad y del pueblo porque hay miles de individuos blancos, principalmente peninsulares, metidos á *ñáñigos*.

Terminaremos este rápido bosquejo del gobierno de Vives en Cuba, diciendo que hay dos sistemas para establecer la tiranía: el uno es por medio del terror, el otro corrompiendo las costumbres. Ambos han dado funestísimos resultados en todos los tiempos de la Historia á pueblos y tiranos y han solido aparecer unidos, como sucedió en la época degradante de los Césares romanos. Solo la libertad, moderada por leyes benéficas, hace felices las naciones. Veinte y tres siglos han pasado desde que dijo Hipócrates que el despotismo había destruido los poderosos imperios de Asia degenerando á sus habitantes y que Europa se había engrandecido intelectualmente por sus aproximaciones á la libertad. Vives, favoreciendo el libertinaje, fué un tira-

no, como lo fué posteriormente don Miguel Tacón, valiéndose del terror.

CAPITULO VII.

VIRGINIA.

El Orangutan era el ayuda de cámara de Alberto: le servía el café con leche al amanecer: dormía sobre una estera de enea delante de su cama, y cuando los dos salían por la mañana, tomaban la calle de O'Reilly, pasaban por la Puerta de la muralla, que nombraban Puerta de tierra, y se dirigían á lo que es hoy el pintoresco parque del Prado, tan embellecido por suntuosos y elegantes edificios. Entonces le rodeaban barracones de madera, en cuyo frente, al amanecer, exhibían los traficantes de carne humana su mercancía. Ponían los esclavos en hileras, y allí iba el que quería comprar un *bozal*. Los robustos, jóvenes y sanos, hembras y varones, valían trescientos pesos; los *molecos* [negritos de ocho á doce años] ciento cincuenta, ó doscientos; los niños en la lactancia cincuenta pesos; y cuando el comprador despiadado y sin conciencia los arrancaba del seno maternal las madres se deshacían en llanto. Un anciano podía obtenerse en cien pesos. Se separaban todos los días los padres de los hijos, los esposos de las esposas, los hermanos de los hermanos.

Los habitantes de la Isla, educados por los españoles y éstos por los romanos, que desde la publicación de las doce tablas, embrión de su edificio legislativo, consideraban al esclavo como cosa no como hombre, se habían acostumbrado á este proceder inhumano, que no respetaba en aquellos infelices los dulces lazos de la familia.

Para atenuar lo horrible y degradante de este cuadro debemos decir que las familias cubanas trataban á sus esclavos domésticos con notable benevolencia. El rigor de la esclavitud estaba en los campos, en los grandes cafetales, como des ués lo estuvo en las plantaciones de caña de azúcar; en las ciudades más parecían hijos que siervos.

Este tráfico abominable, de que no debemos culpar solo á España, estaba en Cuba en toda su fuerza, á pesar de lo convenido en el Congreso de Viena de 1814, al que concurrieron nueve soberanos y los delegados de todas las potencias cristianas, entre los cuales figuraban personajes de celebridad universal, como Richelieu, Wellington y Talleyran, y á pesar también de los grandilocuentes discursos de Pitt en el Parlamento inglés, de los generosos esfuerzos de los cuáqueros de los Estados Unidos y de los filántropos de todo el mundo.

Nada podía contener la desmedida ambición de los plantadores del Sur de dichos Estados, del Brasil y Cuba, hasta los días del esclarecido varón Abraham Lincoln, que hizo pedazos la cadena del esclavo, después de una guerra de titanes.

Desde esa memorable fecha fué imposible que el coloso del Norte de América tolerase en su vecindad la úlcera gangrenosa de la esclavitud, y España se vió en el caso de ser justa.

Al poco tiempo de desempeñar Alberto el cargo

de jefe de policía, aunque disipaba enormes sumas en el juego de naipes con los aristócratas, era dueño de hermosos edificios en la capital y de un valioso plantío de cafetos; y como todos los días visitaba los barracones y compraba uno ó más *lozales*, que Viñas y los demás importadores le vendían á precios muy módicos con el fin de tenerlo grato, el plantío estaba perfectamente asistido y rendía abundantes cosechas.

Por este tiempo vino Achad á la Habana.

Sucedió que se había entregado á la lectura de los libros del físico, que casi se aprendió de memoria. Conocía las doctrinas médicas de Hipócrates, de Galeno, de Celso, & y le eran familiares todos los trabajos de los profesores contemporáneos mas célebres de aquel tiempo: Broussais, Dupuytren, Nelaton &.

Esta lectura le puso delante un mundo de bellas ilusiones, no fundadas en la popularidad, ó en el lucro, sino en el ánsia de descubrir nuevas verdades. Creía con una convicción profunda que todas las enfermedades, la tisis, la elefantiasis & son curables, y que para cada enfermedad existe en la naturaleza un específico que le sirve de antídoto, á la manera que él curaba el envenenamiento producido por las mordeduras de sierpes, y Jenner había descubierto en el *cow-pox* el preservativo de la viruela. Opinaba que la mortalidad en el mundo podia ser disminuida en más de la mitad; que la vida del hombre debe durar lo menos cien años, salvo las lesiones orgánicas congénitas, los grandes padecimientos morales, los excesos del vicio y los accidentes fortuitos. Fundaba esta creencia en que todas las plantas y animales, menos el hombre, tienen señalada la duración de su existencia cuando no es destruida por causas ajenas á su naturaleza, y decía que para que se lograra esta longevidad era necesario llegar al co-

nocimiento de las propiedades de los cuerpos en su relación con la patología.

El médico de los bosques preconizaba de este modo, presentia, las grandezas de la química, que empezaba á dar débiles pasos con los experimentos de Levoisier. Según él, numerosas enfermedades debían ser curadas químicamente, y la primera y más útil de las ciencias es la higiene.

Achad no vestía ya al estilo de su país: usaba frac, chaleco y pantalones negros, corbata blanca y sombrero de copa. Como era de bello y expresivo semblante y de cuerpo esbelto, al verle parecía un joven doctor de la facultad de París que acababa de graduarse.

Su residencia en medio de tantos salvajes, ó de hombres semicivilizados por las misiones que estableció Felipe II en las márgenes del Orinoco y á los cuales solo se les enseñaban las prácticas religiosas del catolicismo y la obediencia al Rey de España, le era insoporable. Parecíale que vivía encerrado entre paredes de granito, que inútilmente pugnaba por romper, y su imaginación volaba á otras regiones en pos de conocimientos que satisficiesen su insaciable sed de saber.

Determinó ir á París, cerebro del mundo, como lo llama Víctor Hugo; y acompañado de Otomaco, llevando la biblioteca del físico, se embarcó en una goleta que salía para la Habana para seguir de allí á Europa.

El general Vives había decretado severas medidas en el puerto: todo el que llegaba y quería desembarcar tenía que hacer una explicación del objeto de su venida á la Isla.

Presentáronse Achad y Otomaco al Jefe de policía, y fué grande su sorpresa al reconocer en este funcionario al antiguo Comandante.

Alberto los recibió con las muestras de la mayor

estimación, y no quiso que estuviesen en un hotel los días que debían pasar en la Habana, sino en su propia morada.

La Providencia, le dijo á Achad, parece que os ha traído: se halla enfermo de la mayor gravedad con tifóidea el hombre que me acompaña y vela por mi persona, el negro José Bárbaro. Esta mañana ha habido junta de médicos y todos han dicho que morirá de hoy á mañana. ¡Oh amigo! Id sin dilación á salvarlo.

Achad y Otomaco se instalaron en la casa del Marques.

Achad fué conducido inmediatamente al cuarto donde estaba moribundo el Orangutan. Tenía una fiebre de cuarenta grados y dos décimos, diarreas involuntarias y sudores profusos, y estaba en el letargo del coma.

Hallábase arrodillada delante de su lecho Virginia, joven negra de notable belleza y clarísimo talento, que era esclava del Marques.

Como en la morada de los grandes aristócratas de la Habana había quince ó veinte sirvientes negros y cada cual tenía señalado su oficio, Virginia y su madre Paulina se empleaban en conservar la limpieza de los muebles de la sala y cuartos y de arreglar el mullido lecho de su señor. Contaba Virginia quince años y cuando solo tenía doce era grande su aplicación al estudio, mas solo logró aprender á leer de corrido, que era lo que podía enseñarle el gallego portero de la casa.

Suplicó á Mr. Peiregot que le diese lecciones, y éste accedió á su deseo.

Mr. Peiregot era un eminente sabio que vino á Cuba en 1794. Había sido catedrático de humanidades de la Universidad de Paris y al estallar la revolución del 89 se afilió en el partido de los Girondinos. Tan-

por sus opiniones políticas como por ser pariente de Verniaud, el Demóstenes de la Gironda, y por sus luminosos é hirientes artículos de periódicos contra Robespierre y Marat, fué condenado á muerte al subir al poder el partido de la Montaña.

Mr. Peiregot, republicano genuino, amaba la libertad, que era el ángel de sus amores, mas le horrorizaba tanto derramamiento de sangre.

El 3 de Diciembre de 1793, veinte y dos ilustres gironinos, entre ellos Verniaud, fueron llevados en cinco carretas al patíbulo; todos iban cantando las sublimes estrofas de la Marsellesa, menos Valazé, que se suicidó en el salón de la Asamblea; mas su cadáver iba también en una de las carretas.

Aquellos veinte y dos esclarecidos filósofos y consumados clásicos, gloria de la humanidad, habían sido los fundadores de la República. Cometieron el error de no proclamarla á tiempo: en el curso de las grandes conmociones de los pueblos siempre hay instantes en que parece que los acontecimientos se detienen para tomar rumbo; y cuando por falta de previsión los hombres de Estado no los aprovechan, el movimiento vertiginoso multiplica sus fuerzas, toma las formas de una violenta tempestad y destruye cuanto se opone á su paso: hombres, instituciones y creencias.

Mientras París presenciaba sobrecogido el cruento sacrificio y rugía furiosa la revolución, Mr. Peiregot atravesaba los Pirineos con mil peligros y penas. Logró ganar la frontera española, llegó á Irun y de allí á Bilbao, donde tomó pasaje en el primer buque que salió para la Habana, pues el Marqués del Valle lo conoció y trató en París y le había propuesto que se hiciese cargo de la educación de sus hijos Enrique y Arturo, el último muerto hacía diez meses de resacas de la caída de un caballo.

Colocóse en efecto Mr. Peiregot de mentor de los dos jóvenes, y después de completada su educación, el Marqués no permitió que dejase su casa.

Virginia le presentaba todos los días frutas, aromáticos ha-

banos etc., le zurcía la ropa, le regalaba ricos pañuelos de fina holanda bordados por ella misma; entraba en su cuarto, pasaba el cepillo á su frac y su sombrero de copa y el plumero á los estantes de libros que cubrían las paredes, en fin, lo arreglaba todo. Pronto el buen anciano la miró como una hija y las lecciones no fueron solo de gramática, escritura y aritmética, sino de dibujo, de pintura, de francés, de latin y hasta de filosofía.

Sin que nadie lo notase llevaba Virginia tres años de aprendizaje cuando sobrevino la enfermedad del Orangutan, y era tal su resolución de pulir su espíritu que aun en las horas de la noche se la veía á la luz de la vela de esperma (no se conocía el gas carbónico del alumbrado) siempre con el libro, la pluma ó el lápiz en la mano.

A veces también componía versos bastante armoniosos, los cuales presentaba á Mr. Peiregot y éste les corregía las faltas, la instruía en las reglas de la poética y le proporcionaba obras de los mejores autores para que fuese adquiriendo buen gusto.

Virginia tocaba admirablemente el arpa, instrumento que estaba de moda como hoy los pianos.

Cinco días había pasado sin dormir al lado del enfermo, y como era de complexión delicada, su salud comenzó á resentirse.

Las facciones de Virginia parecían moldeadas por el tipo caucásico: la raza etiópica se perfecciona notablemente bajo el suave clima de Cuba; sus ascendientes eran naturales de la Guinea septentrional.

Achad dispuso que el enfermo fuese sin dilación introducido hasta el cuello en una tina de agua fría, y que una persona le echase chorros continuos en la cabeza. Allí lo tuvo cuatro horas, al cabo de las cuales le dió una dosis del cocimiento de cierta hierba.

Al otro día igual baño é igual dosis del mismo co-

cimiento; pero solo estuvo en la tina tres horas; al otro dos; al otro una; al otro habia entrado en convalecencia, y solo le aquejaba una profunda debilidad.

Los médicos modernos suelen emplear el agua fria en los casos de tifoidea, y algunos los sustituyen con baños de esponja de vinagre aromatizado. Los médicos del Orinoco desde tiempo inmemorial usan este remedio. “Los guaibas y chiricoas, dice el Padre Gumilla que escribió en el último tercio del siglo XVII, son sumergidos en barro fresco, con solo la cabeza de fuera, para que se les quite la calentura.”

Mr. Peiregot dijo un dia á Virginia: Hija mia: abrigo el vivo anhelo de dar el último adios á la Francia antes de descender al sepulcro, y he proyectado que me acompañen tú y Paulina. No tengo esposa, ni hijos, ni hermanos; todos han dejado de existir y serás mi heredera. Bien sé que al llegar al Bearne nadie me conocerá; ¡seré extranjero en el pais en que ví la luz! He estado cinco lustros ausente. Además: el hombre que vive más de sesenta años máxime si se ha interpuesto una revolución como la del 89, cuando vuelve la vista atrás solo ve un cementerio. Las generaciones, segadas por la muerte, son como sombras fugitivas, ó como las cañas de las plantaciones, que caen al filo del machete. Sin embargo, la humanidad no figura únicamente en primer término en el paisaje encantador de la patria: allí están los sauces, los sicomoros, los pinos, los castaños á cuya sombra pasaron los juegos de mi infancia; allí están los pintorescos valles, la colina, los bosques; allí está el Nive, en cuyas aguas refrescaré mi frente. Oh! ¡y qué dulce debe ser la vuelta á la patria, qué dulce la melancolia de los recuerdos! En fin, Virginia, prepárate para el viaje. Ya verás cuán grata te será tu estancia en Paris. En

esta tierra de esclavitud jamás podrás elevar tu espíritu al ideal de lo noble, lo bueno, y lo bello.

Mañana pagaré al Marques el precio de tu libertad y el de tu madre.

Padre mio, dijo Virginia, no puedo, no puedo acompañaros, y prorrumpió en llanto.

¿ No puedes acompañarme ? ¿ Por qué causa ?

Ah ! vuestra incomparable bondad me obliga á abrir mi pecho: yo amo.—

Amas ? ¿ á quién ?—

Al Orangután.

Mr. Peiregot retrocedió asombrado y exclamó: ¡ Al Orangutan ! á ese monstruo que solo tiene de humano la figura, á ese sér envilecido que sirve de instrumento á la tiranía, á esa fiera que goza aplicando bárbaro tormento á los hombres de su raza. Oh ! renuncia á ese loco amor, que te conducirá á las mayores desventuras.—

Oh padre mio: prefiero las cadenas de la esclavitud, prefiero ver laceradas mis carnes por el foete del Mayoral, prefiero manejar la azada bajo los ardores de un sol de fuego, prefiero, por último, todos los males que pueden sobrevenirme, con tal de no hallarme lejos de José.

Oh ! ¡ qué horror ! exclamó Mr. Peiregot, ¡ qué desgraciada eres y qué desgraciado soy ! Creí tener en tí el ángel de bondad que cerrase mis ojos. ¡ Todas mis ilusiones han desaparecido !

Dos gruesas lágrimas corrieron por las mejillas del anciano. Vete, vete, hija mia, añadió.

Escuchadme una sola palabra, padre mio, exclamó Virginia sollozando: La instrucción y la educación pueden hacer un hombre bueno del que llamais monstruo.

Mr. Peiregot, con profundo malestar, se dejó caer en su lecho. Virginia se dirigió á su cuarto, se encerró y derramó un torrente de lágrimas. Se acusaba á sí misma de haber herido el sensible corazón de aquel anciano, á quien era deudora de tantos beneficios y que le prometía un porvenir tan hermoso. Se acusaba de vil ingratitud por ceder á una pasión desordenada; pero á pesar de esta lucha del amor y el deber, no se consideraba capaz de olvidar á José Bárbaro. ¡ Oh caprichos del dios que pintaban vendado los antiguos !

Aquella noche habia un suntuoso baile en la morada del Marques, por ser el cumpleaños de Clementina Montgomery, á la que aquel amaba con delirio. Todos los criados de la casa estaban en movimiento, mientras la infeliz joven permanecía encerrada, con fiebre, y Mr. Peiregot entregado á un intenso dolor.

El Marques y Clementina rompieron el baile con un rigodon, y ésta deslumbraba por su belleza; mas, triste y pensativa, no podia disimular que la atormentaba una pena abrumadora.

Allí estaba Margarita Montgomery, prima de Clementina; pero no bailó. Habia concurrido por no desagradar al Marques, pues siendo padre de Arturo, su abstención hubiera demostrado que guardaba un respeto á su memoria que él habia echado en olvido. Arturo estaba en vísperas de casarse con Margarita cuando la caída de un caballo, como queda dicho, le privó de la vida hacia diez meses.

Achad conoció á Margarita en el teatro "El Diorama" antes de que aconteciese esa desgracia, y desde entonces sintió hacia ella un grande y puro amor; mas con resolución estoica trató de sofocarlo, entrando en lucha perseverante consigo mismo.

Entregábase afanoso al estudio y á sus ocupaciones

de médico buscando en vano el olvido, y cada vez que volvía á la ciudad de sus diarias excursiones al campo, se entretenía en escribir cartas á Margarita, que jamás se atrevió á mandarle, aun^o después de la muerte de Arturo. Le parecía imposible que una dama de la alta aristocracia cubana, perteneciente á una raza altiva y dominadora de la suya, se dignase fijar sus miradas en un pobre indio.

Virginia, que hacia mucha estimación de Achad y se interesaba en su suerte por haber salvado la vida á José Bárbaro, recogía las cartas que Achad iba arrojando en el bufete. Esto lo hacia todos los dias al arreglar el cuarto, y en seguida llevaba aquellas páginas empapadas de amor y ternura á Margarita, á la que conoció por haber pasado D. Alejandro Montgomery y su familia en el ingenio Mariana el anterior estio.

Al principio Margarita no se dignaba leerlas, y le causaba hilaridad la pintura que le hacia Virginia de los sufrimientos de Achad; mas al poco tiempo, sin dejar de mostrarse insensible y fria á la expresión de tanto afecto, recomendó á Virginia que le fuese llevando todas las cartas del enamorado joven.

Desde que Achad vió en el baile á Margarita, radiante de belleza, se enardeció su pasión en tales términos que dejó de ser aquel que en otro tiempo soñaba con las ciencias y aspiraba á arrancar sus secretos á la naturaleza, su pensamiento estaba fijo en Margarita.

Por lo demás, el renombre del médico indio se habia extendido por las ciudades y los campos. Todos los propietarios de cafetales y plantaciones de caña de azúcar celebraban con él igualas, es decir, le señalaban un sueldo para que asistiese á los esclavos enfermos; así es que le faltaba tiempo para ir de finca en finca, mientras los médicos sin clientela, llenos de envidia, tenían

muy á mal que un curandero, sin título universitario, les hiciese competencia, y no ocurrían en queja á las autoridades porque sabían que estaba protegido por el Jefe de policía. Distinguíase entre sus opositores el Licenciado don Marcelino Rengifo, que no cesaba de escarnecer á Achad; pero día por día era mayor la confianza que éste inspiraba al público.

Era el Licenciado Rengifo un barbero de Cádiz, llamado Juan Rodríguez, que sustrajo el título del Licenciado don Marcelino Rengifo, médico de la Universidad central, muerto en aquella ciudad. Tuvo la audacia de apropiárselo y presentarse en la Habana, donde fácilmente lo revalidó. Al principio halló una acogida muy favorable, principalmente entre los peninsulares; mas pronto sus desaciertos costaron la vida á muchas personas y se vió absolutamente sin clientela.

Achad no pertenecía al número de los curanderos que tanto abundan, de esos charlatanes é ignorantes que matan más que las enfermedades; era médico al estilo que lo son los de su país y abonaban el merecimiento de ese título su consagración al estudio, sus notables aptitudes, su desinterés y sobre todo, la prenda más bella en un sacerdote de la salud: el amor á la humanidad.

CAPITULO VIII.

SOBRE LA REGENERACION DEL ESPIRITU HUMANO.

Mr. Peiregot llamó á Virginia y le dijo: ¿Por fin, Virginia, persistes en no acompañarme en mi viaje á Francia?

—Si llevais á José Bárbaro, ya casado conmigo, estaré con vos toda mi vida. Creedme, padre mío: José tiene, como todo hombre un fondo de bondad: sus de-

fectos nacen de su pésima educación y de su ignorancia. ¿Cómo quereis pedir á la esclavitud personal las cualidades morales que nacen y crecen á la sombra de la libertad y del pulimento del espíritu? ¿Cómo quereis que en el medio ambiente en que ha vivido broten las virtudes que ennoblecen y no los defectos que degradan?

Mr. Peiregot reflexionó un momento; después dijo: Tienes razón, hija mía; mira: haremos la prueba. Trataré de educar á José, como si yo fuese un domador de fieras, y para ello aplazaré mi viaje á Europa; mas ¿cómo podrá ser esto si no se separa un instante del Jefe de policía?

El Jefe de policía, dijo Virginia, duerme dos horas de siesta todos los días, de las doce á las dos; aprovechemos esas horas.

Al otro día, después de dadas las doce en el reloj de la catedral, Mr. Peiregot estaba en su cuarto sentado en un sillón.

Imponían respeto sus pocos cabellos, blancos como la nieve; su calva, color de rosa; su espaciosa frente, su mirada llena de inteligencia, y la expresión dulce y benévola de su semblante. Parecía una figura escultural.

Estaban delante de Mr. Peiregot, José Bárbaro y Virginia, cada uno sentado en una silla, silenciosos, con el mayor recogimiento. José fijaba sus ojos en el anciano y en seguida en Virginia, como diciéndole: "Gran triunfo has alcanzado sobre mí poniéndome á la escuela."

Mr. Peiregot tomó la palabra diciendo: continuaré ¡oh Virginia! la lección que quedó ayer pendiente, y comenzaré con la ley de Dios, que es ley natural y base del cristianismo.

En todo lo que he leído sobre las religiones de Bracma, de Buda, de Mahoma, no he hallado palabras más bellas que estas del Decálogo: "Ama á tu prójimo como á tí mismo."

¡El amor! He aquí el supremo bien del hombre. Es un sol que disipa las tinieblas, es el rocío que cae sobre la planta. En política representa la tolerancia; en la religión el Verbo, en el hogar doméstico la paz y la dicha de la familia.

Del amor nacen: la amistad, la gratitud, la conmiseración, el perdón de los agravios, en fin, todas las buenas pasiones, y del odio las malas.

Amad á vuestros semejantes y sereis felices ¡ay del que aborrece!

El amor no permite que miremos con indiferencia las penas de los demás; al contrario, nos hace partícipes de ellas. Aquel, por ejemplo, que siente placer dando crueles azotes á un esclavo, infringe las leyes divinas y humanas, es un verdugo, es un monstruo.

El Orangutan, que casi toda su vida se habia ocupado en manejar el foete como contramayoral, hizo un movimiento eléctrico como queriendo levantarse lleno de ira; mas estaba dominado por su amor á Virginia, miró á ésta, y siguió oyendo tranquilamente, resignado, á Mr. Peiregot, quien prosiguió diciendo:

Cuando presencio un novenario, cuando veo á un robusto negro dejar caer veinte y cinco y hasta cien veces el cuero con punta metálica sobre las carnes de uno de sus compañeros de esclavitud, y repetir lo mismo durante nueve dias; cuando veo correr la sangre de la víctima y oigo sus gritos de dolor y desesperación y sus gemidos que van extinguiéndose no pocas ocasiones con el aliento de la vida, mis nervios se sublevan, cualquiera que sea la falta que hubiese cometido, y qui-

siera que el azotado fuese el azotador y el azotador el azotado. Oh ! maldita sea la esclavitud y malditos los primeros malvados que envenenaron las aguas del océano conduciendo en sus naves á los prisioneros etíopes á las colonias inglesas, españolas y portuguesas de América.

Mr. Peiregot estaba inspirado: el Orangutan lo miraba fijamente poseído de sorpresa; jamás había oído aquel lenguaje, que penetraba en su alma como el benéfico bisturí del cirujano en la úlcera gangrenosa.

Nunca fué tan grande la Francia, siguió diciendo el anciano abolicionista, como en el solemne instante en que la Convención nacional pronunció aquellas célebres palabras: *sálvense los principios y perezcan las colonias*, es decir, desaparezcan el azúcar y el café de las Antillas y consérvense los derechos naturales del hombre. Esa riqueza material era un estigma en la frente de la Francia, cuna de los valientes, de los sabios y de los filántropos. ¡ Oh patria mia ! cuántas veces, en todos los tiempos de la Historia te has sacrificado por el bien de la humanidad ! ¡ Y qué derechos tan sagrados los que la Convención quería devolver á los esclavos: aprovecharse de su propio trabajo, formar familia & !

Mr. Peiregot continuó tratando este asunto largo rato: la entendida y espiritual Virginia le comprendía perfectamente; el Orangután á medias.

Cuando hubo concluido dijo, sacando del bolsillo una cartilla: Ahora, señor José, tratemos de que usted aprenda á leer y escribir lo más breve posible. El que no sabe leer es como el ciego de nacimiento; es, en las luchas de la vida, como el soldado que entrase desarmado en las batallas.

La lectura nos pone en comunicación con el género humano, nos trasporta en espíritu á todos los países

y á todas las épocas de la Historia, nos da á conocer nuestros deberes y nuestros derechos, nos inspira amor á lo justo, nos hace compasivos, nos instruye, nos deleita y nos consuela en las mayores adversidades.

Mire usted: esta es la A, esta es la B, esta es la C; pronúncielas usted.

El Orangutan repitió con facilidad A, B, C, y miró á Virginia sonriendo con pueril satisfacción por haber vencido aquella dificultad.

Mr. Peiregot prosiguió: D, F, G, y el Orangutan tambien repitió con palabra clara: D, F, G, y volvió á mirar sonriendo á Virginia.

Bien! dijo Mr. Peiregot. Mañana espero que distingáis estas seis letras, aparte unas de otras. No quiero fatigar vuestra memoria alargando la lección.

A los seis meses el Orangutan sabia leer y escribir y las cuatro primeras reglas de la aritmética. Se habia aficionado tanto á la lectura que antes de echarse á dormir en su estera de enea delante de la cama del Jefe de policia pasaba largas horas leyendo en los libros de Mr. Peiregot á la luz de la vela en la alcoba inmediata, de lo que Pontoni se alegraba porque asi era más eficaz su vigilancia sobre su persona.

Un dia el Orangutan, á la hora de clase, se presentó muy agitado. ¿Qué te pasa, le preguntó Virginia, estás conmovido?

¿Qué le sucede, señor José? dijo Mr. Peiregot.

Me sucede lo siguiente: hoy me llamó el Jefe de policia y me previno que acompañase al Ejecutor de apremios del Ayuntamiento, pues se trataba del embargo y remate de varias casas que debian derechos municipales, y se queria desalojar á las familias que las ocupaban. Por supuesto, señor, dijo el Orangutan con amargura, á mí se me llevaba para inspirar terror. ¡Soy

como los muñecos que ponen los arroceros en los campos para espantar los pájaros! ¿Y qué habia de hacer? Fuí a desempeñar mi vil oficio. ¡Soy esclavo, soy cosa, no soy hombre!

La primera casa á que llegamos está en el recinto de la muralla, es húmeda, deteriorada y pequeña. La habita una pobre viuda: nos recibió vestida de harapos, y rodeada de seis niños, el mayor de nueve años, los cuales al verme huyeron despavoridos y se ocultaron en el aposento. El Ejecutor leyó á la infeliz madre la orden de que desalojase la casa en el acto, pues estaba vencido el plazo de tres dias que se le habia concedido, y ni habia pagado los cien duros que debia al Municipio, ni se habia mudado.

La pobre mujer prorrumpió en sollozos y lágrimas exclamando: ¿A dónde iré? Hoy ni siquiera tenemos con qué desayunarnos, y mis angelitos mueren de hambre.

Los niños al oír los sollozos de su madre comenzaron á gritar. ¡Oh qué cuadro! ¡qué cuadro!

Yo no pude contenerme. Metí la mano en mi bolsillo, saqué seis pesos que en él llevaba, los dí á la mujer para que ella y sus pequeñuelos se alimentasen, y dije al Ejecutor: Entréguele usted el recibo de los cien pesos á esta señora, que yo pagaré esa suma por ella.

La desventurada viuda al oír mis palabras cayó de rodillas en mi presencia y bañó mis plantas con sus lágrimas exclamando: “¡Sois mi Providencia, bendito seais!”

Mr. Peiregot exclamó mirando á Virginia: ¡Hemos triunfado!

Sí, dijo Virginia rebosando de alegría, hemos triunfado.

Hija mia, dijo Mr. Peiregot, serás la esposa del señor José, y mañana, día de mi cumpleaños, tú, él y tu madre, sereis personas libres de servidumbre.

Señor, dijo el Orangutan, no teneis que pagar por mí el precio de mi libertad. Poseo con el producto de mi conuco cuatrocientos pesos sin contar los ciento que abonaré al Ejecutor de apremios del Ayuntamiento.

El Jefe de policia, dijo Mr. Peiregot, es el verdadero dueño de los bienes del Marques, y pide por cada uno de vosotros mil pesos, aunque en el mercado se venden los hombres más sanos y jóvenes á trescientos.

¡ Oh qué injusticia ! ¡ oh infanda esclavitud, cómo perviertes el sentido moral ! El propietario del esclavo tasa sus más bellas cualidades, y mientras más obligado debia estarle por sus merecimientos y servicios más le dificulta el acceso á su libertad personal, á su dicha. Hay que entregar tres mil pesos, y ya los tengo preparados.

Al otro dia se hallaban libres de servidumbre Virginia, su madre Paulina, y el Orangutan.

Cuando Mr. Peiregot vino á la casa con las tres cartas de libertad, otorgadas ante un notario, Virginia tenia preparada en la habitación de aquel una mesa cubierta con lindos ramos de flores, dulces y algunos vinos.

Se hallaba en el cuarto, Virginia, Paulina y José Bárbaro, que estaba desconocido: se habia cortado el cabello y rasurado la barba, el bigote y las crines de las sienes. Traia camisa blanca con botonadura de oro, chaleco negro, pantalón blanco, corbata idem y botines de charol. Habia cambiado no solo en lo intelectual sino en lo físico.

Mr. Peiregot puso sobre la mesa las cartas de libertad y una ráfaga de indecible alegría brilló en los semblantes de los tres libertos. Virginia dijo : Padre mío:

gracias por tantos y tan incomparables beneficios. Gracias, señor, gracias, dijo el Orangutan; y Paulina, adelantándose, besó repetidas veces las manos del anciano y prorrumpió en llanto, tan emocionada que no pudo articular una palabra.

Padre mío, dijo Virginia: he compuesto un himno para expresar lo que siente mi alma en vuestro día natal. Son muy defectuosos tanto la música como la letra; mas si me lo permitís, lo cantaré al son del harpa.

Sí, sí, hija mía.—

Virginia tomó el harpa y cantó con voz armoniosa su himno pidiendo al Cielo por la salud y la vida de su bienhechor.

Desde aquel día solo hablaron del viaje á Francia. Aquel sabio filántropo había hecho un hombre de una bestia. Los gobiernos pudieran realizar este mismo prodigio en las sociedades humanas que se hallan en las tinieblas de la ignorancia; la educación y la instrucción forman una segunda naturaleza.

Pactado el matrimonio de los dos libertos se presentaron al Marques, y Virginia, que era muy humilde, le dijo: Señor: José y yo venimos á participarle que queremos casarnos y esperamos el permiso de su merced.

Muy bien, muy bien, dijo el Marques, siempre he propendido á que mis esclavos formen familia.—

También le participamos que hemos determinado domiciliarnos en Paris.—

¿Cómo? ¿De cuándo acá los esclavos toman determinaciones de ese género sin contar con la voluntad de su dueño?

Nosotros no somos esclavos, señor; somos personas libres. Mi madre, José y yo hemos comprado y pagado nuestra libertad. El señor Pontoni ha recibido mil pesos por cada uno de nosotros.

¡Mil pesos! dijo el Marques, ¡qué exceso!

El Marques no sabia que sus tres esclavos se habian libertado; estaba absolutamente desentendido de sus bienes, que Alberto manejaba cual si fuesen de su exclusiva propiedad. Solo iba el anciano alguna vez al escritorio para disponer que se pagasen á los joyistas las valiosas joyas que iba comprando con loco afan para regalarlas el dia de la boda á Clementina Montgomery, con la que trataba de contraer matrimonio.

El Marques añadió, dirigiéndose á Virginia: Pontoni ignora que José me salvó la vida en el cafetal Mariana, y que mi difunta esposa te crió como hija. Guarda.

El Marques se acercó á una mesa donde habia pluma, papel y tintero, se sentó en una silla, escribió algunos renglones en un papel y lo dió á Virginia, diciéndole: lee.

Virginia leyó:

"Señores Fernández, Cañizares y Ca.

Sírvanse entregar á la morena Virginia tres mil pesos con que la he dotado, y cargar esta suma en cuenta á su affmo. seguro servidor Q. B. S. M.

El Marques del Valle."

Virginia dijo: Muchas gracias, señor; el Cielo recompense tanta generosidad.

Trata bien á Virginia, José; es lo que tengo que recomendarte, dijo el Marques.

Sí, señor amo, contestó el Orangutan.

Mírenlo, dijo el Marques, parece un *Gentleman*.

Virginia soltó una carcajada y José sonrió.

El Marques continuó: Esta transformación es de bida en mucha parte á haberse afeitado las crines de las aienes, ja, ja, ja.

Virginia soltó otra carcajada y José volvió á son-

reir con amargura recordando la necesidad con que pretendia inspirar horror, y su infame papel al servicio del Jefe de policia.

Esos tres mil pesos, dijo el Marques á Virginia, no les vendrán mal en Paris, y si los gastan y se ven sin recursos, escribanme para enviarles el valor del pasaje, á fin de que puedan volver á la Habana. No les faltarán en mi casa el pan de todos los dias y un cuarto donde se alberguen. Id con Dios y él os haga felices.

Adios, señor.—

Los dos libertos besaron la mano á su antiguo benéfico señor y se retiraron.

A los pocos dias estaban casados.

CAPITULO IX.

CLEMENTINA Y ENRIQUE SE AMABAN DESDE LA INFANCIA.

Clementina Montgomery era objeto de todas las celebraciones: la belleza, el talento, la instrucción y la gracia realzaban sus virtudes. Hablaba el inglés y el francés, conocia la teneduria de libros por partida doble &c.

No habia cumplido diez y seis años y ya solicitaban su mano varios personajes de la más alta aristocra-

cia. Distinguíase entre todos el Marques del Valle, que sin duda era un partido ventajoso en cuanto á su inmenso caudal; pero que contaba sesenta primaveras.

Era el doctor don Alejandro Montgomery, padre de Clementina, un antiguo abogado del pais, tan respetado como querido por su sabiduría, su honradez y su bondad. El y su esposa doña Mencia González, se empeñaron en que se efectuase cuanto antes su matrimonio con el Marques.

Las lágrimas que derramaba Clementina en la soledad y el quebranto de su salud fueron consecuencia de la repugnancia que experimentaba por ese matrimonio; mas como efecto de su natural timidez y el profundo respeto que le inspiraban sus bondadosos padres, jamás se atrevió á contrariarlos, y guardaba silencio cada vez que le hablaban del Marques, lo cual interpretaban ellos como una aprobación de sus proyectos.

No era la desigualdad de edades la causa de esta repugnancia: Clementina amaba á Enrique, hijo del Marques. Su primer amor, sus más dulces recuerdos, pertenecían á éste ser venturoso y érale imposible aceptar la mano de otro hombre.

Enrique por su parte amaba con delirio á Clementina. Hacia cerca de dos años que habia salido á viajar para instruirse; así lo dispuso el Marques sugestionado por Alberto, quien deseaba alejarlo para dominar por completo al anciano. Era tal la influencia que habia adquirido en el ánimo de éste con sus zalamerías que podia decirse que le habia robado la voluntad. De esta manera únicamente podia suceder que un padre tan amoroso se separase por largo tiempo de un hijo en quien fincaba todas sus esperanzas y que era un modelo de virtud.

El itinerario del viaje trazado por Alberto revelaba sus intenciones: debía Enrique dirigirse á la China, después á la India y de allí á Europa y América.

Embarcóse en el bergantin Astrea que se dió á la vela para Canton, y desde ese día nada se supo de él.

Los que han ido al Celeste Imperio saben cuán eternos y desesperantes son los días en unos mares donde si no sopla el monzon permanecen los buques de vela hasta meses casi inmóviles. Con todo, el tiempo transcurrido era suficiente para que por conducto de la Mala inglesa, que ya recorría los más escondidos rincones del mundo, hubiese escrito una carta dando noticia de su paradero. Asegurábase que había muerto en Calcuta, asesinado por robarle; otros decían que el Astrea había naufragado; otros que en una cacería lo había devorado un tigre en Bengala &c.

Estos fatídicos anuncios corrían en la Habana con gran regocijo de Alberto, y todos lamentaban el triste fin de un joven de tan bellas prendas.

Cuando se le tenía por muerto y Alberto gozaba con la idea de que hubiese desaparecido el que consideraba como un poderoso obstáculo para realizar sus planes de usurpación de los bienes del Marques, se presentó en el puerto el bergantin Jefferson, procedente de Boston, y Enrique á su bordo, lleno de alegría, en el colmo de la felicidad, pues iba á unirse para siempre á su adorada Clementina, cuya imagen no se separó un instante de su imaginación, ya estuviese en las márgenes del Ganjes, en las del Sena, el Times, ó el Hudson.

Corrió á la casa paterna y nada más patético que el estrecho abrazo del padre y del hijo. Derramaron tiernas lágrimas, y pasadas las primeras emociones el

Marques lo abrumó á preguntas sobre los países que habia recorrido.

Después de una hora de deliciosa conversación el Marques le dijo: Te dejo para que descanses; aun tenemos que hablar sobre el asunto que al presente me preocupa; voy á darte una sorpresa.

El Marques salió á la calle y subió á su volante para dirigirse á una joyería donde habia mandado á formar un terno de ricas esmeraldas de Muzo. Llevaba empleados más de cien mil pesos en joyas para Clementina.

Enrique se mudó de vestido rápidamente para ir á ver á la virgen de sus ensueños, y cuando penetraba en la sala se le presentó Alberto, le dió un abrazo y le dijo muy afectuoso: ¡Cuán grande es el placer que experimento! Estáis entre los vivos y se os creyó entre los difuntos!—

Os agradezco, señor Pontoni, vuestros sentimientos hacia mí, y celebro hallaros gozando de tan buena salud.

Todos hemos estado sumamente inquietos por el profundo silencio que habeis guardado; mas gracias á la Divina Providencia ya os tenemos aquí; habeis venido á tiempo para concurrir á las bodas de vuestro padre.

¿Cómo? ¿mi padre se casa? preguntó Enrique sorprendido.

Sí, se casa el señor Marques.—

¿Con quién?—

Con la señorita Clementina Montgomery.

Enrique palideció; parecióle que bamboleaba la casa y se dejó caer en un sillón; aquella noticia le habia herido el alma; Pontoni se la habia dado como la abeja

que al picar clava y deja su venenoso aguijón empapado en miel.

Notando el efecto que le habia producido le preguntó: ¿Qué os sucede?—

Nada, señor Pontoni, las fatigas del viaje.—

Hace un momento estábais muy reposado; otra es la causa de vuestra excitación. ¿Os desagrada el matrimonio del señor Marques? Abridme vuestro pecho; vos sabéis cuán sincera y grande es mi invariable amistad con vuestro padre y con vos; mirad en todo lo que pueda contribuir á mitigar la pena que os oprime.

Alberto empleó su infernal astucia para arrancar à Enrique el secreto motivo de su exasperación, y logró que le dijese que su padre era su rival.

Los ojos de Alberto brillaron con una alegría feroz: él habia hecho cuanto pudo para que el Marques desistiese de su matrimonio; pero inútilmente, lo cual da la medida de lo invencible de su pasión. Ahora, mediante los disturbios que iban á tener lugar entre el padre y el hijo, lograria la consumación de sus pérfidos designios.

Dirigiéndose á Enrique le dijo con el tono de la más cordial amistad: Queridísimo amigo mio: ¿por qué dudásteis un instante en hacerme la confesión de vuestros pesares? ¿Quereis que tome cartas á vuestro favor en este asunto? ¿Quereis que use el privilegio que dan los años proveyéndoo de un saludable consejo?

En el estado de ofuscación en que me hallo, contestó Enrique, es para mí una verdadera dicha.

Oh! sin duda sois muy desgraciado: amais á Clementina y vuestro padre la ama también. Debeis sofocar esta funesta pasión: emprendedlo, mi querido

Enrique: seguid viajando: las impresiones que se reciben traen el olvido.

¡Olvido! contestó Enrique. Jamás, jamás, podré olvidar á Clementina; su amor es mi único bien.

Anticipaos á vuestro padre, dijo Alberto: Pedid la mano de Clementina mañana, hoy mismo. Cuando la reconozca por hija sabrá vencerse á sí mismo.

Mañana, decís bien, pediré la mano de Clementina; sabrá mi padre nuestros antiguos amores, y...

En este instante llegó el Marques. Cuando vió la alterada fisonomía de su hijo y el dolor dibujado en su semblante, sintió una inquietud cruel, y estrechándolo entre sus brazos, exclamó con amargura:

¡Hijo mío, mi querido Enrique!

Lanzóse el joven en los brazos de su padre, y aquella escena, tierna, sublime, hubiera conmovido al mismo Alberto, si éste no tuviera un corazón insensible, frío como el mármol. Derramaron abundantes lágrimas y apenas pudo Enrique articular estas palabras: ¡Crimen!... ¡rivalidad!

Quiso decir: "esta rivalidad es un crimen" y la emoción cortó sus palabras:—

¡Qué dices, Enrique?

¡Señor Marques, señor Marques,! exclamó Alberto interrumpiendo: sírvase oírme, ¡qué mortificado estoy!

El objeto del Jefe de policía era distraer la atención del anciano, á fin de que no llegasen á una explicación; mejor era para él ir arrojando haces de leña á la hoguera. Le interesaba impedir las expansiones del alma del padre y del hijo porque sabía lo mucho que se amaban y conocía el gran fondo de bondad del Marques, capaz de sacrificarse en aras de la felicidad de Enrique.

¿Qué os mortifica, señor Pontoni? dijo el Marques desprendiéndose de los brazos de su hijo.

Me mortifica el recuerdo que ha venido á mi memoria del abandono en que se halla el cafetal "Gran Océano" con grave perjuicio de tan valiosa propiedad. El nuevo arrendatario se niega á tomar posesión sin que antes se aclaren ciertos puntos del contrato. Oh! abrumado por tantas ocupaciones habia echado en olvido ese asunto. Dignaos pasar al escritorio para que os entereis de todo.

Entendeos con el arrendatario, dijo el Marques, del modo que os parezca conveniente ¿No teneis mi poder generalísimo? ¿No sois el administrador de mis bienes, mejor dicho, mi misma persona?

Esta es una nueva prueba de confianza de las muchas que me habeis dado, señor Marques, mas esta vez me permitireis que rehuse obtenerla, pues el nuevo arrendatario, don Fernando Villalva, es mi íntimo amigo, compadre y pariente.

Sois en extremo delicado. Bien, bien, dijo el Marques dirigiéndose al escritorio, y al pasar Alberto por el lado del joven, le dijo muy quedo: Id á pedir ahora mismo la mano de Clementina; yo me encargo de lo demás.

Enrique estaba sometido al poder de aquel hombre astuto, determinó seguir su consejo, y atravesaba el zaguan para ir á la casa paterna de Clementina cuando Alberto le decia al Marques:

Cómo! ¿aun no conoceis la perversidad de vuestro hijo? ¡Crimen!... rivalidad! ¿No os dicen estas palabras escapadas de sus labios en un instante de remordimiento lo que pasa en el interior de su pecho? Cuán penoso es para mí haceros esta revelación: solo el deber y el afecto que os profeso me obligaran. Se-

ñor Marques: Enrique es vuestro mortal enemigo; pretendo impedir vuestro matrimonio arrebatándoos la prenda de vuestro amor, y si no lo logra mediante sus intrigas, concluirá por asesinaros.

El Marques quedó estupefacto, como diciendo interiormente: ¿No acaba de abrazarme mi hijo? ¿No publican sus lágrimas su inocencia? ¿Será posible que sea su abrazo el de Judas á Jesucristo?

Crimen! rivalidad! dijo Alberto.

Crimen! rivalidad! repitió el anciano.

Comprendereis fácilmente, dijo Alberto, el motivo porque se opone Enrique á vuestro matrimonio con una señorita de tan altas virtudes y distinguida prosapia: Clementina es joven, cuantos hijos tengais con ella serán otros tantos coherederos que le dareis. El sabe que las esposas hacen olvidar el amor de los hijos habidos con otra mujer.

Señor Pontoni, señor Pontoni, interrumpió el Marques: mi corazón rechaza la imputación que acabais de hacer. La misma naturaleza repugna que exista un ser tan bajo y depravado; mi hijo está inocente.

Además, como os dije esta mañana, ayer me concedió el doctor Montgomery la mano de su hija, y hoy se extenderá la escritura de esponsales. Si Enrique es culpable, en nombre de mi Clementina lo perdono.

Cuando el anciano pronunció el nombre de la señorita Montgomery, se sonrosaron sus mejillas, brillaron sus ojos, y adquirió su semblante el aire indefinible del hombre que se cree feliz.

A vos también os perdono, añadió: os perdono la calumniosa imputación que habeis hecho en gracia del cielo que mostrais. Servios decir al calesero que me prepare la volante.

El Marques quedó solo: acercóse á un espejo y con-

templó sus animadas facciones. Al verlo peinando su empolvada peluca [estaban en moda los polvos]; formando el lazo de su blanca corbata y arreglando minuciosamente su vestido, nadie hubiera dicho que aquel buen señor contaba sesenta navidades, y después de saberlo que fuese capaz de amar con tanta vehemencia.

Alberto había bajado la escalera diciendo para sí: Todo está conseguido: hoy habrá rompimiento entre el necio y enamorado Marques y su hijo. Si me manejo con acierto, se cumplirá la buena ventura que me predijo mi madre, deduciendo de las líneas de mi mano que he de llegar á ser muy rico y muy poderoso.

Pronto volvió diciendo al Marques: la volante está á vuestra disposición.

Levantóse el anciano, y con la vivacidad de un joven bajó por la escalera, subió al carruaje, y dijo al auriga: Pica para la escribanía de Pacheco.

Al instante partió el carruaje.

CAPITULO X.

LA ENTREVISTA DE LOS DOS AMANTES.

Enrique dirigió sus pasos á la morada de Clementina.

Luego que llegó á la magnífica casa del doctor don Alejandro Montgomery, por entre el enverjado de hierro, con caprichosos dibujos, colocado en medio del ta-

bique que separa el zaguán de la sala, vió á la mujer que era el encanto de su vida, y sintió una impresión que no podría explicarse en ningún idioma. Hallábase en presencia de Clementina después de una prolongada ausencia y traía el alma traspasada por los celos, nada menos que con su padre á quien tanto idolatraba y respetaba.

Estaba Clementina vestida con modestia y sencillez y tenía delante un bastidor en que bordaba un pañuelo para su padre.

Sorprendida á la vista de su amante sus mejillas se cubrieron de palidez: sobremanera asustada parecía que su corazón leal le presagiaba el principio de sus grandes infortunios.

Enrique llegó hasta la sala sobrecogido, sin respiración, y pasaron algunos instantes sin que articulara una palabra; luego, haciendo un esfuerzo sobre sí mismo rompió el silencio.

Señorita, dijo con voz alterada: no sé si debo saludaros como mi madrastra, ó como aquella Clementina que me juró tantas veces amarme hasta la muerte. Oh! yo diera mi vida porque tornaran aquellos dias serenos y felices en que vuestro amor era puro, sincero, leal, y latía mi corazón extraño á la duda. ¡Cómo han venido en pos de tanta ventura estas horas de crueles sufrimientos! Desde que probé el veneno de los celos, desde que supe que érais la prometida esposa de mi padre, crecí únicamente en el destino: nací para padecer.

Enrique estaba poseído de una desesperación terrible; Clementina aun permanecía silenciosa. La idea de que su amante la considerara infiel despertó en su imaginación el sentimiento más vivo y vertió un torrente de lágrimas. Entonces Enrique, que en todo veía el sello de su desgracia, dió crédito á la infidelidad

de su amada interpretando de un modo siniestro su lloro y su silencio.

¡Ni aun disculpas tu proceder! exclamó. ¡Sin duda has olvidado tus juramentos!

No, no los he olvidado, dijo Clementina, enjugando las lágrimas que rodaban por sus mejillas: ¡ten piedad de mí, estoy inocente! Hace algunos meses que el Marques solicita mi mano, toda mi familia se empeña en otorgársela; pero jamás seré su esposa.—

Si es cierto lo que me dices, permíteme revelar á tu padre en este instante nuestros antiguos amores; él dará su consentimiento para nuestro enlace.

Sí, sí, dijo Clementina, y casualmente bajaba la escalera del alto interior el doctor Montgomery; conducía por la mano á su esposa doña Mencia González.

¡Oh mi querido Enrique! dijo el doctor: ¡Cuán grato me es veros lleno de salud! ¿Cómo os ha ido en vuestros largos viajes?—

Muy bien, señor Montgomery, muy bien.

A menudo hemos preguntado por vos, dijo doña Mencia.

Gracias, señora; yo en todas partes he conservado de vosotros una dulce memoria.

Hemos estado muy pendientes de vuestra suerte, añadió la señora doña Mencia. ¿Cómo no había de ser así tratándose de vos, que en vuestros años infantiles tantas veces interrumpisteis nuestro sueño en las horas de la siesta? ¿Lo recordáis Enrique? Clementina era más pequeña que vos; sin embargo de esto, siempre la mirábais con predilección y aun parecía que se desarrollaba en vos una pasión inocente y prematura.

Jamás se olvidan, estimable señora, las impresiones de la infancia.

Hasta en la ancianidad, dijo el doctor, aparecen

en los ensueños como cuadros grabados en el alma. Sentémonos. Esta señora (señalando cariñosamente á su esposa) siempre habla del pasado. Bien es verdad que los viejos nunca hacemos referencia del presente ó del porvenir; amamos el tiempo que desapareció y nos parece mejor aunque se llevó nuestras ilusiones, nuestra juventud, nuestros amigos, en una palabra, nuestra vida.

Como ha dicho muy bien la señora doña Mencía, dijo Enrique, amo desde la niñez á Clementina, y á este amor puro y eterno he consagrado mi existencia. Espero que me perdonéis haberla amado en secreto, y si me permitís que la conduzca al ara nos colmaréis de felicidad.

El doctor Montgomery y doña Mencía se llenaron de asombro.

¿Conque vos, dijo el doctor tartamudeando, habéis amado á mi hija y ella ha correspondido á vuestro afecto? ¿No sabéis que vuestro padre me tiene pedida su mano? Ayer se la he otorgado y ahora veníamos á comunicarlo á Clementina.

Ese es cabalmente el motivo, dijo Enrique, porque anticipo mi matrimonio. Abrigo la esperanza de que mi padre, el mejor de los hombres, reconociéndola como hija desista de sus pretensiones. Por otra parte, vos que tenéis un corazón benigno y generoso ¿permitiréis el sacrificio de Clementina? ¿Permitiréis que humilde y resignada vaya al altar como una víctima? Oh!, eso seria entregarla cruelmente en los brazos del infortunio, condenarme al suicidio, quebrantar las leyes de la naturaleza.

Las palabras de Enrique despertaron en el doctor los sentimientos más tiernos, comprendió la miserable suerte de su hija si se realizaba el proyectado enlace.

con el Marques, y cediendo á los impulsos de su corazón, levantóse, tomó la fria mano de Clementina, en seguida la de Enrique, y uniéndolas conmovido, exclamó :

No, no será el Marques esposo de Clementina: mi bendición y la del Cielo os colme de felicidad, á vosotros, mis queridos hijos, que nacisteis para amaros.

Autorizada de este modo la cordial simpatia de Enrique y Clementina, cesó la pudorosa cortedad de esta que le impidiera tomar parte en el diálogo descripto.

¡ Padre mio ! dijo lanzándose en los brazos del anciano: ¡ Oh cuán bueno sois ! ¡ Me habeis hecho feliz !

Sí, lo sereis, dijo doña Mencía : hay dichas que se heredan; Alejandro también me amó desde la infancia. Ven á mis brazos alma mía, luz de mis ojos.

Abrazáronse la madre y la hija y aquella estampó mil besos en la frente de ésta.

Todos gozaban de purísima é indescriptible alegría.

En este instante paró un carruaje en la puerta y dos hombres atravesaron el zaguan y se dirigieron á la sala: eran el Marques del Valle y don Francisco Antonio Pacheco, escribano público; venian á extender la escritura de esponsales.

En aquel tiempo los escribanos fungian de notarios.

CAPITULO XI.

LA ESCENA TERRIBLE.

El semblante plácido del Marques le daba un aire juvenil y revelaba la satisfacción que sentia en su alma. Creíase en la cumbre de la dicha y caminaba tan presuroso que apenas podía seguirlo el escribano Pacheco.

Llegaron á la sala.

Después de los saludos que demanda la urbanidad, el Marques le dirigió la palabra á su hijo, diciéndole:

Aplaudo sinceramente, idolatrado Enrique, el encontrarte aquí, para que participes del placer que engena mi espíritu. Esta mañana debí comunicarte mi próximo enlace; mas pensé darte después de extendida la escritura de esponsales una sorpresa agradable, porque sin duda mi elección de esposa obtendrá tu más completa aprobación.

Todos permanecieron silenciosos, el Marques continuó:

No supongas que tu padre te va á despojar de su invariable cariño [en este instante vinieron á su memoria las sugerencias de Alberto] Oh! no por cierto: partiré mi amor en dos porciones: una será tuya, otra de mi dulce compañera. Todo esto si la señorita Clementina sanciona, como tengo la ventura de esperarlo, la resolución de su padre, admitiendo propicia mi mano.

Aún continuaba el silencio: el Marques siguió hablando:

Viviremos, señorita, la mejor de las vidas: no creáis que los años han helado mi sangre, ni apagado mis

volcánicas pasiones. Os amaré como aman los grandes poetas, seré feliz mientras esté á vuestro lado, y cuando las parcas corten el hilo de mis días, espiraré pronunciando vuestro nombre.

Continuaba el silencio: el Marqués volvió á tomar la palabra dirigiéndose á Clementina :

Sí, angelical señorita, el amor que me habéis inspirado es puro, sublime, sin igual. Allá en los años de mi juventud muchas veces he sido juguete de las pasiones; pero os juro que nunca sentí como ahora su incontrastable poder. Vuestra encantadora imagen me sigue donde quiera; sueño con vos, deliro, existo solamente por vos. Oh ! si el destino me negara la dicha de poseeros me sería insoportable la existencia.

Querido Santiago, interrumpió el doctor, hay situaciones en extremo embarazosas y debó confesaros francamente que estoy confuso, aturdido.... Vos no podeis ser esposo de mi hija.

Con mucha dificultad, faltando á su compromiso, vertió el doctor Montgomery sus últimas frases: el Marqués al oírlas enmudeció, se dilataron las venas de su frente y la sangre se le agolpó á las mejillas. Resentido, avergonzado, hubo un instante en que hubiera querido ocultarse de la luz, huir de cuantos le rodeaban; mas un sentimiento de orgullo le restituyó la calma y preguntó con dignidad : ¿ Podréis decirme, señor Montgomery, la causa de tan inesperada negativa ? ¿ No habéis empeñado vuestra palabra ? ¿ Acaso podéis blasonar de más noble origen, y de riquezas que excedan á las mías ?

No, estimado amigo, contestó el doctor : reina una absoluta igualdad respecto á nuestra alcurnia, y vuestra inmensa riqueza aumenta vuestros méritos personales; mas ¿ basta esto para que vos y mi hija seáis felices u-

niéndoos cuando falta lo mas preciso, lo más esencial: el mutuo amor?

¡Le soy antipático á Clementina! dijo el Marques sintiendo atravesado su pecho por una flecha envenenada y exhalando un profundo suspiro.

No, mi querido Santiago, no le sois antipático; pero no os ama; un amor antiguo, verdadero, espontáneo, esclaviza su albedrío.—

¡Clementina ama á otro hombre! ¡Oh Dios!

Dejóse caer el Marques exánime en un sillón: cubrió su semblante con las manos y permaneció inmóvil: después dijo con el acento de la desesperación:

¡Conque Clementina ama á otro hombre! ¡Dios mio, Dios mio, ten piedad de mi!

Sí, contestó el doctor: sensible me es decíroslo: ama á vuestro hijo.

Un rayo que hubiera herido al Marques no le causara sensación tan dolorosa. Recordó cuanto le habia dicho el Jefe de policia; recordó las palabras que oyó de los mismos labios de Enrique: “¡Crimen! ¡rivalidad!”, y se presentaron á su imaginación ideas horribles, infernales. Veia el infeliz anciano á la luz de una realidad aterradora destruidas sus ilusiones y sus esperanzas á impulsos de la mano más querida: sentia avergonzado la pérdida de la mujer idolatrada que creyó su futura; comprendia la veracidad de la acusación que hizo Alberto, y por último, un abismo insondable lo separaba para siempre de las únicas prendas caras á su alma: su hijo y su amada.

¡Hijo desnaturalizado y vil, exclamó el Marques, desesperado, frenético: me arrebatas el único bien que esperaba poseer, me sacrificas al sórdido interés!

Enrique parado á la orilla de una mesa, puesta al lado de la pared y adornada con floreros y un hermoso

espejo con luna de Venecia, estaba mudo, petrificado los demás guardaban el más profundo silencio.

Tú has meditado, continuó el Marques, destruir mi matrimonio aunque te fuera preciso asesinar me. lo has logrado dándome muerte moral; pero no será para tu dicha porque yo te maldigo; porque mi maldición traerá sobre tu cabeza la del Cielo; porque el dolor y el remordimiento presidirán tu himeneo, y tu vida toda será un tegido espantoso de crímenes, de desgracias, de amarguras.

Enrique lanzó un grito, se arrojó á los pies de su padre, y exclamó: ¡Perdón! ¡perdón! padre mio.

El Marques, entregado á las furias infernales, desabrochó su chaleco, y pronto como el pensamiento, antes de que pudieran impedirlo los circunstantes, sacó un puñal sutil y resplandeciente para enterrarlo en el pecho de su hijo.

Clementina dió un grito, corrió hacia el Marques, agarró el acero filicida, y al mismo tiempo corrieron por sus brazos de marfil gruesas gotas de sangre. Había recibido una herida en la llave de la mano.

Don Francisco Pacheco, el doctor, su esposa, se precipitaron sobre el Marques y difícilmente pudieron contenerlo, pues el furor había multiplicado sus fuerzas; siempre se realizó su deseo: había herido en el rostro á su hijo.

Todo esto sucedió en menos tiempo del que se necesita para describirlo.

Marques del Valle, dijo el doctor mirando inquieto la mano ensangrentada de Clementina, sois un bárbaro, sois indigno de la sociedad.

Alejandro, contestó el Marques, desprecio tus injurias: la infortunada suerte que espera á tu hija me venga suficientemente. Oh! Dejadme, dejadme con-

cuir los miserables días de este hijo ingrato y depravado....

Entonces en un nuevo acceso de frenesí pretendió abalanzarse sobre Enrique, que bañado en sangre yacía postrado en un sillón.

Interpúsose el escribano Pacheco, y necesitó todas sus fuerzas para contener los ímpetus del Marques.

Idos, idos de mi casa, exclamó airado el doctor: Bastante he sufrido vuestro criminal proceder. Si permanecéis un instante más en mi presencia expiáreis con la vida vuestra increíble ferocidad.

El doctor Montgomery, alto de cuerpo, de continente marcial, con el cabello blanco como la nieve, la fisonomía animada por las diversas sensaciones que acababa de sufrir y de carácter firme, parecía uno de los héroes de la antigua Roma.

Sí, me iré de vuestra casa, respondió el Marques. Adios, hijo desconocido, cruel, infame. Te dejo un recuerdo eterno y doloroso.... el Señor también grabó una señal en la frente del primer homicida. Mi maldición y la de Dios te acompañen en cualquiera parte, en todos los periodos de tu vida!

Con horribles convulsiones se dirigió el Marques á la puerta. Temblaba el pobre señor como las hojas de los árboles movidas por el viento.

Dábale el brazo Francisco Pacheco.

Cuando llegaron al dintel, faltáronle las fuerzas y cayó al suelo; un color cetrino había sustituido el sonrosado de su rostro, y tenía detenida la respiración.

En este instante se le acercó un hombre con viva curiosidad: un hombre alto, trigüeño, de cabello rizado; de ojos garzos y vivos que sobresalian de las órbitas y frente prominente; era Alberto Pontoni.

Clavó su penetrante mirada en el Marques: la idea

de desheredar á Enrique asaltó su imaginación y con sonrisa diabólica gozaba viendo el espectáculo lastimoso que tenia delante.

Buen señor, le dijo Pacheco: ayudadme á conducir al señor Marques á la volante.

¿ No os tengo de ayudar? contestó Alberto: ¿ no me conocéis? Soy el Jefe de policia; el encargado de administrar los bienes del señor Marques.—

Ah! sí, dispensadme.—

Decidme ¿ qué le ha sucedido al señor Marques?

Una violenta excitación nerviosa, contestó Pacheco; el señor Marques es muy impresionable.

Los dos y el calesero lo introdujeron en la volante, que partió para su morada, y Pontoni se puso á su lado para ir sujetándolo.

CAPITULO XII.

EL JOVEN DE LA MELENA RUBIA.

Quince dias después de sucedidas estas escenas un grupo de personas estaba en la Catedral: eran Enrique, Clementina, los padres de ésta y numerosos amigos.

Enrique y Clementina iban á jurarse amor eterno ante el altar.

Enrique se hallaba restablecido de la herida en el rostro que recibió: al principio los cirujanos al ver la escara negra como el carbón que se formó y circo morado, y fijando su atención en los dolores lancinantes que sufría, temieron al cáncer y opinaron que el puñal del Marques estaba envenenado; mas la escara cayó, dejando al descubierto botones carnosos, y apareció la cicatriz.

Clementina había sanado con mayor brevedad, como que su herida en la mano era muy leve; le fué inferida con la empuñadura del puñal.

A poco de haber comenzado la ceremonia religiosa entró en el templo un joven de ojos azules y lánguidos, muy delgado, de blanca y pálida tez y de gallardo porte. Una elegante melena rubia, formando tirabuzones, caía sobre el cuello de su frac de paño negro; y en su corbata color de lila, lucía un alfiler con un diamante del tamaño de una almendra.

De su reloj, que llevaba colocado en el chaleco, pendía una cinta de oro, de filigrana, que tenía en su remate un diamante igual al de la corbata.

Otro diamante de menor tamaño brillaba en uno de sus dedos.

Tan ricas joyas indicaban la riqueza de su dueño.

Sus finos labios carecían del carmin que da una completa salud; eran de un rosado algo desvanecido, como si tendiesen á participar de la palidez del semblante, y su bozo dibujaba una ligera sombra, pues apenas había entrado en la edad de las ilusiones, las esperanzas y los desengaños, es decir, en la adolescencia, edad por la cual pasa rápidamente el hombre entre divertidos ensueños y penosas pesadillas, persiguiendo siempre la felicidad, como si la felicidad existiese.

Sus facciones estaban tan perfectamente delineadas que aun en una mujer hubieran llamado la atención por su extraordinaria belleza.

Lombroso al verlo hubiera dicho que tan interesante criatura habia sido criada en la afeminación y el regalo.

¿Qué habia ido á buscar al templo este Adónis?

Pasaba casualmente por la plaza de la catedral en su lujoso quitrín tirado por una hermosa pareja de caballos normandos; vió en la puerta de la sacristia muchas volantes y quitrines, y dedujo que se celebraba un matrimonio; mandó al calesero que se detuviese y entró en la iglesia, pues nada le agradaba tanto ¡Oh qué raro capricho! como presenciar estos actos, con el único fin de conocer á las desposadas.

Reclinóse en una de las columnas del templo y fijó en Clementina sus grandes y lindos ojos, inmóvil. Parecia la estatua de un dios del politeismo modelada por el cincel de Fidias.

Terminada la ceremonia al bajar Clementina las gradas del presbiterio, se le acercó el joven y le ofreció su mano, blanca como el armiño y suave como la seda. Clementina aceptó temiendo faltar á las reglas de la urbanidad y se apoyó en ella. Notólo Enrique; mas parecióle que seria algún amigo de la familia Montgomery.

A los pocos minutos los dos esposos se hallaban en la hermosa casa que les habia preparado y donado el doctor Montgomery, rodeados de gran número de amigos, entre ellos el más intimo del Marques, el capitán don Jorge de Lasheras.

CAPITULO XIII.

EL TESTAMENTO.

A los seis días la herida de Enrique se abrió arrojando una sustancia negra como la tinta, purulenta y pestífera, y causándole dolores tan agudos que solo pudieron mitigarlos las inyecciones de morfina que le aplicó el doctor Romay.

¡ Cosa singular ! en la siguiente semana revistió buen carácter, cesaron los dolores y cicatrizó de nuevo.

Hallábase Enrique convaleciente cuando notó que el joven de la melena rubia rondaba su casa de día y de noche, y le dijo á su esposa :

Dime, Clementina ¿quién es el joven que te dió la mano en la catedral para que bajas del presbiterio ?

No lo conozco, contestó Clementina.

Anoche, replicó Enrique, le oí cantar y me pareció que pronunciaba tu nombre. Varias noches ha cantado debajo de nuestro balcón.

No dijo más; pero su esposa comprendió que el dardo de los celos le habia herido.

El mismo día Clementina refirió á Margarita lo que le habia dicho su esposo, agregando: Querida prima, ese joven es seguramente un libertino que se empeña en mancillar mi honor. Si voy al teatro me mira extasiado desde su palco; si me asomo al balcón, lo veo que pasa por la acera opuesta de la calle; si voy al paseo, su carruaje sigue al mio; de noche oigo sus pisadas

y sus canciones. Ayer fuí á visitar á nuestra amiga Carolina Condorcet, y estuvo toda la tarde en la ventana de la casa de enfrente. A una mujer le importa tanto ser honrada como parecerlo. ¿Qué dirá el vecindario de sus rondas?

Tienes razón, dijo Margarita: á todo trance debemos impedir que continúe ese mozalvete aparentando que te corteja, y ¡ay de él! si toman cuerpo los celos de Enrique. Esta mañana, cuando yo venia de misa mandó al calesero que parara y me dijo: Señorita: seré su esclavo y le serviré hasta de rodillas, si compadecida de lo que sufro logra que Clementina me conceda una cita.

Caballero, le contesté: disculpo vuestra loca pretención porque bien lo merecen vuestros pocos años. No conoceis á Clementina Montgomery, la dama más virtuosa y altiva.

Ordené al calesero que siguiese y el joven me dijo con ceño adusto: Si Clementina no me admite una cita, si rehusa oirme, voy á perderla.

¡Esto es insufrible! exclamó Clementina muy mortificada: estaré al tanto de cuando pase por mi puerta, bajaré las escaleras y en la calle lo llenaré de improperios.

No me parece bien, dijo Margarita, que una señora como tú se confunda con una verdulera vertiendo injurias en la calle contra un desconocido. Pueden creer los que te oigan que eres una amante desechada. Lo mejor es admitirle la cita en la casa de Carolina, y allí, en presencia de ésta, sin escándalo, puedes decirle cuanto se te ocurra y amenazarlo con poner en conocimiento de tu marido lo que pasa.

A Clementina le pareció juicioso el consejo de Margarita y rasgando un pliego de papel trazó con lápiz estas líneas:

“Caballero:

Accedo á vuestros deseos: mañana á las cinco de la tarde en punto os espero en la misma casa donde me visteis ayer. Allí recibireis el premio que merece quien procede como vos.

Clementina.”

Entrególe el billete á Margarita, que se encargó de darle dirección, y las dos primas abandonaron aquel cuarto, muy satisfecha Clementina de haber cumplido sus deberes de fiel esposa.

Dejémoslas en sus quehaceres domésticos y penetremos en la morada del Marques, después que el Jefe de policia se apoderó de su persona.

Llevólo al más escondido cuarto del entresuelo, donde solo penetraba la luz del día por una pequeña ventana. En aquella reducida mansión estaba el lecho en que yacia el Marques sufriendo una fiebre mortal acompañada de delirio continuo: solo á Achad le era permitido visitarlo.

Lo primero que hizo Alberto fué entregar la jefatura á Felipillo, con aprobación del Capitan general, para ocuparse exclusivamente de la asistencia del Marques.

De dia y de noche, sin separarse un instante del enfermo, le prodigó asíduos cuidados, ansioso de que estuviese en estado de ordenar su testamento.

Los que preguntaban por el anciano obtenian por única respuesta que una lijera indisposición lo retenia en cama.

A los cinco dias cesó la fiebre y el Marques recobró el uso de sus facultades mentales; le sobrevino aquella calma, más alarmante que el delirio, que sigue regularmente al choque de pasiones violentas.

¡ Cuántas calumnias inventó Alberto para hacerle

más odiosa la memoria de su hijo ! Pintóle con vivos colores la felicidad de que gozaban, guiado Enrique por el sórdido interés y Clementina por la seducción.

Díjole que Enrique lo llamaba viejo verde y hacia público alarde de despreciarlo.

El Marques, oyéndole y creyéndole, lejos de arrepentirse de la maldición que había fulminado la repetía sin cesar.

A los pocos días seis hombres ocupaban la sala de recibo: eran el escribano Pacheco y cinco individuos llamados como testigos: el Marques quería hacer su testamento.

El Jefe de policía condujo por la mano al extenuado señor. Cuando Pacheco vió á éste se le escapó una interjección de asombro: tenía las ojos hundidos, el color amarillento, los labios blancos, la frente surcada por las arrugas, el andar vacilante y la calva descubierta, sembrada alrededor de mechones de desordenado cabello, que imitaba madejas de hilo de plata.

El poderoso Marques del Valle, tan lleno de vida hacia poco, cuando se creyó en vísperas de contraer matrimonio, había sufrido en tan corto periodo una increíble transformación, parecía una momia animada. Verdad es que los afeites le daban antes aspecto juvenil, y ahora se lo quitaba el desaliento.

Buenos días, señor Pacheco, dijo el Marques con voz débil.

Buenos días, señor Marques, contestó Pacheco, presentándole un sillón sobre el cual se dejó caer.

El Jefe de policía trajo una copa de un reconstituyente, la puso en los labios del anciano, éste la apuró, recobró aliento y dijo al escribano: He mandado por vos porque deseo otorgar mi testamento. He

atqué la nómina de mis bienes, poned las cláusulas Formularias; yo mismo quiero dictarlo.

Estaba perfectamente aleccionado por el Jefe de policía, quien dijo: señor Marques: tened presente que soy vuestro socio capitalista, y que os he dado en préstamo gruesas sumas. Aclaradlo todo para ponerme á cubierto de futuros pleitos, si tengo la desgracia de perderos, desgracia que seria la mayor que pudiera sobrevenirme.

Señor Jefe de policía, dijo el Escribano: esta no es la oportunidad de que os ocupeis de vuestros asuntos. Mi obligación es cuidar de que el testador exprese su espontánea voluntad, libre de toda coacción. Cuando lo tengais por conveniente id á mi oficina y os pondré de manifiesto el testamento: Os suplico que os retireis.

Retiraos, señor Pontoni, dijo el Marques, todo quedará tan claro como la luz meridiana.

Con visible desagrado abandonó Alberto aquel sitio y corrió á ocultarse en el cuarto contiguo; desde allí, mirando por el hueco de la cerradura, se enteraria de lo que pasara.

Pacheco redactó las primeras cláusulas, incluyó la lista de los bienes, y dijo al Marques: Podeis manifestar vuestras disposiciones testamentarias.

Escribid, dijo el Marques: "Declaro que hace dos años que me acompaña en calidad de socio capitalista el señor Jefe de policía don Alberto Pontoni. Cuando pactamos nuestra sociedad él puso la suma de tres millones quinientos mil pesos en oro y yo todos mis bienes raíces. Declaro además que he recibido en préstamo de dicho señor diferentes cantidades en las diversas ocasiones en que me he visto próximo á una quiebra. Como estoy seguro de que estas cantidades y su capital social exceden al todo de mis bienes, por

cuantiosos que sean, mando que se le ponga en posesión de ellos inmediatamente que suceda mi fallecimiento. Además, le instituyo y nombro heredero único de cuantas propiedades poseo, deudas, derechos, acciones y futuras sucesiones que por cualquier título ó razón me correspondan, pues me asisten motivos legales para desheredar á mi único hijo Enrique, tales como haber fraguado maquinaciones ocultas contra mi existencia."

Señor Marques, dijo el escribano Pacheco interrumpiendo la escritura. ¡Esto es inaudito!"

Alberto en este instante sufrió un martirio atroz: parecióle que se le escapaba la fortuna de las manos; aun tuvo pensamientos de abrir la puerta; contuvo sus impetus, paralizó su respiración y esperó con exasperante impaciencia, pendiente de los labios del Marques. Podian haber oído éste, el Escribano y los testigos las palpitaciones de su corazón.

El Marques dijo: "Seguid, seguid escribiendo; yo uso de las facultades que me conceden las leyes, cumplid vos el deber que ellas os imponen, poniendo constancia en este solemne acto de mi última, expresa é invariable voluntad."

Teneis razón, dijo Pacheco, y continuó escribiendo.

De buena gana Alberto hubiera estrechado en sus brazos al Marques por la respuesta, tan amoldada á su deseo, que dió al generoso y honrado escribano; el regocijo no le cabía en el pecho.

El Marques siguió dictando:

"Además de tan poderosa causa, mi ingrato hijo se ha casado con doña Clementina Montgomery siendo esta mi prometida esposa; y por último, falto de afecto á mi persona, aunque he sido tan buen padre, me ha

dejado abandonado en el lecho del dolor cuando me han puesto al borde del sepulcro los pesares que ha sembrado en mi corazón. He concluido señor Pacheco."

El Escribano leyó lo escrito, y firmaron el Marques y los testigos; aquel con mucha dificultad.

Alberto salió de su escondite con aire de triunfante alegría.

Pacheco y los testigos se despidieron y el anciano volvió al pequeño cuarto del entresuelo apoyado en Pontoni, pues apenas podía andar. Dejólo éste en el lecho y corrió presuroso al cuarto principal, donde habitualmente dormía el Marques y del que lo había separado con aviesos fines, pretestando que no estaba tan abrigado como la pequeña alcoba del entresuelo.

Llevando un manojo de llaves en la mano entró en aquel amplio aposento y cerró la puerta. Había allí dos grandes escaparates de caoba y una cómoda de marfil con incrustaciones de plata. Abrió el primero de los escaparates y quedó pasmado de asombro y de placer: estaba atestado de talegos, unos sobre otros, de tal modo colocados que no había entre los entrepaños el más pequeño espacio vacío.

Zufó el cordón de un talego y lo halló repleto de onzas de oro; siguió haciendo lo mismo con un gran número y obtuvo el mismo resultado.

Se puso á contar las monedas de varios talegos y halló que cada uno contenía mil onzas de oro.

Entonces comenzó á dar saltos: acariciaba los talegos, daba besos á las onzas, y hablando consigo mismo ponderaba su felicidad, exclamando: ¡Oh Baltasar Bringas! ¡qué dichoso eres!

Después de más de dos horas de esta especie de enagenación mental, abrió la cómoda. Sus gavetas

estaban llenas de joyas: ternos, diademas, brazaletes, sortijas & de brillantes, de esmeraldas, de rubies, de zafiro &.

Duplicóse el regocijo de Alberto: muy pronto iba á ser dueño de tan inmensa riqueza, amontonada por los poderosos antepasados del Marques del Valle, y considerablemente acrecida por éste con el producto de los cafetales.

Allí estaban las ricas prendas que habia comprado para Clementina.

Trasladaba los talegos y las joyas más valiosas y deslumbrantes de uno á otro lugar; les dirigia palabras tiernas, brincaba, bailaba, y todo esto lo hacia con miedo, pronto, riendo, y á veces corrian las lágrimas por sus mejillas, que el placer extremado gusta de las perlas del dolor.

Más de dos horas y media habían pasado.

Por descuido dejó sin cerrar la puerta de la alcoba del Marques, y el capitan don Jorge de Lasheras vino á visitarle; el capitan Lasheras ejercia sobre él gran influencia.

Le instruyó de las petidias del Jefe de policía; le habló de la natural bondad de Enrique y de la pena que le oprimia al verse separado de su padre, cuyo nombre no se separaba de sus labios. Díjole que Enrique y Clementina se habian amado desde la infancia y que iban á casarse cuando el Marques dispuso, siguiendo los consejos de Alberto, que fuese á viajar por la China y la India, viaje que emprendió humilde y sin replicar aunque llevaba el alma adolorida por alejarse de Clementina.

Le pintó las angustias morales y los sufrimientos físicos del desgraciado joven de un modo tan patético que el anciano, euternecido, exclamó: ¡Oh capitan

Jorge !. Habeis quitado la venda que cubria mis ojos. Ahora, por lo que me habeis dicho y atando cabos, comprendo que Alberto Pontoni es un infame, y un monstruo y mi hijo, un mártir. Capitan, añadió entre suspiros y lágrimas: Id y traedme mi hijo. Le envio con vos mi bendición y también á Clementina. ¡Dios los haga venturosos !. ¡Ay de mí !. No sé lo que me ha pasado; no he sido dueño de mis acciones. ¡Mandar yo á mi hijo á un viaje por tan largo tiempo; desheredarle, maldecirle, herirle, aborrecerle; mi hijo, que es un pedazo de mi corazón !. Id, id y traedlo: quiero darle el antidoto con que sanará instantáneamente su herida, quiero tenerlo á mi lado para poder vivir, quiero escuchar su voz, quiero verlo en mis brazos !.

El capitán Jorge partió en busca de Enrique.

Alberto, fatigado de tantos saltos y carreras en el cuarto y de tantas emociones, se sentó en una silla á descansar, y de pronto le asaltó la idea de que el Marques podia recobrar la salud: una espesa nube cubrió el cuadro de felicidad que habia dibujado su fantasía, y dejándolo todó en desórden, bajó precipitadamente la escalera y se dirigió á la alcoba donde estaba el anciano.

Entró, pasó llave á la puerta, tomó una silla, se sentó á su cabecera y le preguntó muy afectuoso : ¿ Os sentís mejor, mi querido señor ?.

Sí, señor Pontoni, contestó el Marques: estoy en estos momentos menos debil y con el espíritu más tranquilo. Aquí estuvo el capitán don Jorge de Lasheras: y ¡ es tan dulce, tan consoladora, la voz de la amistad !.

El Jefe de policia se mordió los labios airado consigo mismo por haber dejado abierta la puerta.

El Marques continuó: deseo reconciliarme con mi hijo; la religion me lo manda y mi corazón me lo exige. Lo bendeciré, reconoceré por mi hija á Clementina, y

tornarán á mi hogar los dias serenos que de él han huído.

Estáis en una posición incómoda y penosa, mi buen señor, dijo Alberto, permitidme que coloque las almohadas así:

Se levantó, haló las dos almohadas, las puso sobre la cabeza del anciano, subió sobre ellas y las apretó fuertemente, privándole de la respiración; apenas pudo el infeliz exclamar ¡No, no me ahoguéis!

Cuando Pontoni creyó que habia muerto, colocó las almohadas como antes estaban, puso la cabeza del Marques en posición natural, volvió á sentarse con mucha calma, fincó el codo en la barra de la cama y la mano en las mejillas, y se puso á contemplar el semblante lívido de su víctima, para cerciorarse por completo de que no le quedaba un soplo de aliento vital.

Mientras esto pasaba, otra escena de distinta naturaleza tenia lugar en el cuarto de Achad. Este estaba escribiendo una de sus acostumbradas cartas á Margarita, cartas que como hemos dicho, jamás le habia remitido, cuando se le presentó José Bárbaro diciéndole:

Señor Achad: Virginia hace de vos mucho aprecio. Ha recogido vuestras cartas hace fecha, y las ha llevado á Margarita una á una, según las habéis ido escribiendo.

Achad se levantó sobresaltado.

¿Cómo? ¿qué decís?

Hace meses, dijo el Orangutan, que todas vuestras cartas han ido á manos de Margarita, y al mismo tiempo Virginia le ha hablado de vuestro amor, de vuestros sufrimientos y de vuestros méritos. Siempre se ha mostrado muy esquiva; más hoy os ha contestado con estas breves líneas.

El Orangutan entregó á Achad un billete, que decía:

“ Achad :

El tiempo y la constancia todo lo pueden.
Margarita.”

Achad besó repetidas veces aquel papel, dió un abrazo á José Bárbaro y exclamó : ¡ La esperanza es la felicidad !

En este instante oyeron la voz del Jefe de policia, que desde la puerta del cuarto donde estaba el Marques, gritaba con voz estentórea : Achad, Achad, venid, venid pronto, que al señor Marques le ha dado un síncope !

Achad y José Bárbaro corrieron hacia donde gritaba Alberto; y como la voz de este resonó en la casa, también corrieron Mr. Peiregot, Virginia, Paulina y todos los sirvientes.

Hallaron al Marques tendido en el lecho: Achad bañó su frente con agua de Colonia, perfume que entonces se usaba con profusión, como hoy el agua florida de Murray y Lanman y del que habia varios pomos en el tocador; lo pulsó en diferentes lugares del cuerpo para ver si le latia alguna arteria, lo sacudió, y sospechando con el instinto de quien era médico por naturaleza, que pudiese haber asfixia, puso su boca en sus yertos labios y sopló con fuerza tratando de introducirle aire en los pulmones; pero todo fué inútil. Achad exclamó entonces: ¡ Ha muerto !

Pontoni al oirlo se puso las manos en la cabeza, se arrancaba los cabellos y daba gemidos remedando los trasportes del dolor más acerbo ¡ Oh Dios mio ! exclamaba: ¡ he perdido á mi mejor amigo, á mi padre !

Mr. Peiregot estaba muy afligido: Virginia y Paulina daban gritos, el Orangutan lloraba como un niño y todos los criados se enjugaban las lágrimas.

Alberto mandó á buscar á Felipillo, que vino en el

acto, y ambos celebraron una conferencia reservada.

Felipillo salió á la calle y volvió á los pocos momentos acompañado del Alcalde ordinario don Remigio Medinilla, del licenciado Margullo, en clase de asesor, [entonces los alcaldes, como jueces legos, nombraban á su arbitrio un letrado que les consultase sus providencias] y del escribano Callemini, italiano naturalizado.

Todos eran dóciles instrumentos del gitano.

Medinilla recibía mensualmente una suma de los fondos del juego para que no tratase de impedirlo por estar prohibido por la ley. Margullo era un abogado inepto de los llamados firmones, que se prestaba á todos los enredos forenses de Alberto, y éste había provisto á Callemini de recursos para que comprase la escribanía.

Por indicación de Alberto dispuso el Alcalde que se le presentase el escribano Pacheco con el original del testamento del Marques, y el alguacil de la alcaldía fué á dar cumplimiento á esa orden.

Barbosa, dueño de una agencia fúnebre se ocupaba de entapizar de negro las paredes de la sala, y el juzgado se instaló en el comedor.

No tardaron en concurrir á la casa los amigos del Marques.

Vino Pacheco, y al comenzar Callemini la lectura del testamento se presentaron Enrique y el Capitán Jorge; los lectores pueden graduar cuán grandes fueron su sorpresa y su dolor.

Oiga usted, don Enrique, la última voluntad de su padre, dijo Medinilla. Enrique se detuvo, pálido, conmovido, traspasada el alma por el sentimiento.

Callemini volvió á comenzar la lectura desde las primeras frases del testamento, y cuando concluyó, di-

rigiéndose el juez á Enrique, le dijo en términos acres:

Retírese usted: nada tiene que hacer aquí; su padre lo ha desheredado y hasta acusado de conatos de parricidio. En verdad que tuvo motivos para la desheredación; yo hubiera hecho lo mismo.

Enrique lo oyó, y renunciarnos á explicar el estremecimiento terrible que experimentó en todo su organismo; quedóse sin embargo inmóvil y silencioso.

El Alcalde, con voz chillona, dijo: Os he ordenado que os retireis. No teneis derecho ni aun al cuerpo inanimado de vuestro padre. ¿No es así, señor Margullo?

Así es, contestó el Licenciado.

Permitidme, señor Medinilla, dijo Pacheco, que os haga respetuosamente una observación: este joven es el único hijo del señor Marques del Valle.

El Alcalde, que era un hombre pequeño y delgado, de poblada patilla, ojos vivos y genio sumamente irascible, se erguió, parándose en la punta de los pies en actitud marcial, y dijo:

Señor Pacheco ¿ha echado usted en olvido que este joven ha fraguado maquinaciones ocultas contra la existencia de su padre? Parece que debo instruir expediente criminal para la averiguación de tan atroz delito. ¿No es así, señor Margullo?

Así es, contestó el asesor.—

¿Un parricidio! ¿Hay un crimen más horrible que un parricidio?

Sí; pero las pruebas, añadió Pacheco; á nadie se le juzga sin pruebas.

¿Pruebas! replicó el Alcalde ¿puede haberla más completa, más inexpugnable, que el dicho explícito del Marques consignado en su testamento?

Ese testamento es nulo, dijo el Capitán Jorge tomando parte en el diálogo.—

¿Quién autoriza á usted para usar de la palabra?—

Protesto, dijo el Capitán con voz vibrante, protesto en nombre de este desgraciado joven, la nulidad de ese testamento, obra espantosa de la perfidia y la seducción.

El Alcalde apretó los puños y exclamó: ¡Oh si no fuera yo juez; si la ley no atara mis manos! ¿Se ha visto semejante audacia? ¡Embarazar las augustas funciones de la magistratura! ¡pretender la nulidad de un testamento otorgado con todas las formalidades del derecho!

El Jefe de policía, sentado á la diestra de Medinilla, sufría los mayores tormentos. La presencia de Enrique, tan pálido, tan aniquilado, tan desfigurado con el parche que llevaba en la cara, le inspiraba terror, y cada vez que éste lo miraba le parecía que iba á lanzarse sobre él con el furor de un tigre herido.

En efecto: distintas ocasiones contuvo el joven sus impulsos.

Idos, idos, dijo el Juez.

Enrique y el capitán Jorge abandonaron aquel lugar donde hombres tan infames mancillaban á la diosa que preside los destinos de los pueblos virtuosos y felices, á Temis.

Luego que Enrique y el capitán Jorge se ausentaron departieron largo rato el Alcalde y el Jefe de policía, y aquel dijo:

Licenciado Margullo: no creo necesario que procedamos á la recolección de llaves, puesto que el señor Pontoni es dueño de todo cuanto poseía el Marqués. Podemos retirarnos dejándolo en posesión de esta casa y los demás bienes, según lo dispone el testamento. ¿No es así, señor Margullo?

Así es, contestó el asesor.

Levantáronse el Alcalde, el Licenciado Margullo y el escribano Callemini y se retiraron.

A los pocos minutos se veía en la sala de la casa del Marques una tumba, á cuyo pié tres personas lloraban y oraban arrodilladas: eran Virginia, Paulina y el Orangutan.

CAPITULO XIV.

EL BILLETE.

Era la hora del crepúsculo y comenzaba á caer una lluvia menuda.

Enrique habia despedido aquella mañana al portero de su casa, y cuando llegó á ella estaban en el zaguán un anciano y una señorita, que se habian refugiado allí huyendo de la lluvia.

El anciano preguntó á Enrique si era el dueño de la casa, y habiéndole contestado que sí, le entregó una carta sin sobre, que habia encontrado al pié de la escalera; era el billete que escribió Clementina para el joven de la melena rubia.

Sucedió que Margarita lo puso en manos de una criada de su confianza recomendándole que estuviese en vela para cuando pasase el joven, y por una funesta casualidad se le cayó y vino al poder de Enrique.

El ofendido esposo fuera de sí, leyó y volvió á leer el billete; ni siquiera contestó el saludo de despedida que le dieron cuando pasó el chubasco, el anciano y la señorita, y exclamó: Ah! ¡ infame Clementina! ¡ Mereces mil muertes!

En seguida se dirigió á la farmacia del doctor Muñoz y compró tres onzas de arsénico.

Enrique volvió á su casa sintiendo agudos dolores en la herida por consecuencia de la humedad.

Subió la escalera; no saludó, como tenia de costumbre, á Clementina, que estaba en la sala (Margarita se hallaba en su aposento); entró en su cuarto, puso dos copas sobre una mesa, las llenó de agua, vació en ellas el arsénico y quedaron rebosas.

Abrió la gaveta de un escaparate, sacó un puñal y lo colocó en su cintura.

Hecho esto, llamó á Clementina, que vino en el instante; cerró la puerta que daba paso á la sala, se cercioró de que todas las demás estaban cerradas y solo quedó abierta una ventana sin cristales, que se hallaba á cuatro varas de altura.

Tomó en sus manos las dos copas, dió un gemido, arrancado por el dolor de la herida, y dirigiéndose á su esposa le dijo:

Clementina: por tí me ha maldecido mi padre, me ha desheredado, me ha herido en el rostro; por tí sufro los más horribles padecimientos. Te he amado con toda la espontaneidad de mi alma; todo lo he sacrificado por tí, y tú.; tú me eres infiel!

Hé aquí dos copas de veneno: una para tí; otra para mí.

Vamos, esposa mia, al seno de la eternidad.

Deseo morir porque no hay posible curación para esta herida; el puñal estaba envenenado y mi padre se

llevó al sepulcro el secreto del antídoto; deseo morir porque sufro el peso de una maldición eterna y porque los hombres me cubrirán de vituperio. ¡Oh Clementina, Clementina! Yo hubiera arrastrado cuantos males pudiera la adversidad lanzar en mi camino, poseyendo tu amor, puro, inagotable, libre de manchas; mas la sola idea de que eres una adúltera, una hipócrita sin fe ni conciencia, me anonada, me quita el valor de vivir!....

La infeliz niña temblaba horrorizada y arrodillándose delante de su esposo, bañada en llanto, exclamó: ¡Enrique, Enrique, amor mio!... estoy inocente... ¡Oh por Dios, por la Virgen de la Caridad!

No creas, le interrumpió Enrique, que voy á dilatar una vida que me es insoportable y á dejar impune tu infidelidad porque interpongas tus inútiles protestas de inocencia. ¡Inocente! Así lo declara este billete.

Diciendo esto le arrojó en la cara el billete que habia sido escrito con laudables intenciones en un momento de noble indignación; pero que estaba redactado de modo que indicaba culpabilidad.

Ese billete, dijo Clementina, fué escrito porque deseaba hablar á ese hombre importuno, para llenarlo de insultos. Fué el único medio que se me ocurrió para verme libre de su persecución.

La naturaleza, dijo Enrique, ha dotado á las mujeres del don de inventar evasivas para salir de apuros; esta vez ese don de nada te servirá.

Puso las dos copas en la mesa y prosiguió diciendo:

Un inglés, venido de la India, regaló á mi abuelo dos puñales envenenados: con el uno me hirió mi padre, el otro es este (Enrique desenvainó el puñal) ¿Lo ves, Clementina? Si no apuras la copa de veneno, en-

tierra este acero en tu corazón y después en el mío. ¿La apuras ? nó ?

Iba á arrojarle sobre su esposa furioso, fuera de sí, y ella, veloz como el pensamiento, saltó sobre la mesa, y de la mesa á la ventana dando un grito y exclamando : auxilio ! auxilio !

Por una feliz casualidad no se estrelló en el piso de la calle; cayó en el pavimento del balcon.

La lluvia habia cesado, alumbraba la luna y soplabá fuerte el viento del Norte, cuyo ruido no permitia que su voz fuese oida en la vecindad; mas un hombre subió aceleradamente la escalera, pasó por la sala, siguió al balcon, dió la vuelta (la casa situada en esquina daba á dos calles), y halló á la infeliz postrada en el suelo sin sentido y sin movimiento; era el joven de la melena rubia.

Arrodillóse en presencia de Clementina, tomó una de sus manos, la besó repetidas veces, y dijo :

“ ¿ Quien te ofende, amor mio ? Héme aqui dispuesto á defenderte y dar mi vida por salvarte.”

En este momento abria Enrique la puerta, trayendo el puñal en la mano. Oyó las palabras tiernas y amorosas que dirigia el joven á Clementina, y al verlo de hinojos besando su mano, confirmó las sospechas de adulterio que habia concebido; se agitaron las iras del averno en su corazón y su cerebro, y abalanzándose sobre el mancillador de su honra, ciego, frenético, loco, le clavó y volvió á clavarle el puñal en el pecho con tanta rapidez que apenas le dió tiempo para levantarse y ponerse en actitud de defensa.

Hubo un momento de lucha ; pretendia el joven despojarle del arma homicida; mas no se lo permitieron sus débiles fuerzas. Entonces, cubierto de heridas, anegado en sangre, conoció que se le acercaba la muerte,

sacó un pliego de la faltriquera de su frac, y dijo á Enrique :

Has asesinado al Visconde de Santa Maria....tu mujer está inocente....ni aun sabe quien soy....Entrégale este pliego al capitan don Jorge de Lasheras... No olvides el voto de un moribundo....; que no quede mi hijo oscuro, sin nombre!....oh! ¡no olvides á mi hijo!....

Diciendo esto le entregó un pliego, que Enrique tomó maquinalmente, y cayendo el Visconde desplomado, exhaló su último aliento revolcándose en un charco de sangre.

Su cadáver quedó al lado de Clementina, que aun estaba sin sentido, inmóvil. Túvola Enrique por muerta, y al hallarse ante aquel terrorífico espectáculo, se llenó de miedo á la justicia, y huyó.

Atravesaba la sala en pos de la escalera, llevando en una mano el pliego, y en la otra el puñal, á tiempo que Margarita abria la puerta y lo vió andando precipitadamente, sin sombrero, con el cabello desordenado, pálido y el vestido tinto en sangre.

Corrió sobresaltada en la misma dirección en que venia Enrique, llamando á Clementina, y la encontró en el balcon, tendida en el suelo, y á su lado el cadáver del Visconde.

Aunque poseida de horror, no le abandonó el ánimo, fué con prontitud á su aposento, trajo una botella de ron, licor que no falta jamás en las casas de las familias cubanas por tener diversas aplicaciones medicinales y para el reverbero; bañó con aquel líquido espiritoso la frente, el pecho y los brazos de su prima, y lo gró que volviese en sí; pero privada del habla.

Se hallaba Clementina llena de dolores; ayudóla Margarita á levantarse y le dijo: ¡Somos perdidas!....

¡ Abandonemos la Isla ! . . . antes de todo, ponte otro vestido, que estás bañada en sangre . . . ; Pronto ! . . .
¡ pronto ! . . .

En seguida fueron al aposento de Clementina, la cual, temblorosa, se puso otro vestido.

Margarita, tomó un pequeño cofre, que contenia algunas joyas y monedas de oro, y dándole la mano á la desventurada esposa, bajaron la escalera y se dirigieron á la marina.

Clementina seguia á Margarita como una sonámbula.

CAPITULO XV.

LA FUGA.

Llegaron al muelle; habia numerosas naves fondeadas en la bahia, entre ellas una barca norte-americana, que tenia su quilla sobre el tinglado.

Acercáronse á la barca, guiadas por el acaso, y dijo Margarita á un muchacho, que estaba sentado sobre la proa.

¿ Qué barca es esta ? . . .

La Franklin.—

¿ A dónde se dirige ?—

A San Agustin de la Florida.—

¿ Cuándo sale ?—

Dentro de pocos momentos.—

¿Quién es el capitán?—

El inglés Mr. Charles Dydren, aquel que tiene la botella en la mano.

Margarita, y Clementina se adelantaron pasando sobre la tabla que servía de puente entre la barca y el muelle, y se hallaron en la cubierta.

Capitán, dijo Margarita, tenga la bondad de oírnos.

¿Qué se ofrece, dijo un hombre grueso y colorado, apurando una copa de *whisky*. Juan, añadió dirigiéndose á un marinero, sin ocuparse de las señoras, arregla las velas. El tiempo está amenazante pero la Franklin no teme á las olas; saldremos dentro de un minuto.

Señor Capitán, dijo Margarita ¿podrá usted darnos pasaje para San Agustín?—

No hay tiempo para admitir pasajeros, voy á levar ancla.

Señor Capitán, añadió Margarita en buen inglés: mi hermana Mary Arley y yo Sofía Arley, somos dos señoras inglesas que tenemos necesidad de estar brevemente en San Agustín.

Apenas oyó decir Mr. Dydren que eran inglesas (él era inglés) cambió de tono y se deshizo en cumplidos. Con mucho gusto, dijo, os admito de pasajeras; mandad inmediatamente por vuestro equipage.—

Creíamos que vuestra barca no salía hoy, y hemos venido únicamente a sacar los tiquetes; nuestro equipaje se quedó en Marianao, á dos horas de la Habana; pero puede ir en la primera oportunidad.

Muy bien, dijo el Capitán, dadme vuestros pasaportes.

No los tenemos, dijo Margarita con desconsuelo.

Esa sí que es una dificultad insuperable, dijo el Capitán. El gobierno español teme á los emisarios de Si-

món Bolívar y emplea un celo extremado con la entrada y salida de transeuntes. Si os admitiera, me expondría cuando menos á una fuerte multa.

Parecióle á Margarita que el cielo se desplomaba sobre su cabeza y dijo: las medidas del gobierno español se refieren á los hombres, no á nosotras, débiles mujeres, y además, somos extranjeras, extrañas de un todo á la política de este país. Capitan: os ruego que accedais á nuestra solicitud y que tengais presente que somos hijas de Inglaterra.

Hablaba Margarita tan correctamente el idioma de Shakspeare que el Capitan las tuvo por inglesas, y herido en la cuerda sensible del patriotismo, exclamó: Donde quiera que está un inglés debe favorecer á sus compatriotas; quedais admitidas. Bajad á la cámara. Veréis que es superior á lo que podia esperarse de un buque destinado al transporte de maderas.

Dióles la mano y bajaron.

En efecto: la cámara era algo ámplia: tenia seis camarotes cómodos y elegantes y reinaba en ella el mayor aseo.

Estais instaladas, dijo el Capitan; pasad buena noche.

El Capitán las dejó solas.

Clementina se echó en un camarote, silenciosa, y quedó inmóvil, como si tuviese parálisis total.

Margarita ocupó otro camarote.

A los pocos momentos se oyó el ruido del ancla.

La Franklin, viento en popa, se dió gallardamente á la vela, serena y veloz, como la flecha que parte del arco del salvaje.

Pronto salió de la Boca del Morro y entró en alta mar; mas antes de dos horas el cielo se cubrió de nubes y se desató una violenta tempestad.

Era el tres de Octubre. Por lo común en el Mar de las Antillas hay ciclón del primero al cuatro de dicho mes: los marinos le llaman el cordonazo de San Francisco, y se le teme tanto que en época cercana, cuando se desconocían las leyes físicas de las tempestades, no era permitido que abandonasen los buques los puertos en esos días.

La segunda noche aun era más terrible la tempestad: una ráfaga de viento se llevó el palo mayor y á un marinero, y la Franklin, tan pronto se elevaba á la región de las nubes como descendía á la sima de profundos abismos; parecía que iba á zozobrar.

Al tercer día sucedió la calma; quedó el mar tan apacible como cuando acaba de pasar el fragoroso tornado con sus remolinos, truenos y rayos en el Golfo de Bénin.

Remedióse como se pudo la falta del palo mayor, pusieron las velas que fué posible y la barca siguió viaje lentamente.

Mr. Dyden se portó como digno hijo de la nación que empuña el cetro de los mares, aunque era capitán accidentalmente por enfermedad del propietario, y había ocupado este puesto por ser dueño de la barca y estar comprometido á entregar en la Habana á fecha fija un cargamento de tablas de pino.

Durante esos días y noches no hubo que pensar en encender el fuego de la cocina; pero el muchacho de cámara se esmeraba en llevar á las viajeras, galletas, sustancias alimenticias conservadas en latas, cerveza, &c.

Clementina no probó un bocado apesar de las instancias de Margarita, la cual serenado el tiempo, casi la obligó á que se levantara: estaba muy débil y llena de contusiones y de dolores.

Tomó una taza de caldo mezclada con un poco de cognac, y con este gran reconstituyente algo se repuso y recobró el habla. Entonces comenzó á darse cuenta de lo que le habia pasado, y sollozando y llorando, exclamaba á menudo: ¡Infeliz madre mia ¿qué será de tí? Oh! mi buen padre!... ¡qué golpe, qué golpe tan mortal! ¡pobres ancianos!

Mr. Dydren bajó á la cámara muy obsequioso llevando una botella de exquisito vino y unas confituras, y al ver tan angustiada á Clementina preguntó á Margarita: ¿Qué tiene Lady Mary?—

Ella sufrido un ataque de nervios: el susto de la tormenta, la falta de alimento y de sueño...

Pronto pisará tierra firme y se restablecerá, dijo Mr. Dydren. He tenido la dicha de que ustedes vengán en la Franklin, y les brindo en San Agustín el *boarding House*, de mi mujer doña Gumercinda. Tendrán ustedes piezas cómodas y ventiladas, buena mesa, y sobre todo, un trato muy afable.

Aceptamos, dijo Margarita, iremos á su *boarding House*, y tendremos el gusto de conocer y tratar á doña Gumercinda.

A los tres dias llegó la Franklin desmantelada á San Agustín.

Las dos damas tomaron un coche y se dirigieron á la casa de huéspedes de doña Gumercinda; Mr. Dydren iba delante en otro coche.

Era doña Gumercinda Alpigaray una bilbaina alta, robusta, rubia, de ojos azules, muy hacendosa y de costumbres puras. Frisaba en los treinta y cinco años y hacia doce que se habia casado con Mr. Dydren en un viaje que hizo éste á España siendo contador de un buque. Sucedió que al llegar á la Península ibérica le atacó una terrible pulmonía, y el consignatario lo mandó para

que lo asistiesen á la casa de doña Genoveva Iturrigaray, madre de doña Gumerinda, mujer pobre que solía prestar este servicio. Estuvo Mr. Dydren en estado de la mayor gravedad y la joven y no mal parecida Gumerinda no se separó de su cabecera ni de día ni de noche, hasta que lo vió fuera de peligro. Se salvó gracias á esta esmeradísima asistencia, y cuando recuperó completamente la salud, se sintió enamorado de la enfermera, pidió su mano á doña Genoveva, le fué otorgada, se casaron, y dejando la tierra de pavimento férrec vinieron y se establecieron en aquella donde buscaba el anciano Ponce de León la fuente cuyas aguas daban la juventud.

Todo el afán de doña Gumerinda se cifraba en cuidar de su marido, al que idolatraba, y con el que reñía únicamente cuando lo veía borracho.

Clementina y Margarita se instalaron en una pieza muy cómoda.

Clementina no cesaba de lamentarse de sus desgracias. Pronunciaba á menudo los nombres de su madre y de su padre y prorrumpía en llanto.

Cuando parecía más tranquila exclamaba repentinamente con sobresalto: Me parece que estoy viendo á Enrique alzando el puñal para clavarlo en mi pecho; me parece que estoy viendo el cadáver ensangrentado del desconocido joven; me parece que estoy oyendo entre el silbido del viento de aquella noche espantosa, la voz imponente de mi padre, que me maldice ! . . . Oh ! ¿y mi madre ? Infeliz madre mía, ¡ cuánto habrás sufrido !

Veamos lo que pasó en la Habana después de la catástrofe.

Enrique había despedido en la mañana de aquel día al portero; el cocinero no dormía en la casa, y solo

estaban en ella el caletero Carlos y su mujer Patrocina, que se hallaban á la hora del suceso en su cuarto, así es que de nada se apercibieron.

Cuando Patrocina, á las diez de la noche subió á cerrar las puertas, notó la ausencia de los esposos, los buscó en el balcón, y halló el cadáver del Visconde.

Llena de pavor gritó llamando á Enrique, y después a Clementina y á Carlos. Este corrió hacia ella y quedó igualmente lleno de pavor á la vista de aquel cadáver.

Ambos esposos bajaron presurosos y dieron parte al Comisario del barrio y éste al Alcalde señor Medinilla.

Pronto estaban en la casa, el Alcalde, el asesor Margullo, el escribano Callemini, el Jefe de policía señor Pontoni, y una multitud de curiosos.

Fué identificado el cadáver por contadas personas pues el Visconde era poco conocido en la Habana, porque casi todo el año lo pasaba en Fidalafia.

Recogió la autoridad el billete, las dos copas rebosadas de veneno y el vestido de Clementina bañado en sangre.

¡ Cuántas conjeturas y comentarios se hicieron esa noche y al siguiente día!

Creyeron casi todos que eran patentes las pruebas de adulterio, y se admiraban de que una señorita recién casada y que había recibido tan buena educación y era hija de un hombre tan respetable y virtuoso, fuese capaz de ser infiel á su marido, hombre de talento, joven, gallardo y rico. Era además público que su matrimonio había sido por amor, amor que estuvo sujeto á terribles pruebas.

Algunos que conocían al Visconde, su admirable belleza y sus costumbres, no dudaban que Clementina

habia caído en la red de su seducción como sucedió á varias matronas, por lo cual se habia visto comprometido con los esposos de éstas en diferentes lances de que tuvo la fortuna de salir ileso.

Otros opinaban que Clementina y Margarita habian sido autoras de aquel asesinato, fundándose en su fuga, y llegaban hasta á suponer que Enrique también habia sido asesinado por ellas.

El doctor Montgomery, aunque era un insigne abogado, al ver amontonadas tantas pruebas de la criminalidad de su hija, no tuvo aliento ni palabras para defenderla, inclinó la cabeza bajo el peso de un dolor inesplicable, y cubierto de vergüenza, se encerró en su casa sin admitir visitas ni aun de las personas más íntimas.

Doña Mencia González, que era una tiernísima madre, no pudo soportar aquel golpe de la adversidad, aquella gran deshonra, sufrió un ataque de nervics, le entró fiebre, tomó cama y murió á las dos semanas.

En la mañana del día siguiente á la noche de la catástrofe vendían los cliquillos por la ciudad numerosas décimas relacionando el suceso. El metro de Espinel es el preferido por la Musa cubana para estos improvisados romances populares, que veían y ven la luz en la capital de las Antillas cada vez que ocurren acontecimientos sensacionales; desde muy temprano las imprentas de Barcina y Torres estaban en movimiento.

Unas décimas se intitulaban: "Adulterio de Clementina Montgomery." Otras: "Asesinato del Visconde de Santa Maria, fuga de Clementina y Margarita Montgomery y desaparición de Enrique de Guzmán &."

El honor de Clementina, de la púdica, de la virtuosa Clementina, no podia sufrir mayor ultraje: su nombre, de boca en boca, era padrón de ignominia; y

sin embargo, no habia sido culpable! ¡Cuán fácilmente puede extraviarse la opinión de una ciudad, de una nación, del mundo; y cuán cierto es que de los hechos más tribiales, como decia Voltaire, provienen los más grandes acontecimientos: un billete escrito con sana intención ha sido origen de las desgracias sobrevenidas á la honorable familia Montgomery.

Clementina á los pocos dias se hallaba algo repuesta; pero siempre catibzaja y llorosa.

Doña Gumercinda estaba contentísima con las dos damas porque le formaban las cuentas y le despachaban la correspondencia en inglés. Les propuso pasarles un sueldo y darles habitación y comida si seguian prestándole este servicio; aquella señora no sabia leer ni escribir.

Clementina y Margarita aceptaron con la condición de no entenderse directamente con los huéspedes, pues no querian salir de su cuarto, á lo que se avino la posadera.

En esa fecha affluian numerosas familias norteamericanas á San Agustin, como que desde 1819 España habia vendido la Florida á los Estados Unidos. Se habiaba el español solo por los naturales y el idioma más generalizado era el inglés; de modo que doña Gumercinda tenia razón al estar tan contenta con las dos ilustradas damas, que le eran tan útiles y necesarias.

Mr. Dydren paraba poco en la casa: tenia una hacienda en la costa y en ella grandes cortes de madera. El pino es, se puede decir, el único árbol que nace en aquellos lugares. Desde Tampa á Washington, en tres dias de camino de hierro, no se ven, aun en la actualidad, sino pinares á uno y otro lado.

A los nueve meses dió á luz Clementina una her-

mosa niña, que fué bautizada en la iglesia católica con el nombre de Matilde.

Las horas en que estas dos desgraciadas mujeres no se ocupaban de las cuentas, traducciones y cartas, las empleaban en coser para los establecimientos de ropa hecha, lo cual hacían sin las curiosas maquinillas que tanto simplifican ese trabajo y que aun no habían sido inventadas por Singer.

CAPTULO XVI.

EL VIZCONDE DE SANTA MARIA.

Para la mejor inteligencia de esta historia es preciso que tomemos el hilo de los hechos desde un principio con relación al Vizconde de Santa María.

Faustino de los Portales era un joven natural de Pontevedra, capital de la provincia de Galicia, [España], nacido de padres muy pobres, que determinó ir á Cuba á probar fortuna. Abrigaba la esperanza de que lo protegiese su tío don Claudio de los Portales, que tenía un café y billar en la calzada de San Lázaro, en la Habana, frente á la Casa de Beneficencia.

Era don Claudio una especialidad en la fabricación de chicha, que llamaban *sambumbia*, refresco hoy raro en la Habana y del que tenía un considerable consumo.

Todos los días, á la una, ocupaba una de las mesas Viñas, famoso importador de esclavos, que vivía en la vecindad y venía á tomar un vaso de chicha, que le servía Faustino con mucho agrado, y despues le rega-

haba un *habano* y lo entretenía con anécdotas de Galicia, donde también había visto la luz aquel traficante de carne humana.

Era el propósito de Faustino granjearse el afecto de Viñas para que lo colocase de mozo de cámara en el bergantin *Hércules*, de que era capitán y que dentro de pocos días debía darse á la vela para el *Africa*.

Don Claudio era un empedernido usurero, un avaro; mas seducido por los lisonjeros cálculos de estupendas ganancias que le hacía Faustino, muchacho muy listo y locuaz, consiguió con Viñas, su íntimo amigo, que le diese la colocación que deseaba y le permitiese llevar una pacotilla y retornar con su producto invertido en esclavos.

Aflojó el tío los cordones de su bolsa y dió al sobriño quinientos duros, que éste, después de tomar minuciosos informes, empleó en hachas, zarazas de colores resaltantes, aguardiente, pólvora, tabaco y efectos de bisutería: palseras, collares, ternos y aretes con deslumbradoras piedras falsas.

Zarpó el bergantin del puerto de la *Libana*, tuvo un viaje feliz, y fondeó frente á Bony, capital del reino de este nombre, que se halla en la embocadura del río Oll-Calabar y donde reside el Rey, cuyos servidores visten la mitad de ellos á la europea, con pantalones y levitas, y la otra mitad andan de un todo desnudos, como si se hubiese querido transigir á un tiempo con la civilización y la barbarie. La civilización tiene allí su grande y noble representante: el pabellón inglés, que ondea en multitud de naves, idas allí en pos de palo de tinte, marfil, aceite de corozo &c. Se puede decir que hay dos poblaciones, una inglesa, en los buques; otra en tierra, de indígenas.

Los magnates de Bony, y todo el que tenía algu-

nos recursos, mandaba una partida de individuos, armados de espingardas, que recorriesen los bosques y aprisionasen á todo hombre, mujer ó niño que encontrasen.

Los prisioneros eran conducidos para su venta á la pequeña isla de Nico, á doce horas de Fernando Póo.

Las partidas incendiaban los pueblos y al huir sus habitantes los aprehendian, y si hacian resistencia, los mataban.

Habia un estado permanente de guerra, y el que daba muerte á un número de negros de los que hacian resistencia, traia sus cabezas á Bony y recibia en premio una pluma del águila sagrada, la cual conservaba en su poder un magnate y tenía tantos anillos de oro en las patas que apenas podia moverse.

Habia un templo de unas 18 varas de largo, siete de ancho y seis de altura, con techo de zinc y numerosas columnas formadas con las calaveras que habian correspondido á esas cabezas, y para que todo fuese horroroso y siniestro, un idiota cuidaba el templo.

Los bonenses consideraban como sus enemigos á todos los pueblos vecinos, y jamás quisieron estar en paz con ellos: hacer prisioneros era el afán de aquellos bárbaros.

El Hércules al siguiente dia siguió para Nico, donde Faustino adquirió ochenta negros, á seis pesos cada uno, en cambio de hachas, pulseras &c.

Muy pronto completó Viñas el cargamento, que consistia en novecientos esclavos: aquellas infelices criaturas humanas fueron puestas, hacinadas, en tarimas, para venir respirando en medio del desaseo una atmósfera pestífera, nauseabunda, insoportable. No se les podia llevar á la cubierta á tomar el aire por temor á los cruceros británicos.

¡Qué espectáculo tan conmovedor ofrecía la isla el día de la partida del buque! Las madres, los hijos, los hermanos de los que se quedaban lloraban sin consuelo, y lo mismo los que se ausentaban.

A los ocho días de navegación se declaró á bordo el tífus y la viruela, y fueron arrojados al mar veinte cadáveres y también diez negros vivos, virolentos, para impedir el contagio.

Dos de los muertos correspondían á Faustino; de modo que rebajando diez que dió á Viñas por el pasaje y los dos que murieron, le quedaron sesenta y ocho esclavos, con los cuales entró triunfante en la Habana y los vendió, no á trescientos pesos, que era el precio corriente, sino á cuatrocientos cincuenta, por ser todos jóvenes, sanos y escogidos.

Don Claudio se llenó de entusiasmo con tan brillante resultado, afrontó el capital suficiente para unir-lo al que ya poseía su sobrino y fletaron un buque de gran capacidad.

Faustino emprendió viaje, proponiéndose tocar en uno de los puertos de la Carolina del Sur para proveerse de tabaco de Virginia, que agrada mucho á los africanos, y en Liverpool para comprar pólvora, espingardas y zarazas.

A los cuatro meses estaba de vuelta Faustino con novecientos esclavos.

Siguió ocho años dando viajes, se hizo millonario, dejó la carrera del Africa, se casó con la señorita doña Bibiana Beltrán de Lis, fué nombrado concejal, que es el primer puesto público que ocupan en Cuba los peninsulares enriquecidos, y obtuvo en seguida la Gran cruz de la orden española de la Beneficencia y el título de Vizconde de Santa Maria.

Llegó á ser un personaje muy atendido en los consejos del gobierno.

Fruto de su matrimonio fué José Manuel, niño robusto, gracioso y bello que formaba las delicias de sus padres.

En medio de tantas prosperidades se le ocurrió á Faustino dar un viaje al África. Le dominaba una decidida afición á la trata, con la cual se creaban con inaudita facilidad valores enormes.

Preparó un buque con todas las comodidades posibles, y el Gran cruz de la orden de la Beneficencia no tardó en saludar á sus antiguos conocidos, los magnates de Bony, buscando nuevas víctimas que inmolar en aras de su codicia.

Regresaba á la capital de la Perla de las Antillas con mil esclavos, cuando á la altura de Cabo Palma le sorprendió una furiosa tempestad y el buque se fué á pique, pereciendo él, la tripulación y el cargamento. ¡Triste y merecido fin de quien habia puesto al cuello de tan crecido número de sus semejantes la pesada cadena de la esclavitud!

Sucedíole el niño José Manuel, al que su madre daba todas las mañanas un trago de ron, lo cual creía muy conveniente á su salud.

Estas pequeñas libaciones lo acostumbraron al uso del alcohol, de modo que al cumplir los doce años se emborrachaba á menudo, yendo furtivamente á la despensa y bebiendo cada vez mayor dosis, y cuando llegó á los diez y ocho casi todos los días era conducido á su casa por sus amigos en una volante de alquiler completamente ébrio.

Causaba lástima ver aquel joven de tan ventajosa posición social dando tumbos por las calles, tendido

á veces en las aceras hablando disparates, y sirviendo de hazme reir.

La embriaguez iguala al hombre con el mono.

La Vizcondesa viuda trató de poner remedio á aquella desgracia, de que habia sido causa: empleó las súplicas, el llanto, hasta las amenazas, á pesar de que ella era un ángel de bondad. Todo fué inútil: José Manuel no salia una sola ocasión á la calle sin que entrase en los cafés á apurar sendos tragos, y si estaba en la casa jamás le faltaba la botella de ron; hallábase continuamente beodo.

La Vizcondesa pensando siempre en que su hijo abandonase el vergonzoso vicio que lo hacia tan infeliz, y no sintiéndose con la entereza necesaria para obligarle á variar de conducta, proyectó casarlo con una mujer de carácter fuerte que llegase á dominarlo. Era la más á propósito para la realización de este plan la señorita Julia Wilson, hija del inglés Mr. Jaime Wilson y de la señora doña Maria Aldao.

Esta señorita fué criada tan consentida que nunca se vió contrariada en sus caprichos. Si, por ejemplo, en sus juegos infantiles, para adornar sus muñecas, tomaba las tijeras y hacia trizas el vestido de seda que acababa de estrenar, doña Maria y Mr. Wilson, que la miraban con idolatria, celebraban tan mala acción, creyendo que la travesura de aquella niña indicaba su precoz talento.

Iba á la escuela cuando queria y era muy desaplicada, así es que apenas aprendió á leer malamente.

Con este pésimo sistema de educación, al cumplir Julia los diez y siete años, no tenia el más leve respeto á sus ancianos padres, imponia su voluntad en la casa, se encolerizaba por lo más leve, y hacia temblar los sirvientes, á los cuales trataba con el mayor despotismo

Por lo demás, en las ocupaciones domésticas, en laboriosidad y espíritu de orden, no habia quien la aventajase.

Era corpulenta, garbosa, de facciones algo bastas, pero que en conjunto tenían cierta gracia y belleza.

La Vizcondesa viuda comunicó su plan á la señora Aldao de Wilson y ésta lo aceptó llena de placer, como que su marido, almacenista de ropa, tenía sus negocios en muy mala data. Estaba al presentarse en quiebra; así es que al darle parte doña María del proyecto de la Vizcondesa se creyó salvado de su penosa situación comercial, pues su futuro yerno poseía muchos millones de pesos y no dejaría de auxiliárle para que saliese de sus compromisos.

Al otro día, Julia, elegantemente vestida, fué á pasarlo al lado de la Vizcondesa, y en verdad que con tantos afeites estaba lindísima.

La Vizcondesa le instó para que la acompañase el resto de la semana, y Julia que no deseaba otra cosa, convino, después de haber consultado el caso con su madre con aparente humildad.

El Vizconde no tardó en requerirla de amores, ella se mostró desdénosa, el Vizconde duplicó sus ruegos y se sintió más enamorado con la simulada resistencia; en fin, Julia accedió á amarlo si le daba la mano de esposo.

A todo estuvo corriente el Vizconde, y al mes el dios Himeneo habia prendido su antorcha en la morada de la Vizcondesa viuda.

Los nuevos esposos durante los primeros días gozaron de una felicidad suprema. El Vizconde no salió á la calle y los pasó al lado de su mujer formando ambos risueños proyectos para el porvenir.

La Vizcondesa no cabía en sí de alegría; habia con-

seguido el complemento de su dicha: la regeneración moral de José Manuel; mas á los cuatro dias salió este á la calle y se reunió con sus amigos, quienes por la noche lo llevaron á su casa en una volante de alquiler, como de costumbre, completamente ébrio.

Julia guardó silencio, pues su marido no estaba en estado de comprender lo que se le dijese. Fué conducido en brazos á su lecho y despertó de su sueño al otro dia á las cuatro de la tarde.

Inmediatamente que se levantó fué muy alegre á donde estaba su esposa haciéndole caricias, y ésta, apartándolo con aspereza, le dijo: Hombre vil, infame, indigno, borracho de profesión, ¿cómo te atreves á ponerte en mi presencia? No te acerques á mí porque estás hediondo á alcohol y me das náuseas.

El Vizconde, acostumbrado á las dulces reconvencciones de su madre, retrocedió sorprendido; y aunque el constante uso del alcohol habia comenzado á apagar la luz de su inteligencia, conoció que con el matrimonio habia caído en un abismo sin fondo; y se dirigió á su madre, quejándose muy afligido de aquella repulsa.

La Vizcondesa viuda reconvino afectuosamente á su hija política, y ésta, acusándola de debil, la llenó de injurias en altas voces.

Desde aquel dia no hubo un instante de tranquilidad en la casa, que quedó transformada en un infierno, y José Manuel, para mitigar tantos disgustos, se entregó al vicio con más exceso.

Julia estaba en cinta.

A los pocos meses le dió á José Manuel un ataque de *delirium tremens*, que le fué curado fácilmente.

Julia ni siquiera se acercó á su lecho; mas su madre no se separó de su lado.

Repitióle el delirio distintas veces, adquirió croní-
cidad, y el temblor se hizo continuo.

Parecía uno de esos muñecos de jugar los niños, que por medio de un resorte mueven á un tiempo la cabeza, los brazos y las piernas. Tenía ronca la voz, abotagada la cara, muy brillantes los ojos, y el color de una palidez cadavérica.

Como un progreso de esta neurosis vinieron los estremecimientos epilectiformes, el insomnio, el marasmo y los trastornos de la inteligencia.

El Vizconde estaba loco.

Tomó la monomanía de la persecución, fijándose en su mujer, á la que por alucinación creyó convertida en una pantera que quería devorarlo.

Cuando Julia, así seguiremos llamando a la nueva Vizcondesa, se le acercaba, prorrumplía en desesperados gritos y fué preciso para tranquilizarlo mudar su lecho al cuarto de su madre.

Julia viendo lo que le pasaba se entregó al más acerbo dolor y no cesaba de llorar arrepentida de haber empleado la dureza en lugar de la dulzura; pero ya era tarde.

Como si el Vizconde no tuviese en tal desorden sus ideas, trató de recuperar su afecto suplicándole con humildad que la reconociese, que era Julia, su esposa; mas el infeliz se llenaba de pavor al verla.

A los nueve meses de padecimientos crueles, en un acceso de delirio alcohólico, gritaba el Vizconde agonizando: Bibiana, Bibiana: ¿quién trajo aquí esos caballos de madera, tan grandes, tan grandes? ¡Cuántos puercos! Espanta esos murciélagos que revolotean al rededor de mi cama.... oh!.... oh!.... ¡siento los pasos de la pantera! ¡ampárame, madre mía!.... ¡madre mía, ampárame!....

En medio de estas visiones terroríficas el Vizconde espiró.

El mismo día nació Luis Jacinto, el Vizconde asesinado, el joven de la melena rubia.

Como hijo de un ébrio consuetudinario estaba tan endeble, tan demacrado, que no se creyó posible que viviese.

El alcohol, tomado por costumbre y con exceso, enardece y precipita la circulación de la sangre, que tiene su curso por las venas y arterias graduado por la naturaleza; lesiona el sistema nervioso; debilita con su acción poderosa las funciones vitales de todos los órganos, y obra directamente sobre el laboratorio del pensamiento, el cerebro, desordenando las ideas. Sus males más comunes, la parálisis, la tisis y la locura, son hereditarios y degeneradores de nuestra especie.

Fueron tan eficaces, tan sumamente eficaces, los cuidados de la madre y abuela que lograron salvarlo.

A los doce años aun tenía la misma demacración.

Se criaba en la falda de Julia, sin salir á la calle ni reunirse con otros niños.

Julia teniendo presente lo sucedido á José Manuel hasta suprimió el acostumbrado vino de la mesa, y por nada del mundo hubiera permitido que Luis Jacinto probase ningún licor.

Los profesores de lectura, escritura, & concurrían á su casa y le daban lecciones diarias; pero solo contados minutos; ella no quería que se le fatigase.

El doctor don Nicolás Gutiérrez, médico cubano, fundador de la Academia de ciencias médicas, físicas y naturales de la Habana, que acababa de graduarse en París y de regresar con merecida fama, le aconsejó que trasladase el niño á un clima frío.

Julia y la Vizcondesa con este motivo se domiciliaron en Filadelfia.

Luis Jacinto llegó á los veinte años; habia embarnecido algo; pero siempre estaba pálido y delgado.

Su belleza era sin igual; podia haber servido á Apeles de modelo para retratar á Apolo.

Su madre lo tenia en tanta reclusión que jamás permitió que por un momento se separase de su lado. Basté decir que estuvo ocho años en Filadelfia y solo habia visto algunas calles y los paseos públicos en su compañía.

En uno de los paseos vió á la esposa del *Cherif* de la ciudad, matrona de más de cuarenta años, se enamoró de ella y le remitió una carta, que esta señora envió á Julia para que reprendiese á su hijo, que habia cometido aquel desacato. Julia le contestó ofreciéndole que así lo haría, y en efecto, con mucha amabilidad le hizo presente que habia incurrido en una grave falta.

Luis Jacinto habia arribado á la edad en que su madre pensaba casarlo.

El carácter de Julia habia cambiado radicalmente despúes de la muerte de su marido, que ella creia haber apresurado: era la más afable, la más complaciente, la más tímida. Cifrabá su anhelo en cuidar de su hijo y en complacer á la Vizcondesa, y pasaba una vida monjil.

Si este cambio se hubiese efectuado al casarse, José Manuel acaso hubiera dominado su destestable vicio y ambos hubieran sido felices.

Con el fin de lograr un ventajoso matrimonio á Luis Jacinto con una noble y rica habanera apresuraron su vuelta á la isla de Cuba.

A su llegada hallaron la Habana en la mayor desolación, sufriendo una espantosa epidemia de tífus, originada por el total abandono de la higiene pública.

las calles y plazas estaban cubiertas de basuras y de todo género de inmundicias.

Quiso la desgracia que se hospedasen en una casa donde habia fallecido un individuo víctima de la enfermedad reinante: los gérmenes del mal ocultos en las grietas de las paredes y madera de las puertas y techo, acechaban á las personas como asesinos emboscados, y seguramente Julia y la Vizcondesa tenían predisposición para recibirlos, pues al segundo día de su permanencia en aquella casa, cayeron con la terrible fiebre y antes de la semana habían muerto.

Luis Jacinto sin los cuidados y consejos de su madre y abuela, se halló repentinamente en el borrascoso mar de las pasiones, como la nave azotada por los vientos que pierde el timón.

Figúrense los lectores un joven de veinte años, dueño de tantos millones de pesos, con una belleza personal sorprendente, y desprovisto de todo conocimiento del mundo.

Rodeáronlo los aduladores brindándole, para explotarlo, la dorada copa de los placeres: le ofrecían los encantos de las *houries*; mas Luis Jacinto era hijo de un ébrio consuetudinario, cuyo sistema nervioso, como dejamos escrito, había sufrido considerable perturbación, y por herencia era monomaniaco.

Su monomanía erótica, de un género el más extravagante, consistía en apasionarse y perseguir las mujeres casadas y despreciar las solteras.

No podia, sin embargo, decirse que era un enagnado; estaba en el primer grado de la demencia, como miles de individuos que pasan por cuerdos.

Indicio de este estado morboso fué la carta que remitió á la esposa del *Cherif* de Filadelfia; pero entonces, recluso por su madre, que se habia convertido en

un Argos, no le era posible dar rienda suelta á su singular inclinación; mas hallándose en libertad emprendió una serie de aventuras amorosas ilícitas en que no pocas veces llevó grandes chascos.

Tuvo varios desafíos, pues ni siquiera procedía con decoro y reserva en sus empeños amorosos: cortejaba las matronas más dignas de respeto sin cuidarse de la publicidad, lastimando así su honor aunque estuviesen tan inocentes como Clementina.

La esposa de un rico comerciante era una de sus Dulcineas, cuando vió á Obdulia, hija del Capitan don Jorge de Lasheras, y quedó tan fuertemente apasionado de ella, que olvidando su predilección monomaniaca por las casadas, le propuso matrimonio.

Aceptó Obdulia, y el Vizconde pidió su mano al Capitan y puso por única condición que la ceremonia nupcial se celebrase en secreto.

Esta fué una escentricidad del Vizconde, pues no habia motivo para tal condición: Obdulia merecia ser presentada en los salones de la Reina de Inglaterra.

Casáronse en una aldea y tuvieron un hijo, bautizado en la misma aldea con una multitud de nombres, según la usanza de los nobles de aquel tiempo, llamósele Ricardo, Faustino, José Manuel, Luis Jacinto, Roque, Pedro.

El Vizconde obtuvo del Párroco la partida de su matrimonio y la del bautizo de su hijo, señaló una pensión á Obdulia y no volvió á verla, pues habia caído de nuevo en la red de su monomanía persiguiendo á la esposa de un alférez del ejército español, y después á Clementina.

Los oficiales compañeros del alférez, tuvieron noticia de que el Vizconde habia rondado, de dia y de

noche la casa de aquel, dando ocasión á que se le creyese en relaciones con su esposa; y aunque hacía dos semanas que la habia olvidado fijándose en Clementina, el alfez le remitió un cartel de desafío.

Concertóse el duelo: eligiéronse los padrinos, la hora, el lugar y las armas, y el dia anterior, temeroso el Vizconde de un resultado funesto, y cediendo á los impulsos del instinto paternal, reflexionó que su matrimonio habia sido secreto, que el Padre Cura que lo autorizó habia muerto y el archivo de la parroquia reducido á cenizas en un incendio del templo, y dedujo que si sucumbía en el duelo dejaba expuesto á Ricardo á no ser reconocido como su hijo.

Tomó la partida de matrimonio, la del bautizo de Ricardo y la copia legalizada del testamento que habia otorgado en Filadelfia, hallándose enfermo, en el que declaraba que habia sido casado con doña Obdulia de Lasheras, con la que habia tenido un hijo, nombrado Ricardo, al cual instituía por heredero de su título y bienes; todo lo encerró en un pliego que llevaba consigo para entregarlo á Obdulia, cuando dirigiéndose á la casa del Capitan Jorge, donde ésta vivía, pasó por la de Clementina, oyó su grito pidiendo auxilio, corrió á dárselo y fué asesinado por Enrique.

CAPITULO XVII.

LA ORDEN DEL REY.

El Capitan Jorge, quince dias después de la muerte del Vizconde, allegaba pruebas para reclamar los de-

rechos de su nieto cuando se le presentó Felipillo muy sobresaltado y le dijo con voz temblorosa: Vengo á decir á usted que en el Gobierno se ha recibido una real orden disponiendo que sea usted ahorcado. Esta noche será aprehendido por la policía, y mañana, al amanecer, se le ahorcará en los fosos del castillo de la Caña.

¿Qué delito he cometido? preguntó el Capitan.

La Comisión militar permanente de Madrid ha decretado su muerte en la causa seguida contra los que penetraron en el palacio del Rey con el objeto de obligarle á que jurase la Constitución del año 12.

Estoy inocente, dijo el Capitan, no tuve parte en ese motin; me hallaba ese dia en Guadalajara.—

Poco importa la inocencia: la real orden se cumplirá, si usted inmediatamente no se pone en salvo. Adios, Capitan: desgraciado de mí si el señor Pontoni sabe que he dado á usted este aviso; es enemigo capital de usted por sus protestas á favor del hijo del Marqués del Valle.

La mujer de Felipillo era sobrina del Capitan, y este fué el motivo porque le comunicó el peligro en que estaba, pues en su opinión seria un vilipendio trascendental á sus hijos que en la familia hubiese un ahorcado, como si el último suplicio por causas políticas pudiese imprimir ignominia. Lo que imprime es gloria.

El Capitan Jorge, sin pérdida de momento, alquiló dos cabalgaduras, consiguió unas barbas fingidas con el célebre cómico cubano Covarrubia, que vivía á la otra puerta de su casa; se disfrazó de campesino; vistió á Obdulia de hombre; puso á Ricardo, que ya casi tenía dos años, delante del aparejo de su caballo y emprendió marcha hacia la aldea de la Trinidad.

Se proponia dejar á Obdulia y al niño en la casa de

Las señoras Ruvalcaba, dos santas mujeres que le debían grandes favores y le profesaban una fiel amistad. De allí seguiría por los montes hasta llegar á la costa y ver modo de conseguir una embarcación para trasladarse á Jamaica ó á la Florida.

La desgracia seguía sus pasos: ya próxima la noche, en los alrededores de la aldea, le asaltaron los bandidos, y porque hizo ademán de defenderse, le dieron brutales golpes.

Obdulia comenzó á dar gritos, y temeroso el capitán de la cuadrilla de que fuese oída por los vecinos de la aldea, sepultó en su seno su puñal. Cayó muerta, y notando el malhechor que traía en un dedo un anillo con un hermoso brillante, trató de quitárselo y con el puñal cortó y desprendió el dedo. Era aquel el anillo nupcial que le regaló el Vizconde.

La cuadrilla se internó en el monte.

El Capitán Jorge, aunque estaba lleno de dolores por los golpes, tomó el niño, que se había quedado dormido en la ensangrentada falda de su madre, y siguió para la aldea.

Llegó á la morada de las señoras Ruvalcaba; les refirió con palabras breves lo sucedido y el peligro en que se hallaba, les suplicó que mandasen poner una cruz de ébano en el sepulcro de su hija, les entregó el niño, y les pidió un lecho en que reposar; diéronselo en uno de los cuartos; echóse en él, perdió el sentido y comenzó á delirar con una alta fiebre.

Un mes estuvo entre la vida y la muerte, y se salvó debido á los cuidados de las dos señoras.

A los cuarenta días se hallaba en convalecencia.

Dos meses más estuvo oculto en el cuarto.

Dejóse crecer el cabello y la barba, siguió disfrazado de campesino, hizo se llamar Hernani, y como estaba

tan pálido, tan enflaquecido, nadie hubiera dicho que aquel extenuado anciano era el Capitan Jorge.

Desistió de su ida al extranjero, y en lo más espeso del monte, á una legua de distancia de la aldea, construyó una cabaña y formó un huerto. Quería estar cerca del sepulcro de su hija y entre dias iba al cementerio á regarlo con lágrimas.

A los dos años andaba sin temor por todas partes vendiendo los productos del huerto, y pudo ir con frecuencia á la necrópolis.

Creemos oportuno dirigir una mirada á los acontecimientos de Europa, especialmente de España, al presentar á los lectores algunos rasgos de la accidentada vida de este hombre benemérito y desgraciado.

CAPITULO XVIII.

EL CAPITAN DON JORGE DE LASHERAS:

Era valiente, de carácter firme, de gran moralidad; de principios políticos republicanos inalterables, de corazón generoso, amante del orden; de claro talento y de honradez incólume.

Nació en la Habana, pasó su infancia y su primera juventud en Londres, y fué alumno de la Escuela militar de Angers, de la que también era alumno Ser Arturo Calley Wellesley, después Duque de Wellington.

Hallábase en Madrid el 2 de Mayo de 1808 con su esposa doña Luisa Villavicencio y su hija Obdulia.

Napoleón I tenía el mundo postrado á sus piés, y sus ejércitos eran invencibles. Los reyes le hacían la corte y él los trataba como si fuesen sus lacayos.

Don Manuel Godoy, favorito de don Carlos IV, le habia entregado todas las plazas fuertes de España, y quiso el César colocar en el árbol de coronas que habia formado con la fuerza de su genio, la que ceñía Fernando VII por abdicación de su padre.

Carlos IV se arrepintió de haber abdicado; Fernando convino en devolverle la corona y entonces el anciano monarca la renunció á favor de Napoleón, quien dictó un decreto nombrando rey de España á su hermano José, príncipe de bellas cualidades, que solo tenía el defecto de hallarse bajo la influencia depresiva de su despótico hermano. En tiempos bonancibles y sin ese inconveniente, podia haber hecho la felicidad de los españoles.

La renuncia de Fernando tuvo efecto hallándose preso en Valencey, á donde fué conducido de un modo insidioso, pues habia ido á recibir á Napoleón, que se suponía estaba en camino para Madrid.

Como antes de emprender viaje, comprometido por el deseo general, mandó convocar cortes, se tuvo esto por un indicio de que profesaba ideas liberales, y no necesitó más el pueblo para declararle su ídolo y simbolizar en su persona la independencia y libertad de la patria; llamóle Fernando el Deseado, siendo así que más le cuadraba el de Fernando el ingrato.

José I fué coronado en Madrid con gran pompa.

Presentóle una fuerte oposición el partido llamado apostólico, compuesto de los reaccionarios y apoyado ardientemente por el clero y una parte de la noble-

za, enardecidos porque Napoleón en el día y horas que estuvo en Chamartin, suprimió el Santo oficio, las dos terceras partes de los conventos y los derechos feudales de vinculaciones y mayorazgos. También concedió libertad á la prensa.

Hízose creer al pueblo que la nación iba á quedar convertida en provincia francesa, y aunque el nuevo Rey contaba con muchos nobles deslumbrados por el brillo del Imperio, y hasta con eminentes literatos, tales como Moratin y Melendez, no tardó en mostrarse en todos los ánimos un odio profundo á la nueva dinastía.

El 2 de Mayo del mismo año Daois, Velarde y Arango (cubano,) oficiales del parque de artillería de la corte, proclamaron la independencia del yugo extranjero. Los dos primeros murieron aquel día y el último les sobrevivió, causa por la cual, observa don Francisco Calcagno en su importante obra biográfica, no lo mencionan los historiadores españoles, faltando á la justicia. Hablando de Cambronne, agrega Calcagno, dice Victor Hugo que no fué culpa suya que la metralla enemiga respetase su vida.

El pueblo español, con una heroicidad superior á todo elogio, hizo frente al poder colosal de Napoleón con soldados mal armados y visos, y á las órdenes del general don Francisco Javier Castaños se libró la batalla de Bailen, en la que tuvo Dupont dos mil quinientos muertos, cuatrocientos heridos y diez y ocho mil prisioneros.

Quedó allí quebrantado el talisman napoleónico.

Don Jorge de Lasheras, que tenía una vocación decidida por las armas, abandonó las delicias del hogar doméstico y corrió á afiliarse de soldado; se distinguió por su valor en esa memorable batalla, recibió tres heridas y fué nombrado alférez.

Establecióse en todas las provincias el sistema de guerra de Fabio Máximo en Italia, es decir, esquivar los grandes combates. Levantáronse innumerables partidas que hostilizaban por todas partes al ejército francés sin que éste lograra verlas. El Empecinado, Tubuera, Amor, y otros muchos guerrilleros se hicieron famosos por sus hechos.

Inglaterra estaba en guerra con España, y el Gobierno provisional de ésta le envió representantes proponiéndole la paz y pidiéndole su ayuda; uno de éstos fué Lasheras.

Como la Gran Bretaña sostenía á la vez la guerra contra el Capitan del siglo, acogió con benevolencia, hasta con entusiasmo, á los representantes, mandó sus batallones á la Península á las órdenes del célebre Duque de Wellington, y facilitó fondos al Gobierno provisional, que estaba exhausto de recursos.

En 1810 el Capitan Lasheras asistió á la batalla de Albuera, en la que el ejército inglés unido al español y comandado por Lord Beresford, lugar teniente de Wellington, derrotó al general Soult, causándole ocho mil muertos, y cuatro mil heridos. Allí perecieron los generales Bruyer, Pepin, Marasin, Werlé y Gazan.

Lasheras fué nombrado teniente y obtuvo el aprecio y agradecimiento de Lord Beresford por lo útil que le fueron para el triunfo sus indicaciones.

Beresford lo mandó en comisión para informar á Wellington de algunos particulares interesantes, y éste que lo conocía desde que cursaron ambos en la Escuela militar de Angers, y estimando su pericia, talento y actividad, lo retuvo á su lado, y esos informes y las observaciones que le hizo le valieron mucho al formar el plan de la batalla de Arapiles, en que venció el heroe.

inglés al general Marmont, y en la otra importantísima, librada en Vitoria.

En Arapiles salvó la vida á Wellington.

Lasheras ascendió á capitán.

En estas circunstancias perdió la salud atacado de reumatismo deformante, adquirido en tan rudas campañas, y se vió en la necesidad de regresar á Madrid.

Al poco tiempo murió su buena esposa y los médicos le aconsejaron que buscase en un clima cálido la curación ó atenuación de su enfermedad, que le hacia sufrir agudos dolores. Pidió su retiro, y la Junta suprema premiando sus merecimientos, le concedió el goce de su sueldo íntegro, como si estuviese en activo servicio.

Se trasladó con Obdulia á la Habana.

Los acontecimientos exteriores pusieron fin á la lucha: la fortuna se cansó de ser propicia á Napoleón: los reyes y generales, que eran su hechura, le volvieron la espalda, y se vió en la necesidad de celebrar una capitulación con los aliados conformándose con la soberanía de la isla de Elva.

Luis XVIII subió al trono de Francia, enarboló la bandera blanca, que era antipática á la nación, y se creyó ungido rey por derecho divino.

La aristocracia volvió á ocupar el puesto de que las ideas modernas la habian desalojado, y la Francia se mostró descontenta con aquel nuevo orden de cosas.

Napoleón observaba desde su reino microscópico estos hechos, se evadió de la isla, y como por encanto reunió un ejército formidable y pretendió ser por segunda vez árbitro de los destinos del mundo; Wellington lo venció en Waterloo, cayó prisionero, y se le confinó á la isla africana de Santa Elena, donde murió.

Asentada la paz en Europa, el místico Alejandro

III Czar de Rusia, inició una política de ignominiosa opresión para los pueblos, la misma de su Imperio, y surgió la Santa Alianza, que tenía por objeto consolidar el poder absoluto de los monarcas.

Veía Alejandro un enemigo del trono y de la religión en cada liberal, y temiendo la Santa Alianza que se reprodujesen en España las escenas de la revolución del 89 en Francia, se propuso sofocar las aspiraciones de los españoles al goce de libertades públicas, como lo había hecho en el Piamonte y Nápoles, y la Francia quedó elegida para enviar sus batallones al otro lado de los Pirineos.

Sin la enérgica actitud del Presidente de los Estados Unidos Jorge Monroe, autor de la doctrina política que es elemento esencial de la existencia y felicidad de dichos Estados y escudo de la independencia de todos los del Continente; y sin la oposición del Primer Ministro de Inglaterra, el inmortal Canning, las huestas de las grandes potencias hubieran venido á América á reinstalar el absolutismo, y hubieran venido inútilmente á hacer correr rios de sangre, porque ya coloreaba en los ásperos desfiladeros de los Andes el sol espléndido de la gran batalla de Ayacucho, y estaban constituidas las nuevas nacionalidades, que contaban con ejércitos invencibles y con una pléyade de capitanes ilustres: Bolívar, San Martín, Sucre, Páez, Córdoba &c.

La guerra del Antiguo con el Nuevo Mundo hubiera sido como el choque de dos planetas.

Fernando se hallaba á este tiempo [1823] en Sevilla, muy humilde y obediente á las órdenes del Gobierno constitucional; mas apenas se aproximó el ejército francés, aquel hombre que se había mostrado pusilánime en su prisión de Valencey hasta el punto de

felicitar calurosamente al Emperador cada vez que obtenía un triunfo sobre los españoles y que no tenía otras aspiraciones que casarse con una de sus sobrinas; aquel hombre, en cuya defensa se había derramado tanta sangre generosa y que había vuelto al poder por los sacrificios de los liberales, cuando determinó ir de Sevilla á Madrid dispuso que á cinco leguas de distancia del camino que debía seguir no hubiese un solo liberal!

Consolidado en el trono por las ballonetas extranjeras, no quiso conceder una amnistia, despreció la política de atracción, de amor; se guió por consejeros ineptos, y secundando con extremado rigor las miras absolutistas de Alejandro III, estableció la del odio y la venganza y dió principio al largo martirologio de todo el que tenía alma para pensar y corazón para sentir los males de la patria.

Quedó abolida la Constitución, apareció la horca en todas las provincias, volvió á funcionar el Santo oficio, no cabían los presos en las cárceles, Inglaterra se llenó de emigrados, y fueron perseguidos, condenados á muerte, á presidio ó á destierro los personajes más esclarecidos de la nación.

Creó las comisiones militares para juzgar los delitos llamados de infidencia, las comisiones militares que siempre sirven de expresión á la tiranía, puesto que suponen el quebrantamiento de las leyes.

Creó también la Superintendencia de vigilancia pública, cuyos agentes espían á los ciudadanos y eran los hombres más crueles y estúpidos, bastando para dejarlos retratados, (1) decir, que el que aprehendió á

(1) Véase el cuadro representando esta escena que está en Madrid en la biblioteca Matritense. N. del A.

Riego, exclamó al ponerle en el pecho el trabuco: “¡*Vivan las caenas!*”

En fin, se sucedían unas á otras las conspiraciones hijas de la desesperación; y para colmo de las desventuras de España desapareció su poderoso comercio en América, fundado durante tres siglos de perseverante tráfico. El odio que había enjendrado esa misma inhumana política en los catorce años de la guerra de independencia, que á la sazón estaba al terminar y en la que los hijos de América fueron tratados como bestias, sin darles cuartel ni admitir el canje de prisioneros, trajo con el triunfo de los patriotas el exodo de los peninsulares y la cuantiosa pérdida de sus bienes.

Inglaterra inmediatamente tomó posesión de tan ricos mercados y España perdió su porvenir. Sería mayor y más sólida su grandeza que en los tiempos de Carlos V, si hubiese reconocido á tiempo la independencia de las nuevas naciones, como lo hizo Inglaterra después de ocho años de lucha con los Estados Unidos, apenas fueron vencidas sus armas en los campos de Yorktown.

La Superintendencia de vigilancia pública se ocupaba asiduamente en averiguar el pasado de los ciudadanos removiendo el polvo de los archivos, y examinó la olvidada causa seguida contra los individuos que penetraron en el palacio real pretendiendo que Fernando jurase la Constitución del año 12.

El día de ese suceso Lasheras estaba en Guadalajara, y sin embargo, Fernando declaró en la causa diciendo: “que según los informes que había tomado [informes pérfidos, consecuencia de una intriga palaciega fraguada para perder á varios personajes] estaba persuadido de que uno de los principales instigadores del motin había sido un furibundo capitán del ejército de

apellido Lasheras, y que gracias á haber dispuesto que se reinstalasen en sus puestos los concejales del año 14, se habia retirado el tumulto guiado por aquel hombre terrible, para dirigirse á la casa del Ayuntamiento, circunstancia á la cual, dijo, debió acaso la vida y que no se le pusiese como á Luis XVI. el gorro frigio."

Averiguó la policia que el Capitan habia sido intimo amigo de Riego y de Quiroga y que pertenecia á una logia masónica ¿qué más se queria para que la Comisión militar lo considerase reo de lesa magestad? Lo condenó á ser ahorcado y á confiscación de bienes, y que su cabeza, colocada en una jaula, fuese puesta á la espectación pública, sin que pudiesen comprenderle, en caso de evasiva; las futuras amnistias.

Cuando el Rey supo que Lasheras estaba en la Habana gozando los favores del Gobierno, pues se le pasaba todo su sueldo, se llenó de coraje y escribió á Vives ordenándole que inmediatamente lo ahorcase.

Debemos decir que habia en España un número de anarquistas, siempre dispuestos al desorden y la violencia, á los cuales azuzaban los miembros intransigentes y frenéticos del partido conservador contra la voluntad de muchos sugetos juiciosos y moderados del mismo partido. Por estos reprobados medios procuraban el descrédito del gobierno representativo. Fernando complacia á estos demagogos disfrazados de amantes del orden, que no tardaron en querer destruirle y acudir á las armas para sustituirle con su hermano don Carlos.

Cuando Felipillo participó á Lasheras que estaba condenado á muerte, éste se hallaba en la Habana, generalmente querido y tratado con las mayores consideraciones; pasaba su tiempo entregado á la lectura, en tertulia con sus amigos, ó bien acariciando á su nie-

tecito. A pesar de que estaba en el medio día de la vida, al verle montado sobre un palo de escoba dando carreras en la sala de su casa, en juego con el gracioso niño, que apenas comenzaba á andar y hablar, podía creerse que habia vuelto á la primera edad.

FIN DE LA PRIMERA PARTE.



QUINCE AÑOS DESPUES.



2. PARTE DE LA

NOVELA POLITICA

"CLEMENTINA,"

POR

FRANCISCO **J**AVIER **B**ALMASEDA.

TOMO II.

CARTAGENA DE INDIAS.

Tip. de García é hijos.-Admor., José M. de León B.

1896.

QUINCE AÑOS DESPUES.



CAPITULO I.

EL MINISTRO DE GRACIA Y JUSTICIA.

Cada vez que pasan quince años las sociedades humanas sufren cambios muy notables: desaparecen familias enteras y muchas personas que estaban en el pináculo de la dicha se ven en la cima de la desgracia, mientras otras, que estaban en la cima de la desgracia, se elevan al pináculo de la dicha. La caprichosa fortuna tiene su Olimpo y su roca tarpella.

Doña Gumercinda Alpigaray, que al comenzar esta narración podía llamarse una mujer feliz, pues la hacienda y la casa de huéspedes marchaban con gran ventura y contaba con el amor y la fidelidad de su esposo, era al presente una desgraciada.

Mr. Charles Dydren, que no habia abandonado las libaciones á Baco, se entregó, hacia cuatro años, á una

vida de disipación y sensualidad, llegando al extremo de frecuentar diariamente las casas de prostitución cuando estaba en San Agustín y de tener además cuatro y hasta seis queridas en el campo, lo cual exasperaba á doña Gumercinda, que era muy celosa, y traía á Dydren crecidos gastos; mas la hacienda le daba para todo.

Tan reprobada conducta le trajo una parálisis total.

La sensualidad, llevada al exceso, produce estas terribles neurosis.

Daba lastima verle postrado en un sillón: únicamente movía la cabeza, y como no tenía aun embotada la inteligencia, sufría un tormento como el de Prometeo. Se exasperaba cada vez que quería hacer uso de la palabra y no podía sino pronunciar frases ininteligibles por hallarse entrabada su lengua.

Doña Gumercinda le ponía los alimentos en la boca con un cariño, una paciencia y una eficacia que merecen los mayores elogios; y como buena vascongada iba todas las mañanas á misa á pedirle con fervorosa devoción á la Virgen del Pilar que devolviese la salud á su marido; pero éste seguía cada vez en peor estado.

Los médicos de San Agustín le preguntaron si alguno de sus padres ó abuelos había sido paralítico y contestó por señas que no; de modo que su enfermedad fué adquirida y no heredada.

Le aplicaron diferentes remedios, y lejos de encontrar mejoría se le presentaron en varias partes del cuerpo úlceras sifilíticas, lo que era un indicio de que sus padecimientos habían sido originados por los desórdenes de su vida.

Doña Gumercinda ocurrió á Walterio, hermano de Mr. Dydren, para que administrase la hacienda. Era Walterio un inglés sobrio, honrado y laborioso. Lleno de ilusiones creyó que su hermano no había sa-

bido sacar partido del negocio de maderas con la Habana y se propuso emprenderlo en grande, tomó fuertes sumas á interés y estableció numerosos cortes.

Llegó á tener Walterio listos para embarque cien cargamentos, que representaban una elevada suma; duplicó los viajes de la Franklin, y ansioso de apresurar el transporte contrató el flete de dos grandes buques.

Formaba los cálculos más lisonjeros, y el mismo día en que anclaron en el puerto los dos buques fletados, sobrevino el incendio de los pinares en una extensión de cincuenta leguas.

Los cargamentos, las casas de la hacienda, las máquinas de aserrar, las cercas, los animales, todo, todo, quedó en pocas horas reducido á cenizas.

Doña Gumercinda, arruinada, se vió en la necesidad de pedir esperas á sus acreedores, que se las concedieron de buen grado y hasta le rebajaron la mitad de los débitos.

Clementina y Margarita tenían en su poder diez y seis mil pesos, que reunieron acumulando los ahorros del producto de la costura y de sus sueldos. No era poco ciertamente, pues los mejores profesores de idiomas, teneduria de libros, dibujo, música &c, de San Agustín, habían dado y seguían dando lecciones á Matilde, que ya contaba catorce abriles y era tan bella que se le llamaba en la ciudad el sol de Florida.

Doña Gumercinda, agobiada por tan grandes infortunios, no cesaba de llorar y las tres damas no cesaban de consolarla, ofreciéndole ayudarla para que repusiese su fortuna y prodigando en su compañía una esmeradísima asistencia á Mr. Dydren.

Dejamos escrito que cada vez que pasan quince años se notan las beleidades de la fortuna en las sociedades humanas, y ahora agregaremos que con escán-

dalo de los principios morales de los que creen y confían en la justicia de Dios, hay perversos que gozan por tiempo indefinido los favores de la buena suerte.

El gitano Alberto Pontoni, asesino, ladrón, trapacista, bígamo y desertor del ejército español, era el más encumbrado personaje de la Isla de Cuba.

Ya no se llamaba Alberto Pontoni, sino el Excelentísimo señor Conde de la fidelidad; y Felipillo, ya ya no era aquel miserable oficial de la jefatura de policía, que era el Excelentísimo señor Marques de los Claveles.

Tenemos que retroceder más de una década para explicar el encumbramiento de estos malvados.

Grande era en la fecha á que retrotraemos los sucesos, la preponderancia de los dos en el ánimo del indolente general Vives; y conociendo Pontoni el mecanismo del sistema colonial de España, determinó hacer un viaje á la corte, á poco de haber heredado al Marques del Valle y acrecido su vasto caudal por los infames medios que conocen los lectores.

Sacó cincuenta mil pesos de su caja y se embarcó en la fragata San Juan Nepomuceno, que se dirigia á la isla de Tenerife, donde residia su amigo el isleño Morales, quien desde un principio creyó, ó aparentó creer, que la traición de Pontoni en el Orinoco habia sido una calumnia fraguada por su émulo el general Batorre para desacreditar á su protegido, que con tan heroica resolucion se habia incorporado en las filas enemigas ansioso de averiguar quiénes eran los comprometidos en Cuba como soles y rayos de Bolívar.

Morales y Pontoni se escribian á menudo, y apenas llegó éste á San Juan, capital de la isla de Tenerife, resolvieron ir juntos á la corte para hacer que resplan-

deciese el extraordinario mérito de haber presentado á Vives la lista de los 44 supuestos conjurados.

El barbero, el infeliz barbero, que habia sido puesto en prisión la tarde del día en que se casó con una bella joven, y que, como hemos referido, dió á Pontoni los nombres de las personas ricas de la Habana, cayendo en la trampa que inconscientemente habia armado, estaba lleno de desesperación. Lo estaba no menos el sastre, hombre de unos cincuenta y cinco años, cubano, con mujer, hijos y nietos, á los que dejó sin recursos.

Ambos publicaron una hoja suelta quejándose del atropello de que habian sido víctimas, y por este llamado grave delito, se les condenó á dos años de presidio en Ceuta, con ramal y grillete.

Los demás deportados, viendo esto, guardaron silencio sepulcral.

El sastre murió de tristeza al mes de estar en Ceuta.

El primer cuidado de los déspotas es hacer que enmudezca la prensa, que es la principal de las libertades públicas y santuario de las buenas costumbres.

Al llegar Morales y Pontoni á Madrid pasó á visitarlos el Ministro de gracia y justicia, el Excelentísimo señor don Juan Esteban Lozano de Torres.

Era este don Juan Esteban Lozano de Torres un personaje de singular historia.

Tenia el oficio de vendedor de chocolate y avellanas tostadas por las calles, y algunos años después de haber estallado la guerra de independencia, sentó plaza de soldado en el batallón de milicias disciplinadas de Madrid.

A la vuelta de Fernando VII de su prisión de Valencey era oficial y le remitió, felicitándole, una composición poética, desprovista de sentido, sin arte,

sin fluidez y hasta sin ortografía. Cada verso era un ripio, si versos podia intitularse aquella bacina-
ción de disparates; mas tenia dos grandes méritos á los ojos del Rey: los elogios hiperbólicos á su persona y la difamación del partido liberal. Lo llamaba Fernando el deseado, el inmortal, el invicto, superior á César Augusto, tan sabio como Salomón, y el ángel señalado por Dios para poner á España las dulces cadenas de la servidumbre.

En los cumpleaños del Monarca, la Reina, ó cualquiera de los príncipes, jamás faltaba la oda macarrónica de don Juan Esteban enalteciendo sus glorias, y siempre era leida con agrado y aplauso por la familia real, que es grande el poder de la vanidad humana.

Al mismo tiempo iba á menudo á la Superintendencia de policia á denunciar conspiraciones de los liberales, que en efecto las tramaban incesantemente, instigados por la injusticia y el rigor con que se les trataba.

Centenares de sugetos dignísimos gemian en las cárceles, ó eran desterrados por las delaciones de don Juan Esteban.

No tardó en lograr un empleo en palacio, y entonces se valió de un ardid que solo podia producirle buen resultado y ser creíble tratándose de un hombre de tan poca capacidad como Fernando VII. Díjole que los dos habían nacido en un mismo dia, á la misma hora, bajo la influencia de un mismo astro, y que por esta razón tenian iguales inclinaciones, iguales gustos y hasta idénticas enfermedades.

Fingia padecer de gota porque el Rey era gotoso; y si éste sufría un acceso también lo sufría don Juan Esteban. Si estaba triste ó alegre don Juan Esteban lo estaba igualmente. Si tomaba cama con jaqueca,

Don Juan Esteban mandaba un recado á palacio diciendo que la jaqueca no le permitia ir al despacho de los negocios aquel dia.

Por este camino, con estas supercherias, se hizo el hombre más importante de la corte; era la ninfa Egeria de Fernando, quien lo elevó á Ministro de gracia y justicia.

La conversación de don Juan Esteban, Morales y Pontoni versó sobre la tristísima situación financiera de España; no habia un solo centavo en las arcas reales, ni esperanzas de que lo hubiese, pues con muchas dificultades solo se recaudaba una mínima parte de los impuestos.

Lamentóse el Ministro de las escaseces que pasaba; muchas ocasiones, dijo, no tengo ni para mis gastos ordinarios. Esto solo lo diria á ustedes como en familia.

Pontoni se levantó, fué al aposento, trajo un lindo cofre de marfil y presentándolo al Ministro, le dijo: Me es muy satisfactorio, señor don Juan Esteban, ofrecer á usted este cofre, que contiene diez mil duros, pequeño presente que hago á usted, y que espero se digne aceptar como una sencilla expresión del afecto que profeso al compadre y amigo de quien puedo llamarme hijo.

Don Juan Esteban, lleno de agradable sorpresa, silencioso, miró el cofre y después á uno y otro lado, fluctuando su espíritu entre el temor y el deseo, pues sabia que Fernando VII era enemigo de estos ruines marrejos y por la primera vez entendia directamente, sin la intervención de tercera persona, en estas venalidades.

Compadre, dijo el general Morales, acepte sin escrúpulo. El Comandante Pontoni le hará periódicamente remisiones de igual suma, y así podrá usted ir

viviendo mientras dura la actual penuria del erario. Por supuesto, puede contar con que nadie del mundo se enterará de que usted recibe estas sumas, por lo que creo prudente que designe la persona de su confianza á cuyo favor deben venir los giros.

El Ministro contestó prontamente: Deben venir á favor de los señores Zúñiga y C.^ª, calle de Alcalá número 25.

Su Magestad y yo, dijo el Ministro, estuvimos anteayer repuntados de la gota, y ayer hemos pasado un fuerte dolor de cabeza; pero hoy nos hallamos bien; de modo, compadre Morales, que mañana, á las dos de la tarde, podemos ir los tres al real palacio; ya he dicho al Rey que el Comandante Pontoni ha prestado á la patria uno de aquellos servicios que la Historia no echa en olvido.

No es mia toda la gloria, señor Ministro, dijo Pontoni con modestia: después que espuse mi vida por descubrir los autores y cómplices de la tenebrosa conspiración de los 44, se debe al señor don Felipe Pedregal y Malgarejo haber extinguido de raíz tan mala semilla; gracias á tan buen español, no hay hoy un solo sol, ni un solo rayo en Cuba. El señor don Felipe es uno de los más fieles vasallos de Su Magestad: activo, laborioso, inteligente y de una honradez ejemplar, merece que se le tenga presente para premiarle de algún modo. Considero á tan esclarecido sugeto indispensable para el buen gobierno y administración de la Grande Antilla. En la actualidad es jefe interino de policía, cargo que desempeña dignísimamente.

El Ministro sacó su cartera y apuntó el nombre de Felipillo.

Despidióse don Juan Esteban llevando el cofre en su carroza, y al otro día á la hora citada, Pontoni con

su uniforme lleno de cruces, Morales y el Ministro fueron á ver al Rey.

Fernando VII los recibió en el salón donde despachaba los negocios con sus secretarios, y levantándose dió la mano á Pontoni, prescindiendo de la etiqueta tradicional de los reyes españoles, etiqueta célebre desde que Felipe III sofocado por un brasero que ardía á su lado, estuvo inmóvil y lo mismo todos los cortesanos que le rodeaban, sin atreverse á auxiliarse aunque veían su angustia, porque no estaba allí el Chambelan, que era el que debía apartar el brasero. Esta sofocación le costó la vida.

El Rey dijo á Pontoni: Saludo al ilustre patricio, salvador de la integridad nacional. Sin la presentación tan oportuna de la lista de los 44 comprometidos como soles y rayos de Bolívar, á estas horas, como me dice Vives en su última comunicación, hubiéramos perdido á Cuba, ó por lo menos, ardería la guerra civil en esa parte de mis dominios. Todos los planes de esos traidores vinieron abajo mediante vuestro celo patriótico y vuestro noble amor á mi real persona. Solo me queda el disgusto de no haberos premiado incontinenti.

Mi vida y mi hacienda, dijo Pontoni, todo es de Vuestra Magestad.

General Morales, dijo el Rey, ¿cómo os hallais de salud en Santa Cruz de Tenerife?—

No estoy del todo bien, señor: siento dolores vagos y falta de laxitud en las articulaciones; se me dificulta algo el andar.—

Vos sabeis, General, el alto aprecio en que os tengo. Habeis sido el último en rendir mis armas en la Capitanía general de Venezuela.—

Mi amor y lealtad á vós, mi Rey y señor natural,

solo pueden compararse á mi odio inveterado y profundo á los sur-americanos, cuya sangre he tenido el placer de derramar á torrentes.

Vives me comunica, dijo el Rey, que llegan á Cuba por centenares los emigrados de Tierra Firme. Algunos políticos de ideas erróneas, por supuesto liberales al estilo del Conde de Aranda, quisieran que yo reconociese la independencia de esos pueblos rebeldes, salvando de este modo el comercio de la nación con tan vastos países. Se fundan en que en iguales circunstancias así lo hizo Inglaterra; mas no advierten que los ingleses se guían por el cálculo, van al negocio, y nosotros á la dominación. Ellos todo lo sacrifican por vender sus artículos y nosotros preferimos el papel de consumidores al de productores.

¡Reconocer la independencia! dijo Pontoni; qué horror! Eso será cuando se hayan agotado la última gota de sangre española y el último centavo.

Bien! bien! Comandante Pontoni, dijo el Rey.

El Comandante Pontoni, dijo el Ministro, pertenece á la categoría de los heroes.

¿Qué valen, dijo el Rey, las vidas y las propiedades de los súbditos ante la lealtad que deben á su soberano, ungido por la voluntad de Dios? En fin, señor Ministro, ved de qué modo podemos premiar ampliamente á tan insigne vasallo.

Se hará, señor, como lo mandais, dijo el Ministro. Permitidme que bese reverentemente las reales manos de Vuestra Magestad.

Los dos besaron la mano de Fernando, cubiértala por un guante negro y se retiraron.

Al otro dia el Ministro, saltando por el escalafón, entregó al Comandante Pontoni el título de teniente general de los reales ejércitos, y además los de Conde

de la fidelidad y Marques de los 44, Grande de España de primera clase, Comendador de la orden militar de Calatrava, Gran cruz de la de Isabel la católica, orden creada para premiar á los que hicieron la guerra á los americanos &c.

Estos rápidos engrandecimientos aun en mayor escala, no son raros en la historia de España: Doña Maria Ana, rejente del reino durante la menor edad de don Carlos II, el hechizado, elevó á Fernando Valenzuela de paje del Duque del Infantado á primer Ministro de la Corona; y en el reinado que acababa de fene- cer, de Carlos IV, don Manuel Godoy, mediante los fa- vores de la Reina doña Maria Luisa, de simple guarda corisp, llegó á todas las distinciones que puede conce- der la monarquía. Baste decir que como Primer Mi- nistro concertó el tratado de Basilea, en virtud del cual España cedió á Francia la mitad de la isla de Santo Domingo, isla tan importante como Cuba y que desde los postreros dias del siglo XV, fué cabeza y asiento del gobierno español, y se le llamó la Primada de las Indias. Por esta desmembración del territorio nacio- nal se le nombró Principe de la Paz.

También le entregó el Ministro para Felipillo los títulos de Marques de los Claveles, Concejal perpetuo del Ayuntamiento de la Habana y caballero de la or- den de Carlos III.

Pontoni, al verse elevado á tantos honores se sin- tió desvanecido por el humo de la vanidad y exclamó: señor don Juan: deseo conocer á su adorable esposa, y si usted me lo permite le enviaré para alfileres otro cofre como el que usted ha llevado.

El Ministro, poniendo con familiaridad la mano sobre el hombro del gitano, dijo: Aunque peninsular

parece usted en lo generoso nacido en América. ¿Cuándo parte para la Habana?—

Lo más pronto posible, contestó Pontoni.—

Puede ir á ver á Catalina cuando le plazca.—

Esta tarde, dijo Pontoni.

Esta tarde, dijo el Ministro con aire de satisfacción y orgullo, conocerá usted á la dama de mayor belleza y más elegante de toda España. Va á encantarle su trato. Mire usted: anoche estábamos el Rey y yo muy ocupados, porque se ha descubierto una conspiración de liberales en Jerez de la Frontera con ramificaciones en Cádiz, Málaga y Sevilla; y Su Magestad me dijo: “Don Juan Esteban: quédese usted entendiéndolo en este grave asunto, que yo voy á pasar un rato de solaz conversando con doña Catalina.

¡ Oh Excelentísimo señor Conde de la fidelidad y Marques de los 44 ! el Rey hace mucha estimación de mí, y de mi mujer.

CAPITULO II.

LA MUJER DEL MINISTRO.

Llamábase doña Catalina Madroño, y gozaba el renombre de ser, como decia su marido, la dama más bella y elegante de la Península. Nació en Madrid en el barrio de Lavapiés, hija de un cardador de lenas y de una vendedora de frutas de la Plaza de la Cebada.

Contaba 24 años, y se había casado con don Juan Esteban siendo éste vendedor de chocolate y avellanas tostadas por las calles, muy ageno de las grandezas que le reservaba el destino.

Dotada doña Catalina de talento natural dominaba por completo á su marido, que era un necio, y mirada con desden por las damas de la nobleza, que no le perdonaban haberse elevado á tal altura, sentia mortificado su amor propio. Cuando llegaba á los aristocráticos salones, aquellas altivas señoras, especialmente las que habian pasado su juventud, se sonreian y hablaban por lo bajo haciendo la crítica, ya de sus vestidos, de sus modales, ó recordando su humilde origen.

Rodeábanla constantemente en esas reñniones un crecido número de caballeros, homenaje debido á sus atractivos, y ella tenia para cada uno una sonrisa, una mirada, una frase aguda; pero todo, decian sus aduladores, sin malicia, jamás la crónica escandalosa, agregaban, habia dejado caer una mancha en el limpio cristal de su reputación.

El lado flaco de doña Catalina era el ánsia de ser admirada como reina de la hermosura. Pasaba la mayor parte de su vida frente al espejo, como si estuviese enamorada de su propia persona, y era gran disipadora de capitales, como que su lujo no conocia límites; mas al presente sus pingües rentas habian desaparecido con la independencia de las colonias, pues consistian en la explotación de los americanos pretendientes de empleos que se presentaban en la corte precedidos de la fama de ricos.

Llegó Pontoni á su suntuosa casa; seguíalo un paje que llevaba en la mano una bandeja de plata, en la que iba colocado un cofre igual al regalado al Ministro.

Hallóla muellemente reclinada en un sofá; su vestido de seda blanco, muy ajustado al cuerpo, conforme á la moda de entonces, señalaba sus voluptuosas formas, y su corpiño azul estaba tan escotado que se veía al través de fina blonda la parte superior de las dos redondas prominencias de su seno, parecidas á mitades de una manzana.

Era doña Catalina alta, delgada, esbelta; su color el de la rosa de Alejandria, su cabello algo rubio, su frente y nariz del tipo griego, su cara ovalada, sus labios de coral, sus ojos de gacela.

Encontrábase casi en posición horizontal, con el codo fincado en el sofá y la mano en la mejilla. Uno de sus lindos piés, diminuto [como todos los de las madrileñas] calzado con un precioso botincito azul y defendido por una fina media de seda color crema, descansaba, extendida la pierna, en un escabel forrado de damasco carmesí, y el otro pié en la alfombra del pavimento.

Ceñía su frente una diadema de grandes brillantes, y adornaba su cuello de cisne un collar, también de brillantes.

Cuidadosa de los más menudos detalles, semejante al artista que al colocar en las exposiciones de cuadros las creaciones de su pincel, disputa los favores de la luz, habíase situado donde ésta penetrando por los cristales de las ventanas la bañaba con ténue claridad aumentando sus encantos.

Poéticamente podía comparársele á Venus cuando acababa de salir de las espumas del mar en los brazos de la aurora, y se había reclinado en su concha de nácar.

Al entrar el gitano é inclinarse respetuoso, fijó en él su fascinadora mirada, que lo dejó conturbado, y cam-

biando la estudiada posición horizontal, que le daba el aspecto de una deidad mitológica, por la vertical, alzó el lindo y torneado brazo y relanpaguearon los diamantes de tres brazaletes y de las numerosas sortijas de sus dedos. (El orgullo de las aristocráticas damas de esa época consistía en ir cargadas de piedras preciosas.) Le indicó con este ademán que se sentase, y con voz armoniosa y una sonrisa seductora que le dejó ver el esmalte de su magnífica dentadura, le dijo: Aquí, aquí á mi lado, señor Conde de la fidelidad, Marques de los 44. Tenemos que hablar sobre un asunto muy importante. Paje, pon la bandeja en el cojín de ese sillón. Así lo hizo el paje y se retiró.

Conde, dijo doña Catalina, el general Morales es mi pariente y compadre, y vos, se puede decir, su hijo. Hay entre los tres una cadena que nos une, un lazo de afecto, y debemos tratarnos como si fuésemos hermanos.

El Conde permaneció silencioso, casi petrificado. No era capaz de un amor sublime; mas al hallarse en aquella mansión en la que todo respiraba un lujo oriental y en presencia de aquella mujer de tan admirable belleza experimentó una impresión extraña en su organismo. Poseía doña Catalina el arte de inspirar amor, de electrizar, cuando ponía en actividad sus poderosos medios sugestivos.—

Tengo en vos una absoluta confianza y voy á revelaros lo que me pasa.

Doña Catalina dió un suspiro y dijo: “En la nobleza de la corte, Conde, hay una jorobada que se cree descendiente en linea recta del rey Wamba. Cuenta cuarenta y cinco años de edad y es fea sobre toda comparación. Las mujeres muy feas son siempre enemigas irreconciliables de las mujeres muy bellas. Esta tal,

me mira con tanta envidia que no cesa de empeñarse en ponerme en ridículo. Dice que no tengo pergaminos como ella, que yo debía vestir de percala, que el collar de brillantes que llevé en la última recepción del Rey es de piedras falsas. ¡Qué mentira! ¡qué calumnia! Observe usted el collar; me lo he puesto expreso para que usted lo vea y conozca toda la malignidad de esa jorobada. Oh! ¡jamás, jamás, perdonaré esta calumnia!

Pasado mañana, Conde, es el día de San Fernando. El Ayuntamiento ha votado doscientos mil pesos para festejar á Su Magestad con un espléndido baile, y he mandado á la joyería por esta diadema, que hace pendan con el collar, y la he ajustado con el joyero de la Reina en ciento diez mil duros que debo pagarle hoy, hoy precisamente porque es un hombre lenguaraz que hace público todo lo que le pasa. Con los diez mil pesos que usted dió á Juan y los que ahora me ha traído, se completan cien mil; me faltan otros diez mil para atender á mi bienquedar. ¿Podrá usted facilitarme esa suma? No le será difícil, puesto que es el hombre más acaudalado de Cuba; mi agradecimiento será eterno.—

Dentro de pocos momentos, señora, estarán en poder de usted los diez mil pesos.—

Gracias, Conde, no esperaba menos de tan cumplido caballero.

El Conde, que desde que vió á doña Catalina sintió en su pecho las heridas de las flechas de Cupido, al hacerse cargo de su pedimento, le pareció que no le seria difícil conquistar aquella beldad, como Júpiter á Dafne, convertido en lluvia de oro; mas este pensamiento pasó rápido por su imaginación, pues con su habitual sangre fría conoció que no le tenia cuenta emprender en esta

arriesgada aventura y sí explotar el omnínodo poder del Ministro.

Doña Catalina, levantándose, dijo: Sígame, Conde: quiero enseñarle el vestido que estrenaré el día de San Fernando.

Siguióla el Conde al comedor, donde habia seis modistas francesas arreglando el vestido: éste era de damasco azul, tachonado de brillantes, imitando el estrellado cielo de las noches tropicales, con encajes de Flandes de un precio altísimo.

El primoroso chal de seda y el calzado estaban adornados con hileras de perlas, esmeraldas, ópalos y rubies; lo propio que el abrigo; éste era de escarlata bordado de oro.

El Ayuntamiento iba á derrochar en ese baile doscientos mil pesos, mientras los pueblos de todas las provincias sufrían los horrores de la más espantosa miseria y la monarquía se desmoronaba en América al impulso de las ideas republicanas, como los viejos castillos feudales bajo la acción demoledora del tiempo.

Doña Catalina, como si personificase el insensato fausto de aquella corte, iba á hacer ostentación de una riqueza de que no podia ser poseedora sin el vil peculado de su marido.

En este instante llegó don Casimiro Zúñiga, inspector general de los trabajos de canalización de los rios nacionales navegables y secretario honorario de Su Magestad. Venia vestido de rigoroso uniforme, y los tres se incorporaron en la sala de recibo. Habia sido llamado por la cortesana para ponerlo en relaciones con el Conde, quien debia hacer reinesas de dinero al Ministro por su conducto. Era agente de éste y de su mujer para la venta de los empleos.

Don Casimiro estaba muy fatigado, muy inolesto, apenas podía hablar, y sentándose, dijo: Acabo de ver al Rey.

¿Qué os sucede? le pregunto doña Catalina.

Don Casimiro, tomando aliento, dijo: Un capitán del ejército, llamado don Luis Ordoñez, ha publicado en un periódico clandestino un artículo criticando al Gobierno por mi reciente nombramiento de inspector de las obras de canalización de los ríos nacionales.

Al oír el nombre de Ordoñez el Conde palideció.

¿Cómo así? dijo doña Catalina. Explíquese usted sin reserva. El señor Conde de la fidelidad y Marques de los 44, á quien tengo el honor de presentarle, es persona de toda mi confianza.

Señor Conde, dijo don Casimiro, puede usted disponer á su antojo de su humilde servidor Casimiro Zúñiga.

Lo mismo digo á usted, señor Zúñiga, contestó el Conde algo repuesto. Ya conocia la razón social de su respetable casa de comercio.

Vamos á ver, dijo doña Catalina, lo que ha escrito el tal Ordoñez, que seguramente será un tunante, un liberal, un masón, enemigo del Rey y de sus adictos.

Zúñiga sacó un periódico y leyó:

“COSAS INAUDITAS.

Don Casimiro Zúñiga ha sido nombrado inspector general de los trabajos de canalización de los ríos nacionales navegables, con un sueldo de ocho mil ducados mensuales.

Actualmente ni siquiera se trata de canalizar río alguno, ¿quién piensa en España en el regadío de los campos y en dar facilidad al comercio interior por me-

dio de las vías fluviales? Por lo tanto, se conoce que ese nombramiento no ha tenido otro fin que señalar una valiosa pensión á Zúñiga. ¡Y quién es este afortunado mortal? ¿Por ventura un hábil ingeniero? No, es un comerciante de la calle de Alcalá que se dedica á comprar en Londres las telas más primorosas importadas de la India, para venderlas á nuestras aristocráticas damas, que al presente debieran vestir de tela negra de algodón guardando luto por el duelo de la patria, que sufre tan grandes infortunios.

Estamos en crisis económica, no hay cosechas; se siente el hambre, y hemos perdido nuestras posesiones de América por los desaciertos de los gobernantes y la tiranía del sistema político allí implantado.

Con la batalla de Ayacucho en el Alto Perú se ha eclipsado para siempre la estrella de España en el Nuevo Mundo. España dejó de ser lo que era, y no tiene otro camino para vivir como nación y no desparecer que dejar á un lado el quijotismo y la empleomanía, é inclinar los pueblos al trabajo; proteger la agricultura, el comercio y las artes y economizar el último centavo.

En medio de esta desastrosa situación se ha creado un empleo que carece de objeto, dotado con un escandaloso sueldo; pero todo es poco tratándose de satisfacer la vanidad y el capricho de cierta sirena, notable por su lujo y sus desfilfarros.”

¡Que infame! exclamó doña Catalina, pues el artículo concluía con una clara alusión á su persona.

¿Cómo se sabe, señor Zúñiga, que el tal Ordoñez es el autor? preguntó la cortesana.

La Superintendencia de vigilancia pública lo ha averiguado en pocos minutos; es un cuerpo perfectamente organizado que espía á los súbditos.—

¿Y qué ha dicho el Rey?—

¿Qué había de decir? En el acto ha sido encerrado Ordoñez en una fortaleza como difamador del gobierno de Su Magestad, y pronto seguirá para Filipinas con solo el goce de la quinta parte de su sueldo; y el dueño de la imprenta sufrirá tres años de presidio en Melilla; ya está en la cárcel.

¡Bien, muy bien! dijo doña Catalina. Eso tienen de excelentes los gobiernos absolutos: la pena tras el delito. Si rigiera la Constitución del año 12 hubiera sido preciso formarles causa, que hubiese pruebas, oír sus descargos y que recayese una sentencia de juez competente, sentencia que le sería absolutoria, pues se diría que había usado el derecho que ella otorga á todo español para expresar su pensamiento de palabra y por escrito. La prensa debe tener una mordaza, como felizmente la tiene.

La prensa, dijo el Conde, es un aborto del infierno; aunque las cosas se hagan en las tinieblas, todo lo escudriña y hace luz.

Tiene esa maldita, dijo doña Catalina, cien alas y cien clarines.

Despidióse Zúniga, y la cortesana dijo al Conde: Mañana venid á visitarme á esta misma hora; quiero haceros un regalo.

Tendré en ello mucho honor y mucho placer. Hasta mañana, señora.—

Adios, Conde.

CAPITULO III.

TALES CUALES ERAN.

Al otro dia, á la hora designada por doña Catalina, fué á verla el Conde.

Hallóla con otro vestido y joyas distintas; hubiera sido para ella una vergüenza presentarse al Conde con el traje y adornos del dia anterior; estaba como siempre, bellísima.

Doña Catalina sacó de su seno un perfumado pliego, diciendo: Notad, Conde, el afecto con que os trato. El regalo que os he ofrecido lo he guardado aquí, en mi propio seno. Tomad y leed.

El Conde leyó:

"Yo el Rey. Mi Gobernador y Capitan general de la siempre fiel Isla de Cuba: Os ordeno: que en todos los asuntos importantes dependientes de vuestra autoridad, consulteis el parecer del Excelentísimo señor Conde de la fidelidad, Marques de los 44, teniente general de los reales ejércitos, y lo sigais sin examen ni réplica. Tratareis al Excelentísimo señor Conde con el mismo respeto y sumisión que debeis á mi real persona. Dado en mi real palacio de San Ildefonso, sellado y refrendado por el infrascripto Ministro de gracia y justicia encargado del despacho de los asuntos de Ultramar, en Madrid &c. Yo el Rey.—Por mandado de Su Magestad,—Juan Esteban Lozano de Torres."

El Conde poseido de un placer indescriptible veia colmados sus deseos más allá de sus aspiraciones. En

aquel momento se consideró dueño de la Isla de Cuba y dirigiéndose á doña Catalina, exclamó: Mujer divina, os debo mi felicidad. Soy vuestro esclavo y quisiera servirlos de rodillas.

Hizo ademán de arrodillarse y la omnipotente cortesana, deteniéndolo, le dijo con plácida sonrisa: Conde: eso y mucho más os es debido en recompensa del servicio que habeis prestado á España, destruyendo los planes de los 44 insurgentes. Solo os recomiendo que cultiveis con esmero la amistad del señor Zúñiga, sugeto de una honradez incólume y de mucho valimiento en esta corte, tanto que el Rey lo trata hasta con familiaridad.

El señor don Casimiro, dijo el Conde, será mi amigo más distinguido.

Las sensaciones que causa una inesperada felicidad son tan funestas á veces como las que causa una inesperada desgracia. No pocas ocasiones ha quitado la vida á los protegidos de la fortuna, y el Conde estuvo á pique de pertenecer á este número.

Vuelto de la impresión que habia recibido preguntó á doña Catalina ¿cuál ha sido al fin la suerte de don Luis Ordoñez?

Juan, contestó doña Catalina, como es tan bondadoso, aconsejó al Rey que lo mandase al Extremo Oriente con su empleo de capitán y el goce de la quinta parte de su sueldo; mas la real orden ha sido reformada á mis instancias, pues resulta que es ¡asómbrese usted! ¡grado 3.º de la masonería y Gran maestro de una logia! Irá á Filipinas de simple particular y será encerrado cuatro años en la celda de un convento, donde un fraile le exhorte todos los días á desechar sus malévolas ideas y le haga rezar cuatro horas. Se le prohibirá leer, escribir y todo contacto con la comuni-

dad, para que viva en completo aislamiento, como en un panóptico.

El castigo que se le ha impuesto, dijo el Conde, no puede ser más benigno.

A los ocho días se hallaba el Conde en el muelle de Cádiz.

El bergantin de guerra Maria Isabel, estaba al ancla en la bahía, y su Comandante vino en un bote tripulado por doce marineros á recibir al Conde, pues le habia sido eficazmente recomendado por el Ministro de gracia y justicia, y debia ser pasajero del bergantin. Acaso no tenia otro objeto el viaje á Cuba de ese buque de guerra que conducir al amigo de doña Catalina Mardroño.

Un carro cerrado, que custodiaban un cabo y cuatro soldados, se detuvo al llegar al muelle. El cabo abrió la portezuela y los soldados ayudaron á bajar á un hombre que venia con grillos y esposas: traia sombrero de fieltro y venia envuelto en una capa; era don Luis Ordoñez.

Con paso muy lento dirigióse el preso hacia donde estaba un bote de la fragata mercante Elisa, también anclada en la bahía, y que iba á darse á la vela para Manila.

Soplaba fuerte el levante.

Del bote de la fragata saltaron al muelle dos marineros, cargaron á Ordoñez como si fuese un fardo de lienzos, y aprovechando la ascensión de una ola lo arrojaron á los fornidos brazos de otros dos marineros que lo recibieron á bordo.

En aquel momento una anciana muy demacrada, cubierta de harapos y apoyándose en un báculo, se acercó á Pontoni y le dijo con humildad: "Una limosna, caballero, por el amor de Dios."

Era la tía Calceta.

Pontoni volvió la cara para que su madre no lo conociese, y dando la mano al Comandante del bergantín saltó con ligereza, aprovechando la ascensión de la misma ola.

Los tripulantes de ambos botes movieron los remos tratando de alejarse del muelle, pues el mar estaba muy agitado.

El bote del bergantín pasó con rapidez cerca del de la fragata.

Ordoñez, que iba sentado á popa, levantando la cabeza, reconoció á Pontoni y poniéndose de pié le dijo en altas voces: Buen viaje, Excelentísimo señor Conde de la fidelidad, Marques de los 44, Grande de España, teniente general de los reales ejércitos, & &, reciba Vnuestra Excelencia recuerdos del campamento del Orinoco, y sírvase darme sus órdenes para mi celda.

El Conde quedó estupefacto.

El desventurado Ordoñez, tipo del caballero español de las leyendas, tan amante de su patria, tan valiente, tan ilustrado, iba á lejanas regiones á pasar cuatro años de martirio en la celda de un convento, en la inmovilidad; él, que tenia tan viva imaginación y un organismo en el que era el movimiento constante una necesidad para la existencia; mientras el Conde, tipo de Mefistófeles, iba á ser el sultan de la Perla de las Antillas, rodeado de todos los encantos del poder y de la riqueza.

Dña Catalina se había vengado.

¡ El hijo de Antonio Bringas y de la tía Calceta, árbitro de los destinos del buen pueblo de Cuba ! ¡ Y pensar que hombres como éste y el Marques de los Claveles figuran muchas veces en la camarilla de los capitanes generales !

Apresuróse el embarque del Capitan porque al hacersele saber que se le habia condenado al confinamiento por deslealtad al Rey, desabrochó su uniforme y dejó ver en su pecho veinte y dos cicatrices de heridas que habia recibido en la guerra de América defendiendo la causa realista. Tratábase de alejarlo sin dilación de Madrid para impedir la censura del público si se traslucía aquel atropello inícuo, hijo del capricho de una mujer airada y únicamente posible en un gobierno absoluto.

El Conde llegó á la Habana henchido de soberbia y de ambición. El Capitan general, por olvido ó intencionalmente, no mandó un ayudante á darle la bienvenida, según se acostumbra en tales casos con los elevados personajes. Sumamente mortificado por lo que creia una falta de atención indisculpable, al segundo dia púsose su uniforme, ciñose la faja de general del ejército y pasó á verle.

Saludó al General con frialdad; éste lo recibió muy afable, y el Conde sacó de la faltriquera la real orden que lo investia de tan extraordinarias facultades, y dijo: Excelentísimo señor: tengo el honor de poner en vuestras manos este pliego que para Vuestra Excelencia me ha entregado nuestro augusto soberano.

Vives tomó el pliego y lo leyó repetidas veces adquiriendo su semblante la expresión de la ira y cambiando de colores del rojo al pálido y del pálido al rojo. En el primer momento, sintiendo herida su dignidad, se le ocurrió hacer renuncia de la capitania general antes que someterse á la voluntad de quien acababa de ser y era aun su subalterno; mas pronto reflexionó que perdía su alta posición, y sobre todo el pingüe sueldo de que gozaba, y haciendo una cortesía, dijo en tono respetuoso: Excelentísimo señor Conde de la fidelidad, Marques

de los 44: estoy á vuestra disposición; desde hoy sereis el verdadero capitan general; acataré sumiso vuestras órdenes superiores.

El Conde no esperaba tanta docilidad, y olvidando su desagrado apretó la mano del General y le dijo: No, mi querido don Francisco, lo sereis vos, como hasta aquí. Solo en ciertos y determinados asuntos os haré algunas indicaciones, todas en provecho de vuestro sabio gobierno. Por ejemplo: creo oportuno que el Excelentísimo señor Marques de los Claveles sea jefe de policía en propiedad: hoy os presentaré mi renuncia.

Quedará nombrado, dijo el General.

El Marques de los Claveles, añadió el Conde, es un sujeto muy connotado como defensor de la integridad nacional. Espero que tengais en él una absoluta confianza.

Lo considero, dijo Vives, como un empleado notablemente celoso del cumplimiento de sus deberes. En el tiempo que ha desempeñado la jefatura de policía se han multiplicado las diversiones, y el pueblo ha estado cada vez más contento, que es lo que deseo para alejarlo de malos pensamientos.

El Conde se despidió muy complacido.

Aquella tarde el Marques de los Claveles fué comensal del Conde, quien mandó preparar expreso la mesa en un salón amplio con ventanas por donde penetraban la agradable brisa y la luz y que estaba al fondo de la casa; su objeto era poder conferenciar con el Marques sin ser oídos de persona alguna.

Todos los manjares, y hasta los postres, fueron puestos á un tiempo en la mesa; y al llegar el Marques ambos se encerraron en aquella pieza á gozar los placeres de la gastronomía y las expansiones más íntimas

del alma. Comunicándose sus impresiones y sus ideas aparecían allí tales cuales eran.

Comenzó el Marques hablando al Conde de todo lo que habia hecho durante su corta ausencia. He conseguido, dijo, por una insignificante suma el remate á favor de uno de nuestros agentes de los diezmos y primicias de la Iglesia de Dios, lo que nos hace dueños de la décima parte de la riqueza agrícola del país. Se han duplicado las casas de juego; me he hecho cargo por medio de otros dos agentes de construir dos carreteras por cuenta del Estado: por supuesto, cuando se empleen diez carretadas de piedra, aparecerán en la cuenta ciento; si trabajan cincuenta peones, pondremos doscientos, &c.

Señor Conde, añadió el Marques: la real orden que os ha elevado á una altura superior á la del Capitan general, y la protección que os dispensa el Ministro de gracia y justicia, os colocan en posición de hacer en esta tierra todo lo que querrais. Saquemos partido de tanto poder: establezcamos almacenes de ferreteria, de lienzos, de víveres &c, á cuyo frente pondremos personas idóneas. Los artículos importados serán reconocidos en la aduana por empleados elegidos por nosotros mismos, para no pagar derechos, ó pagarlos muy mínimos, á fin de salvar las apariencias. El comercio de buena fe no podrá competir con nosotros y nos haremos dueños del mercado. ¿Qué os parece el proyecto?

Magnífico, dijo el Conde: habeis nacido para las grandes combinaciones. Buscad el personal entre nuestros agentes y mandad que se hagan sin dilación las facturas de pedidos á las plazas extranjeras. Esos establecimientos, libres de derechos de aduana, serán para nosotros manantiales de oro. Os recomiendo que

no olvideis librar mensualmente cuatro mil duros á los señores Zúñiga y compañía, calle de Alcalá número 25, Madrid. Esta es la piedra angular del edificio de nuestra prosperidad.

Siguieron el Conde y el Marques, muy alegres, formando cálculos de fabulosas ganancias, y cuando los vapores de los exquisitos vinos hicieron su efecto, el Marques, tambaleándose en el asiento, dijo: "No hay una nación más mal gobernada que España, ni país más desgraciado que la Isla de Cuba, ni en toda la redondez de la tierra dos bribones más bribones que nosotros dos. ¡Viva doña Catalina Madroño!"

El Conde exclamó: ¡Viva el insigne Ministro de gracia y justicia don Juan Esteban Lozano de Torres!

CAPITULO IV.

LA DESPEDIDA.

Enterado el lector de como se elevaron á tan alta posición social Alberto Pontoni y Felipillo Pedregal y Malgarejo, volvamos á tomar el hilo cronológico de los hechos.

Era una de las hermosas mañanas del mes de Abril: la Franklin, procedente de la Habana, acababa de llegar al puerto de San Agustín.

Walterio, que la habia esperado en el muelle, regresó á la casa de huéspedes acompañado de un gallardo joven cubano, que habia venido de pasajero.

Matilde daba en ese momento lecciones de piano en el *parlors*, y el joven al verla quedó encantado de su sin igual belleza.

Arturo Abisbal, que así se llamaba el huesped, permaneció en el *parlors* todo el tiempo que allí estuvo Matilde, cuyos dedos se deslizaban sobre las teclas, como si á un tiempo las tocase todas. Ejecutó el *Ave Maria* de Raffaelin, una de las más notables composiciones del artista habanero.

Arturo pidió recado de escribir y remitió una carta al general inglés Graham, que era el principal personaje de la ciudad.

El general Graham habia servido á las órdenes del Duque de Wellington, siendo éste generalísimo del ejército anglo-español en la guerra de independencia de España contra Napoleón I. Se retiró del servicio, y en busca de lo suave del clima residia casi todo el año en San Agustín donde tenia numerosos parientes.

A los pocos momentos el anciano general vino á la casa de huéspedes preguntando por Mr. Arturo Abisbal, á quien dió un tierno abrazo en presencia de doña Gumercinda, y lo reconvino por no haber ido á hospedarse á su casa. Disculpóse Arturo pretestando que estaba ya instalado en aquel *boarding house* y que pensaba permanecer poco tiempo en San Agustín.

Los dos pasaron al cuarto de Arturo y tuvieron una larga conferencia.

Despidióse el general repitiendo sus instancias para que Arturo se trasladase á su morada, y éste volvió á rehusar por los mismos motivos. Hubiera accedido

gustoso, mas le contenia la idea de estar cerca de aquella mujer que le habia inspirado una pasión grandiosa desde el instante en que la vió.

Doña Guercinda, que habia visto las atenciones que el general inglés habia dispensado á su joven huésped, tuvo á éste por una persona muy distinguida.

Arturo pasó una noche de insomnio pensando en Matilde, y en la siguiente mañana trató de inquirir sus antecedentes de doña Guercinda, la cual le informó que era hija de una señora inglesa, Lady Mary Arley, que vivia en su *boarding house* hacia más de catorce años; de modo que Matilde habia nacido y se habia criado á su lado, por lo que la amaba como á una hija. Que su madre era una matrona respetable, de muy austeras virtudes y sumamente laboriosa; que la niña habia recibido una esmeradísima educación &c.

Aquel dia habia pasado Matilde al *parlors* á dar lecciones de teneduría de libros con un inteligente profesor, y quedó admirado Arturo al verla resolviendo con facilidad los más difíciles cálculos de la aritmética. Manejaba con tanta habilidad la partida doble que en el dia podia haber llevado los libros de una gran casa de comercio.

El amor de Arturo rayó en locura, y apenas se ausentó el profesor expresó su vehemente pasión á Matilde, y ésta le dijo que no se consideraba con la edad necesaria para atender á sus súplicas.

Al siguiente dia las lecciones eran de dibujo y pintura, y creció la admiración de Arturo al notar los progresos de Matilde en el arte de Rafael Urbino.

Más de una semana permaneció el joven en la casa de huéspedes, prisionero en las redes del amor, pa-

reciéndole imposible separarse de aquella hada, como él decía, que lo había esclavizado.

Creemos que Matilde sintió por Arturo una viva simpatía. Era alto, delgado, rubio, gallardo, de bonita fisonomía y de un trato muy fino; ella, sin embargo, se mostró sorda á sus súplicas, hasta que al fin al ofrecerle su mano con tantas instancias, le dijo: Ese es asunto que debe ser resuelto por mi madre; su voluntad es la mía.

Desde aquel instante todo el afán del joven fué lograr una conferencia con Lady Mary, á la que no había visto ni una sola vez, pues no salía de su cuarto, lo propio que Margarita.

Valióse de doña Gumercinda, quien trasmitió la solicitud á Clementina, muy interesada á favor de su huésped.

Matilde no volvió al *parlors*, y doña Gumercinda trajo por única respuesta que Lady Mary no podía recibirle por estar delicada de salud.

Desesperado Arturo pasó tres días sin ver á Matilde.

Repitió su solicitud encargando á la posadera comunicase á Lady Mary que el objeto de la conferencia era pedirle la mano de su hija, y que estuviese segura de que una vez de que le comprobase quien era él no se la negaría.

Doña Gumercinda, que había tomado mucho afecto á Arturo y que lo creía un partido ventajoso para Matilde, se empeñó en que le fuese concedida la conferencia. El porte decente de ese joven, dijo á Clementina, sus modales, y sobre todo la manera afectuosa con que lo trata el venerable general inglés, demuestran sus merecimientos. Además, Lady Mary, si no os satisfacen

las explicaciones que os haga todo quedará terminado desechando su pretención.

Tantas fueron las instancias de doña Gumerinda que Clementina le prometió concurrir á la conferencia al día siguiente.

Así sucedió: á la hora en que no habia parroquianos en la casa de huéspedes, Clementina, Margarita y Matilde se presentaron en la sala de recibo, donde Arturo las esperaba.

Después de corteses saludos, Arturo, dirigiéndose á Clementina, le dijo: Respetable señora: os suplico que os digneis dispensarme la molestia que os he dado solicitando de vos que vengais á oirme: amo con delirio á vuestra hija y espero que me concedais la felicidad de hacerla mi esposa.

No os conozco, contestó Clementina, y por este motivo me es imposible otorgaros su mano.—

Teneis sobrada razón, señora. Os revelaré el secreto de mi nacimiento: no soy Arturo Abisbal: es un nombre que llevo desde niño para salvar la vida de mi abuelo y la mia. Me llamo Ricardo de los Portales y soy hijo del Visconde de Santa Maria y de la señora doña Obdulia de Lasheras.

Cuando Clementina, Margarita y Matilde oyeron estas palabras sintieron un estremecimiento eléctrico y las tres exclamaron: ¡ El Visconde de Santa Maria !

“Sí, prosiguió el joven: mi padre fué asesinado por un marido celoso, y mi madre también lo fué por unos bandidos en los alrededores de la aldea de la Trinidad en la Isla de Cuba; yo entonces apenas tenia dos años. El matrimonio de mi padre habia sido secreto, ante un párroco que falleció, y el archivo de la parroquia fué devorado por las llamas en un incendio casual del templo; de modo que he quedado sin pruebas documenta-

les para acreditar mi filiación. Existen personas que tuvieron conocimiento del matrimonio; mas mi abuelo, el capitán don Jorge de Lasheras, mi único apoyo, ha sido calumniado y condenado á muerte por el supuesto delito de alta traición, y el Conde de la fidelidad, el poderoso Conde de la fidelidad, es su enearnizado enemigo. Si supiese que existe en la Isla lo mandaría á ahorcar inmediatamente y perseguiría á todo el que declarase.

“Hace quince años de la terrible sentencia, continuó Ricardo: pasó el gobierno absoluto: los conservadores intransigentes, á quienes tanto había complacido el Rey, le hacían traición; querían más, más rigor con los liberales, como Leibniz quería más, más luz. Pretendiendo anular los derechos de la Princesa de Asturias, heredera del trono, proclamaron Rey á don Carlos, hermano del monarca, y muerto éste, su esposa, doña Maria Cristina de Borbon, regente del reino, ha publicado varias amnistias; pero todas muy restringidas; ninguna ha favorecido á mi abuelo.

“De nada ha servido al infeliz anciano que la Reina se apoyase en el partido liberal que es el suyo; la cruel sentencia sigue amenazando su vida, como la espada que estaba pendiente de un cabello sobre la cabeza de Damocles. Existe hace quince años en medio de un monte, cultivando un huerto, con nombre supuesto, pobre, oscurecido, enfermo: su único consuelo es estar cerca del sepulcro de mi madre!

“Viendo cercano el término de sus días, ha resuelto ponerme bajo la protección del Duque de Wellington, su antiguo amigo, y con este objeto me dirijo á Europa; y he venido por esta ruta para entregar otra carta de mi abuelo al general Graham, que fué su com-

pañero de armas en la guerra de independencia de España.

“Como lo conocereis, soy el legítimo Visconde de Santa Maria. Sin embargo, se han presentado como sus herederas doña Magdalena y doña Eustaquia de los Portales, nietas de un hermano del primer Visconde: hállanse en el mismo grado de parentesco; se ha seguido un ruidoso pleito y lo ha ganado doña Magdalena.

“Tal vez, señora, no dareis crédito á esta relación; pero aun hay episodios más singulares. Enrique de Guzman, el asesino, ha desaparecido, sin que se tenga la más leve noticia de su suerte, y lo mismo la adúltera Clementina Montgomery y su prima....”

Las pálidas mejillas de Clementina se cubrieron del encendido color de la grana, se dilataron las venas de su cuello, adquirió su semblante la expresión de la fiereza, y exclamó: “Miente el que diga que Clementina Montgomery fué adúltera. Vuestro padre era un loco que tomó la mania de hacer el amor á las mujeres casadas. Vió á Clementina y desde entonces la persiguió en el templo, en el teatro, en el paseo; rondó su casa de día y de noche, y llegó á despertar los celos de Enrique. Tuvo la audacia de detener el quitrín donde iba Margarita, á la que dijo que si Clementina no le aceptaba una cita la perdería. La desgraciada, viendo en peligro su paz doméstica cometió la imprudencia de dirigirle un billete, admitiéndole la cita en la casa de una señora honrada, para reprenderle, pues le parecía un niño que estaba espuesto á las iras de su esposo.

“Ese billete llegó por casualidad á manos de Enrique, quien frenético, fuera de sí, se encerró con Clementina en un cuarto llevando dos copas de veneno, una para ella, otra para él..... Clementina no quiso

suicidarse, arrodillada protestó su inocencia, lloró, suplicó, pero todo fué en vano. Viendo Enrique su negativa, desenvainó un puñal para traspasarle el corazón, y Clementina saltó por una ventana gritando ¡auxilio! ¡auxilio! á tiempo que vuestro padre pasaba por debajo del balcón: la ovó, corrió á socorrerla, y allí recibió la muerte.... Clementina y Margarita, horrorizadas, sin tino, huyeron..... Caballero: sabed que estais en presencia de Clementina Montgomery."

Ricardo que tantas veces habia oído calificar á Clementina como un monstruo, retrocedió sorprendido, diciendo: ¿Vos sois la esposa de Enrique de Guzman...? Ah! señora....!

Ya veis, continuó Clementina, que el padre de Matilde asesinó al vuestro.... hay un abismo entre los dos, no debéis casaros.

Ricardo, vuelto de su sorpresa, dijo: Ni Matilde ni yo hemos tenido participación en esos lamentables sucesos; han sido obra de la casualidad, del destino, y en todos ha intervenido el genio maléfico del Conde de la fidelidad. Señora: si es cierto que ellos despiertan recuerdos amargos, lo es también que á todos nos liga el sagrado lazo de la desgracia. Afrontemos tantas adversidades con entereza, defendámonos unidos de las arterias del Conde, nuestro común enemigo..... Otorgadme la mano de Matilde.

Clementina reflexionó un instante y dijo: Matilde: ¿tú deseas casarte con Ricardo?

Me parece, contestó, que seria muy venturosa á su lado.

Pues bien, dijo Clementina, os doy mi consentimiento. Partid, Ricardo, para Londres. Cumplid las órdenes de vuestro abuelo.... Más adelante fijaremos la fecha de vuestros esponsales. Yo parto para Cuba.

¿Para Cuba? exclamó Ricardo; ¿para Cuba donde corre tanto peligro vuestra existencia?

Sí, para Cuba: quiero buscar á mi marido donde quiera que se halle para que me devuelva su amor y mi honor; quiero no vivir más esta vida llena de angustias, llevando el peso de tan horrenda calumnia; quiero, en fin, mitigar las penas de mi padre.... ¡Pobre anciano! ¡Cuánto ha sufrido por mi causa!

Clementina se echó á llorar.

Señora, le dijo Ricardo: consolaos, aun pueden brillar para vos días serenos y felices.

¿Felices, contestó Clementina sollozando, felices después de tantas y tan horribles desventuras? ¡Ay de mí! Hace quince años que estoy expiando un delito que no he cometido.... ¡Oh madre mía, madre idolatrada! te he dado la muerte!....

Señora, dijo Ricardo, sois una santa y una mártir.

A los tres días se embarcó Ricardo para Europa en el bergantín inglés mercante Clarendon, que se dirigía á Plymouth. Dejó escrita una carta para las señoras Ruvalcaba, recomendándoles en los términos más expresivos las tres damas. Aquellas señoras, como saben los lectores, vivían en la aldea de la Trinidad, en la Isla de Cuba.

Clementina vendió varias joyas para hacerse de recursos, pues cuanto poseía en metálico había caído en el juicio de esperas de los esposos Dyden.

Cuando doña Gumerinda supo la ausencia de las tres damas se lamentaba amargamente de su suerte. Esta buena mujer de ningún modo quiso admitir el pago de los gastos que había hecho Ricardo en el *boarding house*, y le dijo: ¿Cómo, señor don Arturo Abisbal, [no sabía su verdadero nombre] ¿cómo quereis que cobre

el valor del hospedaje al futuro esposo de Matilde, de Matilde, que ha dormido en estos brazos, al calor de este seno, los primeros sueños de la infancia?

Inglaterra no estaba en buenas relaciones con España: El Primer ministro de la Corona, el inmortal Canning, habia manifestado en el Parlamento con noble franqueza que su nación no secundaba las miras absolutistas de la Santa Alianza, y que protegeria la libertad en el Nuevo Mundo: una legión inglesa, al mando del general Mac-Gregor, incorporada en el ejército de Bolívar, se habia cubierto de gloria en la batalla de Carabobo, que emancipó á Venezuela; el general John Miller, se batió con heroismo en la célebre final batalla de Ayacucho, y numerosos oficiales y soldados ingleses derramaron su sangre en esa larga y sangrienta guerra. Con estos motivos España estaba en áscuas contra la Gran Bretaña.

Parecióles prudente á las tres damas que al penetrar en Cuba seria mayor su seguridad personal llevando pasaportes como ciudadanas de los Estados Unidos, y doña Gumercinda los consiguió con el *Cherif* de la ciudad, que era hijo de Mr. Parnell, natural de Glasgow, de donde también lo era Mr. Dydren, á quien visitaba todos los dias, pues le profesaba una cordial amistad.

Matilde, nacida y criada en San Agustín, era en realidad ciudadana norte-americana, y Matilde y Margarita podian considerarse como tales, mediante los muchos años de residencia; pero no habian obtenido carta de naturalización.

Llegó el triste momento de la despedida. Doña Gumercinda se hizo un mar de lágrimas, y Mr. Dydren cuando le tomaron la mano para darles el último adios, se retorcia todo lo que le era dable en el sillón: se desesperaba por hablar y no podia por la parálisis de la

lengua; y entonces lloraba como un niño y prorrumpía en téticos conmovedores alaridos. Ah! ¡Cuán terriblemente pagó el haberse entregado á una inmoderada y aniquiladora sensualidad!

La Franklin se dió á la vela con viento favorable llevando á las tres damas.

CAPITULO V.

LA VUELTA A LA PATRIA.

En todo el viaje Clementina no hablaba de otra cosa á Margarita que de su marido y de su padre. Aca-riciaba la idea de disfrazarse de hombre y asociarse á una cuadrilla de bandoleros para recorrer la Isla en busca de Enrique. Imaginaba que después del asesinato del Visconde de Santa Maria y de los males que le habian causado las perfidias del Conde de la fidelidad, no le habia quedado otro camino que el del crimen, tanto para salvarse de la justicia como para vengarse de tan infame enemigo.

A veces desechara este pensamiento porque le parecia imposible que Enrique viviese, y entonces determinaba consagrarse exclusivamente al cuidado de su anciano padre.

Fluctuando entre estas ideas, inquieta, pasaba las

noches sin que el sueño cerrase sus párpados, y á menudo se metía en su camarote á llorar.

A medida que la Franklin se acercaba á Cuba parecia que la saeta del dolor, que llevaba clavada en su pecho, profundizaba más y más.

Por fin, divisaron los risueños campos de la pintoresca Isla, "la tierra más hermosa que ojos humanos han visto," como dijo Colón, y á las dos horas estaban en la Habana, fondeada la barca frente al muelle de Luz en disposición de comenzar al otro día la descarga.

Llevados los pasaportes por un empleado de la Real Hacienda al Capitan del puerto los halló en regla, y aquel dijo á Clementina: "Pueden ustedes desembarcar con toda confianza; pero sin los equipajes. Estos quedan en la oficina de reconocimientos hasta que el Jefe disponga su entrega. Como ustedes son extranjeras debo decirles que tenemos órdenes muy severas, muy severas, del Intendente. En estos últimos días se han descubierto varias introducciones clandestinas de joyas, géneros de seda & en los equipajes, y nosotros estamos dispuestos á no dejar pasar un alfiler de contrabando."

No podia darse más exquisito celo por los intereses reales: éste seguramente era el tipo honorable del empleado de aduana de la Isla de Cuba.

Nuestros equipajes, dijo Clementina, son: dos pequeños baules y dos maletas, también pequeñas. Contienen solo ropa del uso y algunos cuadernos de música; agradecería á usted que fuesen abiertos sin dilación.

Eso es imposible, de un todo imposible, dijo el empleado: el Jefe del reconocimiento no ha venido todavía al despacho. Si ustedes quieren puedo encargarme de dar los pasos necesarios, abonándome ustedes la mezquina suma de cuatro duros.

Convenido, dijo Clementina; abonó los cuatro duros á aquel fiel servidor del Estado y los equipajes pasaron en el acto, sin el reconocimiento, á un carro de los muchos que allí hacen ese servicio.

Las tres damas entraron en una volante de alquiler y se dirigieron á una fonda y posada inmediata, que estaba en la calle de Cuba esquina á Ricla y era entonces propiedad de unos vizcainos.

Estuvieron en la fonda pocas horas, solo mientras consiguieron cabalgaduras y un peón que les llevase los baules y maletas.

Al oscurecer llegaron á la morada de las señoras Ruvalcaba, quienes les prodigaron las más cariñosas atenciones y estaban contentísimas por haber recibido carta de Ricardo.

Eran las señoras doña Mercedes y doña Eulalia Ruvalcaba dos ancianas de más de sesenta años, que vivían pobremente de la costura y torciendo tabaco; pero su casa era un modelo de aseo y de orden. Sumamente estimadas en la aldea por sus virtudes, distinguíanse sobre todo por la dulce apacibilidad de su carácter.

Aquella noche Clementina, que tenía ideas piadosas, dijo á Margarita: Deseo que mañana, casualmente domingo, tú y Matilde vayan á misa á dar gracias á Dios por habernos salvado de todo peligro en este viaje y para que me conceda hallar á mi adorado Enrique. No temo que seas conocida: eras delgada y estas gruesa; eres rubia y te has teñido el cabello de negro; tenías 17 años y tienes más de treinta. Yo no me atrevo á ir, aunque creo que tampoco sería conocida, pues los pesares han emblanquecido casi todo mi cabello y estoy tan extenuada que parezco una tísica. No quiero que la casualidad me haga caer en manos de Alberto

Pontoni. Respecto á Matilde es la primera vez que viene á esta aldea.

En la mañana siguiente Margarita y Matilde oyeron misa en la modesta iglesia.

La presencia de Matilde fué una gran novedad en la aldea. ¡Qué admiración causó su belleza! Cómo ponderaban, unos la hermosura de la norte-americana, otros la esbeltez, otros su encantadora fisonomía.

En el templo rezaba en voz baja, arrodillado, muy devotamente, José Bárbaro, el Orangutan. No poco había envejecido: su espesa barba y su enroscado cabello, aunque no desordenado como lo usaba cuando seguía como un perro al Jefe de policía, resaltaban por su blancura en aquella tez de ébano, y daban á su fisonomía un aspecto venerable.

Parecía abstraído en una profunda meditación, como si le fuese indiferente el mundo exterior.

El Capitán juez pedáneo del partido don Cipriano Cigarrón ostentaba su chaqueta azul con vueltas coloradas y su bastón con borlas. Rodeábanlo cuatro agentes de policía [cabos de ronda]; y entre los concurrentes se hallaban dos bandidos, famosos por sus fechorías, Simón Coronado y Dimas Alicante.

Vamos describiendo una época histórica de la Isla de Cuba, época en que este infortunado país estaba como la Calabria en otro tiempo, inundado de malhechores, y era tan grande el desorden, tanto cuerpo había tomado esa úlcera social, que más le temían las autoridades á los bandidos que los bandidos á las autoridades, y no pocas veces obraban de acuerdo bajo la protección de elevados personajes.

Simón Coronado era alto, de fuerte contextura, de andar gallardo, de largos bigotes y de barba muy crecida y espesa; su cabello á lo nazareno, caía á uno y

otro lado de su cara como negra cortina, que solo dejaba ver parte de su frente, la nariz y los ojos, grandes y brillantes.

Llevaba este bandido pantalón de dril de rayas blancas y moradas y una levita también del mismo lienzo llamada *chupa*, la cual no cerraba de un todo, por lo que se le veía en la cintura el puño dorado y resplandeciente de un puñal y la parte superior de dos pistolas.

Dimas Alicante, cuyo nombre se oír dististas veces en el curso de esta historia, era de baja estatura, tri-gueño, robusto, lampiño; de cabellos negros, cejas rubias y ojos azules, colores que reunidos con singularidad le dieron el apodo de "El Matizado." En sus primeros años habia sufrido unas terribles viruelas, que marcaron la piel de su cara con indelebles señales y destruyeron uno de sus ojos, dejando solo la concavidad; y en los repetidos encontros que tuvo en los caminos reales con los transeuntes, el machete de un joven campesino le dejó el eterno recuerdo de una cicatriz, que desde el nacimiento del cabello descendía en linea recta hasta el labio superior, bello y amoratado, partiéndole éste y la nariz. Sus espaldas eran anchas, su cuerpo poco garboso y su destrozada nariz parecia el pico de un papagallos dividido en dos porciones.

Era teniente de la Compañía y muy hablantin, por lo cual varias veces lo habia reprendido su terrible jefe; mas tenia en él toda su confianza, y lo trataba con cierta consideración, afecto y familiaridad, como que en los lances más comprometidos que ocurrían siempre desplegaba un valor salvaje.

Sus instintos eran feroces: le agradaba maltratar á los viajeros después de despojarlos, y esto lo hacia.

cuando no estaba presente Simón, que se lo prohibió expresamente.

Había llegado al último grado de la malignidad.

Dimas, dijo Simón en voz baja mirando á Matilde, me ha electrizado esta linda muchacha. Jamás he visto mujer más perfecta. Presumo que ha llegado el día en que yo tenga una concubina como la deseaba.

Desgraciada chicuela, contestó el malvado: se me figura que estoy viendo una paloma en las garras de un milano.—

¿Por qué? Puedo hasta casarme con ella.—

¿Y si no os ama?—

Esa es cuestión secundaria. Ya verás que pronto le hago el amor. Sobre esto de conquistar una ingrata soy el más feliz de los amantes.

Dimas fijó su ateneión en Matilde, y sin embargo de lo festivo de su genio y la depravación de su espíritu, admiró silencioso su sorprendente belleza, de la que quedó tan enamorado como su jefe.

Capitan, dijo: podemos perder más de un buen lance: hoy es domingo y concurren á la aldea numerosos jugadores provistos de onzas de oro. Nuestra gente nos espera en la Encrucijada.—

Tienes razón, Matizado: contemplando á esta celestial extranjera habia olvidado á los jugadores.

Los dos bandidos salieron por la parte lateral del templo, no sin llevar tras sí las miradas curiosas é investigadoras de los concurrentes.

Dirigiéronse al bosquecillo de los laureles, así nombrado porque solo este arbusto, que tantas veces premió al poeta y al guerrero, entreteje sus ramas en aquel lugar delicioso, que siendo de una elevación de muchas varas sobre el nivel del suelo, domina inmensas llanuras y toda la aldea, divisándose en lejananza el

panorama de extensos palmares y una vasta cordillera de sierras y lomas cubiertas de verde, como si fuesen de esmeraldas.

Llegaron al bosquecillo en el que tenían ocultos sus caballos: sacaron sus trabucos que estaban debajo de un corpulento cedro derribado por el huracán, y partieron á galope hacia la Encrucijada.

En aquella mañana, el viejo Hernani, encorbado por el peso de los años, se presentó en la casa de las señoras Ruvalcaba.

Clementina, Margarita y Matilde estaban en el aposento.

Buenos dias, señoras Ruvalcaba, dijo: aquí os traigo la mejor col de mi huerto.

Las tres damas salieron del cuarto y Clementina corrió el cerrojo de la puerta de la calle, y dijo al viejo Hernani: Buenos dias, señor capitán don Jorge de Lasheras.

Margarita dijo: Buenos dias, señor Capitán Lasheras.

Señoras, dijo el anciano: os habeis equivocado; yo soy Pedro Hernani.

Señor Pedro Hernani, dijo Clementina, ¿no recordais haber conocido á Clementina Montgomery, esposa de Enrique de Guzman, hijo del Marques del Valle?—

Es la primera vez que oigo esos nombres. Ah! sí, he oido hablar del Marques del Valle, que fué dueño del cafetal Mariana, que está cerca de aquí.—

Señor Capitán Jorge, miradme bien: yo soy Clementina Montgomery, á cuyos esponsales con Enrique de Guzman habeis asistido. ¿Cómo es posible que me hayais olvidado?

El Capitán la miró sorprendido, después á Marga-

rita; quedó algunos momentos suspenso, y repentinamente abrió los brazos, estrechó en ellos á las dos damas y los tres prorrumpieron en lágrimas y suspiros.

No podían hablar una sola palabra: la emoción les había embargado la voz.

Matilde también lloraba, y lo mismo las señoras Ruvalcaba, que conocían la triste historia de aquellos desgraciados.

Tocaron á la puerta: sin desprenderse unos de otros, abrazados, silenciosos, entraron en el cuarto.

Eulalia entró en el otro cuarto muy conmovida, y Mercedes se enjugó las lágrimas y abrió la puerta.

El Capitan Jorge, Clementina y Margarita recordados de tan fuerte impresión, se entregaron á las reminiscencias de lugares, de personas, de tiempos, de acontecimientos, de peligros, de desgracias.

Había llegado Agustín, llamado el Pajarito, hijo del Orangutan, aquel niño que éste lanzaba al aire como si fuese una pelota; tenía ya quince años y era muy ágil, entendido y simpático.

Traigo esta carta, dijo á Mercedes, para Miss Sofia Arley.

Dióle la carta á Mercedes, quien la llevó á Margarita; ésta la abrió; era de Achad y decía así:

“Margarita:

Hace quince años que os amo y que escribísteis en un billete: “El tiempo y la constancia todo lo pueden.”

¿Será posible que sigais siendo insensible á mis ruegos?

Margarita: os brindo nuevamente mi mano.

Achad.”

Achad idolatraba á Margarita como Dante á Beatriz, con la diferencia de que Dante amaba á una mujer

panorama de exten-
ra de sierras y lomas
de esmeraldas.

Llegaron al bos-
sus caballos: sacaron
de un corpulento co-
tieron á galope hacia

En aquella mu-
por el peso de los
señoras Rualcaba.

Clementina, M-
apuesto.

Buenos días, se-
go la mejor col de

Las tres damas
corrió el cerrojo de
jo Hernani: Bueno
Lasheras.

Margarita dijo
heras.

Señoras, dijo
soy Pedro Hernan-

Señor Pedro
dais haber conoci-
de Enrique de
lle?—

Es la prime-
sí, he oido hablan-
no del cafetal M-

Señor Capitan
mentina Montg-
do Guzman ha-
la pais olvidado

El C

ha sufrido por siglos bajo el yugo férreo de otra ra-
que se creía superior á la suya sin serlo.

La noche siguiente fué muy obscura y caían repeti-
chubascos: serian las nueve: las señoras Rivalcaba,
Clementina, Matilde y Margarita estaban en la sala, y
se proponían cerrar la puerta para recogerse, cuando
aparecieron á la casa dos hombres á caballo: eran Simón
González y Dimas Alicante.

Simón echó pié á tierra, arrimó su arcabuz á la pa-
red, corrió rápidamente en la sala, tomó á Matilde por
debajo de la cintura, como si hubiese sido una muñeca de cartón
de poco peso, y la puso delante de Dimas, sobre la al-
fombra. Este vió realizados sus viles deseos, la sujetó crudi-
mente el brazo, clavó las espuelas á su fogoso alazan,
y desapareció con la velocidad del rayo, dirigiéndose
hacia el norte.

Simón tomó el arcabuz, midió la altura de su ca-
ballejo para montar y seguir á Dimas, y en aquel instan-
te oyó la voz de Clementina, que le decía: ¡Enrique
¡Enrique! ¡salva nuestra hija, salva el honor de nues-
tra casa!

Clementina, Clementina mía! exclamó Simón, de-
jó caer el arcabuz y precipitándose hacia donde es-
taba su esposa: ésta cayó desmayada.

Enrique la contempló unos instantes, inmóvil
y atarado, mudo.

Acababa de poner á su hija en los brazos del per-
ro Dimas: acababa de encontrar a su inocente com-
pañera; y aunque su pasada vida había borrado en su
alma los instintos del bien, sentía renacer en ella las
buenas emociones de ese amor tierno, espiritual y gran-
de que le había inspirado Clementina.

Hallábase bajo la influencia de la idea terrible del
delito, cual si hubiesen vuelto para él aque-

que habia dejado de existir y Achad una que habia desaparecido, pero que vivia.

La amorosa carta del médico indio tuvo la siguiente contestación:

“Achad:

Acepto vuestra mano. Venid á verme.

Margarita.”

Aquella tarde Achad vió á Margarita y convinieron en casarse á las doce de la noche del día siguiente.

El párroco era un sacerdote bondadoso, íntimo amigo de Achad, y hecho cargo de las circunstancias, se celebró el matrimonio sin amonestaciones, con el mayor sigilo, en la morada de las señoras Ruvalcaba.

Una vez de celebrado, Achad dijo á Margarita: no extrañes que me ausente ahora mismo y no vuelva á verte hasta de aquí á dos semanas. Toma para que no carezcas de recursos (le dió una bolsa llena de doblones). Tenemos que vivir con mucha cautela. El Conde de la fidelidad todo lo puede en esta Isla, es señor de vidas y haciendas. El Capitan general don Mariano Ricafort es una figura decorativa, como lo era su antecesor don Francisco Dionisio Vives. Infeliz de Clementina, si el Conde llega á saber que existe, infeliz principalmente de Matilde por ser heredera legítima y única del Marques del Valle, cuyos bienes ha usurpado ese infame, y por último, infeliz de mí por haber unido mi suerte á la de la familia de Enrique de Guzman. Por conducto de Pajarito nos comunicaremos.

Achad partió para la ciudad, y su primer cuidado fué ir á visitar al Conde de la fidelidad, Marques de los 44; todos los dias iba á verlo, como que poseia en alto grado el arte del disimulo, tan difícil para ciertos caracteres y que parece patrimonio de la raza india, y es el fruto de las injusticias, persecuciones y violencias.

que ha sufrido por siglos bajo el yugo férreo de otra raza, que se creía superior á la suya sin serlo.

La noche siguiente fué muy oscura y caían repetidos chubascos; serían las nueve: las señoras Ruvalcaba, Clementina, Matilde y Margarita estaban en la sala, y ya se proponían cerrar la puerta para recogerse, cuando llegaron á la casa dos hombres á caballo: eran Simón Coronado y Dimas Alicante.

Simón echó pié á tierra, arrimó su arcabuz á la pared, entró rápidamente en la sala, tomó á Matilde por la cintura, como si hubiese sido una muñeca de cartón de poco peso, y la puso delante de Dimas, sobre la albarda; éste vió realizados sus viles deseos, la sujetó cruzándole el brazo, clavó las espuelas á su fogoso alazan, y desapareció con la velocidad del rayo, dirigiéndose al monte.

Simón tomó el arcabuz, midió la altura de su caballo para montar y seguir á Dimas, y en aquel instante oyó la voz de Clementina, que le decía: ¡ Enrique, Enrique ! ¡ salva nuestra hija, salva el honor de nuestra hija !

¡ Clementina, Clementina mía ! exclamó Simón, dejando caer el arcabuz y precipitándose hacia donde estaba su esposa; ésta cayó desmayada.

Enrique la contempló unos instantes, inmóvil, asombrado, mudo.

Acababa de poner á su hija en los brazos del perverso Dimas; acababa de encontrar á su inocente compañera; y aunque su pasada vida había borrado en su alma los instintos del bien, sentía renacer en ella las dulces emociones de ese amor tierno, espiritual y grande que le había inspirado Clementina.

Hallábase bajo la influencia de la idea terrible del honor ultrajado, cual si hubiesen vuelto para él aque-

llos días venturosos en que era como Bayardo, un caballero sin mancha. Venía á su memoria, como un acusador implacable, el brillo tradicional del nombre glorioso de su familia, y al reflexionar que había puesto el sello al mayor envilecimiento de su propia hija, de su infortunada esposa y de él mismo, rechinaba los dientes, espantoso, terrible: dió rugidos, como los del tigre, tomó el arcabuz, y saltó sobre su caballo.

No sabía qué dirección debía seguir. Le era conocida la táctica de los bandidos, tan acostumbrados á extraviar á sus perseguidores, y Dimas estaba ya muy distante en la espesura del monte. ¿Quién podía adivinar el rumbo que había tomado?

La lluvia caía por intervalos y las tinieblas de la noche eran profundas.

Soltó las riendas del caballo con la esperanza de que instintivamente siguiese al del Matizado, le clavó con fuerza las espuelas, dejándolo andar libremente, y el bruto, en veloz carrera, tomó el camino real, que partía de la aldea.

Próximo á un río, á la luz de la luna, que comenzaba á salir rodeada de rubarrones, vió á un hombre blanco y dos negros en la opuesta orilla y reconoció al Conde de la fidelidad, que venía del cafetal Mariana.

Los negros traían pistolas de arzon y puñales; veían custodiando al Conde.

Instantáneamente entró Enrique en el monte, ató el corcel en un tronco, y andando á gatas, llegó lo más cerca que pudo del Conde, se sentó en la rama de un arbusto, que estaba en la margen del río, quitó la funda de hule de su trabuco, lo acarició, y dobló el cuerpo para que las gotas de agua que rodaban por las hojas no humedeciesen la pólvora.

Por la primera vez, después de tantos años, se veía

frente al hombre que le causó tantos males y que siempre habia vivido rodeado de precauciones.

Un joven campesino, conocido del Conde, llegó á pié á la orilla del rio, se despojó de sus vestidos, los hizo un lio que sujetó con los dientes, se arrojó al agua y pasó nadando al otro lado.

Hola, Hilario, le dijo el Conde: ¿qué causa te mueve á exponer tu vida lanzándote al rio que lleva tan impetuosa corriente?

Señor Conde, contestó el joven: tengo mi *sitio* á la orilla del otro rio y en él mis colmenas, mi vaca, mis bueyes, mis aves domésticas. Si no acudo pronto puedo perderlo todo con la corriente, que aumenta por instantes. Vengo á pié porque me han robado mi caballo. Ande Usia con cuidado pues por estos lugares merodea la cuadrilla de bandoleros de Simón Coronado. Esta noche ha sucedido en la aldea una cosa muy singular: Simón Coronado, no es Simón Coronado, que es Enrique de Guzman, hijo del difunto Marques del Valle.

El Conde experimentó un gran susto.

Enrique de Guzman, continuó el joven, halló esta noche á su esposa doña Clementina Montgomery, á la que no veia hace muchos años.

El Conde sintió escalofrios.

Hallóla en la casa de las señoras Ruvalcaba: Enrique fué allí á robarse su propia hija, sin saber que lo era. Tomóla en sus brazos con violencia, la puso sobre la albarda del caballo en que iba montado Dimas Alicante, que lo esperaba en la puerta; doña Clementina dió un grito; Enrique al reconocerla quedó fuera de sí, y cuando montó en su caballo para seguir al Matizado ya éste estaba muy lejos.

Los dientes del Conde castañetearon.

Atribuyendo á la lluvia aquellos repetidos escalofríos, se dirigió á un arbusto de la ribera, se puso bajo su espeso follaje, y se sentó en una rama.

El joven siguió para su *sitio*.

Enrique alzó el arma terrible para saciarse en el placer satánico de la venganza, y una ráfaga de viento, removiendo la rama, desvió la puntería.

Puso tirante la pierna, fijando el pié en el tronco, contuvo las vibraciones de la rama, y una espesa nube ocultó el disco de la luna.

Volvió á poner tirante la pierna, hizo de nuevo la puntería, y en ese instante rodaron gruesas gotas de agua por las hojas cayendo en la cazoleta del trabuco é inutilizaron la pólvora. Enrique exclamó: ¡ Maldición! ¡ maldición! y arrojó el trabuco al río.

En el mismo momento se oyó el fragoroso estampido de un arma de fuego, que resonó en los montes como un desprendimiento eléctrico.

Dimas Alicante habia disparado contra Enrique su trabuco hiriéndolo mortalmente.

Los negros que acompañaban al Conde huyeron despavoridos.

El Matizado exclamó: "Así trato yo á mis rivales; la linda norte-americana me pertenece."

El conde reconoció la voz de Enrique cuando éste exclamó: ¡ Maldición! ¡ maldición! saltó para huir, y cayó, quedando asido por la horqueta de una de las ramas, con la cabeza para abajo; su cabello tocaba la superficie del agua. Trató de incorporarse, mas sintiendo crujir las raíces del arbusto, temió que se desprendiese reblandecida como estaba la tierra por la lluvia; solo pudo doblar el cuerpo levantando la cabeza lo suficiente para impedir la congestión; tenía una parte del cuerpo sumergida.

El suelo formaba un plano inclinado; todas las aguas en una vasta extensión convergían al río, así es que la corriente crecía por instantes y amenazaba llevarse al arbusto y al Conde.

El Matizado, luego que pronunció las palabras que quedan mencionadas, corrió hacia donde estaba Matilde, á la que habia dejado debajo de un árbol desmayada, puso la funda de hule á su trabuco y lo ató á la albarda.

Matilde recobró el sentido, se levantó y un relámpago le dejó ver á su lado la repugnante figura de Dimas, quien le dijo: "Alma mia, no temas; tienes á tu lado á tu marido."

La preciosa niña al encontrarse en la soledad y la obscuridad del monte, en poder de aquel monstruo, sin auxilio humano, se dió cuenta de su espantosa situación, se llenó de miedo, mejor dicho, de pavor, dió un grito agudo y cayó sin sentido en los brazos de Dimas. Este la tomó suavemente, la colocó en la albarda, montó y se internó en el bosque llevándola.

Los nubarrones habian interceptado por completo los rayos de la luna y el aguacero arreciaba: el camino real, las *sabanas*, el monte, todo estaba inundado de agua.

Si la silenciosa Diana lograba desembarazarse de las espesas nubes por algún momento, podían haberse visto en las orillas del río, de un lado á Enrique de Guzman, sin fuerzas para moverse, reclinado en las ramas del arbusto, arrojando sangre por las muchas heridas que habia recibido; del otro lado al Conde de la fidelidad engarzado por un pié en la horqueta, esperando desesperado el último instante de su vida; ya el agua le llegaba al cuello.

CAPITULO VI.

LA CABAÑA DEL VIEJO HERNANI.

Los escirros del cielo anunciaban el principio de una tempestad; caian aguaceros contínuos y silbaba horrísono el viento cuando Dimas llegó al huerto del viejo Hernani, que no estaba lejos.

La cabaña en que vivia el desgraciado capitán don Jorge de Lasheras se componia de una reducida sala en la que habia éste formado un lecho con tablas de palma. Estaba forrada con *yaguas* [peciolo de esa palma.]

Hallábase un fogón en la mitad de la sala y en él una vasija donde el anciano hervia café. Poco distante ardía una lámpara.

El Matizado tocó á la puerta. Hola, hola, dijo, abrid, abrid á unos viajeros extraviados en este monte.

Hernani, levantándose de su cama, abrió la puerta creyendo que realmente unos viajeros reclamaban el abrigo de su cabaña.

Presentóse á sus ojos el Matizado sosteniendo en sus brazos á Matilde.

El bandido entró en la cabaña, depositó el cuerpo exánime de la joven en la cama, y dirigiéndose á Hernani, le dijo: Vamos, buen viejo, déle algo á esta chica que le restituya las fuerzas. Venimos muertos de frío, con las ropas empapadas. Mi hermana y yo nos hemos extraviado en esta espesura.

Acercóse Dimas á la lumbre y puso las manos en

el fuego. Entonces Hernani reconoció en uno de sus dedos el anillo nupcial robado por los bandidos cuando asesinaron á Obdulia y mutilaron una de sus manos para despojarla de esa joya.

Un horror inesplicable se apoderó del anciano, como si el recuerdo del asesinato de su hija paralizase la circulación de su sangre.

¿ En qué diablo pensais ? exclamó el Matizado: Llego aquí y con buenas palabras os pido auxilio para mi hermana y para mí y os haceis el perezoso. ¡ Alma de cántaro ! ¿ Quereis servirme á la fuerza ? Oh ! mal conoceis á Dimas Alicante.

Aquel hombre feo y repelente clavó su ojo de víbora sobre el viejo Hernani, y éste, apenas vuelto de su pavor, le contestó, simulando la mayor dulzura y humildad: “Cuanto hay aquí os pertenece; deseo servirlos; vuestra hermana será socorrida.”

En seguida bañó la frente de Matilde con agua caliente de caña, tomó la vasija que estaba en el fogón, le echó unos pedazos de azúcar, y dijo al Matizado: Vamos, buen amigo, el café algo caliente os viene bien. Tomad.

Dimas apuró el líquido y dijo: Os doy las gracias. Si hubiérais seguido con vuestras sôcarroneras, en breve hubiéramos descompadrado, porque yo no entiendo de miramientos: me gusta que me sirvan con prontitud, y el que no lo hace le pego muy duro, sin contar la punta de mi puñal que registra en un instante lo que pasa en el interior del vientre del prójimo.

Dimas desenvainó su puñal y dijo: Mirad cómo brilla su hoja. Os enseño este niño para que desde ahora empecéis á respetarme. ¡ Me están dando ganas de colgaros por esas barbas tan blancas que parecen de algodón ! Os intimo que mientras yo esté aquí he de

ser dueño de este miserable bohío, he de mandar en él, y vos me habeis de obedecer; porque si no, os envío á la eternidad en menos tiempo del que necesita el Diablo para rascarse una oreja, y con eso le direis de mi parte al bisabuelo de mi abuelo que su descendiente Dimas Alicante, el Matizado, es el primer ladrón del mundo, el primer asesino y el más enamorado de las mujeres bellas.

Señor, dijo Hernani, disponed de mi cabaña y de mi persona como os plazca; soy vuestro.—

Vaya! ¿cómo no habiais de serlo, viejo adulator y cobarde, dijo Dimas con insolente charlataneria, cuando os enseño esta puntita de alfiler? Ved si teneis una moneda: os ofrezco que la arrojo al aire, la espero con mi puñal, y queda clavada en su punta. Además, es fama que mis brazos son de bronce; muchos me llaman el Hércules de los bandoleros. Oh! no puedo menos que reirme comparando vuestra debilidad con mi fortaleza, vuestra caduca ancianidad con mi juventud vigorosa. Es preciso que conozcais, viejo imbécil, que estais demás sobre la tierra y que os hago un bien si os quito la vida. Dadme más café.

Hernani, presuroso, vació en la taza todo el café que quedaba y lo presentó á Dimas.

Bueno, dijo éste, el miedo os obliga á ser generoso; me habeis dado toda vuestra provisión de café, y eso que no os he hecho presente que en la lista de los que he mandado al otro mundo figuran algunos viejos. En fin, tened entendido que aunque os dije que esa muchacha es mi hermana jamás he dicho una verdad y por consiguiente esa es una mentira. He tenido el trabajo de robarla; se ha desmayado repetidas veces, y sin estampar en su frente siquiera un beso la he traído colgada como escapulario de beata. Me parece justo, vie-

jo fatuo y cobarde, que ella me recompense la mala noche que he pasado.

Salid fuera de este bohio, que voy á colgaros inmediatamente de un árbol.

En este instante Matilde prorrumpió en lastimosos ayes, y el bandido exclamó: Ya la muchacha me espera; salid, salid sin dilación por vuestros piés sin que yo tenga que cargaros. ¿Os turbais? ¿no respondeis? pues aquí mismo os mandaré á la eternidad.

El asesino asió con una mano á Hernani por el cuello y con la otra desenvainó el puñal, alzó el brazo para descargar el golpe y paralizado éste, exclamó: ¿Qué me sucede? . . . ¡amparadme! ¡amparadme!

Cayó desplomado, quedó tendido, inmóvil, en el suelo, y Hernani arrodillándose, exclamó: ¡Gracias, Dios mío, gracias!

Habia mezclado con el azúcar del café un narcótico que producía un sueño profundo por algunas horas.

Matilde vuelta en sí se encontró al lado de Hernani.

Dimas parecía un cadáver: Hernani lo despojó del anillo y del puñal; colocó aquel en su dedo y éste en su cintura.

Luego dijo á Matilde: Vámonos, hija mia; huyamos de la presencia de ese malvado.

Tomó su báculo, le dió la mano á Matilde y emprendieron la marcha hacia la aldea.

En medio de aquella noche tenebrosa y ciclónica, atravesando un terreno escabroso y cubierto de agua, los dos fugitivos veían iluminado el camino por los frecuentes relámpagos, y era un espectáculo sublime el que ofrecía aquel venerable anciano prestando su débil apoyo á la infortunada y bella Matilde, que sin cesar

repetía el nombre de su madre, compadecida de las penas que su rapto le había causado.

Al llegar á la aldea comenzaba á esparcir sus rayos la aurora. Entraron en la morada de las señoras Ruvalcaba: la joven se lanzó en los brazos de Clementina y ambas vertieron un torrente de lágrimas.

Cuando el Matizado recobró el sentido prendió fuego á la cabaña.

No creemos inoportuno decir que los secuestros de personas del bello sexo han sido raros en todos los tiempos y en todos los países. Los más desalmados bandidos temen mancillar el honor de las familias porque saben que inmediatamente se desata en su contra una persecución exterminadora, en que toma parte todos los habitantes de las ciudades y los campos; así es que en el periodo histórico que estamos describiendo, en que el bandolerismo se enseñoreó de la Isla de Cuba, fueron muy contados los hechos de esta especie. Mataron los bandidos algunas mujeres por creerlas deladoras, ó por robarles, no para deshonrarlas.

CAPITULO VII.

EL ORANGUTAN Y SU FAMILIA Y MR. PEIREGOT.

Debemos atender á todos los personajes de esta historia, por lo que dedicaremos este capítulo al Orangutan y su familia y á Mr. Peiregot.

Mr. Peiregot habia pertenecido al partido de la

Gironda, y nuestros lectores saben que á la subida al poder de los jacobinos debió la salvación de su vida á la fuga: su principal delito, el que no podían perdonarle los hombres fanáticos de la Montaña, era su parentesco con Verniaud.

Robespierre habia dejado caer su palabra de fuego como en un almacen de pólvora, en el ánimo enardecido de los *sans culottes* [descamisados]; dió espantoso impulso á la revolución; y ésta en sus delirios declaró mártir y santo al feroz Marat, sacrificó inocentes y culpables, horrorizó el mundo con sus crímenes y excesos y lo bañó con esplendorosa é inextinguible luz, la luz de las ideas.

Sobre los girondinos pesaba un anatema de más alcance que los de la Edad Media: los esperaba la guillotina.

Mr. Peiregot fué condenado por el tribunal revolucionario á muerte y confiscación de bienes.

Tan terrible sentencia subsistió hasta que fué revocada por el Rey liberal Luis Felipe de Orleans.

Abriéronse para el sabio las puertas de la Francia, y se decretó que se le devolviesen sus bienes, así como los productos de éstos correspondientes al periodo en que estuvieron en poder del gobierno.

Mr. Peiregot dió su poder ámplio á Mr. Bernardino Meje para que administrase sus propiedades y hasta para enagenarlas. Habíalo conocido antes de la revolución como uno de los comerciantes más acreditados de Paris: acostumbraba á venderle los vinos de los ricos viñedos que poseia en los alrededores de Burdeus, y á veces tenia en su poder en depósito el valor de varias cosechas, que ascendia á una suma respetable.

Un comisionado de la Real Hacienda entregó á Mr. Meje, por inventario, tres hermosas casas en Pa-

ris, los viñedos, los olivares &, y la liquidación de las rentas dilató dos meses porque fué hecha con la religiosa escrupulosidad propia del gobierno de una gran nación.

Mr. Peiregot anunció á Mr. Meje su próximo viaje á Francia, y éste percibió las rentas, vendió todas las propiedades y desapareció, llevándose más de un millón y medio de francos.

Los emigrados, aunque pasen un largo tiempo lejos de la patria, siempre creen que subsiste tal cual la dejaron, y se figuran que los que en ella permanecieron son los mismos hombres, con sus buenas ó malas cualidades. No es así: se realizan cambios en los caracteres, á veces radicales, en el orden moral. Mr. Meje es una prueba.

Resultaron quiméricas para Mr. Peiregot sus bellas ilusiones sobre lo grato que es al alma saludar el suelo natal después de una prolongada ausencia.

Todo habia variado para él en París: halló una sociedad nueva: algunos de sus pocos correligionarios que aun vivian y que se mostraron en su juventud entusiastas por la causa de la Gironda, eran monárquicos absolutistas, lo mismo que varios hijos de ilustres girondinos, y le consideraban hombre peligroso, como á todos los que de algún modo figuraron en la revolución. Otros, de ideas exaltadas, intransigentes en nombre de la libertad como lo son los déspotas en nombre del absolutismo, conservaban vivo el odio de los jacobinos á los girondinos.

Los odios políticos profundos se extinguen difícilmente, duran toda la vida, y hasta van á los sepulcros á remover las cenizas de los muertos.

Numerosos parientes lejanos se le presentaron muy afectuosos haciendo mérito de los lazos de familia, y

cuando se enteraron de lo hecho por Mr. Meje no volvieron á verle. En fin, los olivares y viñedos, heredados de sus padres y donde pasó sus años infantiles; el campo, que es la delicia de las almas contemplativas, no halagaba ya su imaginación.

La pérdida de su fortuna no era ciertamente lo que más le oprimía: aquella alma grande habia experimentado reveses mayores: vióse despojado de cuanto poseia y perseguido como una fiera el año memorable del 93, y pudo oponer á tanta adversidad el escudo de la fortaleza de su espíritu; oprimíanle, principalmente, las decepciones, el desencanto de la vida.

Virginia se empeñaba en consolarle diciéndole que ella y José trabajarían para que no le faltase lo necesario; que tenia casi íntegros los tres mil pesos que le regaló el Marques del Valle.

Una terrible pasión de ánimo se apoderó del ilustre sabio, tomó cama, y los mejores médicos de Paris lo asistieron; pero la ciencia era impotente ante aquellos males del alma, más destructores que los físicos, y que obraban sobre un organismo debilitado por la edad; contaba ochenta y cinco años.

Pocos momentos antes de morir, semejante á la luz que próxima á extinguirse brilla con esplendidez; se llenó de inquietud y con voz fuerte y vibrante dijo: "¡ Estas cosas me anonadan, me confunden, me aterrorizan! Quisiera no haber nacido, quisiera no poseer el don del pensamiento."

¿Qué cosas, Mr. Peiregot? le preguntó Virginia.

Hija, contestó el filósofo: ¡ la eternidad! la idea de la nada! ¡ la nada! No sé de donde he venido, ni adonde voy! Felices los que creen y esperan.

La palabra quedó helada en sus labios.

Inconsolables estaban Virginia, Paulina y el Orangutan por la pérdida de su bienhechor.

Los tres mil pesos que tenía Virginia disminuyeron no poco con los gastos de médicos, farmacia y entierro del sabio. Debían pensar y pensaban incesantemente en la necesidad de proporcionarse una ocupación.

Paris es el padre de los extranjeros, y aunque todos los oficios, aun los menos lucrativos, se hallan provistos con exuberancia de un personal idóneo, no le fué difícil á Virginia conseguir una plaza de pasante en una escuela de primeras letras para dar lecciones de escritura, lectura y aritmética, y el Orangutan se colocó de portero con el dueño de una librería.

Ganaba un sueldo mezquino, y sin embargo le parecía envidiable aquel empleo, puesto que le permitía entregarse á su pasión favorita, la lectura.

Fué tan correcto su proceder, con tanta exactitud cumplía sus deberes, que el librero le duplicó el sueldo y le encargó de los cobros de la casa.

Doce años pasaron: podían haber ahorrado algunos miles de francos; mas Paulina estaba periódicamente en cama; padecía de reumatismo articular complicado con otros males. No solo ocasionaba gastos de médico y medicinas, sino que no podía atender á los quehaceres domésticos que estaban á su cargo, y era además necesario asistirle en su enfermedad; de modo que Virginia se veía en el caso de pedir permiso á la Directora de la escuela, á veces por más de un mes, y había entonces que buscar quien la sustituyese.

En esos años los dos esposos vivieron el uno para el otro amándose como si fuesen recién casados; pero no

hay dicha durable: Virginia comenzó á sufrir del pecho.

Dábanle fiebres lentas, intermitentes: el médico dijo que eran palúdicas, y previno que se mudasen de las orillas del Sena, donde estaba el hotel en que residían.

Mudáronse, mas las fiebres continuaron.

Transcurrieron muchos meses, unas ocasiones estaba Virginia en cama, otras restablecida en términos que podía ir puntualmente á dar las clases á la Escuela, hasta que al fin la enfermedad adquirió toda su potencia: estaba ética, en el periodo del reblandecimiento de los tubérculos:

El desgano absoluto, los abundantes sudores nocturnos y la tos que la privaba del sueño, la condujeron al marasmo: no tenía fuerzas para levantarse de la cama, parecía un esqueleto.

Conoció su cercano fin, y como abrigaba sentimientos religiosos pidió los auxilios de la Iglesia y fué llamado un sacerdote, el cual la confesó y administró la extremaunción.

Al otro día, rodeada de Paulina, del Orangutan y del médico, dijo con voz sumamente débil: Adios, José, no te exasperes por mi muerte; ten resignación y conformidad: te recomiendo á mi pobre madre. Adios, madre mia, te recomiendo á mi marido, no llores. Doctor, gracias por sus eficaces cuidados....

Haciendo estas recomendaciones espiró.

Indescriptible fué la desesperación de José; le entró una fiebre, que llegó á los cuarenta grados centígrados, y cayó postrado en el lecho; y al mes, en lugar de la convalecencia, se apoderó de su espíritu una terrible nostalgia; estaba tan abatido que no levantaba la cabeza.

La patria es un paisaje pintado por la infancia en la mente y el corazón. Sin embargo, el Orangutan, que contaba más de doce años cuando se le cautivó, no tuvo un solo recuerdo para la suya. Cuba con sus bosques que no se despojan de sus hojas, su azul espléndido ó por las noches su cielo trasparente y tachonado de brillantes estrellas; sus florestas, sus palmeras, no se apartaban de su imaginación; jamás en los cuadros del delirio nostálgico vió las ceibas seculares y el melancólico bambú de la Guinea Septentrional, ni la choza, del pueblo salvaje donde nació.

Hablaba pocas palabras y esas casi siempre referentes al cafetal Mariana, á pesar de haber sufrido allí los rigores de la esclavitud, á la manera que los israelitas al atravesar el desierto guiados por Moises en busca de la tierra de Promisión, es decir, de su independencia y libertad, recibían el maná celestial y echaban de menos á las cebollas que en su servidumbre les mandaba á dar Faraón para su sustento mientras trabajaban para él en las fábricas de ladrillos.

Resolvió volver á Cuba, lo cual causó gran placer á Paulina, pues siendo el reumatismo originado por las impresiones del frio, se le agravaba en la zona templada y le era muy conveniente pasar á un clima cáldido.

Habia una dificultad: solo le quedaba al Orangutan una pequeña suma, apenas suficiente para pagar el pasaje de uno de los dos. Esta pequeña suma, unas modestas joyas que habian sido de Virginia y que no hubiera vendido por todo el oro del mundo, el retrato de ésta, obra de Vermay, y la ropa del uso era cuanto poseia.

Por fortuna se ausentaba de Paris un caballero cubano que regresaba á su patria con su familia y logró.

que los llevasen de sirvientes. Tuvieron buen viaje, llegaron á la Habana y se dirigieron á la casa de Achad, cuya dirección supieron inmediatamente, pues el médico indio era muy conocido en la capital de la Grande Antilla.

Achad los recibió con alborozo.

El Orangutan le dijo que trataba de concertarse en un cafetal, ó una plantación de caña, para reunir trescientos pesos que necesitaba para adquirir una pequeña posesión de campo donde pensaba pasar sus días.

No es necesario que te conciertes, amigo José, le dijo Achad; yo te facilitaré esa suma.

Señor Achad, dijo José: será este un motivo más de mi agradecimiento á las bondades de usted, y puede contar con que muy pronto le devolveré esa cantidad.—

No es un préstamo el que te hago, es una donación.

El Orangutan fué al otro día á la aldea de la Trinidad y compró algunas hectáreas de tierra que estaban á un cuarto de hora de la aldea y donde habia una casita de techo pajizo.

Trajo á su lado á Pajarito, que era muy laborioso.

Apenas llegó José á su casita abrió la caja que contenia el retrato de Virginia.

Al ver la imagen de la mujer que tanto habia amado, las lágrimas inundaron su rostro, y profundamente conmovido llevó el cuadro al aposento, formó un altar que adornó con flores recogidas en el campo, y le encendió una bugia, como hacen las campesinas cubanas con los santos de su devoción.

En seguida se puso á contemplar el retrato con una especie de éxtasis.

Allí estuvo el resto del día, hasta que llegó Pajarito y ambos se ocuparon en preparar las rústicas camas.

Los días siguientes hizo lo mismo sin acordarse del sembrado ni de cosa alguna.

En una tarde, estando en su acostumbrada contemplación, vió que el retrato movía los ojos y los labios.

Sintió un gran placer.

¿ Eran estos movimientos oscilaciones de la túnica de la membrana optica, ó algo de hipnotismo ?

Indudablemente los objetos inanimados pueden magnetizarse; pero es siempre que haya medios de transmisión del fluido.

Las mesitas giratorias que estuvieron en boga hace medio siglo lo comprueban. Contestaban acordes ciertas preguntas. Seis personas, por ejemplo, rodeaban una mesita, le ponian encima la punta de los dedos, tocándose las manos unas con otras, y una de esas personas, que traia diez monedas en el bolsillo y lo sabia, le preguntaba: Mesita: ¿ cuántas monedas traigo en el bolsillo ? La mesita, alzando una de sus patitas daba diez golpes: el interrogante sacaba y contaba las diez monedas, y todos exclamaban con asombro: ¡ la mesita ha adivinado !

Al otro día, aunque se acusaba á sí mismo de la ociosidad en que estaba, tan contraria á sus hábitos, no pudo menos que ir al cuarto, como si fuese arrebatado por una fuerza superior. Cuanto le rodeaba le era indiferente; estaba en una absoluta abstracción.

A los pocos momentos de estar contemplando el retrato á la luz de la bugia, le pareció que se animaba, vió á Virginia tal cual habia existido y la oyó pronun-

ciar estas palabras: "Vete á tus labores; no vengas á verme sino los domingos."

Inmediatamente corrió el velo con que quedaba cubierto el cuadro, tomó la azada y estuvo todo el día trabajando.

Como Vermay le habia dado brillo á los ojos del retrato y en ellos fijaba su mirada el Orangutan, es probable que le sobreviniese el sueño hipnótico. ¿En el sueño natural no hablamos con las personas que han dejado de existir; no vemos mares, montañas, volcanes; nos trasportamos con facilidad de un punto á otro, y hasta volamos como los pájaros? tal parece que poseemos dobles sentidos y más clara percepción de los objetos.

También pudo suceder que el Orangutan estuviese loco: demostraba un recto juicio en todos sus actos; pero esto no destruye la hipótesis, porque es muy común la clase de vesania en que los enagenados discurren y obran con discreción y cordura y solo discrepan al venir á su mente el tema de su demencia.

Sin embargo, ha habido personas que conservando la integridad de su inteligencia han sufrido estas alucinaciones. La Duquesa de Pomar creia que en ella se habia encarnado el alma de Maria Stuart, reina de Escocia, decapitada por Isabel de Inglaterra; era muy rica y tenia en su casa un cuarto lujosamente amueblado, para conferenciar con aquella desventurada reina cuyo retrato aparecia en la pared. La Duquesa fué muy celebrada en la Habana, Londres y Paris por su talento y su hermosura y jamás se dijo que estuviese demente. Ha fallecido este año (1895) en Paris, ya muy anciana. Cuando vivió en la Habana, donde tenia un hermano, dueño de una plantación de caña, llamábase la señorita Mariatigue.

Pitágoras, el primer filósofo de la antigüedad, au-

tor del sistema de la metempsícosis, recordaba, decía á sus discípulos, que su alma había pertenecido á un pescador, y aquellos agregaron á su doctrina un gran pensamiento moral: las almas de los perversos pasan á los animales inmundos y las de los justos á las aves canoras y bellas.

Como quiera que fuese, el Orangutan era feliz pues creía poseer á su esposa libre del peligro de la muerte.

No había un labrador de conducta más arreglada, de vida más inocente.

Al poco tiempo su pequeña posesión de campo era un jardín.

Entre días, á mediados de la semana, iba á la capital á visitar las librerías y á comprar los libros con cuya lectura se entretenía en las horas desocupadas, y los domingos, después de oír misa, los pasaba delante del retrato, muy persuadido de que conversaba con Virginia.

El domingo que fué al templo y salió apresuradamente ansioso de volver á su casa para gozar los momentos de éxtasis, que eran para él una suprema dicha, vió y copoció á Margarita, y en el acto le mandó aviso con Pajarito á Achad de que estaba en la aldea, y Achad le remitió el billete que conocen los lectores.

CAPITULO VIII.

LA CALUMNIA.

(Retrato de don Cipriano Cigarrón.)

Los negros que acompañaban al Conde de la fidelidad y que huyeron con tanta cobardía, luego que pasaron el susto volvieron al río y lo salvaron.

El Conde, que habia sido sorprendido en aquel lugar por la lluvia y la noche entre dos rios crecidos, tuvo que permanecer allí, debajo de un árbol, hasta la madrugada en que disminuyó la corriente y fué posible el paso; se hallaba muy adolorido; montó á caballo dando ayes, y los negros lo iban sujetando para que no cayese. Estaba muy grueso, tanto que el doctor Cowble y varios médicos le aconsejaron que hiciese ejercicios de equitación, temerosos de la poliarrea, y este es el motivo porque iba ese dia á caballo y no en un carruaje, como acostumbraba siempre que venia al cafetal Mariana, ó salia de éste para algún punto.

Alojóse en la casa del capitan juez pedáneo del partido, don Cipriano Cigarrón, hombre de carácter irascible, despótico con los humildes y humilde con los poderosos, ávido de oro, venal, vanidoso, de escusísimo entendimiento, y sin rival en la fealdad.

Merece que lo demos á conocer.

Reunia don Cipriano en su persona el respeto que inspira la autoridad y lo ridículo de una figura estrafalaria que excita á la risa.

Pertenecia al número de los fenómenos.

Era de alta estatura; tan grueso de medio cuerpo para arriba que tocaba los límites de la obesidad, y con un abdomen descomunal. Las piernas tan largas y delgadas que parecía que andaba en zancos: la cara perfectamente redonda como una libra esterlina y muy pequeña, la cara de un niño; su frente corta, hundida hacia el cuero cabelludo; los pómulos salientes, y la cabeza considerablemente prolongada, en forma de nave, hacia el cerebelo, cual si fuese hidrocefalo, por lo que los burlones le habían puesto el sobrenombre de "Cabeza de cayuco;" otros le llamaban "Ojo de buey;" otros "Flamenco," por su delgado pescuezo de una cuarta y las dimensiones de sus piernas; mas tenían buen cuidado de que no los oyese, pues les hubiera roto el bastón en las costillas. Sus ojos, **verdes**, muy distantes el uno del otro, estaban casi de un todo situados en las sienes, de modo que tenía la facultad extraordinaria de ver los objetos de frente y de lado. Mejor hubiera sido para él que la caprichosa naturaleza le hubiese puesto un ojo en la frente, como á los Cíclopes, y otro en la espalda, porque si es indudable que el hombre ve muy poco de lo que tiene delante, lo es también que le interesa en gran manera ver lo que le queda detrás, y es una desgracia imitar al Primer Ministro de cierta nación que acostumbra estudiar los asuntos más árduos solo de un lado, sin emplear jamás el escalpelo de un examen analítico, imparcial y sereno, que es el que en el fondo de las cuestiones choca con las nebulosidades de la mentira y produce la luz.

Hay muchos políticos que tienen los ojos en las sienes.

La nariz de don Cipriano era fina, aguileña y tan diminuta que con la de Morrocote podía haberse formado media docena de narices de su tamaño.

Su luenga barba, su bigote y su cabello, amarillentos, color de la cera, y su voz bronca como el sonido de una campana rajada.

Usaba trenza al estilo de los chinos, la cual adornaba con flores el día del santo del Rey, del suyo y del patrono de la aldea; ó cuando concurría á las grandes fiestas de iglesia, y en los días comunes formaba con ella un moño, que ataba con cintas.

Esta trenza tenía su historia: era un recuerdo que dedicaba á sus aficiones de otros tiempos, un recuerdo al colete del torero.

Es el caso que en su primera juventud pretendió dedicarse á la tauromaquia, recibió lecciones de un diestro, se dejó crecer el cabello, y quiso hacer su debut en la plaza de Vigo; mas apenas entró en el redondel, prorrumpió el público, al ver aquel hombre tan feo, en estrepitosos silbidos y mil voces gritaron: ¡Fuera! ¡fuera! ¡Salga el Sapo, salga el Sapo!

Salió el Sapo, que era la mejor espada de España y la niña bonita de los aficionados, y los vítores llenaron el aire.

Don Cipriano, abochornado, mohino y echando pestes contra el pueblo de Vigo, no tuvo otro remedio que volver á su aldea á sembrar patatas y á ocuparse del esquila de ovejas, en lo que era muy hábil.

Entonces se vió invadido y atormentado por la enfermedad endémica reinante en España, la empleomanía, enfermedad más dañosa á la agricultura de esa nación y á su prosperidad que la filoxera á las vides.

A falta de toros un empleo, decía para sí.

Devanábase los sesos pensando en ir á Cuba á vivir holgadamente del presupuesto del Estado, hacerse rico del modo que hubiese lugar, y darse ínfulas de personaje. Reunió sus salarios de algunos meses, ven-

dió su asno y su pollino para pagar el pasaje, aprendió á firmar, consiguió una carta de recomendación del portero de la casa de don Juan Esteban para el Marques de los Claveles, y encomendándose al apostol Santiago, guindó velas para la tierra de las piñas y las cañas de azúcar.

El Marques de los Claveles ; todo lo que puede el portero de un Ministro ! hizo que inmediatamente se le colocase de Vista de la aduana, con el sueldo de cuarenta pesos mensuales; mas era don Cipriano de tan mal carácter y tan inepto, que á los veinte dias se le declaró cesante.

Ya habia ahorrado de su sueldo la suma de doce mil pesos.

La aduana de la Habana siempre ha tenido, y tiene, algo de encantamiento, mejor dicho, de milagroso: todo el que pasa por ella se enriquece.

Así únicamente pudo resultar que don Cipriano ahorrase en tan pocos dias esa cantidad.

Atribuimos el hecho á milagro porque no tiene explicación en el orden natural de las cosas, ni tratamos de poner en duda la bonradez de la burocracia imperante en Cuba, aunque un Ministro de la Corona, el señor Romero Robledo, sirviendo de eco á la opinión común, dijo hace poco en el Parlamento, *que la Administración de Cuba es tan corrompida, tan inmoral, que debe arrancársele de cuajo.*

¿ Arrancársele ? El Gobierno español tiene dos razones muy poderosas para ser tolerante con esa Administración: 1.^ª Se ha suprimido del diccionario burocrático la palabra *robo*, que es áspera, enojosa y anti-pática, y se le ha sustituido con la otra dulce y sonora: *filtración*; de modo que ha desaparecido todo género de fraudes al Estado y los municipios y solo hay

ahora *filtraciones*. 2.º El Estado nada pierde con las filtraciones; los que pagan el pato son los contribuyentes, cuerpo sin voz, que postrado en el lecho de Procupio sufre en silencio estremecimientos nerviosos cada vez que el Gobierno le da un tirón.

Dicen en Inglaterra que todo impuesto debe ser votado por el que lo paga; ¡Vaya que los ingleses tienen ideas raras! Esa regla la han elevado à ley fundamental del Imperio.

Don Cipriano con los doce mil pesos abrió una tienda de víveres el por menor, y le fué muy mal, pues por sus groseros modales alejaba los parroquianos.

Dejó el comercio con pérdida de casi todo el capital y se puso al servicio, no del Estado, sino del Conde de la fidelidad y del Marques de los Claveles, en clase de capitán de partido de la aldea de la Trinidad.

Era esta aldea el lugar preilecto para el juego de naipes, dados, rifas, ruletas, lides de gallos, bailes al son del tiple, del arpa ó con excelentes orquestas &c. Habia en ella una grande y constante concurrencia, corría el oro de mano en mano, y era, en fin, la mansión del placer.

La alegría de aquel feudo del Conde y del Marques se veía á menudo interrumpida por las riñas y escándalos de los exasperados labradores, que habian perdido el valor de la cosecha del año.

Aumentaba la virulencia de estas escenas el uso inmoderado de los lieores; de manera que raro era el día ó la noche en que no habia heridas y contusiones; pero don Cipriano lo arreglaba todo sin levantar sumario, mediante el pago de un número de onzas de oro por uno de los contrincantes, ó por los dos.

Algún pensador, interesado en el bienestar moral de la patria de Varela, podia lamentarse de que no

existiese allí siquiera una escuela de primeras letras para la infancia; mas no es justo que se critique por ello al gobierno de Vives, pues al presente, en las postrimerias de este gran siglo, existen en la ilustrada Cuba provincias, como la de Pinar del Rio, donde un noventa y cinco por ciento de sus habitantes no sabe leer ni escribir, lo cual no impide que se les cobren excesivos tributos; ya se ve: el presupuesto de los gastos anuales de la Isla asciende á ¡ veinte y nueve millones de duros ! sin contar los diez millones del impuesto municipal, y los aumentos arbitrarios por atenciones no previstas.

Don Cipriano, aunque era un rústico sin una célula brillante en su cerebro, tenia sumamente desarrollado el órgano de la adquisibilidad, y se hallaba situado en un campo el más adecuado para hacer su fortuna, así es que en provecho del Conde y del Marques, y de él mismo, su elección de agente de aquellos señores no podia ser más acertada.

Lo admirable es que con aquel monstruoso abdomen tuviese don Cipriano tanta agilidad en sus movimientos y fuese tan activo: recorria á veces, caballero en su jaca tordilla, de andar suave y gran mansedumbre, muchas leguas.

Cuando se efectuaba el alijo de una expedición de esclavos, ataba el bastón de uno de los ojales de su chaqueta, montaba en la jaca, llevando delante de la albarda su espada de cruz, que media metro y medio de hoja, y se dirigia á la costa á presenciar el desembarque, á fin de contar los *bozales*, pues por cada uno debia el capitan negrero gratificarle con dos duros, esto aparte de la suma que percibian el Conde y el Marques, la cual siempre era pagada con exactitud por el arma-

dor, pues de no ser así caían los esclavos en decomiso, como cualquier artículo de contrabando.

El Marques en esa fecha no recibía como al principio, el quince por ciento, sino que partía por mitad con el Conde el producto de sus rapacidades.

Don Cipriano poseía ya unos sesenta mil pesos de capital, pues además de las gratificaciones por los alijos tenía el veinte por ciento en el impuesto sobre el juego, que era recolectado gratuitamente por los cabos de ronda, quienes conducían á su presencia al dueño de banca que no pagaba la onza de oro diaria, y don Cipriano, después de llenarlo de improperios, lo mandaba á poner en el cepo uno ó dos días.

Con este sistema ninguno dejaba de pagar, y los que eran puntuales tenían en el capitán de partido un grande amigo.

Tal es el retrato del hombre en cuya morada se hospedó el Conde.

Apenas se saludaron el Conde comunicó á don Cipriano el temor que abrigaba de que Enrique de Guzman con su cuadrilla le diese un asalto; y don Cipriano inmediatamente rodeó su casa de guardias y la convirtió en un cuartel.

El Conde estaba aterrorizado; sin embargo, viendo lo diligente de don Cipriano, y el despliegue de tantos elementos de seguridad, se acostó á dormir dándole la orden de que lo llamase á las doce del día y recomendándole que mandase al catetal Mariana por una volante y pusiese á su disposición veinte hombres de su confianza, montados y armados.

Ni siquiera se ocupó del objeto que lo había llevado á la aldea, que era ponerse de acuerdo con su agente sobre la suma que debía pedirse por dos expedi-

ciones de *bozales*, de un solo armador que se esperaban en los próximos días.

Durmió profundamente, pues estaba muy estropeado.

Don Cipriano con una actividad asombrosa mandó buscar á varios jóvenes que vivían en las cercanías, recorrió las casas de juego, y reunió los veinte campesinos.

A las doce del día, cuando el Conde se levantó, bastante repuesto, tanto por el sueño, reparador de las fuerzas, como por su indomable voluntad, se llenó de regocijo viendo en línea, frente á la casa, aquella lucida é improvisada sección de caballería.

Todos los jóvenes venían vestidos de limpio, sobre briosos corceles y con machetes de hoja toledana y empuñaduras de plata guarnecidas con piedras falsas [machete de cinta llamaban esta arma;] muchos traían trabucos y pistolas.

El Conde pidió á don Cipriano cincuenta onzas de oro, las colocó en un pañuelo y subió á la volante, que estaba en la puerta, tirada por dos hermosos caballos criollos.

Dirigióse á la casa de las señoras Ruvalcaba, que estaba á un extremo de la aldea, llevando doce ginetes á cada lado de la volante. Llegó y entró en ella, saludó finamente y dijo á las dos bondadosas ancianas, á Matilde y Margarita: Suplico á ustedes respetuosamente me permitan hablar sobre un asunto reservado con Lady Mary.

Clementina al verlo se inmutó.

Todas se retiraron de la sala al comedor.

Lady Mary, dijo el Conde á Clementina, he sabido por vuestro pasaporte que habeis venido á esta aldea á ejercitaros en la costura: vuestra situación no puede

menos que ser muy precaria y deseo favoreceros. Es mi costumbre con todos los necesitados, especialmente con los extranjeros, sin inquirir quiénes son, de donde han venido, ni adonde van, porque la verdadera caridad no tiene ojos. Tomad: esta es una pequeña muestra de socorros más importantes.

Desdobló en seguida sobre una mesa el pañuelo que contenía las cincuenta onzas de oro, y se oyó el sonoro ruido que estas monedas producian al rodar y caer en las baldosas del pavimento.

No acepto vuestros socorros, dijo Clementina, reeoged vuestras monedas, marchaos.

Señora, replicó el Conde, vuestra altivez no se aviene con vuestro estado de pobreza.

No os incumbe, dijo Clementina, averiguar si estoy ó no en pobreza.

Señora, dijo el Conde, seré franco y os diré sin ambages la causa de hallarme en vuestra presencia. Según los informes verídicos que he tomado, sois una matrona llena de virtudes, y teneis una hija de sin par belleza y relevantes prendas morales, cuya mano vengo á pedir para mi hijo Carlos, que actualmente se halla en Londres. Es un joven de irrepreensible conducta, gallardo, de clarísimo talento y de sólida instrucción. Por lo demás, ya habreis oido decir cuan inmensos son mis bienes.

Esos bienes que llamais vuestros, dijo Clementina, mi hija y yo los despreciamos, y vivimos contentas en medio de nuestras privaciones porque nuestras conciencias están tranquilas. Matilde jamás será esposa de Carlos.

Ved, señora, que destruis el porvenir de vuestra hija cerrándole las puertas de la felicidad.—

Ya os he dicho que os marcheis; esta conferencia me causa malestar.

Sin duda no habeis reflexionado, dijo Alberto desentendiéndose de las palabras de Clementina, sobre lo ventajoso que es para vos este enlace.—

Cesad en vuestras instancias; idos.—

El Conde cambió de rumbo; resolvió valerse del terror y dijo: tengo tratados los esponsales de Carlós con una dama de alta gerarquía, y quebrantaré mi palabra con tal de que Matilde sea su esposa. Puede ser que conozcais esa dama: doña Magdalena de los Portales, viscondesa de Santa Maria.

Cuando Clementina oyó pronunciar el título de la Viscondesa, la palidez de la muerte cubrió su semblante.

El Conde notando el efecto que produjo el primer dardo que habia lanzado, continuó: Como el Visconde de Santa Maria murió hace quince años, asesinado por un joven de nombre Enrique de Guzman, su vasto caudal ha venido á manos de doña Magdalena, como heredera en el grado de parentesco más inmediato, á falta de sucesor legítimo. Es curioso el caso y horripilante: el Visconde llevaba relaciones amorosas con la infiel esposa de Enrique, Clementina Montgomery.

Clementina le interrumpió colérica, diciendo: Mientes, infame asesino, ladrón, mientes vilmente. Demasiado sabes tú que yo soy Clementina Montgomery, lo mismo que sé yo que tú eres Alberto Pontoni, el usurpador de los bienes del Marques del Valle. Dios querrá que llegue el dia en que triunfen la inocencia y la justicia. Oh! Todos tus bienes pertenecen á mi hija, y ella y yo morimos de hambre, mientras tú te ves en el colmo del poder y la riqueza. ¡ Me siento humillada dirigiéndote la palabra!

El Conde al oír aquel inesperado ataque iba á caer de espaldas, mas apoyándose en la mesa permaneció nudo, petrificado.

Después cobró aliento, pudo dominar su emoción, y dijo:

¡ Oh Clementina ! ¡ qué necia eres ! Supón que sea cierto lo que expresas ¿ qué adelantarias ? El oro todo lo puede, y además, el Capitán general de esta Isla tiene permanentemente las facultades concedidas al jefe militar de plaza sitiada; es un Dictador perpetuo, y yo soy su propia persona. Mi poder no reconoce límites: no hay más ley que mi voluntad.

Con todo ese poder ¡ oh miserable ! no tendrás tranquilidad en la conciencia. No podrás alejar de tu alma el remordimiento. —

¡ Conciencia ! no necesito la conciencia para verme adulado, obedecido, temido y rodeado de todos los encantos que puede ofrecer la vida. No existe la conciencia, es una quimera de las almas débiles. —

¡ Oh monstruo ! dijo Clementina: es increíble tu iniquidad !

Querida Clementina, dijo el Conde con dulzura: no sacrifiques á una esteril venganza nuestros intereses comunes. Hablemos con calma; reanudemos los hechos. Yo soy muy rico y muy poderoso y tú una de las criaturas más pobres y más desamparadas. . . . —

Sí, tienes tanto poder y riqueza merced á la usurpación, merced al asesinato del Marques del Valle. —

Bien, no quiero contradecirte: merced á la usurpación y al asesinato del Marques (nadie puede probarlo) soy el hombre más rico de la Habana. Me veo querido, mimado por el gobierno, mejor dicho, soy el gobierno. Jamás podrás recobrar los bienes que corresponden á Matilde, como hija de Enrique, y Enrique

morirá en la horca apenas caiga en manos de la justicia porque asesinó al Visconde de Santa Maria; y como Carlos debe casarse con la Viscondesa actual [si no le otorgas la mano de tu hija], tenemos que está á mi alcance perseguir á tu esposo por homicida y que la Viscondesa avive el padrón de ignominia que cubre tu nombre, porque todo el mundo cree de buena fe que has sido adúltera.—

Vil asesino, aumentas cada vez más el odio que te profeso y el desprecio que me inspiras.

Oyeme con calma, Clementina, replicó el Conde: me consta que estás inocente; pero el funesto billete de tu puño y letra, que cayó en manos de la justicia; el ensangrentado vestido y tu fuga, son pruebas irrecusables de tu culpabilidad. No podrás negar que le admitiste una cita amorosa al hermoso Visconde y que esta cita fué la causa del asesinato, y lo que te será más sensible, causa también de la muerte de tu buena madre, que espiró á los pocos dias consumida por el pesar.

Aborto del infierno, exclamó Clementina: tu malidad no tiene término.

Demasiado te compadezco, dijo el Conde: la compasión más que mi conveniencia dirigen mis pasos. Si Carlos se casa con Matilde, cesan nuestros odios, recuperas la posición social que te corresponde por lo ilustre de tu cuna; con el oro acallamos la justicia, que dejará de perseguir á Enrique y nacerá para todos una era de felicidad.

Alberto, dijo Clementina: la inocencia no transije con el crimen. Casa á tu hijo Carlos con Magdalena de los Portales, y no esperes casarlo con Matilde; con Matilde, jamás, jamás.

Clementina, dijo el Conde: ¿será posible que re-

huses el bien que te propongo? Mira que aun puedes hacerte muchos daños.

Sigue tu camino, dijo Clementina, el camino del crimen; yo seguiré el mío, el de la inocencia perseguida. Prefiero una corona de mártir á la diadema que me ofreces. Adios, Alberto, recoge tus monedas.

Te las dejo, mujer de mármol, para que remedies tus necesidades.—

No, no: llévate tu oro.

El Conde subió velozmente en su rico carruaje.

No habia transcurrido un cuarto de hora, cuando por denuncia del Conde, se presentó en la casa don Cipriano Cigarrón seguido de cuatro cabos de ronda.

Entró y al ver las onzas de oro esparcidas por el suelo, exclamó persiguándose: Venid, venid, señores cabos; mirad lo que jamás habeis visto: un hurto sin que su autora se haya ocupado de ocultar el cuerpo del delito.

Los cabos se llenaron de admiración y don Cipriano llamó en voz alta á Clementina, que estaba en el aposento, exclamando: ¡Doña Clementina! ¡Doña Clementina!

Clementina vino á la sala, donde ya estaban las señoras Ruvalcaba, Matilde y Margarita; y don Cipriano le preguntó:

¿A quién pertenecen esas onzas de oro?—

Al Conde de la fidelidad, contestó Clementina.—

¿Quién las puso en ese lugar?—

El Conde de la fidelidad.—

¿Para qué las puso.—

Quería que yo las tomase, lo rehusé y se ausentó sin llevarlas.—

¿Vos lo rehusasteis? ¿de veras? Sois una pobre costurera y decís que habeis despreciado tantas on-

zas de oro? Esto es inverosímil. Confesad que vos, aprovechando una distracción del Excelentísimo señor Conde, y no Conde á secas como teneis el atrevimiento de llamarle, habeis sustraído de la volante esa suma; pero os vais á arrepentir por toda la vida. Señora doña Clementina Montgomery: desde que vinisteis á mi partido me teneis en continuo movimiento. En primer lugar habeis traído pasaportes con nombres que no son los vuestros, y ni vos ni vuestras compañeras sois norte-americanas. En segundo lugar habeis dado el escándalo del supuesto rapto de vuestra hija. Decidme, mujer maldita: ¿el Matizado se robó á vuestra hija, ó vuestra hija al Matizado?

Clementina, impasible, silenciosa, fijó su mirada inmóvil en don Cipriano; éste siguió diciendo:

En tercer lugar estais en relaciones con los bandidos; y por último, ahora resulta que os apropiáis lo ageno; de modo que sois falsificadora de documentos, de conducta escandalosa, receptora de bandoleros y ladrona.

Clementina seguia muda, sin pestañear, con la vista fija en don Cipriano y los ojos saliéndosele de las órbitas; habia perdido el juicio.

Los demas estaban sobresaltados.

Don Cipriano prosiguió diciendo lleno de ira: ¿Ni siquiera me presentais disculpas? ¿Despreciais mi autoridad con vuestro silencio? Declarad quiénes os auxiliaron en este hurto.

Clementina continuaba muda como una estatua, mirando á Cigarrón, y éste enfurecido, exclamó: ¿No respondeis? Yo soy el señor don Cipriano Cigarrón, capitán de este partido, que no tolero desacatos á mi autoridad. Si no me viera en el caso de ponerlos en prisión inmediatamente con vuestras dos compañeras, que

son vuestras cómplices, y mandaros á la cárcel de la ciudad, siempre os hubiera expulsado de mi territorio. ¿ Y aun no hablais ? ¿ Os estais burlando ? ¿ Quereis exasperarme desafiando mi altivez ? . . . ¡ Scis una escandalosa, una abrigadora de malhechores, una mujer de malas costumbres, una ladrona, y vuestra hija una prostituta.

Clementina seguia impasible, como si no fuese objeto de aquellos insultos.

La volante del Conde de la fidelidad paró en la puerta; el Conde entró en la casa, oyó las frases insultantes de don Cipriano, y rebosando en coraje, sin saludar, le dijo: ¿ Cómo tiene usted la insolencia, la audacia, de llenar de improperios á esta señora ? Ha abusado usted de su autoridad atropellando las leyes. Tal vez está inocente de las atrocidades de que habla el vulgo. Mire usted: lo está del hurto de las onzas de oro, fué una distracción mia. Ea ! suspenda usted todo procedimiento y retírese.

Excelentísimo señor Conde, dijo don Cipriano con humildad bajando la cabeza, así lo haré. A vuestra Excelencia le toca mandar y á mí, que soy su ciervo, obedecer.

El Conde, acercándose á Clementina, le dijo muy bajo: Ved como os he favorecido; y se marchó.

Clementina ni siquiera se apercibió de sus palabras; seguia mirando á don Cipriano, quien también se retiró con los cabos de ronda, diciendo antes á la infeliz. demente: Perdone usted, señora.

CAPITULO IX.

LA LOCURA.

Cuando salían don Cipriano y los cabos de ronda entró en la casa el viejo Hernani quejándose de agudos dolores reumáticos.

Clementina más agitada que la gran sacerdotisa del templo de Delfos al pronunciar los oráculos, se levantó y dijo: ¡Aparten, aparten el cadáver de ese hombre!... ¡Cuánta sangre! ¡Oh! ¡qué noche, qué noche tan horrenda! ¡Tengo el vestido tinto en sangre!... Marques del Valle ¿cómo quiere usted casarse conmigo? ¿No sabe usted que el elegido de mi corazón es Enrique, el hijo de usted? Nos hemos amado desde la infancia..... Madre mia; padre mio: no me reprocheis que no os haya abierto mi corazón hasta este momento; el respeto me detenía... ¡Yo no puedo ser esposa del Marques!... Ja, ja, ja... ¡Qué angustiada está doña Gumercinda porque se han incendiado los bosques: el humo ennegrece el cielo y las llamas corren como las lavas de un volcan.... ¡Pobre Mr. Dydren! ¡pobre paralítico!... Es él! es él!... está dando órdenes en la cubierta; le oigo desde este camarote. ¡Cómo crujen los maderos de la Franklin! Margarita: no podíamos estar mejor que viéndonos arrebatadas por el huracán....

¡Oh Enrique, idolatrado Enrique!... ven.... ven; devuélveme tu amor, devuélveme la honra.... Tu sonrisa es más grata á mi alma que á la planta el rocío de la mañana, y tu acento más dulce que los trinos amorosos del ruiseñor..... Ven, Enrique, alma mia, bien mio, ven á los brazos de tu inocente esposa.

Enrique se presentó en la puerta dando traspiés, bañado en sangre, pálido, con la mirada lívida y el cabello desordenado.

¡ Adorada Clementina ! exclamó, y se arrojó en sus brazos.

Clementina recobró con tan fuerte impresión el uso de sus facultades mentales.

Enrique dejó caer la cabeza en el seno de su esposa, y así permanecieron algunos instantes.

Clementina, anegada en llanto, estampó en su frente mil besos, y lo mismo Matilde.

Fué aquel un relámpago de felicidad salido de los antros de la muerte.

Enrique se hallaba en sus últimos momentos.

Eulalia corrió á su cuarto, trajo y abrió en mitad de la sala un catre de viento, lecho llamado así en el país y que es muy manuable y propio de los climas cálidos.

Enrique fué colocado en el catre.

Estaba muy débil ; mas repentinamente se reanimó, é introduciendo su mano en el seno sacó el pliego que le entregó al morir el Visconde de Santa Maria, y que él habia puesto entre dos láminas de metal para preservarlo de la humedad.

Clementina, dijo, entrégale este pliego al capitán don Jorge de Lasheras; yo no he podido obtener noticia de su paradero . . . Contiene los documentos que acreditan la legitimidad del hijo del Visconde de Santa Maria y de Obdulia.

Aquí está el Capitan Jorge, dijo Clementina, acercaos Capitan.

El Capitan, que permanecía sentado apretando fuertemente con las manos sus adoloridas piernas por que sufría un acceso de su padecimiento reumático, se

levantó, se acercó, tomó el pliego, reconoció en Enrique al bandido que dió muerte á su hija, y exclamó: ¡ Oh Dios mio, Dios mio ! ¡ Enrique de Guzman, Enrique de Guzman, el hijo de mi mejor amigo, fué el que enterró el puñal en el pecho de Obdulia, el que mutiló su mano cuando la desventurada y yo veniamos disfrazados buscando refugio en esta aldea !

El Capitan lloraba como un niño.

Yo también estaba disfrazado, exclamó Enrique con voz desfallecida: fué la primera vez que salí al camino real, ciego, sediento de sangre y de venganza Capitan Jorge, perdonadme he sido víctima de la ley de la fatalidad

Sí, te perdono, exclamó el Capitan.

Enrique, dijo Clementina: Ricardo, el hijo de Obdulia, va á ser esposo de Matilde.

Enrique tomando entonces la mano de Matilde dijo, ya en las agonias de la muerte: hija mia, yo bendigo tu matrimonio

Enrique exhaló su último aliento.

Clementina cayó desmayada.

Todos estaban llenos de la mayor consternación.

Las señoras Ruvalcaba se hallaban sumamente inquietas: tenian en su casa el cadáver del famoso bandolero que habia sido el terror de la comarca, y tenian de huéspedes á una familia sobre la cual se dirigian los tiros del poderoso Conde de la fidelidad, señor de vidas y haciendas en la Isla de Cuba, tanto como el Sultán en Marruecos.

Dieron parte al capitan del partido de haber muerto en su morada Simón Coronado.

No tardó en presentarse don Cipriano Cigarrón con su chaqueta azul de vueltas coloradas y su bastón con borlas. Lo acompañaban los cuatro cabos de ronda,

el Licenciado Rengifo y dos individuos en calidad de testigos de asistencia, á falta de escribano público.

El Licenciado Rengifo dijo, que el hombre que acababa de reconocer era cadáver, y varios antiguos vecinos de la aldea declararon que habia sido en vida Enrique de Guzman, por otro nombre Simón Coronado.

Identificado el cadáver, dispuso don Cipriano que se le llevase á las puertas del cementerio y fuese tendido á raiz del suelo por todo el dia, para que lo viese el público.

En seguida se retiró con sus acompañantes.

El Capitan Jorge separó las láminas metálicas, que estaban atadas con una cinta, leyó los documentos que encerraban el porvenir de su descendencia y se angustiaba al verse tan anciano y enfermo. Sabia, además, que si llegaba á noticia del Conde de la fidelidad que existian en su poder, se los arrancaria con la vida. Los documentos, como ya saben los lectores, eran: el testamento del Visconde de Santa Maria, otorgado ante un notario en Filadelfia, en el cual reconocia por hijo y heredero á Ricardo, habido con su legítima esposa doña Obdulia de Lasheras; la partida de matrimonio del Visconde y Obdulia y la del bautizo de Ricardo, todos en la forma más legal.

El Capitan entregó el pliego á Eulalia y á Mercedes, diciéndoles: Conserven ustedes estos documentos hasta que variando las circunstancias se pueda hacer uso de ellos; hoy es absolutamente imposible. El Conde de la fidelidad todo lo puede y decretaria nuestro exterminio. Corresponde á ustedes velar por la suerte de Ricardo, puesto que lo aman tanto.

Eulalia, que era la más discreta, tomó el pliego, se dirigió al aposento, llamó á su hermana, á Clementina, Margarita y Matilde para que se enterasen de lo que

iba á hacer, levantó una baldosa del pavimento, lo colocó y volvió á poner cuidadosamente la baldosa como estaba. Tengan presente, dijo, que coloco este pliego bajo la quinta baldosa de este cuarto, á un lado de la puerta.

El Capitan de partido mandó un posta para que llevase al jefe de policia Marques de los Claveles el parte dándole cuenta del fallecimiento de Enrique de Guzman, ó sea Simón Coronado. También lo participó por medio de una carta al Conde de la fidelidad.

La noticia causó regocijo en la capitania general y gran sensación en toda la Habana, como que Simón Coronado era el terror de los campos.

CAPITULO X.

LA ORDEN DE PRISION.

El Conde de la fidelidad no se despidió de su amigo y agente don Cipriano; ¡tan preocupado estaba con la presencia de Enrique en aquellos contornos! Siguió para la Habana custodiado por los veinte jóvenes campesinos.

Tenia necesidad de ponerse de acuerdo con el Marques de los Claveles para combinar el plan que lo librara del peligro de perder su fortuna si llegaba el caso posible de la rehabilitación de Enrique, ó si Ma-

tilde, patrocinada por su abuelo el doctor Montgomery, ocurría á los tribunales en demanda de sus derechos.

Se le ocurrió que una acusación hecha á Clementina por hurto no le daría el resultado apétedido, como la de adulterio y complicidad en el homicidio del Visconde de Santa Maria, que podía intentar Magdalena de los Portales, actual Viscondesa, en guarda de sus derechos civiles. Con este objeto se había propuesto casar á Magdalena con su hijo Carlos, y estaba muy afanoso en que este matrimonio se efectuase lo más breve posible. La Viscondesa, además, era un partido ventajoso para su hijo.

Haciendo estas reflexiones, determinó volver á la casa de las señoras Ruvalcaba á impedir la prisión de las tres damas, que hubiera producido un escándalo inútil á sus fines. El quería dar un golpe certero y terrible.

Respecto á Enrique contaba con duplicar sus esfuerzos para que desapareciese de la escena del mundo, lo que no le sería ahora difícil, pues tenía conocimiento del lugar de sus correrías. Si escapó por tanto tiempo de la acción de la justicia y de sus acechanzas, fué porque los primeros años tomó la precaución de pasarlos lejos de la Habana, en la parte Oriental de la Isla. Todos lo tenían por muerto, menos el Conde, que no lo apartaba de su memoria pareciéndole que vendría á vengarse. ¡Cuántas diligencias hizo por saber su paradero y el de Matilde y Margarita!

El Conde sintió un placer inesplicable al enterarse del parte de don Cipriano; ya no tendría el tormento de la sombra amenazadora que lo seguía á todas partes, ya no tendría que emplear tantas precauciones para poder vivir.

Matilde fué el exclusivo objeto de la conferencia

del Conde y del Marques, á cuya casa se dirigió aquel inmediatamente que llegó á la Habana.

“Dos medios tengo, le dijo el Conde al Marques, para acabar con esas mujeres: uno es disponer que sean conducidas presas y que se les fusile en el camino, pretesando los conductores que pretendieron fugarse auxiliadas por los bandidos. De mucho nos sirve para corroborar este hecho el episodio del robo de Matilde, pues demuestra que estaban en relaciones con esa cuadrilla de malhechores.”

Como se ve, el sistema de asesinar en los caminos reales á los presos, principalmente á los presos tildados de desafectos al gobierno, data de larga fecha en Cuba.

El otro medio, continuó el Conde, es conducir las á la cárcel y revivir la causa seguida por el asesinato del Visconde de Santa Maria; pondremos cincuenta testigos para probar que la esposa de Enrique de Guzman era una joven de conducta liviana, que concurría por su mala indole, como Mesalina, á las casas de prostitución antes de casarse y hasta en los siguientes y próximos dias á su matrimonio, como lo comprueba la cita amorosa que dió al Visconde.

Justificado que sea, siguió diciendo el Conde, que Clementina era una meretriz, no queda duda de que desaparecerá legalmente la legitimidad de Matilde y sus derechos á la herencia de su abuelo el Marques del Valle, derechos que puedo yo disputarle como heredero instituido por el Marques; y hacer valer la declaración de éste en su testamento acerca del proceder infame de su hijo, que motivó la desheredación.

El Marques de los Claveles, después de reflexionar largo rato, optó por el segundo extremo. Se me ofre-

ten dudas, dijo: solo el marido tiene derecho á acusar el adulterio, según nuestras leyes; pero este caso reviste condiciones especiales. El marido y el adúltero no existen, solo vive la adúltera, y no se trata de satisfacer á la vindicta pública ni al cónyuge ofendido, pues ha muerto; se trata de impedir que su herencia pase al vástago nacido de unos amores criminales, lo cual seria un robo.

Como quiera que sea, es lo mejor traer esas mujeres á la cárcel; tiempo nos quedará para estudiar el asunto y hacer lo que más convenga.

No se me oculta, añadió el Marques de los Claveles, el inconveniente de este plan: la pertinaz defensa que hará el doctor Montgomery de su nieta; pero lo mandaremos gubernativamente á las Marianas, ó á Fernando Póo, por sospechoso. Es hijo del pais y de notable ilustración, por consiguiente debe suponérsele partidario de la sociedad secreta del Aguila negra, que aspira á implantar en esta Isla la Constitución que rige en la Península; y aun podemos inventar una pequeña conspiración en sentido de la independendencia y suponerle uno de sus promotores. Como no es necesario formarle causa, no se hará investigación de los hechos, y como es un anciano abrumado por los pesares, morirá pronto en la confinación y Matilde quedará indefensa, pues ningún otro abogado se atreverá á favorecerla.

Bien! bien! señor Marques de los Claveles, dijo el Conde, siempre se os ocurren las ideas más luminosas.

Quedó acordado que al otro dia, al amanecer, partiese un posta á la aldea de la Trinidad llevando la orden de prisión de las tres damas, y los dos malvados se separaron.

CAPITULO XI.

LA PERSECUCION.

A las diez de la noche de aquel día se presentó Pajarito en la casa de las señoras Ruvalcaba, era portador de una carta de Achad para Margarita, concebida en los términos siguientes:

“Margarita:

Mañana os vereis en prisión vos, Clementina y Matilde. Temo por vuestras vidas. Para cubriros de vilipendio, el Conde en su saña, ha dispuesto, de acuerdo con el Marques de los Claveles, que seais encerradas, no en el edificio de las Recogidas, lugar de reclusión de las mujeres, sino en los calabozos de la cárcel pública.

Seguid las tres á Pajarito á los bosques inmediatamente que leais estas líneas, y tened en él una completa confianza.

Es el único medio de salvaros.

Achad.”

¿Cómo supo Achad tan brevemente que las tres damas iban á ser presas? Tal vez por el mismo Conde, á quien, como dejamos dicho, visitaba á menudo.

Cuando Margarita concluyó la lectura de la carta y la leyó á Clementina y Matilde, todas quedaron llenas de zozobra. La idea de ir á la cárcel y de hallarse en poder de su implacable enemigo, se presentó á su imaginación como un fantasma aterrador, y á un tiempo exclamaron: ¡ Partamos !

Despidiéronse de las señoras Ruvalcaba, y dejan-

do su modesto equipaje, sin mudarse el vestido y el calzado, así como estaban, emprendieron la marcha.

Los vecinos de la aldea se hallaban entregados al sueño; reinaba en ella profundo silencio; únicamente se oía el ladrido de los perros de los patios.

Pajarito siguió en línea recta hacia el Norte, rodeó por dentro del bosque la aldea, y tomó rumbo al Sur. Otomaco lo esperaba con su macana al hombro, en el punto convenido.

Cuando estuvieron algo internados en el bosque, Pajarito hizo fuego con su eslabón, yesquero y piedra de chispa [no había entonces fósforos]; sacó una pajuela de azufre y prendió una linterna que llevaba expreso.

Pajarito iba delante alumbrando, seguíanle Clementina, Matilde, Margarita, y detrás Otomaco con su macana.

Anduvieron toda la noche: atravesaron una ciénaga, dos ríos y varios arroyos. Los vestidos de las fugitivas se hacían pedazos en las zarzas y abrojos y el cansancio tenía postrada á Clementina, que estaba muy débil. Sentábanse de trecho en trecho en los troncos de los árboles á descansar breves momentos, seguían y volvían á sentarse. Ya asomaba el día y les era imposible dar un paso, especialmente á la extenuada Clementina, cuando llegaron á la tienda de víveres de don Remigio Calderón, andaluz, sargento retirado que había servido en la guerra de independencia de la América del Sur, y que fué uno de los soldados que curó Achad en el campamento del Orinoco, y de los heridos en Maracaibo. Apesar de su brillante hoja de servicio y de haber quedado manco, no fué recompensado por el gobierno español, y vino á Cuba en la mayor miseria, inválido. Achad lo proveyó de recursos para que pu-

siese aquella tienda, en la que le iba muy bien. Hallábase esta situada en una encrucijada, en un lugar llamado “Los cuatro caminos.”

Don Remigio, que estaba sobreaviso y que lleno de agradecimiento profesaba cordial afecto á Achad, recibió á las damas con las mayores demostraciones de estimación y las condujo á un cuarto espacioso en que habia preparadas varias camas, que ellas ocuparon.

A la hora conveniente les sirvió un suculento almuerzo.

Dejémoslas reponiendo sus fuerzas con el descanso y pasemos á la aldea.

Don Cipriano Cigarrón recibió á las nueve de la mañana la orden de prisión; se puso su chaqueta azul de vueltas coloradas, tomó su bastón con borlas, y en compañía de dos cabos de ronda pasó á la casa de las señoras Ruvalcaba.

Esta vez saludó respetuosamente y preguntó por doña Clementina, su hermana é hija.

Mercedes y Eulalia, llenas de temor, le dijeron que habian desaparecido.

Don Cipriano se puso convulso y prorrumpió en palabras soeces.

Anoche, dijo Eulalia, nos acostamos todas á la hora acostumbrada: al levantarnos Mercedes y yo notamos que la puerta de la calle estaba abierta; lo atribuimos á un descuido; mas como viésemos que también lo estaba la puerta del cuarto de las huespedes y que no se levantaban, penetramos en él, y no estaban allí... se habian ido....

Don Cipriano llegó al colmo del furor; maldijo á Dios, maldijo á su madre, se maldijo á sí mismo.

No podia haber cosa más fea y horrible que aquel fenómeno dominado por la cólera.

Vosotras, exclamó, sois cómplices y encubridoras.

Daos presas, en nombre de la Reina.

Las dos ancianas temblaban llenas de miedo.

Nosotras, dijo Eulalia ¿de qué somos culpables? Esas tres mujeres nos pidieron hospitalidad y se la hemos dado ignorando sus antecedentes.

Antecedentes horribles, dijo don Cipriano, merecen la horca. En fin, yo no puedo perder el tiempo. Cerrad vuestra casa y seguidme; os voy á mandar á la cárcel pública de la ciudad, para que empecéis á purgar vuestro delito.

Mercedes se arrodilló delante del capitán de partido, y le dijo: Señor don Cipriano de mi alma, no nos haga sufrir tan gran sonrojo. ¡La cárcel! ¡oh, la cárcel!....

Canalla vil, dijo don Cipriano: esos polvos traen esos lodos. Seguidme.

Hernani sintió correr por sus venas el fuego de la juventud: la indignación agolpó la sangre á su rostro; hubiéra querido salir á la defensa de aquellas santas mujeres, mas recordó la terrible sentencia que amenazaba su vida y permaneció silencioso.

Eulalia entregó la llave de la casa á Hernani y las dos hermanas siguieron á Cigarrón llorando y sollozando.

Llegados á la oficina del iracundo capitán de partido, éste mandó por una vieja volante que poseía un vecino, en la que fueron introducidas las señoras Ruvalcaba, que iban en ayunas y cada vez más afligidas.

La volante, tirada por dos caballos que facilitó otro vecino, partió para la Habana, custodiada por dos

cabos de ronda; debía ir derechamente al palacio de gobierno, en cuya parte baja hemos dicho que estaba la cárcel pública.

Cuantos presenciaron esta escena quedaron dolorosamente impresionados, pues las dos ancianas eran muy queridas en la aldea y se les consideraba como modelos de virtud.

CAPITULO XII.

LA CORRESPONDENCIA DEL CONDE DE LA FIDELIDAD.

Desde que los tribunales fallaron á favor de doña Magdalena de los Portales el pleito sobre la herencia del Visconde de Santa Maria, proyectó el Conde de la fidelidad casar á su hijo Carlos con ella.

Carlos era hijo de Isabel Cialdini, muchacha pobre de Florencia, muy virtuosa, con la que el Conde habia contraído matrimonio en la iglesia católica cuando era un miserable gitano, que vivia comprando y vendiendo caballos y asnos viejos, los cuales disfrazaba valiéndose de pintarlos y de otros arbitrios, de tal modo que parecían jóvenes.

Casóse con el nombre de don Luis de Vargas, natural de Mexico. Fruto de este matrimonio fueron Enriqueta y Carlos; mas cuando éste tenia dos años fué robado, y la inconsolable madre lo buscó inútilmente. A

los pocos días se ausentó Alberto, ó llámesese don Luis de Vargas, y no volvió á ver á su esposa. El mismo Alberto habia sido el robador de su hijo; mas como se vió sin recursos en Londres, lo llevó á un hospicio de niños desamparados. Después, cuando se halló en la Habana halagado por la buena suerte, lo sacó del hospicio y lo puso en un colegio en clase de pupilo, al cuidado de Mr. John Morgan, antiguo comerciante de la Cyté.

Habia mirado el matrimonio como cosa baladí; así es que se casó en Escocia, bajo el nombre de Peter Forbás, con Ana Neville en la iglesia episcopal; y en Marsella, en la católica, con Luisa Argeil, con el nombre de don Bernardino de Córdoba, natural de Badajoz.

Importábale un bledo tener tres ó más esposas, pues era un bribón, que vivia del engaño, y no tenia ni paradero fijo ni creencias, ni un átomo de dignidad, hasta que llegó á la Habana y á favor de la política suspicaz del gobierno de España y sus alardes de un acendrado españolismo, se hizo un Bajá.

Este mal hombre no se atrevió á casarse por cuarta vez en la Isla de Cuba, temeroso de las leyes españolas, que castigan con severidad la bigamia. También la castigan las leyes de Francia y de Italia; mas en aquel tiempo Alberto no conocia los miramientos que impone una elevada posición social.

En la mañana del día en que debian ser aprehendidas Clementina, Matilde y Margarita, el portero de la casa del Conde puso en sus manos un pliego que le entregó el cartero y que habia traído un buque inglés llegado en la tarde anterior.

El Conde abrió el pliego, sacó una carta de Mr. John Morgan, y leyó:

“Mi querido señor Conde:

He recibido la libranza vuestra por valor de diez mil francos que he girado contra la casa de los señores Cambon y C.^{as}, de Marsella, á favor de Mme. Luisa Argeil, vuestra esposa. Esta callará mediante este buen pienso, y me dicen que es modesta y honrada; mas luego que algún mal intencionado la aconseje es probable que os haga otro pedido, y es imposible que dejeis de complacerla porque si no . . . sois perdido.

Os incluyo la carta que me envia para darle dirección Isabel Ciandini, también vuestra esposa. Ya sabeis cuantos favores presté á esta digna señora en mi paso por Florencia, agradecido de sus muchas atenciones y prendado de sus bellas cualidades morales. Me ha escogido como intermediario entre vos y ella y espero que le contesteis.

También, aunque con disgusto, os mando otra carta de Ana Neville, igualmente vuestra esposa. Solo por serviros me he puesto en comunicación con esta harpia, y estoy asombrado de que un hombre de talento como vos haya cometido la locura de casarse con tres mujeres, que viven, cuando yo no me he atrevido á casarme ni con una.

Carlos experimenta cada vez más una repugnancia invencible hacia la Viscondesa de Santa Maria. Es preciso reconocer, señor Conde, que el chico tiene razón: la Viscondesa es estúpida, fea, orgullosa. Si se le despoja de la inmensa herencia de que está en posesión, no sirve ni para ama de llaves.

Vos marcareis la conducta que debo seguir con Carlos, y no estará demás que sepais que la Viscondesa lo ama ciegameamente.

Volviendo á vuestros tres matrimonios y hablando con la ingénua franqueza propia de la verdadera

amistad, os digo que son para vos un abismo porque el monstruo de la envidia no duerme y trabaja de dia y de noche en la ruina de todo el que se ve encumbrado por la buena suerte. No faltarán á las tres esposas muchos consejeros y cooperadores para haceros daño, máxime teniendo vos tantos enemigos.

Adios, señor Conde: quedo siendo vuestro fiel servidor,

John Morgan.”

El Conde abrió una de las cartas que venia dentro del pliego; era de Ana Neville y decia así:

“Mi aborrecido esposo Mr. Peter Forbas.

Sois un solemne bribón, con ribetes de lo mismo, y si viniste á Escocia para engañarme, para casaros conmigo y después abandonarme, habeis errado la cuenta, porque estoy disponiendo un viaje á esa, y ya veremos, ya veremos.

Mi hermano Jonathan, que como boxeador y como valeroso no conoce rival, se prepara para tomar de vos una completa venganza.

Ya se susurra por los tres reinos que yo, Ana Neville, me he encontrado la piedra filosofal en la infidelidad de mi marido, pues que siendo millonario me hará callar dándome oro. ¡ Oh señor Conde de la fidelidad ! ¡ Oh Mr. Peter Forbas ! os tengo cogido como un ratoncito en la ratonera.

Al recibo de ésta me librareis veinte y cinco mil libras esterlinas á cuenta de lo que me debeis dar, para que calle, y si no lo haceis así, cantaré como un canario y pasareis á un presidio, pues estoy bien enterada de que las leyes de esa tierra castigan severamente la bigamia, y vos habeis incurrido en ese delito.

Mandadme, hombre infiel que os titulaís Conde de

la fidelidad, mandadme las veinte y cinco mil libras y guardaré silencio por ahora.

El diablo os lleve para que haya un pícaro menos en el mundo.

Ana Nevilla de Forbas.”

El Conde arrojó con ira la carta de la escocesa y leyó la de la florentina:

“Adorado esposo mio:

Después de tantos años de separación he tenido la dicha de saber que vivis. Oh ! ni un recuerdo habeis consagrado á la memoria mia, ni un recuerdo para nuestra hija !

Si la viérais, Vargas: Enriqueta es la más bella, la más graciosa señorita de toda Florencia: sus virtudes obtienen continuas alabanzas de cuantos la conocen, y pronto contraerá matrimonio con un joven francés, rico, inteligente, honrado y laborioso.

Algunas personas han venido á inducirme para que os ponga pleito, y he desechado sus pérfidos consejos. Como poseéis un clarísimo talanto no extraño que hayais ascendido al elevado puesto que ocupáis. Esto lejos de entristecerme es para mí una dicha, pues al fin sois padre de mi Enriqueta; y si habeis incurrido en el delito de casaros por segunda vez ¿ por qué he de mancillar al padre de mi hija ? No, no, vivid feliz.

Lo que sí me roba el sueño y me atormenta, apesar de los 18 años que han pasado, es el robo de nuestro idolatrado hijo. ¿ Lo recordais, Vargas ? Contaba Carlos poco más de dos años y ya parecia un hombre chiquito.

El día en que desapareció yo le habia comprado un caballito de madera y á Enriqueta una muñeca, ¡ qué contentos se pusieron ! ¡ Cuán dichosa me consideraba poseyendo esos dos pedazos de mi corazón !

He agotado todos los recursos imaginables desde esa fecha funesta. He consumido gran parte de mis ahorros en anuncios en los periódicos nacionales y extranjeros; he ofrecido una generosa dádiva al que siquiera me dé alguna noticia, algún indicio; mas ya conozco que el tiempo ha borrado las huellas y que no volveré á ver al hijo de mis entrañas. . . .

Vos que teneis tanto poder, haced lo posible por descubrir su paradero.

No podreis decir que os he proporcionado un instante de amargura, y hago votos porque Dios os conserve en vuestras grandes prosperidades; mas si algún dia la fortuna os niega su sonrisa, venid, venid á los brazos de vuestra amantísima esposa,

Isabel Cialdini.”

El Conde se conmovió, sus ojos se humedecieron y exclamó: ¡ Oh Isabel, Isabel, cuán buena eres ! Quiera el Cielo colmarte de dichas como á mí me colma de inquietudes.

Se frotó los ojos con un pañuelo, tomó la pluma y escribió:

Mi estimado Mr. John Morgan:

He recibido vuestra última carta y me apresuro á contestaros para que inmediatamente hagais de modo que Carlos, mi hijo, se case con la Viscondesa de Santa Maria. Me interesa, me es indispensable, el uso de ciertos derechos que corresponden exclusivamente á la Viscondesa. Poco importa que ésta sea estúpida, una mujer de talento me repugna; poco importa que sea fea, una mujer bonita me fastidia; y si es orgullosa, como decís, sabrá sostener mejor el brillo de su posición.

Si Carlos se resiste, hareis mis veces: le halagareis, le amenazareis, y si aun insiste en su negativa, le pega-

reis. Urge que se case y no debeis deteneros en los medios con tal de que llegueis á ese fin.

Cuento con vos, con vuestro carácter, con vuestra actividad y vuestra decisión.

He leído las cartas de Ana y de Isabel: la primera merece un veneno; la segunda una corona.

Quedo impuesto de que habeis librado diez mil francos á la orden de Mme. Luisa Argeil, de Marcella.

Cuando tenga mi ánimo más sereno escribiré á Isabel Cialdini.

Os recomiendo muy especialmente que os ocupeis sin dilación en llevar á cabo el matrimonio de Carlos. No podreis hacer mayor bien á vuestro amigo,

El Conde de la fidelidad.

Carta del Conde á la Viscondesa de Santa Maria:

“Muy estimada señorita Viscondesa:

Mi hijo Carlos está ciego de amor por vos; vuestras gracias y vuestra belleza lo han cautivado de modo que sueña, delira, está loco por poseeros.

Si vos lo colmais de felicidad dándole vuestra preciosa mano, á lo que estais dispuesta, según me informan, á mí también me colmareis de ventura.

Creo, señorita Viscondesa, que tendreis conocimiento de que soy uno de los hombres más ricos de América, y de que Carlos es mi único heredero. Además, le adornan tantas prendas morales que debe perdonárseme estar envanecido por ser padre de tal hijo.

Mr. John Morgan, mi antiguo amigo, tiene mis poderes para arreglar con vos este asunto.

Recibid, señorita Viscondesa, las seguridades del afecto de vuestro futuro padre,

El Conde de la fidelidad.”

Era ya la hora en que de un momento á otro debían llegar las tres damas, que se suponían reducidas á prisi6n en la aldea de la Trinidad.

El Conde cerró la carta y se dirigió á la jefatura de policia.

Aunque sea saltando sobre el orden cronológico de los hechos, diremos que apenas Mr. Morgan leyó la carta del Conde, se caló su sombrero calañés hasta las cejas, y con sus pantalones de paño burdo, su levit6n que le llegaba al tobillo, sus grandes botas, y su grueso bast6n en la mano, se trasladó á la casa en que vivia Carlos, sin que lo detuviese la espesa niebla que habia interrumpido el tráfico y que es tan común bajo el triste cielo de L6ndres.

Resisti6se el mancebo á dar su mano á la fea Vizcondesa, amenaz6lo Mr. Morgan; Carlos habia perdido en el juego una fuerte suma, que no podia pagar, ofreci6sela el ingl6s, entraron en tratos, y qued6 pactado el matrimonio.

En seguida Mr. Morgan llev6 la carta del Conde á la Vizcondesa, que la leyó con un placer indecible, y á los cuatro dias estaban casados.

Carlos mand6 su poder al Licenciado Margullo para acusar á Clementina ante los tribunales, de adulterio y complicidad en el asesinato del Vizconde de Santa Maria.

El digno hijo del Conde de la fidelidad, Marques de los 44, á los pocos dias de su matrimonio, mir6 á su esposa con el más profundo desprecio, le fué insoportable estar á su lado y vivia entregado á los vicios, en la mayor disipaci6n. Maltrataba de palabra y aun de obra á la pobre Vizcondesa, y al mismo tiempo derrochaba sus pingües rentas con las queridas y el juego.

CAPITULO XIII.

LAS SEÑORAS RUVALCABA.

En la jefatura de policia, que se hallaba en el entresuelo del palacio de gobierno, con vista á la Plaza de Armas, estaban departiendo el Conde de la fidelidad y el Marques de los Claveles sobre el asesinato del Vizconde de Santa Maria.

No hay duda, dijo el Marques, que la adúltera tomó parte en ese horroroso hecho, dado que ella y su hermana no fuesen las perpetradoras del crimen, como lo demuestra su fuga.

Muy animada era la conversación, cuando un alguacil de la jefatura se les acercó y les dijo: Han llegado las mujeres presas.

El Conde y el Marques se levantaron precipitadamente y se dirigieron á la ventana desde donde se veía la entrada de la cárcel.

¡ Cuál fué su asombro al ver á las señoras Ruvalcaba en lugar de Clementina, Matilde y Margarita !

El Conde recordó la fisonomia de las dos ancianas y semejante á la leona que vuelve contenta á su guarida y se encuentra sin sus cachorros, que el cazador le ha robado, se llenó de desesperación y de rabia y atribuyendo el error á la torpeza de don Cipriano, exclamó fuera de sí: Marques de los Claveles: inmediatamente deponga usted á ese animal. No permitiré que sea un solo instante más Capitan de partido.

En esto subió al entresuelo uno de los dos cabos de ronda y entregó al jefe de policia el parte que remi-

—tia don Cipriano, acompañado de una carta para el Conde en que le participaba que las tres damas se habían fugado la noche anterior.

Entonces parecia que las furias infernales se habían apoderado del Conde. No tenia que pensar en Enrique, que habia sido su fantasma, y esperaba muy confiado que aquel dia se hallaria á su disposición, en la cárcel la legítima heredera del Marques del Valle, quedando de este modo asegurada su colosal fortuna.

En su malignidad habia resuelto valerse hasta del pañal y del veneno.

Entraron los dos malvados en la pieza contigua á la del despacho, donde podian conversar sin ser oídos.

Marques, dijo el Conde: esta es una gran desgracia para mí, una gran desgracia! Clementina es muy hábil, muy astuta; baste decir que han sido inútiles mis pesquisas por encontrarla durante quince años; ahora ¿quién podrá dar con ella?

Dejóse caer el Conde en un sillón, puso su mano en la frente y bajó la cabeza; meditaba sobre lo que debia hacer.

De pronto se levantó, tomó la pluma y escribió lo siguiente:

“Señor Capitan Juez pedáneo don Cipriano Cigarrón:

El Excelentísimo señor Gobernador capitan general de esta Isla ha resuelto que usted levante cuantas partidas le sean posibles, compuestas de cuatro á seis vecinos, las cuales saldrán en todas direcciones en persecución de las tres perversas mujeres que se han fugado de la casa de las señoras Ruvalcaba, en esa aldea, á saber: doña Clementina y doña Margarita Montgomery y doña Matilde, hija de la primera.

El Comandante de la partida que logre aprehen-

derlas tendrá de gratificación por este servicio mil pesos y quinientos cada uno de sus acompañantes.

Las partidas quedan autorizadas para registrar todos los hogares.

Disponga usted que el registro sea muy minucioso, y trate usted la familia que habite la casa en que se las encuentre sin consideración de ningún género, y póngala en prisión, pues todo el que ampare esas infames es enemigo declarado de España.

Fíjese usted en las personas desafectas al Gobierno, que son las que probablemente le han dado protección y abrigo.

Su Excelencia espera que usted emplee el mayor celo y actividad, y cualquiera que sea la partida aprehensora será usted premiado con la cruz de Isabel la católica.

El gobierno tiene fundados motivos para creer que dichas tres mujeres han venido del extranjero como agentes de la sociedad secreta "El Aguila negra," antes llamada de los Soles y rayos de Bolívar, la cual tiene por objeto trastornar el orden público en esta Isla, comenzando con la jura de la Constitución.

Doña Clementina y doña Margarita, además, han sido complicadas en el asesinato del Vizconde de Santa Maria; y á las tres se les sigue causa por falsificación de pasaportes y receptoras de bandidos; su conducta es muy reprobada bajo el punto de vista de la moral.

Sírvase darme parte diario de lo que hubiese adelantado en tan importante asunto, que confía Su Excelencia será mirado por usted con el interés por la integridad nacional que debe esperarse de tan buen español, y bajo el concepto de que se halla dispuesto á exigirle la más estrecha responsabilidad, en caso de negligencia.

Dios guarde á usted muchos años. Habana, &.”

Firme usted, Marques, dijo el Conde.

El Marques firmó y puso el sello de la jefatura.

Ya casi era de noche.

El Conde cerró el pliego y lo entregó á un posta para que lo llevase inmediatamente á don Cipriano, quien lo recibió á las diez en los momentos en que iba á recogerse, y no le fué posible dormir aquella noche pensando en verse condecorado con la cruz de Isabel la católica.

No habia aun la aurora disipado las perlas del rocío cuando don Cipriano montado en la jaca torquilla, fué de casa en casa convocando los vecinos y los muchos jugadores que estaban en la aldea, y llamó á Manolo Caracolejo, conocido por Manito de oro, para que escribiese las autorizaciones á los comandantes de partidas.

Era Manito de oro un granuja de la Habana, jugador de profesión y tan consumado pillo que á pesar de su corta edad [24 años] ya habia estado tres veces en presidio por ráterò.

Ocupábalo á menudo don Cipriano, tanto por ser muy entendido y tener bonita letra cuanto porque con una constante adulación se habia granjeado su afecto y confianza. La adulación es la escala por donde la vileza alcanza el medro.

Llegaron á tales extremos las lisonjas de Manito de oro al capitan de partido que repetidas veces le aseguró que varias muchachas del lugar ardian en amor por su persona, prendadas especialmente de sus bellos y expresivos ojos, ¡ y el fenómeno lo creia ! ¡ Oh humanidad !

Manito de oro sin darse punto de reposo escribia las autorizaciones; corrió por los *sitios* la noticia del

ofrecimiento que hacia el gobierno, y á las pocas horas habian salido veinte y cinco partidas en todas direcciones, se estaba haciendo el registro de las casas de la aldea y seguian formándose grupos, que iban saliendo al campo muy empeñados en ganar la gratificación y muy creídos de que practicaban una obra buena, pues se trataba de perseguir tres monstruos, con el mismo derecho que se persigue á las culebras venenosas.

Pronto cada vecino agregó algo á los crímenes imputados á Clementina: llegó á decirse que era antropófaga, que las tres se alimentaban con niños robados á las madres, que eran brujas &c.

Debemos decir que muchos sujetos se asociaron á las partidas porque se habia dado al asunto colorido político, y aunque participaban de las ideas de la sociedad del Aguila negra, temian comprometerse con el gobierno dejando expuestas sus vidas si no se ponian á las órdenes de don Cipriano.

¡ Cuán fácil es extraviar la opinión pública, mucho más en las aldeas, donde la crédula ignorancia da pábulo á los mayores absurdos: la generalidad, en aquella fecha de tanto atraso, no ponía en duda lo que contra Clementina, su hija y prima expresaba en sus exhortaciones don Cipriano, quien parecia un Pédro el hermitaño promoviendo la primera cruzada, y expedía nombramientos de comandantes de partidas y de auxiliares, como títulos para percibir las sumas que debia entregar el gobierno á los que hallasen las damas, y para poder registrar todas las casas.

Mientras esto pasaba las fugitivas esperaban la venida de la noche para continuar viaje al traves de los bosques, muy agenas de tan inminente peligro.

¡ Infelices ! La tienda de don Remigio estaba en

la confluencia de cuatro caminos, era muy pública; muy concurrida, y pronto seria registrada !

Aun en la soledad de los bosques no hubieran estado seguras. Los campesinos, estimulados por la recompensa, conocedores de aquellos lugares y acostumbrados á recorrerlos, eran en este caso semejantes á los perros de caza.

No parece sino que un hado funesto guiaba los pasos de aquellas desgraciadas: iban de abismo en abismo, sin que de nada les valiese el escudo de la inocencia, ni la espada de la ley. El dogma de la fatalidad, que por tantos siglos fué la religión de los griegos y de los romanos, hallaba esta vez cumplida confirmación:

Huir de las pesquisas de un gobierno, en territorio del mismo, y cuando se ha logrado extraviar la opinión y no se cuenta, por consiguiente, con el país, es empresa poco menos que imposible; y esta imposibilidad es absoluta en la colonia española, donde el gobernante permite toda clase de excesos contra la moral, la propiedad &; mas con referencia á la política, siempre tiene puesta su mano de hierro en el pecho del ciudadano para contar los latidos de su corazón y decretar la proscripción ó el cadalso.

Volvamos á las señoras Ruvalcaba: llegaron á la cárcel, en cuya puerta estaba parado don Facundo Echenique, el carcelero, hombre cruel que no se condolia de las penas de los presos.

Señor, le dijo Eulalia, mándenos á dar un poco de agua que estamos en ayunas y transidas de sed.

Echenique le contestó con aspereza: Siganme ustedes; y llevando en la mano un manojo de llaves, se dirigió á un pequeño calabozo, oscuro, húmedo y hediondo, que tenia cuatro varas de largo, una y media de ancho, y solo se usaba para encerrar los reos condena-

dos á muerte desde el día en que se pronunciaba su sentencia hasta que salían para la capilla.

No se dió á Eulalia el agua que pidió. El Conde habia recomendado al carcelero que martirizase á las mujeres que debían venir aquel día de la aldea de la Trinidad.

¡ Qué espantosa es la suerte del desventurado preso cuando de intento se pretende martirizarlo ! sus quejas, sus lamentos, se pierden en los frios muros y nadie ve correr sus lágrimas, ni se apercibe de sus dolores. La sociedad, en cuyo nombre se ejecutan estas crueldades, pasa con indiferencia por las cárceles sin pensar que confundida con el crimen gime allí á menudo la oprimida inocencia. ¡ Bendita sea la memoria de Beccaria, que siquiera estableció una justa graduación entre el delito y la pena; bendita sea la memoria del gran filántropo Howard, que consagró su vida y su fortuna al alivio de los males de los presos recorriendo las casas de prisión de Inglaterra y otras ciudades de Europa y proponiendo mejoras, muchas de las cuales llegaron á ser leyes !

Al cuarto de hora, cuando el Conde despachó el posta, se presentó en el pequeño calabozo, cuyas rejas le abrió el carcelero.

Saludó con afabilidad á las señoras Ruvalcaba, y les dijo: Estoy muy compadecido de la situación de ustedes. Desgraciadamente su causa es grave y de mucha lentitud los procedimientos de los tribunales. Tres ó cuatro años estarán ustedes en este calabozo, hasta que se depure su inocencia, si llega á depurarse; mas estoy decidido á hacer todo lo que me sea posible en bien de ustedes. Declaren la verdad y tendrán en mí un padre. Digan donde se han ocultado Clementina Montgomery, su hija y su hermana, y serán ustedes

puestas en libertad en esta misma noche, ahora mismo.

Nosotras, Excelentísimo señor, dijo Eulalia, ignoramos dónde han ido; somos cristianas y juramos que no lo sabemos.

Excelentísimo señor, dijo Mercedes: tenga compasión de nosotras y favorézcanos. Estamos inocentes de todo delito. Le hemos dado hospitalidad á esas mujeres por caridad, sin conocimiento de lo mal que hacíamos.... ¡Ay de nosotras, pobres viejas, que á nadie hemos ofendido! ¿Por qué se nos trata de este modo?

Mercedes comenzó á llorar y Eulalia enjugándose las lágrimas, dijo: No tenemos en este calabozo aire, ni luz, ni un jergón en que reponer nuestras debilitadas fuerzas.... Estamos pasando hambre y sed!....

Mercedes exclamó: ¿qué se dirá de las Ruvalcaba que siempre hemos sido modelos de virtud? ¿Cuándo, cuándo creí que la justicia tuviese que ver con nosotras?

Las dos ancianas se deshacían en lágrimas.

El curso de la justicia, dijo el Conde con frialdad, exige que muchas veces los inocentes paguen por los culpables. Declaren ustedes lo que saben, y, lo repito, ahora mismo serán puestas en libertad.

Excelentísimo señor, nada sabemos, exclamaron las dos.

Pues si nada saben, yo nada puedo hacer en este asunto, como no sea compadecerme de los muchos padecimientos que á ustedes esperan. Queden ustedes con Dios, señoras Ruvalcaba.

Adios, Excelentísimo señor Conde.

El Conde recomendó á Echenique que tratase mal á las dos ancianas. Era su intento volver dentro de al-

gueros días, dado que no pareciesen las tres damas, y esperaba que estarían dóciles y dispuestas á declarar el paradero de aquellas, viéndose agobiadas por tantas penas.

Achad, que conocia la ferocidad del Conde, su poder omnímodo, los grandes intereses que estaban en juego, y lo que suele pasar en las cárceles, se avistó al otro día de la prisión con un dependiente del alcaide, que era su conocido, para que atendiese á las dos presas. Dióle una generosa gratificación y mandó á decirles con él que pidiesen licencia al carcelero para ejercitarse en la costura.

El oficioso dependiente introdujo dos jergones en el calabozo, sin permiso del alcaide, y éste lleno de ira lo despidió.

Debemos referir un rasgo generoso: en la noche del primer día de reclusión estaban las dos ancianas desesperadas: el hambre y la sed las devoraban: asomóse á la reja un hombre de nariz enorme, muy demacrado, con el vestido lleno de remiendos, y les dió dos pedazos de jamón, dos panes y una botella de agua. Este hombre era Morrocote, aquel que á pesar de su ineptitud fué jefe de policía al principio del gobierno de Vives, en premio de haber sido su cochero. Su historia es la triste historia de todos los que se entregan á los vicios: habia abandonado á su esposa y sus hijos; estuvo algunos años en el hospital, pues sufría de sífilis, recuerdo amargo que le dejaron sus numerosas queridas, y se hallaba en tanta miseria que se habia colocado con Echenique sin ganar más sueldo que sus alimentos y el uso de un cuarto en que apenas cabia su cama. Su oficio era barrer la pieza del despacho del alcaide, llevar á las autoridades los partes de altas y bajas de la cárcel, y hacer mandados. Morrocote, prescindiendo de

los vicios que lo habían traído á tan triste estado, era un hombre de un corazón bellísimo.

Las dos señoras manifestaron al alcaide que deseaban dedicarse á la costura, siquiera para ganar la subsistencia, y el alcaide acogió con agrado la solicitud, pues así ahorraaba el gasto que debían causarle; tenía á su cargo la mantención de los presos, lo cual era para él un pingüe negocio y para ellos una desdicha.

En la tarde del día siguiente se presentó en la oficina de la alcaidia Mme. Ernestina Grammont, joven modista francesa, que tenía su tienda en la calle de O'Reilly y que era linda, graciosa y gallarda. Un sirviente la seguía trayendo un lio con vestidos de señoras por hacer.

Mme. Grammont dijo al alcaide que sabedora de estar en prisión dos hábiles costureras, las señoras Ruvalcaba, quería darles trabajo para su establecimiento.

El alcaide quedó enamorado de la modista, la acompañó cortesmente al calabozo, abrió la reja y le permitió que entrase y conferenciase con las presas; él quedó fuera.

Mme. Grammont les entregó algunos doblones que les remitió Achad, les informó con palabras breves que no habían parecido aun las damas fugitivas, y las exhortó á tener conformidad y paciencia pues en el público se decía que venía un nuevo capitán general, en cuyo caso no tendría tanto poder el Conde de la fidelidad.

La discreta joven, saliendo fuera del calabozo dijo á las ancianas en voz alta: Ya saben ustedes: todos los sábados vendré, ó mandaré uno de mis dependientes; dejaré la obra por hacer y llevaré la hecha. Recomien-

do á ustedes mucho esmero, particularmente en la colocación de las blondas.

Muy bien, Mme., contestaron.

La infeliz suerte de aquellas dos víctimas de la tiranía habia mejorado gracias al caritativo indio.

CAPITULO XIV.

UNA LIMOSNA POR EL AMOR DE DIOS.

No debemos olvidar al viejo Hernani.

Cuando abandonaron la casa las señoras Ruvalcaba y se vió solo, recordó sus documentos, cerró la puerta, entró en el aposento, abrió una ventana para tener luz, sacó por ella la cabeza para ver si alguien lo observaba, semejante al avaro que va á acariciar su tesoro y le parece que los ladrones lo acechan; se dirigió con paso ténue hacia donde estaban los documentos; se detuvo porque la emoción no le dejaba respirar, y por fin, se inclinó, levantó la quinta baldosa y tomó en sus manos, dobladas por el reumatismo deformante, las dos láminas de metal que contenian la prueba de la legitimidad del nacimiento de su nieto.

Separó las dos láminas, besó repetidas veces aquellos papeles, corrió á la sala, abrió la puerta del patio, llevó un taburete al comedor, y se puso con todo des-pacio á leer el testamento del Vizconde de Santa Ma-

ria, la partida de bautismo de Ricardo y la del matrimonio de Obdulia.

Leía y volvía á leer esos documentos, extático, embriagado de placer, figurándose que ya veía á Ricardo, titularse Vizconde de Santa María. Temblaba el pobre anciano bajo la influencia del regocijo.

De pronto vino á su mente la idea de que el despótico don Cipriano podía tocar á la puerta y no darle tiempo para ocultar los documentos; corrió presuroso al aposento, levantó la baldosa y volvió á colocarlos donde estaban.

En seguida se acostó y pensando en el espléndido porvenir que esperaba á su idolatrado nieto, se quedó dormido y soñó tantas grandezas que no pueden describirse.

Despertólo el dolor reumático, se sintió con hambre, y entonces reflexionando sobre la diferencia que hay entre la ilusión y la realidad, se preguntó qué haría para alimentarse. No poseía un centavo, no podía ir por algunas verduras á su huerto, por temor á Dimas; ni tenía el auxilio de las bondadosas señoras Ruvalcaba, que á pesar de su pobreza le hacían partícipe de su modesta mesa. ¡Infeliz! Únicamente le quedaba un recurso: pedir una limosna por el amor de Dios.

Pasó aquel día sin alimentarse; al otro el hambre se exacerbaba á medida que iban pasando las horas.

Fácil le hubiera sido tomar una de las onzas de oro que estaban regadas por el suelo en la sala desde que las puso en la mesa el Conde de la fidelidad; mas esto era imposible á un hombre de sus principios, de su rectitud y de su carácter; ni siquiera pasó esta idea por su mente, y antes de poner su mano en aquellas monedas hubiera preferido sucumbir de inanición.

Hablando á solas decía: “¿ Merece mi existencia el sacrificio, la vergüenza, de implorar la caridad pública ? ¿ No sería mejor dejarme morir de hambre ? Ah ! nó, tengo necesidad de prolongar mi triste vida, tengo necesidad de estar en el mundo el tiempo necesario para hacer venturosa mi descendencia . . . Muerte: detén tus pasos. Ay ! ay ! ay ! ¿ qué agudos dolores físicos me atormentan y cuántos dolores morales ! ¿ Pedir una limosna, yo, el capitán don Jorge de Lasheras, que siempre fuí el primero en los combates ? ¿ Yo, que derramé mi sangre en los campos de Bailén, Tudela y Arapiles defendiendo la independencia y la libertad de la ingrata España ? . . . Pero . . . ¿ puedo yo decir que soy el capitán don Jorge de Lasheras ? ¿ No está mi cabeza puesta á precio, no me espera la ignominiosa horca ? . . . Ah ! soy el viejo Hernani, pobre, enfermo, inválido, desamparado y viendo sufrir á todos los que amo . . . La mendicidad es la última escala de la humillación y la desgracia . . . Sin embargo, reflexionemos: en la lucha con los males la habilidad del hombre consiste en no dejarse abatir; el que se abate sucumbe; el que resiste triunfa. Todas las cosas tienen un lado malo y otro lado bueno: examinemos el lado bueno de mi situación: ¿ Pedir una limosna ! . . .

“Bien visto es para mí una felicidad, puesto que puedo ir de puerta en puerta y no estaré inmóvil en la cama del hospital postrado por la parálisis reumática . . . Allí en la cama ¿ qué podría yo hacer para salvar los derechos de mi nieto ? Espiraría en los brazos de la desesperación . . . no podría ir á derramar mis lágrimas sobre el sepulcro de mi hija ! . . . ¡ Oh Dios !

“Tengamos fortaleza, tengamos resignación: en el creloj del tiempo no siempre marca el dolor las ho-

ras. El infortunio suele cansarse, ¡y yo llevo tantos años de sufrimiento! ¡Animo, capitán Lasheras, ánimo!”

El desgraciado anciano lleno de resolución tomó su báculo, cerró la casa y recorrió la aldea pidiendo una limosna. Lo mismo hizo todos los sábados, y siempre los bondadosos trinitarios le daban abundantes artículos alimenticios y algunas monedas. Las familias cubanas se distinguen de un modo notable por sus sentimientos caritativos.

CAPITULO XV.

LA SIERRA ENCANTADA.

Apenas había finalizado el día y las aves de la noche sacudido sus alas para abandonar sus nidos, cuando Clementina, Margarita, Matilde, Pajarito y Otomaco prosiguieron en su peregrinación.

No habían penetrado veinte varas dentro del monte cuando llegó á la tienda de don Remigio una de las partidas perseguidoras. Sin la densa obscuridad, podían haber visto al traves de los árboles aquel grupo de hombres armados de escopetas, trabucos y machetes cual si se tratase de dar un asalto á los bandidos y no de aprehender á tres débiles é indefensas mujeres.

Fortuna grande fué que aquella partida se hubiese

entretenido registrando otras casas: si llega algunos minutos antes sorprende á las fugitivas.

El Comandante era un catalan, que tenia una tienda de víveres en la aldea.

Buenas noches, don Remigio, dijo.—

Buenas noches, don Benito. ¿Qué lo trae por acá? Hoy casualmente pensaba escribirle, porque se me ha acabado el bacalao y quiero que me mande diez quintales.

Muy bien, contestó don Benito, el que tengo es de Escocia, de lo mejor. Cómo se conoce la gran venta de su establecimiento: hace menos de un mes que mandó por otros diez quintales.

Amigo don Remigio, agregó con énfasis: Venimos á registrar su casa, nada menos que por orden del Capitán general.—

¿Qué sucede?—

Sucede, dijo el catalan, que se han escapado de la aldea tres mujeres, tres víboras, tres brujas, tres demonios, y estamos decididos á dar con ellas aunque se metan en las entrañas de la tierra. Mil pesos tendrá de regalia el comandante de partida que logre hallarlas y quinientos cada uno de sus auxiliares.

¡Mil pesos! dijo don Remigio. ¿No podria usted, don Benito, conseguir que se me nombrase comandante de una partida? Aunque manco saldria á buscarlas.

Sí puedo, contestó: le daré una carta para don Cipriano Cigarrón, y lo nombrará en el acto; pero creo que llegará tarde.

Gracias, don Benito: no esperaba menos de su amistad; mañana, al amanecer, iré á la aldea, y si no han parecido las buscaré en los lejanos montes, pues por

aquí si hubiesen pasado las hubiera yo visto. Dígame: ¿qué delito han cometido esas malas mujeres?—

Son propagandistas de ideas revolucionarias. ¡Son águilas negras, águilas negras, don Remigio! Han venido á la Isla á preparar la opinión pública engañando á los campesinos para que se insurreccionen y proclamen la Constitución que rige en España. ¡Dios nos libre de esta calamidad! Pero olvidaba mi deber: voy á comenzar el registro. Ea, muchachos, adelante.

Don Remigio abrió la puerta del mostrador y entraron don Benito y sus compañeros.

Registraron los aposentos, el patio, la cocina, hasta el horno de cocer pan, en el que se introdujo don Benito, y salió todo tiznado.

No están, exclamó. Sigamos hacia el monte.

¿En el monte con tanta obscuridad? Seria una locura, dijo un campesino de la partida.—

Es verdad, no se ven ni los dedos de la mano ¿qué haremos?—

Dormir esta noche aquí.—

Convenido, dijo muy mohino don Benito; el amigo don Remigio nos dará hospedaje.

Muy pronto todos rodearon una mesa en la sala y se entregaron al juego del monte.

Pernoctó la partida en la tienda, y los individuos que la componian durmieron en las mismas camas donde la noche anterior habian dormido las tres damas.

Pajarito, cuando estuvieron distantes de la tienda, encendió la linterna y siguieron andando. Atravesaron un áspero monte, varias *sabanas* y arroyos. Habian recorrido más de cuatro leguas, y al llegar á una loma, Clementina se dejó caer en el suelo

y dijo que no podía absolutamente seguir; estaba pos-
trada de cansancio.

Otomaco que tenía fuerzas hercúleas, la levantó (pesaba poco), la sentó en uno de sus fornidos brazos, sin abandonar la macana, y prosiguieron la marcha. Matilde y Margarita descansaban á ratos sentándose en los troncos de los árboles y así anduvieron toda la noche, hasta que cercano el día se hallaron al pié de una altísima sierra.

Muchas historias pavorosas corrian entre los moradores del lugar acerca de esta sierra, llamada la Sierra encantada. Decíase que no era posible llegar á su cumbre; que varios vecinos habian perecido al intentarlo; que en el silencio de la noche se oían ayes lastimosos, rugidos como los del león y silbidos siniestros que repetía el eco en aquellos solitarios montes. Que se habian visto fantasmas gigantescos con ojos de fuego corriendo con rapidez sobre las apiñadas rocas sin tocarlas; que allí estaba la morada del ángel rebelde; que la sierra era hueca, y en su cúspide celebraban sus conciliábulos las brujas &c.

Los ignorantes campesinos creían en todas estas patrañas, de modo que la Sierra encantada era mirada con horror.

Lo que habia de cierto es que aquellas enormes peñas aparecieron el día de la creación del mundo, ó lo que es probable, posteriormente, al hundirse la tierra en el Mar de las Antillas, donde ha llegado á decirse que estaba la Atlántida de Platón.

Como quiera que haya sucedido, ofrecían una singularidad: de trecho en trecho eran movibles y descendían al ponerles el pié. Por eso sucumbió todo el que quiso subir á la cúspide, y de allí tomó incremento la idea de que estaban en el aire.

Decíase que la sierra era hueca, opinión que no carecía de fundamento, como se verá.

Pajarito, sin detenerse, subió con ligereza; todos lo siguieron, y á unos quince metros de altura llegaron á una cueva, cuya entrada ocultaban los tupidos follajes de una vid silvestre (*Parra cimarrona*) y una madre-selva, entrelazadas.

El pavimento de la cueva estaba á un metro de profundidad.

Pajarito puso en una piedra la linterna, levantó aquel verde manto, y bajaron Matilde, Margarita y el corpulento indio llevando á Clementina; después, tomó la linterna, bajó, dejó caer el ramaje y siguió adelante alumbrando.

Atravesaron subiendo un tenebroso subterráneo de dos metros de ancho y tres de elevación, con paredes de piedra á uno y otro lado, y en el que revoloteaban miles de murciélagos, que venían de sus excursiones á los campos, y otros que habían ya llegado, se veían á la luz de la linterna formando racimos en el techo, asidos unos de otros.

El techo y las paredes laterales estaban cubiertos por un tapiz de criptógamas, y en el piso se sepultaba el pié en el abono del estiércol de aquel animal.

La subida por la pendiente era sumamente penosa. A los pocos minutos Margarita y Matilde se tendían á descansar breves momentos en el blando colchón de abono, para poder seguir.

Al rayar la aurora llegaron por fin á la cumbre y se hallaron en un florido y delicioso valle, en cuyos alrededores se veían grupos de cocoteros, granados, naranjos, anones y bananos.

Hacia un extremo, en una suave inclinación de la eminencia, corría un apacible arroyo, donde estaba una

bandada de ánades que sorprendidos con su presencia alzaron el vuelo.

Los ruiseñores, los sinsontes, los jilgueros y turpiales saludaban entre las ramas con sus cantos no aprendidos la venida del día, y en mitad del valle se destacaba, como una garceta posada en un frondoso árbol, una linda casita de techo pajizo y paredes blancas, á la cual se dirigieron. Tenia dos cuartos: en uno de ellos habia tres mullidas y elegantes camas en las que las damas se dejaron caer rendidas del cansancio, y en la sala aparecian una pequeña biblioteca, un arpa, sillas, mesas &c. Paralela á la casita estaba otra que servia de comedor, cocina y despensa, y no lejos se hallaba una cabra paciendo tranquilamente con su cabrito, que daba graciosos saltos.

Pajarito se echó á dormir sobre una estera de enea en el comedor, y Otomaco se posesionó de la cocina para preparar el almuerzo; fué dos años dependiente de un hotel de la Habana y entendia perfectamente el arte culinario.

Luego que concluyó de hacer el almuerzo se puso á formar flechas para emprender la caza al estilo de su país.

Las damas se levantaron á las cuatro de la tarde.

Clementina no apartaba de sus labios el nombre de su padre, y derramando abundantes lágrimas recordaba los más pequeños incidentes del trágico fin de su marido.

Margarita la consolaba por cuantos medios le eran posibles, y desde aquel día el principal de todos fué la lectura en alta voz de obras de amena literatura. La lectura es el confortativo más eficaz para las almas adoloridas.

Solia pedir á Matilde que tocara el arpa y cantase.

A los cuatro dias corrió por la aldea y los campos la noticia, echada á volar por Achad, de que las tres damas se habian embarcado en una goleta, que se dió á la vela en el puerto de la Habana para la costa de Florida, y se creyó generalmente como la explicación más natural de no habérseles encontrado á pesar del empeño con que se les buscó.

Don Cipriano Cigarrón se hallaba muy entristecido porque habia dejado de obtener la cruz de Isabel la católica.

Cuando Achad, á los seis dias, vió que habian cesado las pesquisas y que nadie se ocupaba de las fugitivas, determinó ir á ver á su esposa.

El astuto indio no habia descuidado visitar con frecuencia al Conde de la fidelidad y al Marques de los Claveles; de este modo supo que también habian creído la noticia, tanto que no tardó el Conde en mandar un comisionado á San Agustin á practicar la más minuciosa averiguación.

¡Qué placer tan grande el de las tres solitarias al ver en su retiro á Achad! Margarita se arrojó en sus brazos y Clementina lo abrumaba á preguntas principalmente sobre su padre.

Vuestro padre, le dijo Achad, goza de salud; lo he visitado.

Hasta la llegada de la noche lo pasaron contando Achad todo lo que habia sucedido, y al saber ellas que las señoras Ruvalcaba estaban en prisión por haberlas favorecido se llenaron de la mayor amargura; mas Achad les dijo el ardid de que se habia valido para socorrerlas, pagando á triple precio las telas á la modista francesa, y ésto mitigó su dolor.

Por la noche ocuparon Achad y su esposa uno de los cuartos.

Otomaco, al amanecer, tomó sus flechas, fué á la arboleda y al arroyo y volvió á la casita cargado de patos, palomas y codornices, como ya lo habia hecho desde el segundo dia de su estancia en el valle. Se esmeró en que Achad fuese obsequiado con una mesa relativamente espléndida.

El médico de los bosques pasó una feliz luna de miel: las tiernas caricias de Margarita, los libros, la magestuosa soledad que le rodeaba y la idea de haber salvado la vida á seres que le eran tan queridos, llenaron su alma de un goce indescribible.

Otomaco después de preparar el almuerzo y la comida dormia algunas horas, y toda la noche rondaba la casita con su macana al hombro; no podia haber centinela más vigilante.

Matilde pasaba las horas dibujando vistas de aquel paraíso.

CAPITULO XVI.

EL SECRETO DE IGNACIO.

Al tercer dia en que debia abandonar Achad aquella manción encantadora, y en los momentos en que Matilde leia los trozos más escogidos de los poetas cubanos, Heredia, Milanés & los sorprendió la presencia de José Bárbaro, el Orangutan.

Este confirmó la noticia de que todos creían en la aldea y los campos que las damas estaban en la Florida.

Después que almorzaron en agradable compañía, el Orangutan convidó á Achad, Clementina, Matilde, Margarita y Otomaco á que diesen un paseo por el valle.

Salieron todos por entre un bosquecillo de granados y anones, y el hombre que había regenerado con sus enseñanzas el sabio girondino, les contó la siguiente historia:

Ignacio era un negro que nació en la costa Septentrional de Guinea, donde yo también ví la luz. Nos criamos juntos y juntos fuimos hechos prisioneros una tarde en que sorprendió é incendió nuestra aldea un grupo de doscientos negros, que habían bajado de la montaña. Disparaban sus espingardas sobre todo el que trataba de escapar; los vecinos nos defendimos heroicamente, lo mismo los ancianos que las mujeres y hasta los niños, como que éramos legítimos carabales; pero no estábamos prevenidos, el fuego era muy graneado, muchos perecieron y el pueblo se rindió a discreción.

Los asaltantes se llevaron ochenta prisioneros.

¿Estaban en guerra con alguna nación extranjera? preguntó Achad.

En Guinea, contestó, es permanente la guerra. El objeto de ella es hacer cautivos para venderlos á los cristianos, que en nombre de un Dios misericordioso estimulan esas luchas fratricidas; su ídolo es el oro, su númen la codicia, su afán tener esclavos.

Ignacio fué traído á Cuba con cuarenta y dos de sus convecinos; yo uno de ellos. Cuarenta y uno compró un hacendado para mandarlos al siguiente día á una plantación de caña de azúcar, y los puso mientras tanto

en una amplia casa de la Habana, provistos de alimentos con abundancia. Cerró la casa cuando llegó la noche, y al otro día halló cuarenta cadáveres anegados en sangre. Prefirieron la muerte á la esclavitud.

Eran de una secta que hace poquísimo aprecio de la vida y creían que muriendo irían á reunirse con sus padres, sus hijos, sus hermanos y sus amigos bajo la dulce sombra de las selvas de su patria.

A mí me compró el Marques del Valle y me mandó al cafetal Mariana.

Yo no ví en muchos años á Ignacio, único que no sucumbió en esa espantosa hecatombe; mas hace dos meses me buscó para decirme que habia servido con lealtad á su dueño; que la plantación habia tenido un mayoral feroz que lo mandaba á castigar cruelmente sin motivo, por lo cual se fugó huyendo á los bosques. Que el *Ranchador* [nombre de los perseguidores de los esclavos prófugos] soltó sus terribles perros de presa en el monte donde se habia refugiado, pronto lo hallaron y le infirieron grandes mordeduras. Que el *Ranchador* loató, lo llevó á la plantación, y el mayoral dispuso que se le diese el novenario del arcángel. Diéronle durante nueve días veinte y cinco azotes con un duro látigo de cuero de buey; que quedó postrado, moribundo, y estuvo tres semanas en la enfermería.

Apenas se vió en convalecencia recordó que era carabalí, amante de la libertad, y resolvió fugarse de nuevo y dirigirse á la Sierra encantada para morir aplastado por sus rocas movedizas antes que en manos de aquel verdugo.

Llegó á la sierra, trepó, guiado por el acaso, y se halló á la entrada de una cueva. Aquí me la puso mi Dios, dijo, y se arrojó al subterráneo. Siguió, siguió andando, siempre subiendo, persuadido de que de un

instante á otro se hundiría el piso y acabaría su miserable existencia.

Cuando menos lo esperaba se encontró en este valle, donde vivió muchos años, levantó la casita en que estais alojados, y plantó los cocoteros, naranjos & haciendo algunas escursiones nocturnas á las haciendas de la llanura en busca de semillas.

Se alimentaba con las hutías, las aves que lograba aprisionar y la miel de las abejas, que habian fabricado sus panales en las grietas de las peñas y en las concavidades de los árboles.

Un dia, explorando el valle, vió la boca de otra cueva, entró en ella y descubrió lo que ustedes van á ver.

José Bárbaro y los demás llegaron á la entrada de una cueva en la que penetraron: habian andado bajando un kilómetro cuando vieron que estaba obstruida por un muro de piedra idéntico al de sus paredes y donde parecia que terminaba.

Esta obstrucción, dijo el Orangutan, fué hecha por Ignacio para impedir que alguien supiese su secreto.

Quitó algunas piedras y pudieron pasar.

A unas doce varas de distancia se hallaron frente á un suntuoso palacio, obra portentosa de la naturaleza. Tenia más de cien metros de largo y siete de ancho; sus gruesas columnas soportaban el peso de enormes peñas sobre rústico y fuerte alquitrahe, y todo el tosco edificio brillaba á los fúlgidos rayos del sol como si fuese de diamantes. Sus paredes de estaláctica estaban en la parte interior pintadas con los bellos colores del iris, con tanto primor y líneas tan perfectas, sobre el fondo amarillento de la piedra, que no las hubiera mejorado el pincel de Miguel Angel. Algunas criptógamas de las más diminutas de la familia botánica de

este género de plantas, matizadas de verde, amarillo y rojo, se destacaban sobre las franjas y parecían ramos de flores. Otras en varios puntos del salón imitaban con desorden pindárico y la gracia que la madre naturaleza imprime á sus obras, rios, cascadas, montecillos [lo eran en realidad del mundo microscópico] ciervos con torres de cuernos, lindas mariposas y pájaros de vistosos plumajes.

Para dar una idea de estas bellezas naturales diremos que el navegante en alta mar contempla á la caída de la tarde grupos de celajes, y su imaginación finje con ellos las más raras figuras: endriagos, cuadrúpedos, hombres &c. Diferéncianse de estas que vamos describiendo en que son movibles, pronto se deshacen y cambian de formas, y en que no tienen matices, á menos que sea donde el astro del día baja á su tumba de nácar y de púrpura.

Hacia un lado, á seis varas de altura, descendía un torrente que arrastraba partículas de oro.

Este torrente caía en el suelo del edificio, en uno de sus extremos, y seguía su curso por el salón para precipitarse subterráneamente en el otro extremo en la ancha cavidad de abruptas rocas.

El pavimento del río era blanco como la leche y tenía diminutos agujeros, á manera de un cedazo, por donde se escapaba la aurífera arena, como una menuda lluvia, é iba á depositarse en un charco, que estaba debajo y era de las mismas dimensiones del salón.

Había en el fondo del charco más de una cuarta de arenas de oro, y las partículas que no cabían por los agujeros estaban en las orillas del río en montones, llevadas allí por la corriente, que era muy rápida en las primaveras, ó esparcidas en el alabastrino pavimento, semejantes á estrellas de un hermoso cielo.

Lo más admirable es que todo estaba previsto en aquel gran coladero natural de oro para que tanta riqueza fuese aprovechada por la industria humana y no se sepultase en el seno de la tierra para ir á perderse en las profundidades del mar.

Cuando el charco rebosaba, el agua iba á reunirse con la del torrente dejando las arenas.

A continuación del charco comenzaba una serie de extensas cavernas que comprendían toda la sierra; de modo que los campesinos tenían razón al decir que era hueca; y he aquí explicado el origen de los silbidos que tanto les preocupaban: éstos eran diferentes según el rumbo por donde soplaban uno de los vientos de la rosa náutica, penetrando en aquellas galerías, y su más ó menos violencia.

Otro día, dijo el Orangutan, veremos el charco; la bajada es muy peligrosa. Ignacio y yo estuvimos en peligro de perecer; oportunamente pondremos una fuerte escalera.

Todos estaban asombrados.

Achad dijo: los bancos de Europa y América, juntos, no tienen en sus bóvedas la centésima parte de estos valores.

Lo que estamos viendo, dijo Clementina, parece un ensueño, un cuento de las mil y una noche.

Ignacio, agregó Margarita, es el hombre más rico del mundo.

¿El más rico! escuchad, dijo José Bárbaro. Ignacio me dijo: Jesús: me persigue, me atormenta la idea de no haber ido con mis cuarenta compañeros á ver á mis padres. . . . No quiero vivir un día más ausente de la cabaña en que nací; he resuelto quitarme la vida.

¿Estás loco? le repliqué: tu religión es falsa, bautízate, y cuando seas cristiano no pensarás en el suicidio.

no sino en tener paciencia y resignación para sobrellevar las penas de la vida humana.

No trates de disuadirme, me dijo: mira, yo quiero hacerte un hombre rico sobre toda ponderación; ven conmigo para que veas mi incomparable tesoro, que va á ser tuyo.

Seguilo, vinimos á la sierra, me enseñó los dos depósitos, y cuando estábamos allí donde se hunde el río y yo me empeñaba en que desechase los errores de su secta, exclamó repentinamente: adios, José, y se arrojó al abismo.

¡Qué historia tan triste! dijo Matilde.

Sobremañera triste, observó Clementina.

Señor Achad, dijo José, os he traído á este ignorado lugar, y os he revelado mi secreto, para que los dos explotemos esta inagotable mina.

Convenido, José, dijo Achad, y todos volvieron á la casita.

¡Oh alma humana! eres como el Kaleidoscopio, que en cada vuelta presenta diversa figura: hasta la llegada de la tarde no hablaron de otra cosa que de aquella mina de oro y lo que debía hacerse para extraer ese metal y depositarlo en el banco de Londres. Clementina parecía olvidada de sus infortunios y tomaba activa parte en el diálogo; mas cuando se acercó la hora de la partida de Achad volvió á sus lamentos.

Al cerrar la noche, le dijo á Achad: voy á pedirte un favor: entrégale esta carta á mi padre.

Sí, dijo el indio, la entregaré y dentro de cuatro días pondré en tus manos la contestación.

Achad y José Bárbaro partieron, y en la madrugada de aquella noche llegaron á la tienda de don Remigio, en la que durmieron dos horas, y después, Achad

se dirigió al cafetal Mariana á atender los enfermos y José Bárbaro á su casa de la aldea de la Trinidad.

He aquí la carta de Clementina:

“Idolatrado padre:

Al cabo de quince años de ausencia, desde el solitario retiro en que me he refugiado, huyendo del poderoso y perverso Conde de la fidelidad, os dirijo estas líneas. Os parecerá mi voz voz del otro mundo, y en efecto, estoy más muerta que viva. Mis carnes han desaparecido, tengo blanco el cabello y comienzan las arrugas á surcar mi frente. Las desgracias anticipan la ancianidad.

¡Cuánto he sufrido, padre mio! Solo me queda un consuelo: poder decir: ¡ Soy inocente!

Sí, lo soy. El Vizconde de Santa Maria era un loco que cortejaba á toda mujer casada que le agradase y aparentaba estar en relaciones con ella; esta fué su monomanía.

Me persiguió en todas partes; y como despertase celos en mi esposo, cometí la imprudencia de escribirle un billete y adinitirle una cita en la casa de Carolina Condorcet, cuyas rígidas virtudes os son conocidas; mi objeto era afearle su proceder.

Fué una ligereza hija de mi corta edad, que he pagado con quince años de martirio.”

Clementina seguía describiendo en su carta cómo saltó por la ventana pidiendo auxilio al tratar Enrique de quitarle la vida; cómo la oyó el Vizconde, que pasaba por debajo del balcón, corrió á ampararla y halló la muerte &c.

La carta concluía así:

“En medio de tantas tristezas siento en mi corazón una ráfaga de alegría participándoos que tengo una hija, fruto de mi matrimonio con Enrique. Vuestra nie-

ta Matilde es un modelo de virtud, de sin par belleza y muy instruida. ¡Cuán felices seríamos si estuviésemos á vuestro lado!

“Padre mio, enviadme vuestra bendición y bendecid á vuestra nieta: es el único bálsamo que puede dar alivio á mis penas.

“Vuestra amantísima hija,

Clementina.”

Margarita y Achad estaban cada vez más enamorados.

Pajarito iba á la Sierra encantada cada tres dias, y así los dos esposos sostuvieron una constante correspondencia.

Al mes, viendo el viejo Hernani que se prolongaba la prisión de las señoras Ruvalcaba, y temiendo que el Conde de la fidelidad llegase á emplear el tormento como medio inquisitivo, le pareció que los papeles que le habia confiado corrían peligro si aquellas señoras ancianas, por aplacar la ira del Conde y cediendo al poder del dolor, le revelaban su existencia y el lugar en que estaban ocultos.

Preocupado con esta idea pasó tres noches de insomnio, sin saber lo que haria, y al fin determinó depositarlos en poder de Achad, los tomó y se dirigió á la Habana.

Achad lo recibió muy afable, leyó los documentos y le dijo: señor Capitan don Jorge de Lasheras, no puede haber duda de que Ricardo, vuestro nieto, es el legítimo Vizconde de Santa Maria.

En vos, dijo el viejo Hernani, tengo toda mi confianza: el término de mis dias se acerca; mas vos cuidareis de la suerte de mi nieto.

Contad, dijo Achad, con que seré fiel á vuestra

recomendación, y en su oportunidad haré valer los derechos de Ricardo.

El viejo Hernani se despidió y tomó el camino de la aldea de la Trinidad con mucha ligereza, como el que acaba de dejar el peso de un gran fardo.

Achad entregó al doctor Montgomery la sentida carta de Clementina. El venerable anciano la leyó conmovido, la bañó con sus lágrimas y exclamó: ¿Dónde está mi hija? ¡Oh desgraciada! Decidle que le envío mi bendición, que venga á mi lado. ¡Cuánto deseo conocer á mi nieta!

Señor doctor, le dijo Achad, vos olvidais que Clementina sufre la persecución del Conde de la fidelidad, que es hoy el sultan de esta tierra con derecho de vida y muerte sobre los ciudadanos; olvidais que se le ha calumniado como adúltera y como cómplice en el asesinato del Vizconde de Santa Maria y que hay en su contra varias pruebas, falsas, aparentes; pero que se le dará valor jurídico interpuesta la influencia del Conde; y olvidais, en fin, que éste ha usurpado los bienes del Marques del Valle que corresponden á Matilde. Figuraos lo que hará hombre tan perverso y de tanto poder para no verse desposeído de tan inmensa fortuna. En los gobiernos absolutos como este de Cuba no hay leyes. Cuando el Capitan general dice: "lo ordeno y mando," palabras que encierran la esencia de la tiranía, todos callan y tiemblan; el Conde cada vez que quiera puede pronunciarlas por boca del Dictador.

Es verdad, dijo el antiguo abogado. No nos queda otro recurso que esperar dias propicios; mas, decidme, ¿está en lugar seguro mi hija?—

Tan seguro que es imposible encontrarla.—

¡Podré hacer llegar á sus manos la contestación de su carta?—

De ello me encargo.—

El anciano, que hacia quince años pasaba una vida triste y retirada, desde ese dia se sintió reanimado, abrió su acreditadísimo bufete, y esperaba el momento oportuno para emprender la defensa de Clementina hasta lograr que resplandeciese su inocencia. Se proponia al mismo tiempo anular el testamento del Marques del Valle y obtener la calificación de heredera á favor de Matilde.

CAPITULO XVII.

LOS DOS CAZADORES.

Dos meses habian pasado; ya pocos hablaban de la desaparición de las damas y todos las oreian en la Florida.

Clementina iba reponiéndose desde que recibió con regocijo la bendición paterna contenida en la carta que le llevó Achad.

Estaba tranquila y conforme en la soledad del valle esperando la venida del nuevo Capitan general, pues ya Ricafort habia cumplido el periodo de su mando. Ella, lo mismo que Achad y el doctor Montgomery, abrigaban la esperanza de que aquel fuese un hombre de carácter, amante de la justicia, y no el vil instrumento de las maldades del Conde.

Para ese día aplazaba Clementina el instante de suprema felicidad en que debía verse estrechada en los brazos de su idolatrado padre.

Achad y José Bárbaro conferenciaron en diversas ocasiones sobre el modo de explotar el aurífero río y convinieron en esperar á que variasen las circunstancias, limitándose Achad á pedir conforme á las leyes el terreno baldío en que estaba la sierra.

La suerte adversa no había apurado todos sus rigores: dos campesinos, que vivían cerca de la tienda de don Remigio y se ejercitaban en la caza, tenían la costumbre de venir todas las noches cargados de aves muertas por el lugar del bosque que atravesaba Pajarito y lo vieron tres veces andando con paso acelerado por entre los árboles con un fardo al hombro y una linterna encendida en la mano.

Picóles la curiosidad y se propusieron averiguar á donde iba; colgaron los montones de aves en la horqueta de un tronco y lo siguieron.

Viéronle llegar á la Sierra encantada, subir, levantar el follaje y entrar en la cueva; ellos con gran arrojo hicieron lo mismo; los campesinos cubanos son valientísimos.

Anduvieron en el subterráneo todo el trayecto que conocen los lectores, y se hallaron en el valle.

Pajarito saltó y corrió hacia la casita y los dos campesinos se detuvieron llenos de asombro al observar, á la luz de la lámpara de la sala, á Matilde, que tocaba el arpa y cantaba con voz sumamente melodiosa; también vieron á Clementina.

No es una mujer, dijo uno de los campesinos, es una divinidad la que canta.

¡Cuán bella es! dijo el otro.

La luna brillaba en todo su esplendor y á los pocos

momentos divisaron á Otomaco, que rondaba la casita.

Al ver á aquel hombre tan feo, á aquel gigante, con su macana al hombro, vino á su memoria lo que se decía acerca de ser la sierra residencia de los malos espíritus, y retrocedieron con espanto haciendo cruces, huyendo y espuestos á caer y perder la vida en la oscuridad.

Es el Diablo, exclamó uno de los campesinos temblando.

Tiene cuernos y sus orejas son de asno, dijo el otro.—

¡Qué uñas tan largas! ¿No las observaste?—

Sí, las ví, y sus ojos parecen dos brasas de candela. Es el Diablo, exactamente igual al que se halla retratado á los pies de San Miguel en un cuadro que está en el convento de San Francisco en la Habana.

En efecto, existió ese cuadro.

Aquellos hombres ignorantes no mentan: el miedo, creador de fantasmas, parecido á la pasión de los celos, había finjido lo que ellos aseguraban haber visto.

Al cabo de algunos minutos conocieron que perecerían si continuaban bajando y resbataban, como era muy probable en medio de tanta lobreguez.

Uno de los dos sacó su vejiga de vaca, primorosamente bordada y donde los labradores cubanos guardan el tabaco con clavos aromáticos y cortezas de lima para darles aroma, y sacó igualmente el eslabón, el mechón y la piedra de chispa. Hizo fuego, y tomando el mechón por un extremo le daba vueltas, lo cual producía la claridad suficiente para conocer donde debían fijar el pié.

Por último, llegaron al fin del subterráneo y salieron.

Muy persuadidos de que habían visto al Diablo, recogieron sus aves, se dirigieron á su morada, ensillaron sus caballos, y fueron á dar parte al Capitan del partido de aquel extraño acontecimiento.

Cuando don Cipriano Cigarrón se enteró de que entre los habitantes de la Sierra encantada estaban una linda joven y una señora muy extenuada, cayó en la cuenta de que la una era Matilde y la otra Clementina.

Lleno de placer le pareció que ya tenía asegurada la cruz de Isabel la católica prometida por el gobierno, y sin pérdida de tiempo mandó un parte al Jefe superior de policía Marques de los Claveles y una carta al Conde de la fidelidad, participándole que en su concepto habían parecido las malvadas y astutas mujeres que habían logrado eludir su activa persecución.

El Conde leyó la carta con regocijo y en el mismo instante se trasladó á la jefatura de policía.

No había pasado un cuarto de hora y ya estaban en marcha diez soldados milicianos y un sargento para la Sierra encantada con objeto de aprehender á las tres damas.

Sirviéronles de guía los dos campesinos que dieron el parte.

Todos llegaron á la entrada de la cueva, bajaron después de persignarse, y siguieron por el subterráneo provistos de antorchas.

Los dos campesinos iban llenos de un miedo cerival que comunicaron al sargento y los soldados, pues juraban que habían visto al Diablo y se asombraban de su propio valor y de haber salido con vida de la cueva.

Yo no le tengo miedo á un ejército, dijo el sargen-

to; mas tratándose de apariciones del Diablo ó de los muertos, el alma se me va á los piés.

Lo mismo me sucede, dijo el cabo; debia haber venido con nosotros un cura con un lisopo y agua bendita para que fuese regándola en esta cueva tan oscura y horrorosa.

Llegaron á la cumbre. El sargento asomó la cabeza, vió á Otomaco, que estaba parado frente á la casita, y dió algunos pasos atrás, diciendo: El es!.....él es!... y le hizo la cruz.

Todos retrocedieron, menos un soldado que se adelantó, diciendo: ¿Quién vive?

Otomaco, que vió aquel miliciano con uniforme, que le apuntaba con el fusil, conoció que se las habia con la justicia, y contestó: España.

El Diablo es de los nuestros, dijo el soldado.

¿Qué Diablo ni qué niño muerto? dijo otro soldado, es un hombre de carne y hueso.

Entonces todos saltaron, y el sargento, tomando un aire marcial, exclamó: Dejadme ir delante; quiero ser el primero en el peligro. Valientes milicianos, preparad las armas; y dirigiéndose á Otomaco le dijo: Daos preso en nombre de la Reina.

Estoy dado, dijo Otomaco cruzando los brazos.

Atenlo á ese árbol, dijo el sargento.

Los milicianos traian cordeles y lo ataron.

Tú, Claudio, dijo el sargento, quédate aquí de guardia para que no se escape este malvado.

Aquellos labriegos que correspondian al cuerpo de las milicias disciplinadas creado por Fernando VII, se conocia que eran nuevos en el oficio, y el sargento, tan poco instruido como los demás, quiso hacer alarde de su pericia, desenvainó el sable y dió la voz de mando, diciendo: A la derecha, marchen!

Todos marcharon hacia la casita.

Soldados, dijo el sargento, rodead la casa, montad las carabinas y haced fuego sobre todo el que intente escaparse.

La casa fué rodeada.

Clementina estaba bordando un vestido, Margarita marcando con letras de seda un pañuelo para su marido y Matilde leía un libro sentada en una silla y con el codo en la mesa.

El sargento llegó al dintel de la puerta y quedó frío, inmóvil, como una estatua.

Matilde soltó el libro, miró al sargento y y casi experimentó un síncope. ¡ El sargento era Dimas Ali-cante !

El gobierno español de Cuba acostumbra colocar en importantes puestos de confianza á los bandidos que le han prestado servicios vendiendo á sus compañeros, lo que le ha producido y producirá en todo tiempo, malísimas consecuencias, y también muy principalmente al país, sobre el cual caen esos desalmados como lobos hambrientos sobre un rebaño de ovejas.

Dimas había sido recomendado por el Conde de la fidelidad y el Marques de los claveles, con quienes había entrado en íntimas relaciones, y estaba muy orgulloso con su empleo y su valimiento para con aquellos potentados.

El haber hecho sargento de rurales á Dimas era un insulto á la sociedad y á las leyes, pues había cometido quince homicidios y otros muchos crímenes.

Vuelto en sí el bandido de su primera impresión trató de hacerse el desconocido y dijo á las damas: Daos presas en nombre de la Reina.

Clementina contestó: Obedecemos á la autoridad.

Dimas dijo: seguid las tres hacia la entrada de la cueva. Cabo cuarto: conducid estas mujeres.

Salieron las tres en dirección de la cueva y Dimas penetró en el cuarto.

Pajarito estaba oculto debajo de la cama de Clementina.

Dimas le vió los pies y exclamó en alta voz: ¡cabo cuarto! ¡cabo cuarto! Mande dos soldados que aquí está un hombre.

Dos milicianos sacaron á Pajarito de su escondrijo, le ataron los brazos y siguieron con él hacia la cueva.

Dimas vió en la mesa la bolsa con doblones que le dió Achad á Margarita, y vió también varias sortijas y pendientes; y como tenía el instinto del robo, se posesionó de los deblones y las joyas, y todo lo metió en la faltriquera.

Después, con la espada desenvainada en la mano, ordenó la partida: Clementina iba adelante, en seguida Margarita, Matilde, Pajarito, Otomaco, los dos campesinos, Dimas y los milicianos.

Salieron de la cueva y anduvieron todo el espacio que media de la Sierra encantada á la tienda de don Remigio.

Don Remigio tenía una carreta que brindó al sargento para conducir las damas y éste la aceptó. El buen andaluz mandó á ponerle techo y forrarla por los lados con pieles de buey. También le puso tres asientos.

Entraron las damas en la carreta; Otomaco con los brazos atados debía ir á pié, como los milicianos; Dimas ordenó á don Remigio que ensillase y pusiese á su disposición su caballo, y montó en él.

Pajarito fué subido y atado con fuertes amarras al aparejo de uno de los caballos de los vecinos que ha-

bian llegado á la tienda á hacer compras; y dos soldados partieron inmediatamente en otros dos caballos de los mismos vecinos para conducirlo, no á la cárcel, sino al cafetal Mariana, pues así lo habia dispuesto el Jefe de policia Marques de los Claveles.

Don Remigio acababa de ayudar á las damas á colocarse en la carreta, y ya iba á ponerse en movimiento la comitiva cuando se presentó don Cipriano Cigarrón, caballero en su jaca tordilla, con su espada de cruz y su bastón delante de la albarda y dos pistolas al cinto; seguíanlo en buenas cabalgaduras tres cabos de ronda y Manito de oro.

Alto ! alto ! exclamó don Cipriano, y apeándose de la jaca, sacó una de las pistolas, montó el gatillo y poniéndola al pecho de don Remigio, á quien reputaba hombre esforzado y valiente, le dijo: Sois preso en nombre de la Reina.

Todos se llenaron de sorpresa.

Señor sargento, dijo dirigiéndose á Dimas: hágase cargo de este reo.

¿ Reo yo ? exclamó don Remigio.

Señor Sargento, añadió don Cipriano: Puede usted emprender la marcha.

Así lo hizo Dimas, y don Remigio dijo: ¿ Y mi tienda, queda abandonada ?

Esas mujeres del Diablo, dijo don Cipriano, han puesto en peligro la patria, y en estos momentos la autoridad no debe ocuparse de los inrereses de los particulares; lo primero, como dice el Conde, es la integridad nacional. Señor Sargento: no se detenga usted.

¿ Oh Dios ! exclamó don Remigio muy conmovido: el despotismo dejó el infierno y se ha refugiado en esta Isla.

¿ Qué dice usted ? Señor Sargento, exclamó don

Cipriano rebosando en ira, pare usted, pare usted: este es un reo de la mayor gravedad, un mal español, un gran criminal, un enemigo del Gobierno, un águila negra. Amárrele los brazos y llévelo con las mayores precauciones.

Dimas desdobló un cordel de pita de los que traía á prevención un miliciano, cumplió la orden y después ató á don Remigio codo á codo con Otomaco; quedaron como los gemelos de Siam. Además Dimas le puso un largo cordel pendiente de la atadura y entregó su punta á un soldado.

La comitiva partió.

Cuando estaba á unas seis varas de distancia y don Cipriano se disponía á montar en la jaca para ausentarse, Manito de oro le dijo: señor don Cipriano: esta tienda tiene las puertas abiertas y algunos miles de pesos en mercancías que no tardarán en ser robadas. ¿Le parece bien que me quede en ella á su cuidado?

Si usted quiere quédese, dijo don Cipriano con indiferencia, y acercando la jaca á un tronco que estaba á un lado de la casa, montó y se marchó con los cabos de ronda.

Manito de oro vió el campo abierto á su rapacidad: entró en la tienda y comenzó á vender á cualquier precio aquellos artículos de comercio, fruto del trabajo y las economías de un hombre honrado.

Por desgracia el dependiente que tenía don Remigio había ido á la ciudad de Matanzas á hacer un cobro, y no regresaría en menos de un mes.

Don Cipriano iba por el camino con la imaginación fija en la idea de ver en su pecho la cruz de Isabel la católica. ¡Qué contento estaba! ¡qué felices son los necios! ¡cuánto gozan con los espejismos de la insensata vanidad!

Los momentos de alegría hacen ver los objetos bajo un prisma encantador, del mismo modo que las angustias del alma los revisten de triste lóbreguez. Jamás le pareció tan agradable la temperatura aunque hacía un calor sofocante, ni tan hermoso el día, ni tan risueño el verde y florido campo.

Recordando las canciones populares de su país, dejó oír en las selvas su ronca voz, que ya hemos comparado al sonido de una campana rajada.

La carreta llegó á la ciudad á la una de la noche, pues la lluvia había puesto los caminos casi intransitables: á esa hora se levantó el carcelero Echenique, muy mal humorado, para recibir las presas, y con un farol en una mano y un manojo de llaves en la otra, las encerró en un calabozo y en otro á Otomaco y don Remigio.

Todos le pedían que les mandase á dar agua para mitigar la sed, y él, sin atender sus súplicas, apenas pasó la llave á los calabozos se fué á su cuarto. ¿Por qué será que los carceleros, con pocas excepciones, son tan insensibles? ¿Será por el hábito de oír lamentos?

En el caso presente Echenique obedecía las órdenes del implacable Conde de la fidelidad.

La noche era oscura, pero no tanto que no se viese en el patio de la cárcel al centinela, que daba vueltas, vigilando los presos; éstos dormían y reinaba un profundo silencio.

A poco se oyó el ténue chasquido de los goznes de una puerta que se abría, y de una reducida alcoba salió un hombre envuelto en unas sábanas blancas; parecía un fantasma.

Encaminóse hacia donde estaba el centinela y trabó con él conversación; era Morrocote.

Estoy padeciendo de insomnio, le dijo, y me he levantado á dar unos paseos por el patio.

Como Morrocote vivía allí y era su conocido, el centinela no abrigó la más leve desconfianza.

Morrocote comenzó á dar paseos frente á los calabozos; aprovechó el momento en que el centinela estaba al otro extremo, sacó de las sábanas cinco botellas de agua, introdujo tres por los huecos de las rejas para las damas y dos para don Remigio y Otomaco.

En seguida se despojó de las sábanas, que había quitado de su cama, y las arrojó al calabozo de las presas, que sin ellas hubieran tenido que dormir á raiz del suelo.

Hecho esto, se dirigió á su alcoba.

Morrocote, el infeliz Morrocote, ya lo hemos dicho en una ocasión parecida, tenía un alma bellísima, alma cándida y compasiva que semejava el diamante que ha estado mucho tiempo en un pantano, pero que no pierde su brillo; era el amigo y protector de los presos.

La luz de la caridad purificaba su espíritu.

CAPITULO XVIII.

PAJARITO.

Los dos soldados entregaron á Pajarito, en el cafetal Mariana, á don Wenceslao Bucarazeta, conforme á las instrucciones del Conde, comunicadas á don Cipriano.

Don Wenceslao se conservaba en su puesto de mayoral, y en nada habia variado en los años transcurridos; solo que estaba muy grueso y las canas salpicaban su negra patilla.

Buenos dias, negrito de mi corazón, dijo. Ea! quítenle las esposas, bájenlo del caballo y pónganlo en disposición de recibir el novenario del arcángel.

Así lo hicieron varios esclavos: tendieronlo en el suelo, y cuatro de éstos lo sujetaron por las manos y por los piés.

Iba á recibir el *boca abajo*.

Vinieron el contramayoral, llamado Basilio, y Bembenuto, otro negro de los más robustos, ambos armados de foetes de cuero de buey sin curtir; se situaron á uno y otro lado, y comenzó el novenario.

Cuando tenia Pajarito recibidos diez fuertes cuerazos, se le paró delante don Wenceslao y le dijo: Negrito: declara la verdad y se suspenderá el castigo. Dí: ¿quién preparó la guarida en que se ocultaban esas perversas mujeres en la Sierra encantada?

Pajarito contestó: No lo sé.

Bembenuto y Basilio diéron otros diez cuerazos y don Wenceslao volvió á decir: Negrito, declara la verdad y se suspenderá el castigo. ¿Quién preparó la guarida en que se ocultaban esas perversas mujeres en la Sierra encantada?

Pajarito contestó: no lo sé.

Diéronle cinco azotes más, y repitió don Wenceslao la pregunta con el mismo resultado; entonces dijo: Suspendan. Negrito, ya veremos si en los ocho dias que faltan te muestras tan rebacio como hoy; pónganlo en el cepo de cabeza.

Bañó un negro las laceradas carnes de Pajarito con ron mezclado con sal y zumo de limón, y Basilio y

Bembenuto lo condujeron al cuarto donde estaba el cepo. Era éste un madero de dura y pesada caoba, de cinco varas de largo, tres cuartas de altitud y cuatro pulgadas de grueso, aserrado por el medio. Ajustaban los dos pedazos y tenían huecos para la prisión de cabeza, varios para la prisión de piés, y un candado. En los de cabeza quedaba el cuello oprimido por los dos tablones y era grande el martirio que sufría la víctima. Algunos negros de cuello corto habían amanecido cadáveres por la afixia.

Al otro día una escena igual.

Al quinto día, cuando recibió Pajarito los diez primeros cuerazos, y don Wenceslao le dijo: Negrito: declara la verdad y se suspenderá el castigo, exclamó: ¡suspendan !....suspendan !.... Voy á declarar !....

Detúvose el infeliz, la palabra se le atragantaba, y don Wenceslao dijo: Bembenuto y Basilio; aprieten !

Aquellos dos titanes dejaron caer el cuero con todas sus fuerzas.

¡ Suspendan !....suspendan !.... Ya !.... ya !.... ya yoy !.... y volvió á detenerse.

Los dos verdugos dejaron caer de nuevo el cuero sobre las carnes del desventurado Pajarito, cuya sangre corría á raudales.

Negrito, dijo don Wenceslao, declara la verdad y se suspenderá el castigo. ¿ Quién preparó la guarida en que se ocultaban esas malas mujeres ?—

¡ Mi....mi....mi padre !

¿ Y quién, dijo don Wenceslao, te mandaba con artículos alimenticios para esas mujeres ?

¡ A....A....Achad !....

Suspendan, dijo don Wenceslao; llévenlo al cepo, y no lo pongan de cabeza sino de piés, pues merece esta distinción por lo que ha declarado.

Inmediatamente don Wenceslao participó al Conde de la fidelidad las revelaciones de Pajarito.

El Conde pasó á ver al Marques de los Claveles, y éste mandó aprehender á Achad, quien fué encerrado en uno de los más insanos y oscuros calabozos. Decretó también la prisión de José Bárbaro, con orden á don Cipriano de que lo mandase al cafetal Mariana.

Don Cipriano, sin dilación, pasó á la morada del pobre negro y la halló cerrada. ¡ Se escapó ! exclamó con amargura.

José Bárbaro, desde el día de la prisión de las tres damas estaba en la Sierra encantada.

Se habia propuesto hacer variaciones en la entrada de la cueva para que no se conociese.

Con sus fuerzas hercúleas hizo rodar una gran piedra, tapó con ella la boca, puso otras movedizas en la senda por donde se subia, y plantó en la tierra, al pié de la eminencia rumberos *Captus apundia* extrayéndolos de las inmediaciones donde crecian abundantes y lozanos.

Previsión digna de aplauso fué la del astuto negro: á los dos dias Dimas Alicante obtuvo permiso del coronel del cuerpo para ir á la aldea de la Trinidad á asuntos particulares, y unido á dos bandoleros como él, guiados por uno de los campesinos que habian indicado la entrada de la cueva, se dirigieron á la Sierra encantada. Creia Dimas hallar en la casita una fuerte suma, idea que se le ocurrió por el lujo de los pocos muebles que en ella habia y por la rica despensa, que daban á conocer la calidad de sus moradores. Los artículos alimenticios, muebles, libros, & todo proyectaba hacerlo suyo; mas dieron vueltas y más vueltas sin dar con la entrada. En derechura fueron á ella; pero estaba tan diferente que desistieron de buscarla, confir-

mando Dimas la opinión de los campesinos de aquellos alrededores acerca de que habia en la sierra un encanto; de cuyo modo únicamente era posible que hubiese desaparecido lo que él y el guia habian visto hacia tan poco tiempo.

Dimas era un hombre muy ignorante y por consiguiente creia en encantos, apariciones de muertos, en brujas &

Quando José Bárbaro concluyó su ingeniosa obra se dirigió á su hogar, abrió la puerta, entró en el aposento, encendió una bujia y se sentó en un taburete frente al retrato. Era casualmente domingo y esperaba oír la dulce voz de su difunta esposa.

En este momento tocó á la puerta don Cipriano, seguido de cuatro cabos de ronda y varios vecinos.

¿Quién es? preguntó José Bárbaro.

Abrid á la justicia, contestó don Cipriano

José abrió la puerta.

Don Cipriano entró precipitadamente diciendo: Date preso.—

¿Qué delito he cometido?

No tienes para qué averiguarlo, contestó don Cipriano poniéndole esposas

En seguida se le hizo montar en un caballo, se le ató al aparejo, y un cabo de ronda y tres auxiliares lo llevaron al cafetal Mariana.

El infeliz iba á recibir un novenario del arcángel, no como Pajarito, sino de novecientos cuerazos, cien cada dia, con un foete al que se le habia puesto en la punta un pedazo de alambre, por orden del Conde.

La casa quedó abierta y solitaria; don Cipriano ni siquiera se ocupó de preguntar al preso si tenia en ella algunos intereses que poner bajo la salvaguardia de la autoridad.

El pábilo de la bujía del altar se consumió, la llama llegó al candelabro, que era de madera, construido por el Orangutan; se comunicó á la rústica mesa, al retrato, al baul, á los libros, á las camas, á la casa, y á las pocas horas todo era un montón de cenizas.

Don Cipriano se hallaba muy satisfecho de su proceder y aquel día mandó á hacer una chaqueta para estrenarla cuando recibiese la cruz de Isabel la católica.

CAPITULO XIX.

RICARDO.

La noticia de la prisión del médico indio llegó á la aldea de la Trinidad al siguiente día, y causó una impresión dolorosa, pues era generalmente querido en aquellos campos donde tenia una numerosa clientela.

El viejo Hernani quedó casi privado del juicio al recibirla: las risueñas esperanzas que fundaba en los documentos habian desaparecido: era muy natural que se practicara un registro minucioso en los papeles del indio, acusado, según se decia, de haber tramado una conspiración contra el Gobierno, y era también natural que el jefe de policia, Marques de los Claveles, al encontrar esos documentos los entregase al Conde de la fidelidad.

Es inesplicable la angustia del pobre anciano. No

podía tener el consuelo de comunicar lo que le pasaba á persona alguna porque se hallaba condenado á muerte y tendría que revelarse su nombre; ni podía tampoco esperar clemencia, si era descubierto, porque el Rey don Fernando VII, en su inereible saña contra los liberales, había recomendado muy especialmente al general Vives que lo buscase para que sufriese la última pena que le había impuesto la comisión militar de Madrid, y lo había exceptuado de toda amnistia.

Hernani en su desesperación cerró la puerta de la casa, tomó su báculo y se dirigió á la Habana. Pasaba y volvía á pasar frente al palacio de gobierno pidiendo limosna y preguntando á todo el que se detenía á dársela si sabía algo con relación al médico indio. Quiso su mala estrella que la pidiese á un viejo, agente de policía, que había sido su ordenanza en España.

El ordenanza, fijándose en sus facciones, exclamó: Señor Capitan Lasheras ¿usted por aquí?

Yo.....contestó el viejo Hernani conturbado, no soy el capitan Lasheras soy..... ..Pedro Hernani.

Señor don Pedro Hernani, dijo el agente de policía, daos preso.

Hernani fué conducido á la cárcel.

Informaremos al lector de lo que aconteció á Ricardo: Llegó felizmente á Londres y por cinco veces fué á la casa del Duque de Wellington; siempre se le dijo que no era posible ver á Su Excelencia.

Esperar que conceda una audiencia á persona desconocida el primer personaje de Inglaterra, ministro de Estado, miembro de la Cámara alta y rodeado de tan múltiples ocupaciones en asuntos importantes, así exteriores como interiores del Reino Unido, era poco menos que pretender un imposible.

Lleno de desesperación Ricardo veía frustrado el objeto de su viaje; mas se le ocurrió pasar al orgulloso Lord una tarjeta con el nombre de su abuelo y apenas la recibió un uigier lo introdujo al gabinete de despacho del Duque, en el cual estaban á la sazón Sir Roberto Peel, Presidente del Consejo de Ministros, Lord Beresfort y cuatro mariscales británicos.

El Duque al verlo exclamó en buen castellano: ¿Quién sois? Creí estrechar la mano de mi amigo el Capitan don Jorge de Lasheras.

Sir, contestó Ricardo en correcto inglés, soy su nieto. Mi abuelo me ha encargado que ponga en manos de Vuestra Excelencia esta carta y este *memorandum*, que contiene la relación de sus infortunios.

Lord Wellington leyó la carta y el *memorandum* mostrando en su semblante el interés que le inspiraban.

Milord, dijo dirigiéndose á Lord Beresfort, ¿recuerda Vuestra Excelencia al Capitan Lasheras, cuyos servicios nos fueron tan útiles en la guerra de España? Era un servidor leal del Rey Fernando y hoy vive como un anacoreta, en medio de un bosque, con nombre supuesto y en la miseria, huyendo de perder la vida, pues ha sido condenado á muerte ¡admirése Vuestra Excelencia! por el delito en que han incurrido todos los españoles, é incurrirán todos los hombres de buenos sentimientos: por amar las libertades de su país.

Fernando VII, dijo Beresfort, era además de un tirano, un ingrato. Tuvimos en su tiempo los tres reinos llenos de emigrados españoles, defensores de su causa, que venían por miles temerosos del cadalso ó el presidio.

En el calor de la batalla de Arapiles, dijo Lord Wellington, me adelanté con mi estado mayor por to-

mar un reducto, y un escuadrón de coraceros del enemigo hizo un movimiento envolvente y venía sobre nosotros. Mi caballo cayó muerto por una bala, y en ese momento de tan inminente peligro, Lasheras se desmontó del suyo y me dijo estas palabras: "General: la vida de Vuestra Excelencia importa más que la mía." Diciendo esto me entregó la brida y corrió á incorporarse con los nuestros.

Sir Roberto Peel dijo: Fué una acción generosa digna ciertamente de aplauso.

Y de mi eterno agradecimiento, añadió el Duque. Además, fuímos condiscípulos en la Academia militar de Angers.

Señor Vizconde de Santa María, dijo dirigiéndose á Ricardo: No son cordiales las relaciones de Inglaterra y España: los españoles, aunque les dimos independencia, no nos perdonan haber destruido los planes de la Santa Alianza y favorecido la emancipación de sus colonias de América. Sin embargo, le escribiré al Primer Ministro de la Reina doña María Cristina interesándome vivamente por la suerte de mi desgraciado y antiguo amigo. Desde hoy, señor Vizconde, sereis mi huésped. Dispensadme que os haga presente que estamos en este momento ocupados en un asunto muy importante de la India.

Ricardo se despidió y el Duque ordenó al ugiar que lo presentase á su mayordomo, para el cual escribió unas líneas. El ugiar le dijo: Excelentísimo señor Vizconde de Santa María, dignaos seguirme.

Presentólo al mayordomo y éste lo condujo á un cuarto ricamente alfombrado y con muebles de un lujo oriental: asientos de palisandro con cojines de terciopelo, jarrones del inmortal Bernardo de Palissy en los que parecían vivas las sierpes; una cama con colgadu-

ras de seda; un candelabro de plata con relieves de oro; un espejo con luna de Venecia; cuadros de los más célebres pintores etc.

El Mayordomo dijo: señor Vizconde: esta es vuestra habitación. Cuando lo tengais á bien podeis visitar la biblioteca, que se halla siguiendo este corredor: tiene doscientos mil volúmenes. Más adelante está el museo de antigüedades. Como Su Excelencia el Duque ha vivido algunos años con su hermano el Gobernador general de la India, hállanse en él los objetos más raros de aquellas regiones: dioses de los tiempos más remotos, altares &c. En fin, en la pieza inmediata está la colección de cuadros del señor Duque: los hay originales de Rafael, de Miguel Angel y otros muchos insignes pintores. Aguardad un momento.

El Mayordomo entró en su cuarto y salió con un cofre lleno de libras esterlinas en la mano, lo puso en una mesa y dijo á Ricardo: De aquí podeis sacar lo que necesiteis para vuestros gastos; tendré cuidado de renovar su contenido cada vez que lo agoteis. Mañana vendrá el sastre del señor Duque á tomaros la medida con el fin de proveeros de los vestidos que os son indispensables para que os podais presentar en los salones aristocráticos de la corte.

Me resta suplicaros que me digais dónde está vuestro equipaje para mandar por él.

Ricardo quedó lleno de cortedad; su equipaje! sólo se componía de una maleta bastante usada que había pertenecido muchos años á las señoras Ruvalcaba y en ella algunas modestas prendas de vestir que compró en la Habana.

El Mayordomo comprendió su embarazo y dijo: No os cause pena si vuestro equipaje no corresponde á lo ilustre de vuestro nombre. El señor Duque ha da-

do hospitalidad á muchos reyes y príncipes que han venido en peor situación que la vuestra.

Ricardo dió entonces la dirección de la humilde casa de hospedería, en uno de los arrabales de la ciudad, donde se había alojado buscando el ahorro, pues sólo contaba con la suma que pudo reunir el Capitan Jorge con los productos del huerto y las limosnas, suma tan pequeña que le obligaba á la más rígida economía para no carecer de lo necesario.

El Mayordomo se despidió diciendo: Pronto conoceréis á la señora Duquesa; quedad con Dios.

Ricardo al verse solo se sentó en uno de aquellos elegantes sillones á reflexionar sobre lo que le estaba pasando. ¿Será este un ensueño? decía. Nó, estoy despierto; es verdad todo lo que miro.

Se tocaba el pecho para cerciorarse de que no soñaba. ¡Tanta sorpresa le causó el proceder generoso del noble Lord!

El recuerdo de la infelicidad, de la miseria en que había dejado á su abuelo birió su alma y vertió copiosas lágrimas.

Por disipar su tristeza se levantó, dirigió sus pasos al extenso corredor hacia una de las ventanas con persianas de hierro que daban al *Green Park*, en medio del cual el pueblo inglés había mandado construir la estatua ecuestre del vencedor en Waterloo; en vida premiaba Inglaterra á su ilustre hijo.

Cuando Lord Wellington salía de su casa, frente al mismo parque, veía su persona reproducida en el mármol. No puede menos de ser grande la nación capaz de hacerse superior á las pasiones ruines que ahogan, que matan los impulsos de los corazones magnánimos.

Apenas habían pasado ocho días cuando Lord Wellington recibió una carta autógrafa de doña María Cristina de Borbón, reina regente de España, en la que le decía que no sólo le era muy grato complacerle sino que un sentimiento de justicia la obligaba á reconocer la inocencia y los grandes méritos del Capitan don Jorge de Lasheras; y que considerando que había sido detenido en su gloriosa carrera militar por efecto de una lamentable equivocación de nombres, le había concedido el ascenso á general de brigada y el pago de sus sueldos atrasados como tal general, por todo el tiempo transcurrido desde que se le condenó á muerte.

¡Cuán completa hubiera sido la felicidad de Ricardo si ya Cyro West-fiel hubiese tendido el alambre conductor del pensamiento al traves del océano y le hubiese transmitido á su abuelo la noticia de tanta ventura! Parecíanle siglos los días que necesitaba un buque de vela para llevarle tan fausta nueva.

La Duquesa y el Duque trataban á Ricardo como si hubiese sido su hijo; les fué sumamente simpático y lo mismo á toda la corte.

Era de ver á un joven, educado en los campos de Cuba, alternando con los personajes de la alta sociedad inglesa. Debía esta dicha á la casualidad de que Mr. Augusto Masicot, emigrado de Haití, viéndose en extremo pobre, había establecido una casa de enseñanza en la aldea de la Trinidad. Las señoras Ruvalcaba pusieron en ella á Ricardo cuando tenía siete años y descubriendo el sabio profesor los destellos del talento en aquel niño, se lo llevó á su lado y fué su mentor hasta algunos meses antes de la partida de Ricardo para Europa en que dejó de existir Mr. Masicot.

Ricardo hablaba perfectamente el inglés.

Su gallardía y su belleza le daban carta de recomendación para las damas, y como era rubio se confundía con los nacidos en Inglaterra.

CAPITULO XX.

EL GENERAL TACÓN.

Cuatro días hacía que se había hecho cargo del mando de la Isla el teniente general don Miguel Tacón.

Después de habérsele recibido con las ceremonias oficiales de costumbre se quejó de dolores reumáticos y estuvo tres días encerrado en su cuarto, en el que sólo lo entraban su secretario particular y de ocho á nueve de la mañana el Conde de la fidelidad y el Marques de los Claveles, este último para darle cuenta como jefe de policía de los sucesos de la ciudad.

Creyóse generalmente que estos dos malvados seguían en su antigua privanza.

La enfermedad de Tacón era fingida: apenas cerraba la noche salía acompañado de dos sargentos que vinieron con él de España, disfrazados los tres de marineros y recorrían las casas de juego, las de prostitución, y estaban donde quiera que había un corrillo.

El tirano antes de obrar quería conocer todo lo que pasaba en el país, especialmente si la opinión era

favorable á que se implantase en la Isla el código político que regía en España y que él detestaba.

Desde el amanecer hasta la media noche, con excepción de las dos horas de audiencia dedicadas exclusivamente al Conde de la fidelidad y al Marqués de los Claveles, estaba el General haciendo apuntes de lo que había observado, organizando un cuerpo de policía secreta; formando listas de los ciudadanos que debían ser proscriptos, arreglando para su breve publicación el ominoso decreto sobre sospechosos, el otro sobre vagos, &c.

Varios escribientes peninsulares que habían venido con él, se hallaban con el mayor sigilo trabajando todo el día, encerrados en una pieza contigua á su cuarto y no se les dejaba salir: allí comían y dormían.

No dió á conocer ni remotamente al Conde y al Marqués su plan de gobierno: pero aquél descubrió su lado flaco: la desconfianza, el temor de las conspiraciones de los nacidos en Cuba.

Provenía este sentimiento, tan fecundo en males, de haber sido gobernador de Popayán cuando esta provincia del Virreinato de Santa Fe se insurreccionó con gran espontaneidad proclamando la independencia, y haber visto comprometidos en el movimiento á muchos naturales que había creído fieles al Rey.

Uníase á la desconfianza el odio por haber tenido malísima suerte como militar en sus encuentros con los patriotas; siempre salió derrotado.

El Conde se propuso explotar ese odio y desconfianza presentándose á sus ojos como un baluarte de la integridad nacional.

No escaseaba en sus visitas diarias la pintura de sus méritos y servicios en la guerra de la América del Sur, y era el principal asunto de que se ocupaba Cle-

mentina Montgomery, Matilde y Margarita, las cuales, le decía, habían venido á la Isla con pasaportes falsos y nombres supuestos como agentes de una sociedad secreta que se proponía lograr la independencia. Pintaba á la tímida y virtuosa Clementina como una segunda Theroigne de Mericourt, la bacante de la revolución francesa.

Gradúe Vuestra Excelencia, decía, si son peligrosas esas mujeres en el hecho de que el general Vives mandó levantar partidas para perseguirlas y ofreció mil duros al comandante de la que lograrse la aprehensión y quinientos á cada uno de sus auxiliares.

El General quedó minuciosamente informado del asesinato del Vizconde de Santa María, originado, según le aseguraba, por sus amores adúlteros con Clementina, la cual era una meretriz etc.

El Marqués de los Claveles, á su vez, aprovechaba toda oportunidad para tratar del mismo asunto; de manera que llevaron al ánimo del Procónsul tal prevención contra las tres damas que llegó á creerlas unos abominables monstruos.

Cuando el Conde y el Marqués supieron la inesperada prisión del Capitán don Jorge de Lasheras tuvieron una larga conferencia con Tacón.

La Providencia, le dijo el Conde, favorece la integridad de la patria. Este Capitán Lasheras es un anarquista, baste decir que fué uno de los que asaltaron el palacio real queriendo obligar al Rey á que jurase la Constitución, y que ya había sido complicado en la causa contra Richard, que proyectó secuestrar á Su Magestad en el pasco "El Retiro" y por habérsele presentado dificultades determinó pedirle una audiencia y asesinarlo. Se le concedió la audiencia, se le dejó en-

trar en el palacio, y habiéndosele registrado se le encontró el puñal regicida.

Es verdad que se sobreesayó en esa causa respecto á Lasheras; pero ¿por qué? porque era masón ¡masón, Excelentísimo señor! y los masones interpusieron su influencia para salvarlo.

No olvide Vuestra Excelencia que la comisión militar de Madrid ha condenado á la horca á Lasheras, y que el mismo Rey escribió al general Vives recomendándole que haga expiar sus crímenes á ese malvado, compañero de Achad y Clementina Montgomery.

Sin embargo, dijo el Marqués de los Claveles, como es un anciano inválido y ha pasado tanto tiempo, pudiera conmutársele la pena por la de cadena perpetua. [Recuérdese que Lasheras era pariente de la mujer del Marqués.]

¿Conmutársele? exclamó el Conde: es la primera vez que oigo á un hombre tan entendido y prudente en el consejo, como el dignísimo Marqués de los Claveles, proponer una medida contraria al deseo del difunto Monarca y al bien público. Señor Marqués: ese viejo debe morir cuanto antes.—

Señor Conde, no me opongo á que muera.—

Morirá, dijo Tacón.

El Marqués, cual si quisiera sincerarse de aquel rayo de clemencia que iluminó un instante su espíritu, dijo: Estoy asombrado de la malignidad del médico indio. No sólo es jefe de un complot fraguado para jurar la Constitución, sino reincidente, pues fué cabecilla de una partida de insurrectos en Venezuela. Se le ha encontrado en el bolsillo esta carta, que tengo el honor de poner en manos de Vuestra Excelencia, y que aunque anónima, por eso mismo tiene mayor au-

toridad, pues revela lo grave del asunto cuando su propio autor no se atrevió á firmarla.

¿ Qué dice la carta, señor Marques ? preguntó Tacon.

El Marques leyó el vil anónimo que él mismo había redactado; decía así:

“Achad:

Pronto irá una expedición libertadora á esa Isla. Dime cuál es el mejor punto de desembarque; debe esperarla una partida siquiera de trescientos hombres bien armados. El que designó D. A. no ha sido aceptado por el comité revolucionario.

La contestación la mandarás por conducto de J. O., que va expreso vía de Jamaica; es persona de toda confianza.

El general Sedeño, natural de esa Isla y uno de los más denodados capitanes del ejército de Bolívar, se mueve activamente y cuenta con miles de prosélitos.

Para la salida de la expedición sólo esperamos que regrese de esa el coronel don José Francisco Lemus, jefe militar de la conspiración de los soles y rayos.

El Capitan general será nuestra primera víctima.

No creas que hemos olvidado á nuestros hermanos de Cuba. ¡ Viva la República ! ¡ Muera España !

A. S.

Postdata.

Aquí en Caracas tenemos ya quinientos hombres entre cubanos, colombianos, chilenos, argentinos, peruanos, ecuatorianos y mexicanos.”

En verdad, dijo el Conde, que esa carta constituye una prueba incontestable. ¡ Estar de acuerdo para señalar el punto de desembarque de una expedición de insurgentes ! No puede haber mayor crimen. ¡ Que-

retrastornar el orden! ¡Querer echarnos á nosotros los peninsulares de la Isla! ¡Llamar hermanos á los hijos del país y venir seguramente dispuestos á sacrificar los que de ellos se muestren leales á nuestra sagrada causa!

Y bien, señor Conde, dijo Tacón ¿qué providencias tomamos? El general Ricafort me repitió el día de su partida y me dijo en el de mi llegada, que Vuestra Excelencia lo sacaba de todos los apuros, que tiene Vuestra Excelencia mucha fuerza de iniciativa. Es preciso buscar el hilo de esa conjuración, aprehender á todos los comprometidos, vigilar las costas, desconfiar de los criollos &c.

Ya estoy sobre la pista, dijo el Marqués; no soy de los que duermen cuando la patria está en peligro. Dice la carta: "El punto que designó D. A. no ha sido aceptado por el comité revolucionario." ¿Quién es este D. A? Tengo indicios vehementes de que es el doctor D. Alejandro Montgomery.

Póngalo usted en seguridad inmediatamente, dijo Tacón.

Ya lo está, dijo el Marqués.

¿Qué determina Vuestra Excelencia, añadió, con relación á Achad y al Capitan Lasheras?

¿Qué opina usted, señor Conde, qué debemos hacer con esos traidores? preguntó Tacón.

Respecto al reincidente Achad, dijo el Conde, no puede quedar duda sobre lo que debe hacerse, ahorcarlo. Así lo exige la seguridad de la patria. Respecto al Capitan Lasheras, idem.

Soy del mismo parecer, dijo Tacón.—

¿Y con esas mujeres, ¿qué hacemos? preguntó el Conde.

Me están dando ganas, dijo Tacón, de mandar in-

mediatamente á la horca á doña Clementina. Este país tiene necesidad de ejemplos que causen sensación y veo que esa mujer es un peligro para la integridad de la patria.

Excelentísimo señor, replicó el Conde: suplico á Vuestra Excelencia que no me acuse de débil porque la defienda. Yo también creo que merece la horca; mas quedarán vivas Matilde su hija, y Margarita su prima, esposa de Achad. ¿No sería mejor que fuesen juzgadas las tres en un juicio verbal y sumarísimo, y que sean legalmente sentenciadas á muerte, ó á reclusión perpetua, con pérdida de sus derechos civiles? Observe Vuestra Excelencia que si no precede esa sentencia el Estado no puede incautarse los bienes de esas mujeres. Es verdad que son unas aventureras de vida alegre, insolventes, mas es necesario llenar las fórmulas de la ley.

Al Conde lo que interesaba era que Matilde perdiese sus derechos civiles para cerrarle el paso en la reclamación de los bienes que le correspondían como única y legítima heredera del Marqués del Valle.

Tiene mucha razón el señor Conde, dijo Tacón, serán juzgadas por un consejo de guerra breve y sumarísimo. Elija Vuestra Excelencia, señor Conde, los oficiales que deben constituirlo.

De modo, dijo el Conde, que Achad y el Capitán Lasheras sufrirán la última pena. ¿No sería lo mejor suprimir los tres días de capilla y que se les ahorcase hoy mismo, mediante á que son reos de tanta gravedad?

No me parece mal, contestó Tacón; mas ese es asunto que debe resolverlo la Iglesia. Señor Marqués: presente usted el caso al Ilustrísimo señor Obispo.

El Marqués de los Claveles pasó á ver al Obispo

en nombre del Capitán general: le encareció la conveniencia de ajusticiar sin dilación aquellos dos reos para satisfacer la vindicta pública, y el deseo que abrigaba Su Excelencia de dar ejemplos saludables que moralizan en el país.

El Obispo se negó rotundamente á acceder á lo solicitado; en esos tres días, dijo, pueden ser indultados los reos; pueden arreglar sus cosas terrenales y prepararse con más despacio su alma para el viaje eterno con actos de contrición y de arrepentimiento.

Esta tarde, dijo el Marqués, entrarán en capilla.

Esta tarde, dijo el Obispo, irá un sacerdote á ayudarles á bien morir.

Ilustrísimo señor, dijo el Marqués, quedad con Dios.

El os acompañe, dijo el Obispo.

El Marqués mandó enlutar la capilla y que en ella entrasen los dos reos.

La capilla estaba en el patio del palacio-cárcel y se veía desde los calabozos de Clementina, Margarita, Matilde y el de las señoras Ruvalcaba.

Figúrese el lector las angustias de aquellas infelices.

¡ Cuánta injusticia, cuánto refinamiento de crueldad !

El Conde y el Marqués, ya seguros de la muerte de Achad, se dirigieron á la casa de éste acompañados de dos de los receptores del impuesto sobre el juego, y un herrero descerrajó la cerradura.

Cuando el herrero se retiró, aquellos cuatro bandidos entraron en las habitaciones de Achad. Cada uno de ellos era un eslabón de la gran cadena de ladrones que soportaba la Isla y que rodeando al gobierno se cubría con la túnica impenetrable de la unidad

nacional, en cuyo nombre se han realizado impunemente en Cuba los hechos más inícuos.

La cadena comenzaba en el Conde de la fidelidad, en el cacique, y acaba en los miserables que esparcidos por los campos cobraban los diezmos y primicias, á la manera que hoy andan por todas partes en la Isla los agentes del fisco, unos como cobradores de atrasos. [deudas antiguas á favor del Estado ó del Municipio:] otros como rectificadores del amillaramiento; otros como recaudadores del derecho del timbre; otros investigadores de bienes ocultos, que se ocupan en expurgar los archivos públicos en busca de escrituras de impuestos á favor de las cruzadas, extinguidos regulares y jesuitas; escrituras olvidadas muchas de ellas hace siglos y cuyos censos absorben la propiedad, que el Estado se incauta, si el propietario no efectúa una composición con aquellos vampiros. Otros nombrados por la Curia, cobran ejecutivamente censos de capellanías, que también anulan la propiedad, adquirida por lo común sin conocimiento de tales gravámenes &c.

Estos parásitos no tienen sueldo, arruinan las familias sin beneficio alguno para el Estado, y son verdaderos impulsores de la revolución, siempre latente en la Isla.

Comenzaron el Conde y el Marqués un registro, no en busca de papeles que pudiesen comprometer á Achad, pues les constaba que no los había, sino del oro que se le suponía como fruto de sus ahorros.

Como se ve, el Conde y el Marqués, á pesar de su alta posición social, se rebajaban, por instinto y por hábito, hasta descender á la condición de ladrones vulgares.

Pronto dieron con tres talegos colocados en un

escaparate, cada uno de los cuales tenía mil onzas de oro, ó sean diez y siete mil pesos los tres.

El Marqués, el Conde y sus dos aláteres procedieron á contar esas monedas, y luego que concluyeron, éstos se llevaron los talegos y el Conde les previno avisasen al escribano Callemini para que viniese en el acto con dos testigos.

Mientras venía el escribano el Conde dijo al Marqués: ¿Qué os parece el hombre?

Me parece, dijo el Marqués, un Sancho Panza. Ganas me dan de reir cuando lo veo tan taciturno, con aquel ojo tuerto, aquella nariz tan larga, aquellas arrugas y aquellos espejuelos verdes.

Paréceme, dijo el Conde, que ese viejo nos ha de dejar la batuta. Con tal de que sepa firmar, basta. Nosotros somos y debemos ser los gobernantes. ¿Qué sería sin nosotros la soberanía de España en esta Isla?

¿Qué sería? dijo el Marqués riendo.

Bien sabe Miguel Tacón, dijo el Conde, que será Capitán general hasta el día en que nosotros acordemos que deje el puesto á otro de nuestro agrado.

Llegó el escribano acompañado de dos testigos y dió fe de que en las habitaciones sólo había muebles y papeles insignificantes.

Las puertas de la casa quedaron cerradas y selladas.

Los cincuenta y un mil pesos debían ser repartidos entre el Conde, el Jefe de policía, y es de suponerse que algo darían á los dos agentes.

Cuando se describen acontecimientos en que figuran diversos personajes es imposible dar cuenta á un tiempo de lo que sucede á cada uno; así es que poco hemos dicho del doctor Montgomery.

Apenas tuvo conocimiento de que su hija, su nie-

ta y su sobrina estaban en la cárcel, pasó á verlas y se le dijo que estaban incomunicadas.

El mismo día, exasperado, publicó la siguiente hoja suelta:

“Suplico al público que suspenda su juicio acerca de la prisión de mi hija Clementina

“Me propongo esclarecer los hechos para que se patentice su inocencia.

“Toda la Habana sabe que he pasado quince años de voluntario encierro, separado del trato de los hombres desde el día funesto en que apareció asesinado en la morada de mi hija el Vizconde de Santa María y recayó sobre ella la fea mancha de adúltera y aun de cómplice en ese homicidio. Yo no podía soportar tan gran deshonor.

“Mi hija, horrorizada al ver el ensangrentado cadáver, huyó al extranjero con mi sobrina Margarita; pero hoy que ha vuelto á la Isla y que conozco perfectamente la historia de este acontecimiento y el móvil de todo lo sucedido, ofrezco depurar la verdad, aunque pierda la vida en el empeño, lo cual es probable porque en el asunto juegan cuantiosos intereses y un poder omnímodo.

Alejandro Montgomery.”

Impresión profunda causó en el público esta hoja suelta; comenzó á hacerse luz, á ilustrarse la opinión; y no se hablaba en la Habana de otra cosa que de las maldades del Conde de la fidelidad y el Marqués de los Claveles; todos decían que eran unos ladrones del Estado y del Municipio, que los bienes del Marqués del Valle habían sido usurpados; que á la sombra del espagnolismo oprimían á los hijos del país &c.

El Conde, que se consideraba y era realmente, señor de vidas y haciendas, y que creía que don Miguel

Tacón sería dócil instrumento de sus infamias como lo habían sido Vives y Ricafort, se llenó de cólera al leer la hoja suelta; y cuando al siguiente día el doctor Montgomery fué á la cárcel á enterarse si se había suspendido la incomunicación de su familia, el alcaide lo encerró en un calabozo por orden del Jefe de policía.

¡ Era reo de alta traición !

Aquel día escribió el Marqués el anónimo que leyó á Tacón.

Ya estaban en capilla Achad y el Capitán Lasheras; el segundo fué antes exonerado de su empleo militar.

El inexorable destino había descargado sus iras sobre el infeliz anciano; ¿de qué valían el indulto y el ascenso que le había concedido la Reina regente? Cuando llegaran á noticia del Capitán general ya él estaría en la eternidad.

En el mismo momento en que los reos fueron puestos en capilla, se presentó en la cárcel el Padre Abril, joven cubano que había sido educado por el ilustre Obispo Espada y se distinguía por su talento y sus excelsas virtudes.

El Capitán Lasheras se confesó y comulgó con gran humildad y resignación; se quejó amargamente de las injusticias de que había sido víctima y explicó al Padre Abril sus largos infortunios y el dolor con que dejaba el mundo quedando su nieto condenado á la obscuridad, siendo tan patentes sus derechos como único heredero del título y bienes de su padre el Vizconde de Santa María. ¡ Ay de mi pobre Ricardo ! exclamó: su partida de bautismo, la del matrimonio de mi hija Obdulia y el testamento del Vizconde, todo ha venido á parar á manos del Conde de la fidelidad !.

Recomendad ese asunto á la Providencia, dijo el

Padre Abril. Dios cuidará de que triunfe vuestro nieto.

El Padre Abril se dirigió en seguida á Achad. Hijo mío, le dijo: Vengo á cumplir como humilde siervo de Dios, el deber de prodigaros los auxilios de la religión en el trance más amargo en que puede verse el hombre, amargo si lo miramos bajo el aspecto de horrores que tienen más de aparentes que de reales, dulce si embellecida vuestra alma con el arrepentimiento, os preparais para la vida eterna con la confesión y absolución de vuestros pecados. Vais á comparecer ante el Dios del Sinaí, que dictó las leyes del Decálogo, y es preciso que tengais fe en las promesas contenidas en las Sagradas Escrituras y que perdoneis á los autores de vuestra desgracia. Jesucristo ha dicho: "Amad á vuestros enemigos." Postraos, hijo mío, ante la imagen del Cristo que teneis delante, y medita breves momentos en la pasión y muerte de Aquel que se sacrificó por redimir el linaje humano.

Padre mío, dijo Achad, estoy enterado de vuestra evangélica bondad y admiro el alcance social y moral de la doctrina de que sois apostol; mas yo no puedo reconocer á Cristo con los atributos de la Divinidad; mi Dios es el de mis padres, el sol.

El sol, dijo el Padre Abril, es simplemente una obra de Dios, como lo son los mares, las montañas, los brutos, los peces, las aves, en fin, todo lo creado.

No solo es Dios, replicó Achad, sino que está en todas partes, siempre esparciendo la luz, el calor, la vida. Si se oculta por las noches es en virtud del movimiento de circunvalación de la tierra, es porque ha ido á otras regiones á prodigar sus beneficios, lo mismo al hombre que al sér irracional. El más menudo insecto, la planta más diminuta, el liquen que brota del

polvo de la roca, gozan por igual de su munificencia; para todos nace el día.

Si el sol fuera Dios, como decís, replicó el Padre Abril, tendríais que reconocer la existencia de muchos dioses, porque en el inmenso espacio giran innumerables mundos, cada uno de los cuales tiene su sol.

Desengañaos, Achad, ese gran astro no es más que un cuerpo inerte compuesto de una materia dotada de la facultad lumínica y calorífica. Es verdad que representa un gran papel como centro del sistema planetario conocido; pero esta es una prueba de la existencia y sabiduría de su autor, el Supremo Arquitecto, que arregló con tanto esmero, con tan admirable orden, la máquina del universo.

No me presentéis como un argumento lo benéfico que es el sol á la naturaleza, porque en este caso el aire, por ejemplo, sería también un Dios.

El aire, replicó Achad, sin el sol no sería respirable; el hielo sustituiría al calor y las tinieblas á la luz. ¡Ay del mundo si mi Dios desapareciese! En fin, Padre Abril, inútilmente os empeñáis en arrancar de mi alma mis creencias, con ellas bajaré al sepulcro. Además, uno de mis antepasados no quiso ir al cielo porque se le dijo que allí había españoles y lo mismo digo yo. Mirad como estando inocente he sido traído al último suplicio en esta tierra española.

No seáis injusto, Achad, dijo el Padre Abril. La iniquidad de vuestros jueces no consiste en que son españoles, consiste en que son hombres. Es verdad que hay en Cuba muchos españoles malvados; pero también los hay benéficos y amantes de la justicia; lo mismo sucede en todas partes, y para que no sucediese sería preciso despojar á los hombres de sus pasiones.

Si la fe en Cristo alumbrara vuestra mente al acer-

earse el término de vuestra vida, veríais cuan glorioso es el porvenir del mártir.

Padre, le interrumpió Achad: al despedirme del mundo quiero dedicar mis últimos instantes á mi adorada esposa; deseo hacer mi testamento.

En el acto, dijo el Padre, sereis complacido. ¡ Oh hijo mío ! Dejais mi alma penetrada de un dolor profundo: meditad, meditad; aun puede suceder que un rayo de la clemencia divina os dé á conocer la senda de vuestra salvación.

El Padre Abril dió aviso al alcaide de que Achad quería ordenar sus cosas terrenales y fué llamado un escribano.

Instituyó por heredera á su esposa doña Margarita Montgomery, y declaró por sus bienes cincuenta y un mil pesos oro que tenía en su habitación; donó su biblioteca á la Sociedad Económica de amigos del país, y condonó todo lo que le adeudaban sus clientes.

El Padre Abril dió parte al Ilustrísimo Obispo de la Diócesis de que Achad se negaba á la confesión y que rehusaba hacerse cristiano.

Al otro día apareció en la "Gaceta de Gobierno" lo siguiente, escrito por el Conde de la fidelidad: "El médico indio, Achad, que está en capilla y será ahorcado en castigo de sus maldades, quiere morir como un réprobo. Infructuosas han sido las exhortaciones del elocuente Padre Abril. Este conspirador, este bandido, no sólo se ha negado á recibir los auxilios de la Iglesia sino que ha hecho escarnio de nuestro Señor Jesucristo y ha negado su divinidad. Nunca se ha aplicado la pena de muerte con más razón que esta vez. Dios perdone á Achad sus muchos crímenes y su impiedad."

CAPITULO XXI.

UN HOMBRE DE BIEN EN PALACIO.

Dos días después, á las cuatro de la tarde, entró en el palacio de gobierno el Mariscal de campo don Luis Ordoñez.

Recibiólo con gran afabilidad el General Tacón, como que eran amigos desde la infancia, nacidos y criados en Cartagena de Levante.

Estoy hace un mes, le dijo Ordoñez, en los Estados Unidos desempeñando una comisión de nuestro gobierno y he venido de incógnito expreso á hacerte rápidamente una visita y á ver á mis dos hermanos, que están establecidos en el comercio de esta ciudad. La Providencia parece que me ha guiado, pues llego oportunamente para impedir que cometas una gran injusticia.—

¡ Una gran injusticia !—

Sí, está en capilla el médico indio Achad, el hombre más virtuoso y benéfico que he conocido, y lo está por sugerencias del más perverso, el Conde de la fidelidad.

El Conde de la fidelidad, dijo Tacón, es un español de lealtad comprobada. Lo aborrece el país porque no transige con los enemigos de la nacionalidad, porque es lo que llamamos un buen español.

Cuan equivocado estás, dijo Ordoñez.

Refirióle lo acontecido en el campamento del Orinoco, y concluyó diciendo que el mismo Conde siendo jefe del cuartel de instrucción y enganche situado en

las márgenes de aquel río había participado al general Morales y éste al Rey el eminente servicio que había prestado Achad. Por consecuencia de esa comunicación recayó una real orden premiándosele con el título de Doctor en medicina y cirugía y doscientos pesos mensuales de sueldo. No se dió cumplimiento á la real orden, dijo, porque evacuamos á Venezuela; pero se publicó en la "Gaceta de Madrid" el año de 1823. Miguel: respondo de la inocencia de Achad.

Tacón tocó el timbre, vino un ayudante y le previno que inmediatamente un empleado de la secretaría examinase la colección de la "Gaceta de Madrid" del mencionado año y le trajese la real orden citada por Ordoñez.

A los pocos momentos vino el Secretario con la Gaceta: el general leyó la real orden y dijo: Estudiaré este asunto con la brevedad que el caso exige, pues mañana se cumplen los tres días de capilla. Yo tengo facultades para no dar cumplimiento á las reales disposiciones cuando las crea inconvenientes al mejor servicio de Su Magestad. Achad fué cabecilla de una partida de insurgentes en Venezuela, y además, bien pudo ser fiel al Rey y ser ahora un traidor. No me fío ni del blanco, ni del negro, ni del indio, ni del mulato, ni del mestizo, con tal que hayan nacido en América; aquí hasta las piedras son insurgentes.

Achad, añadió Tacón, sufrirá el condigno castigo, que yo no he de quebrantar la ley sino cuando sea en provecho de España, y jamás, jamás, para salvar la vida á un insurrecto.

El país en que el hombre nace, dijo Ordoñez, no fija sus ideas: en una nación, en una ciudad ¿qué digo? en una aldea, en el seno de una familia, no todos piensan del mismo modo. Los jefes más distinguidos y leales

de nuestro ejército en las guerras de Venezuela, Perú &, han sido americanos, y peninsulares muchos que nos han vuelto la espalda, unos por ser consecuentes con sus principios políticos anteponiéndolos á la idea de la patria, otros por traición. El general Mina y Espoz, peninsular, fué el primero que dió el grito de independencia en México, y lo hizo por amor á la libertad. El Almirante Villegas se dirigió expreso á Guayaquil á entregar por una suma la escuadra española del Pacífico al Gobierno de Bolívar: él y la oficialidad eran peninsulares y lo eran todos los tripulantes de los buques.

En España nacieron don Pelayo y el Conde don Julián; Guzmán el Bueno y don Oppas.

Los americanos, dijo Tacón, nos aborrecen, nos quieren echar de todo el Continente. ¿Con qué derecho, si somos los dueños?

No nos aborrecerían, dijo Ordóñez, si hubiese sido otra nuestra conducta. ¿Cuándo hemos oído sus quejas? ¿Cuándo les hemos dejado intervenir en la administración de sus propios intereses?

El lema de España ha sido: "Todo para la Metrópoli, nada para las colonias."

He aquí el de Inglaterra: "Todo para la Metrópoli y las colonias."

Hemos convertido en realidad la ingeniosa fábula de la gallina de los huevos de oro.

En lo político han estado los americanos sujetos al tutelaje de las leyes de Indias sin que se cumpliesen las que de ellas algo mejoraban su situación; les hemos negado los derechos inherentes á la existencia y bienestar de sociedades numerosas, ricas y cultas; en lo económico, hemos cerrado todos los puertos al comercio extranjero aniquilando el aliento vivificador de la industria y abriendo el campo al contrabando.

El Acta de navegación de Cromwell ha dado á Inglaterra por resultado final el empobrecimiento y la pérdida de sus colonias de América, hoy tan ricas y felices, y de nada nos ha servido el ejemplo; somos eminentemente monopolistas.

En 1818 se concedió á esta Isla el libre tráfico con todas las naciones, y ya ves como en los pocos años que han transcurrido se nota en ella un asombroso progreso. La libertad es el fluido de la vida del cuerpo social: á su impulso brillan las ciencias y las artes, florece la agricultura, prospera el comercio, se generaliza el sentimiento de lo justo, y el hombre adquiere la conciencia de su dignidad y su grandeza.

Hemos fundado nuestro poder en el sable, y la esclavitud personal del negro; no en leyes benéficas, no en la justicia, no en el interés recíproco de la colonia y la metrópoli, y hemos derramado sin misericordia la sangre de los pueblos por la más leve tendencia á la libertad.

La tiranía es una planta venenosa, que en las colonias da la muerte al gobierno que la siembra."

El semblante apergaminado de Tacón se puso livido: movíase el déspota de un lado á otro, como si el sillón donde estaba sentado tuviese espinas."

Notólo Ordoñez y le dijo: ¿Te desagrada lo que estoy diciendo?

Nó, nó, contestó el tirano. Sigue, sigue.

Ordoñez prosiguió: Aun cuando Achad sea culpable, te aconsejo, Miguel, que interpongas la clemencia. Defender la libertad de la patria es tan hermoso, tan natural, tan propio de las almas bien templadas! ¿Por qué hemos de considerar como un delito imperdonable lo que á nosotros tanto nos envanece? ¿No tenemos á mano los beneficios para amortiguar el espí-

ritu revolucionario, llama que jamás se apaga con sangre ?

El extremado rigor nos ha dado en todas las épocas de nuestra historia funestísimos resultados: por él llevamos perdida la gran herencia de Colón; aunque es verdad que ella pertenece, no á nosotros, como tú crees, sino á los primitivos habitantes, á quienes puso Dios en estas tierras; y en su defecto á los descendientes de los conquistadores, es decir, á los descendientes de aquellos que vinieron á poblar, ocuparon el suelo, lo cultivaron y fundaron colectividades civiles.

Todos los hombres, sin embargo, vengan de donde vinieren, pueden ser partícipes de la herencia en medio de la paz y la prosperidad.

Si en lugar del indocto y sanguinario Morillo hubiese enviado el Rey á este Continente un político hábil, de ideas conciliadoras, portador de reformas libérrimas, los pueblos en muchos años no hubieran resuelto sacrificarse antes que soportar tanta expoliación, tanto agravio, tantas crueldades; pero ¡ay! no hemos tenido, ni tenemos, un hombre de Estado previsor que se anticipe á los acontecimientos, que estudie la marcha de las sociedades y haga irradiar en la frente de la patria la gloria de haber contribuido al progreso y bienestar del género humano.

La gran gloria de Inglaterra es haber fundado los Estados Unidos, á los cuales enseñó las tranquilas prácticas de la libertad para que en su día las ejercitasen.

Nos ha sucedido en América lo que nos sucedió en los Países Bajos: no se oyeron sus respetuosas reclamaciones; se les negaron las reformas que con tanta razón pedían, y Felipe II mandó á gobernarlos nada menos que al terrible Duque de Alba.

El Duque sació inmediatamente sus instintos fero-

ces y dió principio á su obra de exterminio con el asesinato jurídico de los Condes de Horsa y de Edmongt, el de Edmongt á quien España era deudora de los laureles de San Quintín.

El patíbulo apareció en todas las ciudades y la sangre derramada fertilizó, como sucede siempre, el campo de la revolución y dió partidarios á Guillermo y Mauricio de Oranje.

Esta guerra de los Países Bajos fué el principio de la decadencia de España, en tanto grado que Felipe II, exhausto de recursos, á pesar del oro de América, declaró la nación en estado de bancarrota, arruinó los bancos y fuertes casas de comercio españolas y extranjeras que le habían facilitado fondos, y diezmó la juventud. ¡ Sólo en el sitio de Ostendé perecieron ochenta mil de nuestros soldados ! ¡ Oh Dios ! ¿ Nada valen las vidas de los españoles prodigadas en unas guerras que han podido evitarse ?

No quiso Felipe II conceder reformas, no quiso ser humano. Pues bien: su hijo Felipe III, á quien legó un Imperio en que no se ponía el sol, se vió en el caso de tratar de potencia á potencia con los rebeldes, estipulando una suspensión de armas por doce años, durante los cuales serían tratadas las Provincias Unidas, insurreccionadas, como nación soberana. Obró prudentísimamente salvando á España de mayores males.

Vencido el plazo continuó la guerra. ¡ Cuánta obcecación ! hasta que Felipe IV reconoció definitivamente la independencia.

He aquí que los mendigos, pescadores de arenques, como se llamaba á los insurrectos, pudieron más que Felipe II, Felipe III y Felipe IV. Es que los pueblos cuando luchan por su libertad son invencibles.

¿ No lo probó España en la guerra contra Napoleón I ? ¿ No lo acababan de probar los Americanos ? ¿ No lo probaron los pocos de nuestros heroicos padres que reunidos con don Pelayo en la cueva de Covadonga juraron morir en defensa de la patria, desafiando el inmenso poder sarraceno ?

Mil veces durante ocho siglos, pareció que sucumbía la Cruz ante la Media luna; mas las guerras de independencia nunca finalizan sino con el triunfo; se renuevan como el ave fenix.

La fuerza bruta jamás mata las ideas.

Es preciso dejar que las colonias, respetando la soberanía nacional, se gobiernen por sí mismas, como les parezca mejor; es preciso tratarlas con bondad; es este el único medio de prolongar su adherencia á la patria madre.

Cuando esto no sucede, cuando se toman por norma el rigor y la explotación; cuando se quebrantan los eternos principios de la justicia y la moral, llega forzosamente el periodo del descontento, cada vez más vivo, y es indispensable la presencia de un numeroso ejército para apuntalar la vacilante fidelidad de las colonias. Como las bayonetas son tan caras, el malestar se duplica á medida que crece el impuesto para sostenerlas, las colonias son una carga insostenible, el Estado se arruina y al fin viene por ley ineludible la rotura de los lazos de unión.

Aparecen entonces varias entidades políticas independientes. Si aparecen las nuevas naciones y son reconocidas tras una corta guerra, como ha sucedido á los Estados Unidos; ó sin ella, como acaba de efectuarlo el Imperio del Brasil, la Metrópoli saca provechos con creces por medio de ventajosos tratados. Esta verdad es incontestable; pruébalo Inglaterra, que hoy cifra

su mayor riqueza en sus relaciones comerciales con los Estados Unidos.

Nosotros no hemos querido reconocer la independencia de las naciones hispano-americanas y hemos sacrificado los intereses de los españoles residentes en ellas y nuestro comercio con tan poderosos mercados. El Rey Fernando tuvo consejeros muy torpes, muy torpes ! Dios ilumine á los de su viuda.

¿ Piensan los políticos miopes en la reversión de nuestros derechos sobre esos pueblos, piensan en la dominación perpetua ? Esto supone el desconocimiento de la Historia: jamás ha existido la dominación perpetua, ni existirá, y menos aún bajo el poder del sable. No la alcanzaron ni los Imperios del Asia, ni el de Macedonia, ni Roma, señora del mundo.

Nada hay perpetuo en el planeta.

Los pueblos tienen, al igual de los hombres, infancia, juventud, decrepitud y muerte.

Los brutos del bosque, los pájaros que hienden el aire, los peces que recorren los mares, todos, todos, se emancipan en la edad adulta. Esto es lo que enseña la naturaleza.

El deber de las metrópolis para con las colonias es prepararlas para que lleguen á ser naciones prósperas y venturosas.

La sangre es un elemento revolucionario.

La Isla de Cuba, que por su vasta extensión parece un Continente; colocada en medio de pueblos libres, llave del Golfo Mexicano y situada entre los dos grandes mares el Atlántico y el Pacífico, y en las puertas de la poderosa Confederación Americana, de la que dista siete horas, será tarde ó temprano una República. Ya se notan sus aspiraciones á la independencia, aspiraciones á las cuales comunicamos el aliento de la justicia

con nuestro vetusto sistema opresivo, como si quisiésemos anticipar ese acontecimiento, ya escrito en el libro del Destino.

Tacón no pudo reprimirse un instante más: las canales de su fea y pálida cara, formadas entre arruga y arruga, se pusieron rojas y brilló su ojo como un áscua de fuego.

Fijando su iracunda mirada en Ordoñez, exclamó: Señor Mariscal de campo: lo he dejado hablar libremente porque deseaba conocer sus ideas: son todas subversivas. Usía ha olvidado que está hablando con el Capitan general de la Isla de Cuba.

Excelentísimo señor Capitan general de la Isla de Cuba, dijo Ordoñez: dispense Vuestra Excelencia que haya empleado el lenguaje de la verdad; creí que me dirigía en conversación privada al caballero, al amigo de la infancia.

Yo tengo, señor Mariscal de campo, dijo Tacón, facultades omnímodas: puedo mandar á Usía á España bajo partida de registro, y puedo hasta disponer, si me place, que en el acto se le den cuatro balazos por ser enemigo de la nación y de las instituciones.

Excelentísimo señor Capitan general de la Isla de Cuba, dijo Ordoñez con entereza, á un militar español no se le intimida con amenazas. Ya sé que tiene Vuestra Excelencia esas terribles facultades. En setecientos años de república, Roma tuvo varios Dictadores; pero sólo en los momentos de supremo peligro para la patria, y Vuestra Excelencia es Dictador á perpetuidad. Todo lo puede en esta desventurada Isla, y cosas peores que las que me anuncia hicieron Calígula y Nerón; mas no podrá Vuestra Excelencia con todo su poder quitar un átomo al peso de mis razonamientos.

El militar español, dijo Tacón, no raciocina, ni en-

tiende de historias. Yo soy el general más antiguo del ejército y ahora llego á saber que los Países Bajos pertenecieron á España, ni me ha hecho falta saberlo.—

Le pertenecieron, lo propio que Portugal, Nápoles, Sicilia etc., y en todas partes hemos fracasado, debido á nuestro pésimo sistema de gobierno; y si no cambia de rumbos la política española, esta Isla, último girón de nuestro Imperio en América, no tardará en revolucionarse una y cien veces hasta hacerse independiente.

Señor Mariscal de campo, dijo Tacón muy exaltado, abórreme por más tiempo el suplicio de oírle y de reprimirme.

Excelentísimo señor Capitan general de la Isla de Cuba, dijo Ordoñez, dentro de una hora salgo para New-York, sírvase darme sus órdenes. Quede Vuestra Excelencia con Dios.—

Adios, señor Mariscal de campo.

Cuando Ordoñez hubo traspasado el umbral del salón, el Proconsul dijo, como si le dirigiese la palabra: ¡Charlatán, insurgente, traidor! Debieras haber militado en las filas de Simón Bolívar.

Ordoñez á su vez iba diciendo para sí: “He hecho una obra de caridad dando una lección de Historia y de administración colonial á ese estúpido. ¡Pobre pueblo cubano! te hallas en las garras de un tigre.

A poco de haberse despedido Ordoñez entró el Conde de la fidelidad.

Mi General, dijo, saludo á Vuestra Excelencia y le felicito por haber recobrado la salud tan de veras que lo demuestra su semblante, de un rosado subido.

Gracias, señor Conde.—

Seré breve, pues veo que abruma á Vuestra Excelencia numerosas atenciones. Vengo á recomendarle dos sujetos meritísimos: el sargento de rurales don Di-

mas Alicante y don Cipriano Cigarrón. El primero ha prestado y sigue prestando importantes servicios; á él se debe la prisión de Clementina Montgomery, su hermana y su hija, y es un defensor acérrimo de la integridad nacional; justo es nombrarle teniente. El segundo, el señor Cigarrón, está indicado por su honradez y su inteligencia para el puesto de administrador de la aduana. Ocupa actualmente ese cargo un criollo, hechura, por supuesto, de otro criollo, el Intendente general de Hacienda don Claudio Martínez de Pinillos. Este se precia de organizador del ramo y tiene alucinado al gobierno de Su Magestad con los ocho ó diez millones de pesos del superavit que remite á España todos los años; mas es un insurgente disfrazado de realista, un hombre peligroso para la integridad de la patria. No hay duda: todo criollo es enemigo de España.

Quedareis servido, señor Conde, contestó Tacón. Don Dimas Alicante obtendrá el ascenso, y trataré de remover, de acuerdo con el Intendente, al administrador de la aduana, y que en calidad de interino desempeñe ese cargo el señor Cigarrón, á quien propondré como administrador propietario al gobierno supremo. Creo que tiene Vuestra Excelencia razón en el concepto que ha formado de Pinillos; pienso solicitar su deposición; es un insurrecto vergonzante.

El Conde encontraba un obstáculo para sus fraudulentas operaciones comerciales en los rígidos principios de Pinillos, que era un notable y honrado hacendista, y había colocado de administrador de la aduana á un individuo de su confianza, probo y celoso del cumplimiento de sus deberes.

El Conde se dirigió en el acto á la jefatura de policía á participar al Marqués de los Claveles el buen éxito que había alcanzado en su entrevista con el Ca-

pitán general. Los dos tenían en la Habana almacenes de ropa, de víveres, de efectos de ferretería &c, y les importaba en gran manera que pasasen sus contrabandos libremente por la aduana.

Aquella noche, por una feliz casualidad, llegó el correo de España trayendo una real orden en que declaraba la Reina regente exento de toda culpa al Capitán don Jorge de Lasheras en vista de que se le había condenado por una equivocación de nombres que sufrió la comisión militar; y atendiendo á que si no se le hubiese interrumpido en su carrera estaría en uno de los más altos puestos de la milicia, Su Magestad, decía la real orden, había tenido á bien nombrarle general de brigada, y disponer que como tal se le pagasen íntegros sus sueldos atrasados.

La Reina había complacido al Duque de Wellington; mas era muy dudoso que Tacón cumpliese la real orden: estaba persuadido, por sugerencias del Conde de la fidelidad y del Marques de los Claveles, de que corría peligro la tranquilidad de la Isla si no sacrificaba á Lasheras y Achad.

Era el Proconsul un hombre muy ignorante, caprichoso y terco, que creía infalibles sus juicios: no oía razones y despreciaba las leyes. Si tímidamente se le hacía alguna observación, exclamaba: "el Gobierno jamás se equivoca." [Palabras textuales.]

Cuando disponía arbitrariamente de la vida y la propiedad de los ciudadanos se guiaba por la primera impresión, no se detenía en las fórmulas, y sus improvisados decretos herían como el rayo de Jove, lo mismo al criminal que al inocente á quien señalaba el dedo de la calumnia.

Ni una sola vez se mostró compasivo; podía decir-

se que el hielo de los años había petrificado su corazón.

Sin embargo, en el fondo de todo se descubría el noble deseo de la morigeración de las costumbres públicas y de promover el progreso material.

CAPITULO XXII.

EL GRAN NOVENARIO DEL ARCANGEL.

PERIODO DEL TERROR.

En la madrugada siguiente, Tacón, acompañado de un oficial y de veinte lanceros, salió al campo en dirección al cafetal Mariana. Era el quinto día del gran novenario de José Bárbaro. Este infeliz estaba boca abajo, atado por las manos y los pies con cordeles asegurados en cuatro postes de madera clavados en la tierra. Se hallaba pestífero.

Se le había conducido en brazos porque no podía moverse, como que llevaba recibidos cuatrocientos azotes, cien cada día, dados por dos robustos negros con un fuste de cuero, que tenía la punta metálica.

Delante de José estaba don Wenceslao, quien le dijo: Negro: declara quiénes fueron tus cómplices en haber preparado el escondrijo de esas malditas mujeres en la Sierra encantada.

El Orangutan no contestó.

Don Wenceslao exclamó: ¿Esas tenemos? Hasta ahora has negado y ahora no respondes. Basilio, Bembenuto, dad principio.

Los dos atletas dejaron caer el cuero en la carnes de José, mejor dicho, en los huesos, pues ya las carnes estaban destrozadas y putrefactas. El suelo se hallaba cubierto de sangre seca, y lo que salía era agua sangui-nolenta, negruzca, mezclada con el pus.

José comenzó á delirar diciendo con voz algo fuerte por efecto de la excitación febril: “Estoy muy agradecido del librero.... me he hecho cargo de todos los cobros y me ha duplicado el sueldo.... ay ! ay ! ay !”

Los azotes continuaban sin intermitencia y lo mismo el delirio: “Virginia, Virginia, decía, no me abandones.... Ven.... ven.... ampárame, angel mío. Ay ! ay ! ay ! El Doctor dice que te hallas muy grave; él no sabe que estás en mi casita. Ay ! ay ! ay !”

En este instante llegó el general Tacón.

José en un movimiento convulsivo, con fuerzas increíbles en aquel estado de postración, estiró los brazos y las piernas, hizo crujir y dilatarse los cuatro cordeles que lo sujetaban, alzó la cabeza, fijó su mirada en el cielo y dijo con voz clara y penetrante: “Dios mío: yo los perdono.... Señor: yo diré como tú en el Gólgota: en tus manos pongo mi espíritu.”

Dijo estas palabras y espiró.

El General dirigiéndose á don Wenceslao, le dijo: Habeis asesinado á ese negro; quedais preso.—

He cumplido órdenes superiores.—

¿De quién?—

Del Excelentísimo señor Conde de la fidelidad.—

Tacón dijo al oficial de la escolta: Mande usted á ese hombre á la cárcel custodiado por dos lanceros.

El Oficial designó los lanceros y uno de ellos dijo: Hola, paisano: eche á andar delante.

Excelentísimo señor, dijo don Wenceslao, suplico á Vuestra Excelencia me conceda un cuarto de hora de espera para dar mis instrucciones al mayordomo, á fin de que no queden abandonados los intereses que están á mi cargo, y le suplico también me permita ir en mi caballo.

Tacón accedió á ambas cosas, y preguntó á Bembenuto y Basilio si había otros esclavos preparados para igual castigo.

No señor, contestó Basilio: el negro Pajarito declaró y no fué necesario completar el novenario del arcángel; no es esclavo, señor.

¿Dónde está Pajarito? preguntó el General.

Lleváronle los negros á la pieza donde estaba en el cepo.

Mandó Tacón que se le pusiese en libertad y montando en su caballo se dirigió á escape á la Habana.

Cuando llegó, [serían las nueve de la mañana], ya en cumplimiento de sus órdenes aparecían dos horcas frente al palacio de gobierno. Una inmensa multitud se remolineaba en la Plaza de armas y calles inmediatas: el vulgo, siempre cruel en todos los países, esperaba impaciente el sacrificio del Capitan Lasheras y de Achad.

Los portales del palacio, el zaguán, los corredores interiores y los entresuelos donde se hallaba la jefatura de policía, estaban ocupados por numerosas mesas en cada una de las cuales había un oficial del ejército ó un sargento y un escribiente.

Todos aquellos oficiales y sargentos estaban examinando los sumarios formados en secreto por los agentes de la autoridad.

La policía había sido removida, y la nueva se movía con una actividad vertiginosa.

Los vecinos eran reducidos á prisión por docenas: á unos se les juzgaba por vagos y mal entretenidos, á otros por papelistas y pica-pleitos; á otros por desafectos al gobierno etc.

Había en aquel tiempo en la Isla muchos peninsulares partidarios de don Carlos de Borbón, hermano de don Fernando, quien desconociendo los derechos al trono de la Princesa de Asturias doña Isabel II, proclamada Reina por las cortes, tenía ensangrentado el suelo español con una guerra civil cuyos horrores exceden á toda ponderación.

A los acusados se les aprehendía cuando la policía había levantado una información sobre su modo de pensar, su vida pasada, sus medios de subsistencia y sus hechos. "El Corneta Clemente Díaz fué condenado á dos años de presidio por su afición á leer periódicos." (Calcagno, Diccionario biográfico.)

El cómico y fecundo versificador don Francisco Poveda, por haber declamado con calor en el drama "La vida es sueño" la relación que pone Calderón de la Barca en boca de Segismundo, lamentándose de su falta de libertad, fué inmediatamente preso, estuvo mucho tiempo en la cárcel y salió bien librado, pues no se le mandó á partir piedras.

El tirano ordenó al censor de teatros que donde quiera que apareciese la palabra "libertad" pusiese "lealtad;" de modo que donde el gran Calderón escribió:

"¡ Y yo con más albedrío
tengo menos libertad !"

Decían los cómicos:

"¡ Y yo con más albedrío
tengo menos lealtad !"

No sólo quedaba quebrantado el sentido, sino trituradas esas inmortales décimas, las perlas más preciosas del teatro español.

La información inquisitorial venía á manos del oficial ó el sargento, ante quien era conducido el sindicado.

El sargento, por ejemplo, le preguntaba: ¿cómo se llama usted, de dónde es natural, qué edad tiene y cuál es su profesión?

Me llamo Fulano de tal, soy natural de Güipuscoa, de 33 años y dependiente de una tienda de víveres situada en la calle tal número tanto.

¿Qué tiempo hace que está usted en esta Isla?—

Cinco años.

Su declaración concuerda, decía el sargento, con lo que aparece en el sumario: es usted el mismo á quien se acusa de ser carlista.

Yo, señor Sargento, decía el acusado, jamás he sido carlista; al contrario, soy isabelino.—

Está comprobado por dos declaraciones contestes, decía el sargento, que es usted partidario de don Carlos, de cuyos derechos al trono ha hablado usted con entusiasmo, y el hecho de haber nacido en las rebeldes provincias Vascongadas confirma la certeza de esta acusación. Todos los vascongados son revolucionarios, enemigos de la Reina, y defensores, como ellos dicen, de sus fueros y de la religión. Está usted condenado á dos años de presidio por traidor.

Señor, exclamaba el acusado: estoy inocente; dígnese usted permitirme que me oiga el Excelentísimo señor Capitan general.

Su Excelencia el Capitan general, dijo el sargento con cierta iracundia, como si se viese contrariado, no da

audiencia á los enemigos de la patria. Marche usted á su destino. Ea! conducidle.

En el acto llevaban al infeliz á una pieza interior donde un cabo y dos soldados esperaban á los sentenciados. Lo despojaban de sus vestidos y le obligaban á ponerse el traje ignominioso del presidiario. Si hacía la más leve resistencia el cabo ordenaba que se le pusiese el *ramal y grillete*. En seguida se le llevaba á la cantera de San Lázaro y se le entregaba al capataz de una cuadrilla, quien ponía en sus manos una mandarina y lo mandaba á romper las rocas, ó á partir piedras en las calles. Si se negaba al trabajo, ó trabajaba poco, el capataz le daba de palos.

Es una cosa admirable que Taeón fuese furiosamente adicto al absolutismo en la Península y enemigo encarnizado de los carlistas. En nuestro concepto carecía de opinión; lo único que le dominaba era el odio á los criollos, originado, como dejamos dicho, por sus continuos descalabros en la guerra de la América del Sur, á sí es que á pesar de perseguir á los partidarios de don Carlos, no tardó en cimentar vilmente la funesta política de pasiones en la Isla, trazando una línea divisoria entre insulares y peninsulares, es decir, entre hijos, padres, hermanos y amigos.

Desde el primer día de su mando quedó inaugurado el sistema del terror. Nadie se consideraba seguro en su casa y numerosos sugetos honrados y pacíficos sufrieron la vergüenza del presidio, ó las penas del destierro.

Bastaba una delación anónima para perder á un hombre. Fué aquel un periodo igual al de Tiberio en Roma, descrito por Tácito: todas eran venganzas, zozobras de las familias, lágrimas, lamentos, desesperación.

A poco de estar el Capitán general en palacio vino á conferenciar con él el Conde de la fidelidad, quien al ver las dos horcas sintió el mayor placer. En ellas, pensó, van á pagar el Capitán Lasheras y Achad la protección que han dispensado á Clementina. Este alarde que hace Tacón de su severidad para con mis enemigos es un medio de que se vale para tenerme grato.

Henchido de vanidad atravesó el zaguán por entre las mesas, sin saludar á persona alguna, y penetró en la sala donde estaba el Procónsul sentado en un rico sillón; el retrato de la regente del reino doña María Cristina aparecía detrás de Su Excelencia, bajo un dosel de damasco rojo; y dos sargentos, de estatura gigante y descomunales bigotes estaban de pié, inmóviles, á uno y otro lado del dosel; parecían dos estatuas.

Desagradó á Tacón que el Conde, infringiendo el ceremonial de sostumbra, entrase sin anunciarse, mas disimuló su disgusto.

El Conde, tomando asiento con familiaridad, dijo: Saludo afectuosamente á Vuestra Excelencia.—

Seais bien venido, señor Conde.—

“Vengo, dijo el Conde, á participar á Vuestra Excelencia que he cumplido exactamente la comisión con que se sirvió honrarme. Constituido hoy el consejo de guerra verbal y sumarísimo, ha dado su fallo condenando á ser ahorcadas doña Clementina Montgomery y su hija doña Matilde por el delito, entre otros, de alta traición, comprobado como está que eran cómplices en la conjuración de Achad. Don Alejandro Montgomery irá á las islas Chafarinas, por toda la vida, y lo mismo doña Margarita Montgomery. Se ha sobreseído respecto á las señoras Ruvalcaba y Otomaco. El fiscal ha sido el alférez de milicias disciplinadas Licenciado don Marcelino Rengifo, modesto y eminente médico.

Ha presentado una luminosa acusación en que resplandecen la justa severidad de la ley y los sentimientos benéficos, pues á par que pidió el último suplicio para esas mujeres, tan peligrosas á la integridad nacional, y una pena proporcionada para el doctor Montgomery, acompañará á éste su sobrina doña Margarita para que le atienda y cuide mediante á que es un anciano achacoso. El Estado se incautará los bienes de doña Clementina, doña Matilde y los del doctor Montgomery, pues su confiscación es una consecuencia necesaria de su atroz delito. Por último, aunque las señoras Ruvalcaba, según la convicción moral, conocían y apoyaban los planes revolucionarios de Achad y eran receptoras de bandidos, no está plenamente comprobado, por lo que el señor Fiscal ha pedido el sobreseimiento, atendiendo también á su avanzada edad. Igualmente se ha sobreseido tocante á Otamaco, hombre vulgar, que estaba al servicio del traidor Achad.

“El Consejo aprobó por unanimidad el razonado parecer del señor Fiscal, quien ha dado una prueba de ser un buen español, celoso de la integridad de la patria. Solo resta que Vuestra Excelencia apruebe la sentencia para que sea ejecutada, y que designe el buque de guerra en que deben ser trasportados á Cádiz y de allí á las Chafarinas el doctor Montgomery y doña Margarita.

“Usando de las facultades de que me hallo investido, indico á Vuestra Excelencia que es conveniente poner hoy en capilla á doña Clementina y doña Matilde.

“Felicito á Vuestra Excelencia, Excelentísimo señor, por el feliz resultado de este sumario, porque así vamos extirpando de la Isla los elementos disolventes,

que nos tienen á los leales españoles en continuo sobresalto. He aquí la sentencia y todo lo actuado.”

El Conde entregó al General un expediente, compuesto de cuatro folios, y agregó: Me resta, Excelentísimo señor, recomendar á Vuestra Excelencia el noble patriotismo del Licenciado D. Marcelino Rengifo, que ha prestado este servicio sin más interés que el de salvar, como buen español, la integridad nacional. Se le ha calumniado diciéndose que no es médico, que usa un título falso y un nombre supuesto, y yo tengo empeño en que sus calumniadores sufran el merecido castigo y que el público sepa que Vuestra Excelencia reconoce su mérito.

Tacón, tomando el expediente, dijo: dejo en mi poder el sumario para resolver lo que me parezca justo, y me ocuparé de su protegido el Licenciado Rengifo.

Olvidábase, Excelentísimo señor, dijo el Conde, el punto más interesante de esta sentencia, y sobre el cual llamo la atención de Vuestra Excelencia.—

¿Cuál, señor Conde? preguntó el General.—

La confiscación de bienes del doctor Montgomery: se calcula que posee ese cubano insurrecto cinco millones de duros, que ahora ingresarán en los fondos del Estado. Es urgente nombrar depositario administrador de esos bienes, y ya tengo pensado proponer á Vuestra Excelencia un sugeto que se distingue por su honradez.

El Conde imitó, parodió, la necesidad del Primer Ministro de España don Gaspar de Guzmán, Conde-Duque de Olivares: se había insurreccionado Portugal y expulsado á los españoles, y el Conde-Duque dijo á Felipe IV: “El Duque de Braganza ha cometido la locura de coronarse Rey de Portugal; pero ello proporciona á Vuestra Magestad una confiscación de once millones.”

Póngase remedio, dijo el Rey.

¿Remedio? Portugal se hizo independiente.

¡Vaya que los hombres de Estado de España han tenido y tienen gran previsión!

Lo peor es que de nada le sirven las lecciones de la Historia, de esa maestra de los hombres, como la llama Cicerón. Aun en la actualidad, en la reciente guerra de diez años en Cuba, se decretó el embargo y confiscación de bienes de los insurrectos y de muchos que no lo eran, por meras sospechas; quedó arruinada la riqueza pública de la Isla, los burócratas enriquecidos, en la miseria las inocentes familias, la idea revolucionaria echó raíces; y á la vuelta de la paz, que solo fué posible mediante la capitulación del Zanjón, llevada á cabo por el militar más activo y político más hábil de España, el general don Arsenio Martínez del Campo, se halló el Estado sin un centavo en sus arcas como producto de esa infame medida otomana y con numerosas reclamaciones de naturales y extranjeros. Se eludió el pago con interminables trámites oficinescos; pero esto ha sido á espensas de la dignidad de la nación, cuyo poderío en la ilustrada colonia, colocada en medio de una pléyade de pueblos libres, ha debido cifrarse muy especialmente en el respeto á los principios de justicia.

El Conde se despidió y los dos sargentos lo siguieron.

Bajaron los tres las escaleras, y al tocar el suelo, el Conde dió algunos pasos hacia la calle.

Uno de los sargentos le dijo, levantando el brazo é indicándole el patio: Por allí no, por acá.

¿A dónde vamos? preguntó el Conde.

Vuestra Excelencia á un calabozo, contestó el sargento.

El Conde bajó la cabeza y siguió con los sargentos.

En el mismo instante entraron tres policías con don Cipriano Oigarrón y Manito de oro, los cuales traían los brazos atados con cordeles.

Al hallar don Cipriano al Conde parado frente á la reja del calabozo, custodiado por los dos sargentos y tan cabizbajo que ni siquiera lo miró; al ver la escolta, el verdugo; á Echenique poniéndole esposas á Dimas Alicante y á un negro de los llamados *cheches del Manglar*, que en la tarde anterior había asesinado al dependiente de una tienda por robarle, y ambos iban á ser entregados al verdugo para que inmediatamente los ahorcase; al ver la capilla y en ella Achad y el viejo Hernani; al sacerdote que había venido á ayudarles á bien morir; á los presos agolpados á las rejas, y á las numerosas personas que se ocupaban de los sumarios é inundaban el patio; y haber, además, recibido una fuerte impresión con el espectáculo de las dos horcas, se llenó de terror y le entró un temblor nervioso.

Miraba con la expresión del espanto á uno y otro lado, y sus verdes ojos parecían dilatados, mientras Manito de oro sonreía como si estuviese contento con entrar en la cárcel, de que tantas veces había sido huesped.

Terminó Echenique de esposar los dos reos: el verdugo, Dimas, el *Cheche del Manglar*, y la escolta marchando al són lúgubre de la caja, siguieron hacia las horcas.

El Padre Abril subió presuroso las escaleras del palacio con el fin de pedir permiso á Tacón para ayudar á bien morir á Dimas y al *Cheche*; mas el Procónsul estaba en las piezas interiores y cuando lo otorgó y

bajó el Padre Abril ya los dos criminales habían sido ahorcados.

Ni una sola persona del pueblo había en aquellos alrededores; solo se veían dos compañías del batallón Reina Isabel con las bayonetas caladas frente á las horcas y los militares y escribientes de los sumarios.

Habíanse formado desde el amanecer numerosos grupos; mas entre ellos sacaban los policías á los vecinos á pares para ponerles el traje del presidiario, y pronto cada cual se fué á su casa lleno de miedo.

Echenique abrió un calabozo y en él encerró al Conde.

En seguida abrió las rejas de la cárcel, quitó á Cigarrón y á Manito de oro las ataduras, y les previno que entrasen, como lo hicieron.

Don Cipriano era presa del pavor, le castañeteaban los dientes.

Había en la cárcel quinientos cincuenta presos; allí estaban confundidos los homicidas, los incendiarios, los monederos falsos, etc., con los jóvenes imberbes que habían sido condenados á reclusión por faltas leves.

Las cárceles españolas son escuelas del vicio, centros de ociosidad y semilleros de delitos. En ellas se fraguan todos los planes que ejecutan los malvados que están fuera y los que van obteniendo su libertad.

No hay en esos inmundos lugares medio alguno de que el preso goce de relativa tranquilidad, sino es el valor personal. ¡ Ay del infeliz que se muestra cobarde ! Pronto es objeto de burlas y hasta de excesos los más repugnantes, hasta el día en que se inicia en los tenebrosos misterios del crimen y se le trata como un compañero.

Don Cipriano entró tembloroso, y aunque los presos estaban entretenidos viendo lo que pasaba en el pa-

tio, había cuatro ó cinco que sufrieron injurias y maltrato del despótico capitan de partido en la aldea de la Trinidad, y uno de éstos se le paró delante y le dijo: Señor mío: díganos usted cuál es su nombre verdadero: unos le llaman Cabeza de cayuco, otros Ojo de buey, otros Flamenco y algunos don Cipriano Cigarrón.

Se llama Cabeza de cayuco, dijo Manito de oro, devanado en risa.

Este bellaco nos hace recordar á Ginesillo de Parapillo, á quien don Quijote quitó las cadenas con que lo llevaban á las galeras, y cuando se vió libre tiró piedras á su libertador y después le robó el matalotaje con gran dolor de Sancho.

Cervantes, el inmortal Cervantes, gran conocedor del corazón humano, quiso dar á entender que los hombres de corazón pervertido no conocen el noble sentimiento de la gratitud.

Muchas y grandes penas esperaban á don Cipriano en medio de tantos ociosos y malvados.

CAPITULO XXIII.

EL TIRANO POR LOS RECTOS CAMINOS DE LA JUSTICIA.

Un ayudante del Capitan general vino á la capilla y dijo al viejo Hernani: Tengo el placer de participarle que la Reina Regente, no solo ha indultado á Ustá

de la pena de último suplicio á que fué condenado por una equivocación de nombres, sino que le ha concedido el grado de general de brigada y sus sueldos atrasados íntegros, como tal general de brigada desde la fecha en que se le condenó á muerte. Su Exce-lencia, el Capitan general, desea que una vez repuesto Usía de las fuertes impresiones que ha experimentado, pase á visitarle, y que mientras tanto reciba sus pláces por haberle hecho justicia nuestra magnánima so-berana.

Dirigiéndose á Achad, le dijo: queda usted en libertad. Me congratulo comunicándole que Su Exce-lencia, el Capitan general, ha resuelto dar cumplimiento á la real orden que concede á usted el título de Doctor en medicina y cirugía y una pensión vitalicia de dos-cientos pesos mensuales como premio de sus servicios en el campamento del Oriwoco. Doy á usted la enhora-buena, señor Doctor.

Los dos salieron de la capilla.

El Capitan Jorge se hallaba tan debil, tan emocio-nado, que apenas podía sostenerse de pié.

Morrocote, que estaba sentado en la puerta de la oficina de la alcaldía, se levantó, le dió su asiento y le trajo un vaso de vino, que algo le restituyó las fuer-zas.

El Alcaide, cumpliendo las instrucciones que le dió el Ayudante del General, abrió el calabozo donde se hallaban Clementina, Matilde y Margarita y les ma-nifestó que quedaban en completa libertad.

Lo mismo hizo con el doctor Montgomery, con Otomaco, don Remigio y las señoras Ruvalcaba; estas pobres ancianas estaban sumamente pálidas y extenua-das. Los pesares, la vergüenza de verse encarceladas, la edad, la terrible impresión que les causó ver en capi-

lla á Achad y al viejo Hernani, el hambre y la sed que sufrieron muchas veces, la falta de ventilación y de luz y lo húmedo del estrecho calabozo, las habían reducido á un estado tal de demacración que parecían esqueletos; unos días más en aquel encierro, y hubieran dejado de existir.

¡ Que escena tan tierna ! Clementina se arrojó en los brazos de su padre, Margarita en los de Achad, y Otomaco, loco de alegría, daba saltos é iba abrazando y besando uno á uno á sus compañeros de infortunio, y todos, todos, derramaban abundantes lágrimas.

En este momento entraron en el patio Ana Neville y su hermano Jonathan, el gigante boxeador. Habían obtenido permiso del Procónsul para celebrar una conferencia con el Conde.

Era Ana Neville una mujer alta, delgada, gallarda, rubia, de ojos azules, de clarísimo talento, de finos modales, graciosa, y que tenía buen ángel, es decir, inspiraba simpatía; y aunque contaba cuarenta abriles, los años habían respetado su belleza; parecía que estaba en su primera juventud.

Mr. Morgan la llamó harpía, seguramente al leer su carta al Conde, carta que revelaba un interés sórdido y que escribió Jonathan y ella firmó, celosa, llena de despecho, al saber que su esposo había contraído segundas nupcias con Isabel Cialdini.

¡ Cuán injusto es formar mal juicio de las personas sin conocerlas íntimamente !

Ana tenía un corazón generoso, un carácter dulce y apacible, y amaba tanto al Conde, no obstante su villano proceder, su desaparición y los años que habían transcurrido, que formó un culto de su memoria; y aunque no le faltaron numerosos pretendientes siempre los miró con desprecio.

Pasaba una vida retirada llevando en su alma las tristezas de los grandes dolores, de esos dolores que no se extinguen y que apenas dejan un rayo de esperanza para que no se escape la vida en las torturas del pensamiento.

Era, en fin, el tipo más común de la mujer de Escocia: virtuosa, fiel á los deberes conyugales; y además, estaba excepcionalmente dotada de un exagerado sentimentalismo.

Todo lo contrario era su hermano Jonathan: criado por unos acróbatas, sus fuerzas físicas se habían desarrollado á espensas de sus facultades intelectuales. Se exhibía en terribles pujilatos ante la sociedad inglesa, espectáculo abominable, que vierte una fea mancha sobre la ilustración del gran pueblo que más ha influido en el bienestar humano.

Se había desarrollado al mismo tiempo en su espíritu un amor sin límites al oro, acompañado como sucede siempre, de un frío egoismo; así es que aunque contaba con algún capital, producto de sus funciones, veía con indiferencia las penas de su infeliz hermana, acrecidas por las privaciones que se imponía para poder vivir de sus labores como obrera de una fábrica de relojes de Liverpool, sin que jamás la socorriese.

Apenas supo Jonathan que el Conde vivía y era poseedor de una fortuna colosal, proyectó explotarlo y constantemente instigaba á Ana para que fuesen á Cuba. Sus instancias y el vehemente deseo de ésta de ver á su esposo, creyendo en una posible reconciliación, determinaron el viaje de ambos.

Lo menos que pensaba Ana era en el interés.

Al entrar en el patio del palacio-cárcel el gigante iba con un andar presuroso: en su fiera fisonomía se revelaba el ansia de verse frente á frente del hombre que

había engañado á su hermana, y no daba impulso á su ira, como se deduce de lo que dejamos escrito, el aguijón del honor ultrajado sino la idea de hacer que el Conde pagase caro el delito de bigamia que había cometido.

Le parecía que estaba ya contando los miles de libras esterlinas que debía entregarle el Conde, y no le faltaba razón para sus cálculos, pues un sugeto tan inmensamente rico y de tan elevada posición social en la Isla no podía menos que comprar su silencio á cualquier precio.

Todas las miradas se dirigieron al calabozo del Conde, quien ni siquiera había asomado la cabeza. El haber visto preso á don Cipriano Cigarrón y condenado á la horca á Dimas Alicante, á quienes había recomendado como dignos del aprecio del Gobierno y muy idóneos, el primero para el importante cargo de administrador de la aduana de la Habana y el segundo para el ascenso á teniente de rurales, le causó una impresión que desgarraba su alma.

Luego que el Alcaide hubo concluido de poner en libertad á los presos fué al calabozo del Conde, seguido de los dos hermanos, abrió la reja y entraron, primero que todos Jonathan, precipitadamente, impetuoso; mas retrocedió con espanto; y Ana, que iba detrás, dió un grito agudo y cayó al suelo sin sentido.

El Conde se había ahorcado pocos momentos antes con un pañuelo atado á la reja, y como ésta no era alta, parecía en actitud de arrodillarse, con la punta de los pies tocando el pavimento, y la lengua que aun se movía, de fuera y muy prolongada: tenía los ojos inyectados de sangre y fuera de las órbitas, el cabello erizado y temblorosos los músculos de la cara.

Echenique corrió á su cuarto, trajo un cuchillo,

cortó el pañuelo, y el cuerpo del Conde cayó desplomado; mas era ya cadáver.

Ana fué sacada del calabozo y socorrida.

Al volver en sí, exclamó: "Adios, amor mío, para siempre adios; ya he perdido la esperanza de volver á verte."

Repitióle el ataque distintas veces y al fin se retiró esta nueva Safo anegada en llanto.

El doctor Montgomery, su hija y su sobrina; el Capitán Lasheras, Achad, las señoras Ruvalcaba, Otomaco y don Remigio, todos se dirigieron á la morada del primero llenos del regocijo que puede considerar el lector; y mediante á que han finalizado las desventuras de Clementina Montgomery que nos prepusimos referir, ponemos punto final á esta obra, en la que más hemos empleado el buril de la Historia que las creaciones de la imaginación.



EPILOGO.

Ricardo y Matilde se casaron.

El doctor Montgomery puso pleito á doña Magdalena de los Portales, y se declaró á favor de Ricardo el título y bienes del Vizconde de Santa María. También anuló el testamento del Marqués del Valle y fué Matilde su única heredera.

Achad obtuvo en propiedad para él y Pajarito los terrenos baldíos en que estaba la Sierra encantada, denunció la mina de oro del río, conforme á las leyes españolas, y la explotó con toda diéha, bajo la vigilancia de Otomaco y de don Remigio. Remitió al Banco de Lóndres el oro por toneladas, en tal cantidad que llamó la atención de los londonenses, y el Gobierno inglés creyó llegada la hora de la depreciación del metal amarillo.

Cuando pasado un año concluyó la extracción de las partículas auríferas que estaban amontonadas en las orillas de aquel Pactolo, así como la menuda arena, también aurífera, del segundo depósito del charco, en que caía como una lluvia, vendió á una sociedad inglesa la propiedad y se estableció en París.

“De ningún modo, dijo, viviré en la Isla de Cuba donde la vida y los bienes de sus habitantes se hallan á merced de un déspota. El ciudadano más pacífico, más ageno á la política, se acuesta tranquilamente creyéndose feliz en el seno de su familia y amaneece á bordo de un buque de guerra en viaje para la colonia penal de Fernando Póo, ó se le manda al suplicio, como me ha sucedido á mí. Esto es lo que llaman procedimientos gubernativos: no se oye al acusado, ni siquiera se le toma declaración. O'í más vale habitar en los desiertos de Africa, entre las fieras, pues allí al menos tiene el hombre el derecho natural de la defensa.”

El doctor Montgomery, que participaba de la misma opinión, vendió todas sus valiosas haciendas, y siguió á Achad á la capital de Francia.

Achad recobró los cincuenta y un mil pesos que sustrajeron de su morada el Jefe de policía y el Conde de la fidelidad. Hubo quien viese á los agentes de estos perversos salir de la casa del indio con los tres.

legos, y aprehendidos estos agentes declararon la verdad, se les siguió causa y fueron condenados á seis años de presidio.

El Marqués de los Claveles, en la noche del día en que se suicidó el Conde y fué ahorcado Dimas Alicante, previendo lo que podía sobrevenirle, se embarcó en la fragata inglesa *Raleigh*, que se dió á la vela para *Southampton*; desde allí se dirigió á Lóndres, donde contaba con muchos amigos y en cuyo Banco tenía en depósito quince millones de pesos.

Inmediatamente mandó á buscar á su esposa doña Josefa de Lasheras, cubana de relevantes virtudes, que se había consagrado á amarle y complacerle y sin la que se sentía con malestar. Sus hijos don Justino y don Manuel, jóvenes de una educación perfecta y de grandes prendas morales, se quedaron en la Habana, el uno administrando las plantaciones de caña y los cafetales, el otro hecho cargo de la inspección de los establecimientos de comercio.

A los seis meses uno de sus más íntimos amigos fué nombrado Presidente del Consejo de Ministros del gobierno de España. Era este un sugeto audaz y afortunado á quien él había facilitado sumas, que le sirvieron para escalar el poder.

Sin demora se trasladó á Madrid.

La Península ibérica estaba á la sazón pasando por una aguda crisis metálica, consecuencia de la guerra que con éxito dudoso sostenía don Carlos; podía decirse que la moneda había huido de España.

El gobierno de doña María Cristina no tenía recursos con que atender á los gastos de administración y se temía un pronunciamiento de la tropa, á la que se le adeudaban tres meses de paga.

El Marqués entregó al Ministro de Hacienda, en

préstamo gratuito, cuatro millones de duros en giros contra el Banco de Inglaterra, y este rasgo de generosidad lo colocó instantáneamente en posición muy elevada.

A los nueve meses dió á luz doña Josefa una graciosa niña, la cual fué bautizada con el nombre de Guillermina en la capilla del palacio real por el Arzobispo de Toledo. Fué su madrina la Reina Regente y padrino el Primer Ministro.

El Marqués dió en celebración de este fausto acontecimiento una suntuosa fiesta en su palacio, á la cual asistió toda la nobleza española.

No descuidó sus intereses de Cuba: en el primer buque que salió para la Habana, mandó á don Cipriano Cigarrón el título de administrador de la Aduana, y una carta del Primer Ministro recomendándolo como un empleado de grandes merecimientos.

El Capitan general prodigó á don Cipriano las mayores atenciones y la Aduana quedó abierta para todos los contrabandos de los comerciantes agentes del Marqués que regentaban los establecimientos.

El Marqués hacía poca falta en la Habana para atender á sus negocios: don Manuel y don Justilo competían en celo, laboriosidad y honradez; y ambos amaban entrañablemente á su padre.

El Marqués fué Diputado á cortes en seis legislaturas seguidas, en las que resonó su voz en el Congreso oponiéndose á que se concediesen las más insignificantes libertades á Cuba; fué alcalde de Madrid reelegido distintas veces; condecorado con varias grandes cruces, etc.

En casi todos los correos recibía el producto de sus plantaciones de caña y sus cafetales, así como el de las casas de comercio, este último á veces ascendía á medio

millón de pesos, y era en su mayor parte procedente de los derechos de aduana no pagados.

Cuando un Capitan general cumplía su periodo él hacía que fuese nombrado uno de sus amigos que se prestase á sus manejos, y aunque cayó en desgracia el Primer Ministro que tanto le complacía, no se interrumpió su sistema de explotación.

A los catorce años se hallaba en el colmo del poder y la riqueza, y era Ministro de la Gobernación; la fortuna no se había cansado de protegerlo; mas la desgracia es la sombra de la dicha: cuando más contento y orgulloso gozaba tanto bien, murió su virtuosa compañera, madre de sus hijos, lo cual le causó una impresión sumamente dolorosa.

A los pocos días descubrió el Gobierno de Cuba una conspiración en la Habana, en sentido de la independencia de la Isla; y apenas tuvo noticia el Marqués de este acontecimiento, mandó una real orden al Capitan general, en que se le prevenía que no tuviese piedad con los comprometidos; que todo el que resultase complicado se le condenase irremisiblemente á muerte; que el gobierno de Su Magestad quería ahogar en sangre aquel movimiento político.

Cómplices en esta conspiración eran don Justino y don Manuel.

Ya se hallaban en prisión convictos y confesos.

El Capitan general hizo lo que se le mandaba y los dos jóvenes fueron guillotinado, pues ya estaba en uso el horrible instrumento que ha inmortalizado el nombre de José Ignacio Guillotin, no por haberlo inventado sino por haberlo propuesto á la Asamblea constituyente de Francia.

La noticia fué un golpe eléctrico para el Marqués.

¡ él mismo había sentenciado á muerte á sus dos queridos hijos !

Una tristeza profunda embargó su ánimo.

Solo le quedaba en el mundo Guillermina, la bellísima Guillermina.

Tenía prometida su mano á un Príncipe de Italia y al verse en la ancianidad y oprimido por los sufrimientos morales, quiso apresurar la boda, temeroso de la muerte, y escribió al Príncipe que viniese á Madrid lo más breve posible.

El matrimonio de su hija, la idea de hacerla feliz algo mitigaba sus penas; mas cuando vino el Príncipe Guillermina se había fugado con el cochero de la casa, que para mayor ignominia era casado.

¡ Qué vergüenza para un personaje tan soberbio !
¡ Qué vergüenza en un mundo, lleno de preocupaciones, que hace responsable al hombre de actos que no dependen de su voluntad, de sucesos que lo cubren de ignominia !

Renunció el alto puesto que desempeñaba, se encerró en su casa, y en sus horas de soledad y de angustia mezclaba con los arrebatos de la ira, los lamentos por la pérdida de sus hijos y de su esposa y las reflexiones propias del hombre de Estado.

“Las víctimas, decía, que fuera de los campos de batalla hace la crueldad en las guerras civiles, son semillas de futuras revoluciones arrojadas en el seno del tiempo. ¿ Por qué no decreté la deportación como pena máxima ? ¿ Por qué olvidé que el enemigo político de hoy es el amigo de mañana ? ¿ Por qué no fui clemente ? ¿ Por qué no vino á mi memoria que era padre y que la juventud se prenda de toda idea generosa ? Ay ! ¡ Cuántos padres, por mi causa, apurarán á estas horas en la Grande Antilla este cáliz de amar-

gura que estoy yo ahora apurando hasta las heces? ¡ El cielo me ha castigado ! ¡ Oh manes venerandos de mi esposa y de mis hijos, tened compasión de este infeliz anciano Dios mío, quítame la vida, ó manda que penetre en los palacios encantados de la locura, apaga la antorcha de mi cerebro, para que no tenga el recuerdo de mis desgracias, de mis hechos y de mi deshonra Dios mío, Dios mío, dame un momento de sosiego !”

Estaba desesperado; parecía que se había puesto la túnica de Deyanira.

A los dos meses ásperas manos mercenarias, tan diferentes á aquellas empapadas de ternura, que lleva el afecto al lecho de los enfermos, cerraron para siempre sus ojos.

No hizo testamento, y como el orgulloso señor Conde era hijo de la esclusa, el Estado fué su heredero, pues Guillermina había perecido con su amante en el naufragio, frente á las Canarias, del buque que los conducía á América.

Dña Gumercinda Alpigaray, apenas tuvo conocimiento de la buena suerte de Clementina, Matilde y Margarita, puso en almoneda los muebles de su casa de huéspedes, dejó á Walterio encargado de pagar á los acreedores y se trasladó á la Habana.

Una agradabilísima sorpresa fué para los dos esposos la inesperada presencia de la española en su morada; recibieronla como un miembro de la familia y pasó toda su vida á su lado.

Walterio, con gran honradez y de acuerdo con los deseos de dña Gumercinda, pagó á los acreedores, sin la rebaja que espontáneamente concedieron. Esto contribuyó á su prosperidad, pues sabido es que el crédito es el primer elemento de la dicha: llegó á ser con el

hábil manejo del negocio de maderas uno de los hombres más acaudalados de la Florida.

De los deportados á Malon solo sabemos que no se les permitió regresar á Cuba sino al cabo de muchos años, y que el zapatero se volvió loco en el presidio de Ceuta y fué recluso en un manicomio; pero se le puso en libertad porque su locura era tranquila. Consistía en inspirarle tanto horror su oficio que prefirió llevar una vida miserable llena de privaciones, colocado como barrendero de las calles en un tren de limpieza; y cuando alguien, al verle con la escoba en la mano, sucio, cubierto de harapos y extenuado le preguntaba por qué no abría de nuevo su antigua y afamada zapatería, se le acercaba con mucha reserva y le contestaba en voz baja: "Usted no sabe lo que cuesta hacer un par de botines."

Carlos Pontoni, tan pronto como fué declarado Ricardo heredero del Vizconde de Santa María y desposeído de los bienes doña Magdalena, puso la ropa de su uso y el numerario que le fué posible, en baules, llamó una agencia de mudadas, y sin decir adios á su esposa, se trasladó á la casa de una meretriz, que era su querida y vivía á un extremo de la ciudad.

Cómo Lóndres es tan inmenso, Magdalena no supo más de su marido.

Estuvo muchas veces en Mónaco: el Casino de Montecarlo, donde había sepultado las rentas de la Vizcondesa, se puede decir que era su morada habitual.

Antes de un año se hallaba sin un centavo y enfermo, con tuberculosis, efecto natural de sus relajadas costumbres y de los insomnios del juego, pasión fortísima que lo dominaba y que produce estremecimientos del sistema nervioso al correr de las cartas: el jugador, ol-

vidado de su familia y hasta de sí mismo, inquieto, ávido de oro, sin conciencia de sus actos, es muy común que pierda su fortuna, su salud, su honor y su porvenir.

El Casino de Montecarlo, vergüenza de la ilustrada Europa, oculta todos los años la estadística horrible de sus parroquianos, y de los viajeros que han ido allí por curiosidad, han sido tentados por el demonio de la avaricia, y han salido de sus espléndidos salones para quitarse la vida.

Si se publicara una gaceta que describiese día por día los males que causa á las familias esa escuela de corrupción, sería una página lastimosa de la historia de la humanidad y la censura más justa de un Principado, raquítico y miserable que eleva á recurso financiero los estragos del vicio.

Carlos fué una de las víctimas del Casino de Montecarlo.

Cuando regresó á París en uno de sus viajes á Mónaco halló que su querida había hecho con él lo que él hizo con Magdalena, desapareció sin decirle adios.

Viéndose sin medios de vivir y ya en el tercer grado de la tisis, entró en un hospital, y entonces, aquel hijo desnaturalizado se acordó de su buena y virtuosa madre, en la que jamás había pensado en los tiempos prósperos, y le escribió una carta.

Isabel Cialdini, enajenada por un placer que no puede expresarse, sintió en su pecho el dulce y tierno amor de madre, que por tantos años le había robado el sueño y acibarado la existencia. Ahora ese amor volvería, según ella pensaba, á ser su felicidad.

Isabel, conmovida al leer la carta, en el mismo día tomó el camino de Londres.

Encontró á Carlos postrado en una cama del hos-

pital: lo abrazó repetidas veces, le dió miles de besos, lo bañó en lágrimas.

En el mismo instante convocó una junta de los más acreditados doctores para que viesen el modo de reanimarle, pues estaba sumamente débil y ella deseaba conducirlo en seguida á Florencia, para donde salieron en la mañana siguiente.

Le prodigó los más eficaces cuidados y á las tres semanas tuvo el dolor de verlo morir. Sobrevivió un mes á su padre.

Digamos á los lectores lo que pasó con la herencia del Conde.

Ante la autoridad judicial de la Habana se presentaron numerosos sugetos solicitando que se les declarase herederos; entre ellos había hasta un título de Castilla. ¡Lo que puede el interés! ¡aspirar á ser pariente de la tía Calceta!

La tía Calceta había fallecido en un hospital.

El reclamante de la herencia con mejor derecho, se creyó que era Homobono Bringas, hijo de José Bringas, sobrino de Antonio Bringas, padre de Baltasar.

Homobono, que andaba delcalzo y harapiento en las carabanas de gitanos por los caminos reales de España, de pueblo en pueblo, vendiendo huevos, halló inmediatamente quien le facilitase fondos para vestirse como un *Gentleman*; y recomendado por personas respetables, se presentó en la Habana y fué recibido como un gran señor, pues se le consideraba dueño de unos treinta millones de duros ó más, á que ascendía el capital adquirido por Alberto con la administración de los bienes del Marqués del Valle y con sus depredaciones.

Era de ver á Homobono Bringas con frac, sombrero de copa, reloj y botines.

Era tan ignorante que ni siquiera sabía firmar.

Desde el mismo día en que llegó numerosos amigos le inculcaron la idea de pretender el título de Conde de la fidelidad, y dieron pasos para que se le nombrase regidor receptor de penas de cámara, cargo concejil que en aquellos días había quedado vacante.

"Señor don Homobono, le decían: un hombre de la ilustración de usted hace notable falta en el Municipio." Tantas celebraciones, tantos obsequios, tantos aplausos á los monstruosos disparates que salían de los labios de aquel rústico, lo llenaron de altivez; ya no se parecía al humilde vendedor de huevos; mas sus dichas, sus ilusiones, se evaporaron como el alcanfor, pues los apoderados de las tres esposas del Conde concurrieron al juicio, y el juez en sentencia definitiva declaró heredera universal á Isabel Cialdini, como madre de Carlos, hijo del Conde y que le había sobrevivido. Se mandó á indemnizar por daños y perjuicios á Ana Neville y á Luisa Arjeil con cincuenta mil pesos cada una.

Luego que se publicó la sentencia hubo para Homobono, como en los teatros, mutación de escena: fué la diversión de sus llamados amigos. ¡Cuántas burlas le hicieron, cuántos desprecios!

Quiso reunir entre ellos la suma necesaria para volver á su país, y ninguno le dió un centavo.

Llegó á tan triste situación que el hambre lo acosaba, y entonces, en cierto modo, se cumplió en el pobre gitano la ley del atavismo que rige en las especies: dió el salto atrás: volvió á su antiguo oficio de vendedor de huevos.

Don Wenceslao Bucarazeta fué puesto en libertad poco después de haber sido preso. Tacón mandó á ahorcar un gran número de hombres de color, sofocando así una conspiración que creyó habían tramado, y en su

exaltación contra esa desgraciada raza no consideraba delito matar un negro.

Don Cipriano Cigarrón también fué puesto en libertad: se le acusaba de haber infringido los tratados internacionales, permitiendo los alijos de esclavos en las costas de la Isla sujetas á su vigilancia y autoridad como capitán de partido; mas Tacón, que fué el gran regenerador de las costumbres del pueblo cubano, había resuelto manchar su nombre á trueque de hacerse rico, y recibía una suma por cada expedición de *bozales*. Calcagno, en su preciosa obra que hemos citado; Saco insigne publicista, y todos los autores nacionales y extranjeros que han tratado del asunto, aseguran que no ha habido en Cuba, á ese respecto, gobernante más venal, ni época alguna en que hubiese mayor introducción de esclavos.

Los abolicionistas, que lo eran todos los pensadores del país, sufrieron persecuciones por considerárseles enemigos de España. En honor de los cubanos diremos que siempre fueron opuestos á la esclavitud.

Cigarrón, no solo quedó impune, repuesto en su destino y condecorado con la cruz de la orden de Isabel la católica, sino que al poco tiempo le remitió el Marqués de los Claveles, como ya saben los lectores, el título de administrador de la aduana de la Habana.

Pajarito se dedicó al estudio de la medicina y llegó á ser un médico de mucha clientela.

Dejamos escrito que era condeño en la riquísima mina de la Sierra encantada. Achad, con la honradez que debía esperarse de sus buenos sentimientos, tuvo presente que era hijo de José Bárbaro, que le había revelado la existencia de la mina. Informaremos al lector que á los dos meses de nacido Pajarito su padre pagó al Conde de la fidelidad cincuenta pesos por su ma-

numisión y lo entregó á Damian Ortueta, africano libertado, natural de su mismo pueblo. Damian era un negro muy laborioso, que había formado una familia honorable por sus buenas costumbres, y lo crió como si hubiese sido su hijo.

El Capitan don Jorge de Lasheras, mejor dicho, el general Lasheras, pidió su retiro para pasar sus días al lado de su nieto, y el ilustre doctor Dupuytren logró detener los progresos de la enfermedad que tanto lo atormentaba, el reumatismo nudoso.

Otomaco, durante el año que pasó en la Sierra encantada vigilando la estracción del oro, estuvo por orden de Achad, al lado del ingeniero Mr. Paul Montgomery, que le daba lecciones de francés y teneduría de libros, así es que al trasladarse á París se halló en actitud para desempeñar el cargo de cajero en el Banco de préstamos, descuentos, depósitos y anticipos que fundaron con seiscientos millones de pesos de capital el Vizconde, Achad, Pajarito y el doctor Montgomery.

Todos vivían juntos en el suntuoso palacio del Vizconde.

Don Remigio, que no sabía firmar, aprendió las primeras letras en la Sierra encantada, prestó sus servicios al doctor Achad muy lealmente, y éste le facilitó medios para que abriese en París un almacén de víveres, que lo hizo rico. Agregaremos que cuando salió de la cárcel y fué á su tienda de los Cuatro caminos, ya Manito de oro había vendido hasta el mostrador y el armario, y la sala de la casa estaba llena de mesas rodeadas por centenares de labradores, que jugaban al monte.

Del numerario que hizo este bribón con las ventas nada le quedaba, todo lo perdió en el juego. Bien

merecidos tuvo los cuatro años de presidio en Ceuta, á que fué condenado.

El director de la institución de crédito era el Vizconde.

Pronto la fama del Banco indiano, que así se llamaba, corrió por el orbe y varios de los gobiernos de las naciones civilizadas solicitaron y obtuvieron empréstitos con interés equitativo, lo mismo que diferentes bancos y grandes comerciantes de Francia, Inglaterra, Alemania, Brasil, Chile, etc.

Cada nación tenía su cuenta particular llevada con gran escrupulosidad por tenedores de libros de las respectivas nacionalidades.

Estos tenedores de libros eran todos hombres enterados en días, con dilatada práctica en asuntos financieros, de honradez incólume, fieles y de consumada prudencia. Llenos de afecto hacia el Vizconde, eran á la vez sus consejeros y lo guiaban con sus advertencias por la senda de la prosperidad con tan feliz éxito que no tardó en ser considerado como el primer financiero del mundo.

Llegó á ser el Vizconde de Santa Maria, á quien seguimos llamando con este título y no con el de Marqués del Valle que le vino por su esposa, lo que es hoy Rothschild, árbitro de la paz y de las guerras internacionales, pues sabido es que sin dinero, ó crédito para contratar empréstitos, no pueden los gobiernos abrir el templo de Pálas; su llave es de oro.

El Banco indiano tenía en la política universal la influencia de un Estado poderoso.

Otra sociedad formaron de distinta naturaleza: tenía por objeto hacer el bien y su capital no se fijó, era el de todos.

Con una gravedad semejante á la del Parlamento

inglés se reunía la familia todos los días antes de la comida, ó durante ella, á discutir proyectos humanitarios, y acordaba dotar jóvenes pobres sacadas de las casas de beneficencia, fundar hospitales, bibliotecas públicas y escuelas diurnas de primeras letras y nocturnas de adultos, por las cuales tenía pasión Achad, persuadido de que resarcen las pérdidas ocasionadas por los descuidos de los gobiernos, y cambian la condición del proletario abriéndole con el cultivo de la inteligencia el arca santa del bienestar.

Milton hubiera exclamado: los ángeles bajaban del empíreo á regocijarse con estas útiles, inocentes y sublimes conferencias.

No faltaba en el examen de los proyectos la crítica justa y razonada. Por ejemplo: Achad expuso un día que abrigaba el vehemente deseo de ver á sus padres, y á la semana siguiente fletó un buque que cargado de lienzos, hachas, machetes, escopetas, pólvora, etc. partió para Venezuela.

Al proponer en la conferencia hacer este regalo á sus compatriotas, dijo que pensaba traer consigo doce jóvenes sálibas para colocarlos en un colegio y que volviesen, ya instruidos, á su país.

El doctor Montgomery dijo: Aplaudo ese hermoso pensamiento: el apostolado es el medio más obvio de hacer llegar á los indios la luz de la civilización; mas me parece que no debe recaer la gracia solo en los sálibas habiendo tantas tribus: los achaguas, los caribes, los maipure-abane, etc.

Es verdad, replicó Achad, mi proposición tiene algo de egoísta: he pensado más en el bien de mi tribu que en el de la humanidad. Señor doctor: acepto con gusto la enmienda.

Quedó acordado que trajese el número de jóvenes que tuviese por conveniente, cuatro de cada tribu.

Los ancianos padres de Achad no quisieron por ningún motivo abandonar su cabaña y sus bosques, que les eran tan queridos.

Mercedes y Eulalia Ruvalcaba eran consideradas con el más respetuoso afecto; vivían felices en el seno de esta familia modelo; mas Mercedes contrajo en la cárcel una afección del pecho y se le presentó la tisis, que la llevó al sepulcro á los tres años.

El gallego Morrocote se trasladó con la familia á París y los doctores Dupuytren y Nelaton tuvieron el mayor empeño en curarle sus padecimientos sifilíticos; mas es muy difícil desarraigar radicalmente la sífilis inveterada, que tiene tan diversas manifestaciones. Morrocote al cabo de algunos años perdió la vista. El Vizconde le señaló una pieza de su palacio y allí pasó su triste existencia el pobre ciego, atormentado además de sus dolores físicos por el recuerdo de su mala conducta, que había sido causa de la infelicidad de su esposa y de sus hijas, tres lindísimas jóvenes. Sucede á menudo que cuando el padre, ó la madre, ceden á los halagos del vicio siguen su ejemplo los hijos; y al contrario, cuando son rígidos observadores de la moral social todos los que de ellos dependen participan del aroma de sus virtudes. Morrocote, entregado á los placeres, prefirió el fingido y pérfido amor de las Mesalinas al de su esposa, la abandonó, y la miseria la hundió en el abismo, pues le faltó fortaleza para sufrir las privaciones y buscar refugio en el trabajo, y aun en la misma muerte, antes de quedar marcada con el infamante estigma de la mujer sin honor. Como el vicio es contagioso por el ejemplo no tardó su hálito pestilente en

invadir los corazones juveniles de sus hijas y consumar la común desgracia de toda la familia.

Juan Rodríguez, el barbero de Cádiz, que había sustraído y usado el título del médico difunto don Marcelino Rengifo, salió de la cárcel para ir á las canteras condenado á partir rocas por dos años.

Emilio Jovellanos pasó muchas escaseces y trabajos, hasta que muerto Fernando VII, tomó las riendas del gobierno doña María Cristina y obtuvo un empleo civil.

Ordóñez ocupó los más altos puestos.

El ex-Ministro de gracia y justicia don Juan Esteban Lozano de Torres murió de viruelas en la prisión en que estaba, acusado de haber sustraído fuertes sumas de las arcas reales y de vender los empleos.

Aconteció que la Reina regente se apoyó en el partido liberal, y éste se propuso purificar la nación de las inmundicias del absolutismo.

Doña Catalina Madroño, que alcanzó tanta influencia en la corte durante el reinado de Fernando VII, fué muy despreciada por la nobleza, y á los pocos meses de muerto don Juan prodigó sus favores al joven Conde del Alcornoque, que había heredado de sus padres una colosal fortuna y ella lo arruinó.

Al mismo tiempo emprendió amores con el Conde de la fidelidad, el cual fué varias veces á Madrid á ver el modo de conservar su poder en Cuba halagando al partido imperante. Su política era infamemente acomodaticia: ora aparecía como un furioso absolutista, ora como un liberal exaltado, según soplaban los vientos. Esto respecto á la Península, pues respecto á Cuba seguía su antiguo sistema: ponderar los peligros de la integridad nacional de la que aparentaba ser el más

fuerte sostenedor, aspirando de este modo á que el gobierno metropolitico lo creyese hombre necesario.

Doña Catalina para que no se comunicasen sus dos amantes se ausentaba á Granada cada vez que el Conde de la fidelidad le anunciaba su venida á Madrid. Don Juan había dejado un rico viñedo cerca de la ciudad de la Alhambra y allí lo recibía.

Cuando doña Catalina vió empobrecido al Conde del Arcornoque, buscó un pretexto y lo despidió.

Lleno de coraje el Conde, que aun la amaba, escribió al de la Fidelidad dándole cuenta del proceder de la cortesana, y éste que le hacía continuas remesas de dinero y parecía encantado por aquella Venus, cortó toda relación con ella.

En estas circunstancias fué que doña Catalina escribió al Conde de la fidelidad la carta que pareció entre los papeles de éste y de la que muchas personas sacaron copia.

Habíamos pensado suprimirla, pues inspira horror y asco lo que dice del general Morales, el peor de los nacidos, como lo llama el historiador Baralt; mas hemos resuelto insertarla porque se ajusta á la verdad histórica, y recordando que Tácito al hacer la pintura de Tiberio en su retiro en la isla Capri lo presenta no solo cubierto de úlceras sino entregado á los placeres lúbricos. Creemos que no desagradará al lector conocer ese curioso documento. Hélo aquí:

“Adorado Alberto:

Te perdono haberme calumniado, y haberme dirigido, no una carta sino un libelo infamatorio: los celos son capaces de eso y mucho más; lo que no te perdono es tu silencio.

El Conde del Arcornoque es un joven libertino

que solo merece mi desprecio: no vuelvas á decirme que es mi amante.

Muchas lágrimas he derramado cuando leí tu carta; mas vuelvo á decir que te perdono.

Ven á verme y te daré explicaciones.

Ningún recuerdo conservo en mi memoria tan grato á mi alma como el de los momentos venturosos que hemos pasado en el campo, en Andalucía, al pié de las frondosas vides jurándonos amor eterno. La luna dejaba penetrar sus rayos por entre las ramas y los racimos de uvas; tal parecía que la silenciosa Diana gozaba con nuestros dulces coloquios. ¿Lo recuerdas? varias veces nos sorprendió el día.

¿Será posible que ya no sea para tí aquella encantadora beldad á cuyos pies te postrabas repitiendo tus juramentos? ¿Será posible que me hayas olvidado?

Cuento con que en el próximo Abril vengas á verme, y entonces quedarás convencido de mi inocencia. Cuento también, con que si se te presenta algún inconveniente para emprender viaje en esa fecha, me remitas una letra por valor de diez mil duros. Me hallo muy escasa de numerario.

Te participo que los liberales no se dan punto de reposo en perjudicarme. El fiscal de la causa seguida á Juan ha pedido que el Estado se incaute los viñedos, los olivares y las propiedades urbanas que adquirimos durante el matrimonio.

El fiscal considera como un hecho comprobado que Juan sustrajo fondos de las arcas reales y que recibía dinero en cambio de favores ministeriales. ¿Has visto más negra calumnia? Tú que le conociste y trataste quedarás sorprendido de tanta infamia. No ha habido un hombre más honrado, de más rígidos princi-

pios morales; jamás admitió dádivas, ni concedió un empleo sino según el mérito del solicitante; pecaba en esto de severo.

Yo no he escapado de la saña de los difamadores: dicen que soy una ladrona, una vendedora de cargos públicos con más cinismo que la mujer del Ministro de Estado Macanaz, y que mi marido robaba para que yo lo gastase en lujo. ¡Ay Dios mío, qué mentira!

Te participo que el general Morales ha muerto.

La última vez que vino á Madrid muy enfermo, hace como un año, me dijo: Comadre: he hecho mi testamento y en él verá que me he ocupado de su suerte.

Después me escribió diversas cartas muy afectuosas.

Supe que se había agravado en Santa Cruz de Tenerife y me creí en la obligación de ir á asistirlo.

Francamente creí reponer mi fortuna con la herencia del compadre, que sumaba millones de duros.

Me presenté en la Afortunada y no podré explicarte el horror que me causó ver al General; estaba en el periodo más avanzado de la elefantiasis de los griegos complicada con la sífilis: la nariz se le había desprendido, las orejas engrosado: los tubérculos cubrían sus labios, sus carrillos, su frente, toda su cara; sus ojos estaban lívidos; su cabeza cubierta por las escamas blancas de la pitiriasis.

Aquella no era figura humana; era una máscara grotesca del carnaval llena de parches y vendas.

Retrocedí con miedo y asco al llegar á su lecho y estirando el brazo me presentó su mano, sin dedos y envuelta en un vendaje. Oh! me ví en el caso de tocar aquella mano!...

Hallé en la casa á Fray Camilo Morales, su sobri-

no, que acababa de llegar sorbiendo rapé y con un po-
mo de agua de Colonia en la mano. Fray Camilo le te-
nía un terror pánico al contagio. Cuando venía á la
casa, estaba en ella un momento y se ausentaba pre-
testando ocupaciones conventuales. Mejor para mí,
pensé, su tío no podrá menos de notar su retraimiento
y no tendré ese rival.

El General sufría un insomnio pertinaz: se levanta-
ba á menudo de la cama y se paseaba por el cuarto
exclamando ¡ los lazarinos y los decapitados ! . . . ; los
lazarinos y los decapitados !

Yo atribuí aquella exaltación al delirio de la fie-
bre.

Una noche me dijo: Doña Catalina, querida co-
madre: es usted la persona que más amo; voy á reve-
larle el secreto de mi pasado ¡ ay ! ; el secreto de mi
martirio ! Tengo necesidad de echar fuera de mi pe-
cho estos recuerdos que me fatigan, que me torturan,
que me matan más que la lepra. Haciéndole estas
confesiones espero que disminuya el tormento de mi
conciencia.

Sentóse, yo me senté á su lado, y dijo: “el año de
1815 el general don Pablo Morillo combatía á los pa-
triotas que estaban encerrados en Cartagena de Indias,
ciudad de fuertes muros, y se defendían con heroicidad.
Yo era comandante de la vanguardia del ejército y ha-
bía ido con cuatro mil hombres desde Santa Marta á
reforzar el sitio. Pasé por el pueblo nombrado Caño
de Loro, que estaba á un cuarto de hora de Cartagena, á
un extremo de su bahía, pueblo dedicado á los lázaros
por el gobierno del Virreinato, que los mantenía á su
costa para evitar con el aislamiento el contagio.

Varios de aquellos desgraciados tenían mujer é hi-

jos, y por todo había en el pueblo unos trescientos habitantes.

Al acercarme con mi división los lazarinos creyeron que era el ejército insurgente, repicaron las campanas de la ermita y salieron regocijados á la calle dando vivas á la independencia.

Formé un cordón de soldados con bayonetas caladas alrededor del pueblo y mandé incendiar las casas, que eran todas de techo pajizo.

Cuando se apercibieron de su error y se vieron entre las llamas, corrieron huyendo de la muerte y se hallaron con las bayonetas al pecho.

Ordené que se fuese estrechando el círculo y tuvieron que retroceder hacia sus incendiados hogares, que pronto parecían el cráter de un volcán.

Las mujeres y los niños se arrodillaban ante mis soldados pidiendo misericordia, y ellos, sordos á sus ruegos, las herían con las puntas de las bayonetas y las obligaban á entrar en el foco ígneo. . . . Muchos lázaros corrieron enloquecidos, casi asfixiados, buscando por donde salir, no respetaron las bayonetas, quedaron traspasados por ellas y cayeron para no levantarse.

Las mujeres, invocando á Dios y á los santos, se dirigieron á la ermita, que ya era presa de las llamas, no tardó en desplomarse el techo y todas perecieron ! (1)

Oíanse gritos, imprecaciones y gemidos espantosos, que se iban extinguendo con el hielo de la muerte.

A la media hora no había allí más que cenizas, escombros, silencio y cadáveres carbonizados.

Yo, después de contemplar con placer aquel espectáculo, dí la orden de retirada.

(1) Aun existen los muros de la ermita.

Los sitiados en tanto persistían en no entregarse. ¡Qué hombres! ¡qué héroes! Se alimentaban con los cueros de las camas de los hospitales, con perros, ratas, ratones, y ya ni aun esto tenían! Los centinelas daban el quién vive y caían muertos de inanición; y con todo, no se oyó una sola voz que propusiese rendir la plaza.

Al fin, el 6 de Diciembre entró Morillo en la ciudad, después de ciento diez y seis días de asedio. Sus valientes defensores la abandonaron pasando en débiles naves bajo el vivo fuego de nuestras baterías y de la escuadra.

Fuí nombrado gobernador de los siete castillos de Bocachica.

En una bóveda de éstos estaba preso el gallardo general Lea, que había sido comandante de esas fortalezas á nombre del Gobierno insurrecto.

Este general Lea había contraído matrimonio con una bella y rica dama cartagenera, á la que yo había ofrecido mi mano y ella lo prefirió.

Mandé poner en libertad á mi rival disimulando mi rencor y el deseo de la venganza; lo convidé á mi mesa, y durante el almuerzo, en medio de la jovialidad de la conversación herí la honra de su esposa diciéndole que había gozado los favores de la ingrata.

El valiente joven se levantó furioso, me arrojó el plato que tenía delante, y en el acto mandé á los soldados que me rodeaban que volviese á su prisión para que fuese al baño.

El baño era el degüello. [2]

[2] Numerosos patriotas fueron sacrificados en las prisiones. Aun existen en uno de los siete castillos, el de San Fernando, las marcas de sangre de las manos de muchas de las víctimas; parecen acabados de grabar el palmar y los dedos. Se les han dado lechadas de cal distin-

Aquel día publiqué una amnistía ofreciendo absoluto olvido de lo pasado á todo el que dentro de 24 horas se acogiese á la inagotable bondad del Rey.

Se presentaron trescientos noventa y nueve patriotas, casi todos pobres pescadores, y los mandé encerrar en un castillo.

Después de cumplidas las veinte y cuatro horas, dispuse que se les sacase, y mancornase con fuertes cordeles, y custodiados por mil soldados, me dirigí con ellos, costeando la bahía, á una extensa playa, que quedaba á medio kilómetro de distancia; allí hice alto.

Veinte soldados venían expreso armados de hachas, de las que usan los labradores para derribar los árboles del monte, y que fueron perfectamente afiladas.

Dispuse que los patriotas, veinte á veinte, se arrojasen é inclinasen la cerviz para que los soldados, que yo había transformado en verdugos, segasen sus cuellos.

Comenzó la hecatombe. Los golpes no siempre eran certeros; muchas veces las hachas hendían las cabezas y las dejaban asidas al tronco. Entonces caían al suelo las víctimas y era preciso duplicar y aun triplicar los hachazos, porque me había propuesto que todos los cuellos fuesen segados !

Los cuerpos sin cabezas saltaban, y ví dos que se pusieron de piés con el impulso del aliento vital que abandonaba la carne, y dieron algunos pasos hacia donde yo estaba. . . .

Los chorros de sangre nos bañaban, las cabezas se movían haciendo gesticulaciones al rodar por la pen-

tas veces, y sin embargo, allí están, indelebles, como una protesta contra la crueldad de Morales, contra la crueldad en las guerras.—N. del A.

diente de la playa: las recibía el mar, que en breve tuvo el color de la púrpura; y como si la naturaleza se hubiese conmovido, se levantó un fuerte viento del Norte, y las olas embravecidas, recogían las cabezas, que á veces chocaban unas con otras! . . .

Ya estaban decapitados los trescientos noventa y nueve patriotas, quedaba uno, el general Lea, que dejó para el último para que presenciase la matanza.

Le mandé que se arrodillase y volviéndose á mí poseído de coraje me dijo: ¡ Asesino, infame, cobarde ! solo viéndome atado tendrías valor para ponerte en mi presencia !

Mis sicarios lo obligaron á arrodillarse; lo asieron por el cabello para que bajase la cabeza, tomé el hacha de manos del soldado ejecutor y la sepulté en el cuello de aquel valiente. . . . ¡ en el cuello de mi rival. . . .

Dofia Catalina: estoy viendo las llamas del pueblo de Caño de Loro; estoy viendo á los lázaros con sus caras diformes, con sus úlceras carbonizadas; oigo sus gemidos: veo arrodilladas las mujeres y los niños pidiendo misericordia. veo á los decapitados que vagan por aquel lago de sangre recogiendo sus cabezas; después todos danzan. . . . Oh ! oh ! se acercan con infernal gritería. . . . los niños carbonizados vienen delante saltando como monos; detrás un ejercito de prisioneros ahorcados; las innumerables familias de los campos, niños, mujeres y ancianos, que mandé asesinar. . . . los numerosos pueblos que con mi tropa de demonios pasé á cuchillo. . . . Dofia Catalina: ¡ huyamos, huyamos !”

El General me miró con una expresión de espanto indescriptible, se levantó para huir, le faltaron las fuerzas y cayó al suelo.

Yo que tenía los vellos erizados, al hallarme tan inmediata á aquel hombre horrible, que fijaba en mí

sus ojos lívidos, y al oír aquella relación terrorífica, me pareció que en realidad se acercaba el ejército de espectros, dí un grito, me levanté para huir, perdí el sentido y caí desplomada.

Fray Camilo que se hallaba en la sala, corrió al aposento sorbiendo rapé y empapando su pañuelo en agua de Colonia, y corrió también doña Cayetana, anciana de unos sesenta años, única sirvienta que tenía el general, pues despidió al ordenanza por no mantenerlo. Doña Cayetana le hacía todos los servicios domésticos.

Cuando volví en mí me hallé en el mugriento lecho de esta infeliz anciana que era sifilítica y tenía pequeños tubérculos alrededor de los labios, y las orejas engrosadas, síntomas de la elefantiasis griega.

Había ya en la casa numerosos militares de todas graduaciones.

Doña Cayetana se acercó á mí y me dijo sollozando: Señora doña Catalina, el General ha muerto.

Levantéme presurosa de aquel hediondo lecho, muy preocupada con el contagio, y en el acto me mudé á un pequeño hotel que estaba inmediato.

Supliqué al hotelero me mandase dos muchachas que me hiciesen compañía y tuvo la amabilidad de hospedarme en el cuarto de sus hijas.

Me hallaba llena de un miedo cerval con las imágenes pavorosas que había grabado en mi imaginación el increíble relato de los hechos del General, y ahora conozco que más daño hizo éste á la causa realista con sus crueldades, que Bolívar con su genio.

No podía estar sola un momento, ni de día ni de noche, porque me parecía ver en mi presencia el ejército de espectros.

A los ocho días fué á verme Fray Camilo. Venía perfumado de agua de Colonia, y después de un sorbo

de rapé, me dijo: Señora doña Catalina: mañana se abre el testamento cerrado de mi tío, no deje de concurrir á las diez de la mañana á la casa mortuoria, pues le interesa.

Cuando se despidió Fray Camilo quedé persuadida de que era la única heredera del vasto caudal de mi compadre, y aquella noche la pasé sin cerrar los ojos, no por el miedo á los espectros sino pensando en mi risueño porvenir.

Pronto iba á ser muy rica, inmensamente rica: la guerra de Sur América había sido un manantial de oro para mi compadre. Ah! no tardaría en recibir las oblaciones que se tributan á la riqueza y á que estaba acostumbrada con creces sobre el oro, por el poder omnímodo de mi marido, de que yo era partícipe.

Volvería á adquirir joyas de más valor que las que me había visto en la necesidad de ir enagenando para sostener mi posición social, y las damas nobles de la corte arderían nuevamente en envidia.

Mi belleza y mi riqueza, dije para mí, todo lo podrán.

Acerqueme á un espejo y contemplé mis facciones. Tenía el semblante sumamente pálido. No podía menos de ser así, había pasado diez noches de insomnio al lado de aquel hombre tan espantoso.

¿Cómo pude resistir? ¿Cómo tuve tanta abnegación? Oh Alberto: veíame próxima á la miseria, pues era opinión general que el Estado se incautaría los viñedos y olivares y yo tenía fijo mi pensamiento en heredar al compadre.

Al otro día me vestí de luto y fuí á la casa mortuoria; allí estaban un escribano, los testigos que debían presenciar el acto, Fray Camilo, doña Cayetana y va-

rios parientes del General; estos esperando que les hubiese hecho algún legado.

El corazón me palpitaba, me parecían siglos los instantes.

El Escribano abrió el testamento.

Dispuso el testador que sus bienes se pusiesen en almoneda y la suma que resultase se impusiese en fincas de triple valor, y los censos se empleasen íntegramente en misas en sufragio por su alma, y nombró de capellán á Fray Camilo.

Una de las cláusulas decía textualmente: "Siendo tan grande el afecto que profeso á la señora doña Catalina Madroño, viuda de Lczano Torres, y deseando darle un testimonio de mi agradecimiento por los muchos beneficios que me ha dispensado, le hago donación del amuleto que se encontrará pendiente de una cinta en la cabecera de mi cama. Es una medalla de bronce, que contiene ciertos signos y palabras cabalísticas misteriosas que no se han podido descifrar, y el que la lleve consigo quedará preservado de las acechanzas del diablo, de enfermedades, de sortilegios y de apariciones de duendes y brujas; no le penetrarán las balas, ni le herirán las lanzas y sables. Yo lo he probado durante la guerra de la América del Sur. Además, aleja la desgracia y atrae la buena suerte. Mando que esta medalla, que heredé de mi padre y que tiene tan admirables propiedades, sea entregada á la señora Madroño, recomendándole que encomiende mi alma á Dios."

Quedéme fría: todas mis ilusiones habían venido abajo, como los castillos de naipes que fabrican los niños. ¡Cuántos sacrificios inútiles!

Doña Cayetana, que había estado muy atenta oyendo la lectura, comenzó á llorar y á sollozar del modo más lastimoso. ¡Ay infeliz de mí! decía: des-

pués de veinte años de vida marital, y de haberle servido como una esclava, solo me lega su enfermedad.

Fray Camilo se levantó, entró en el aposento sorbiendo rapé y perfumando de nuevo su pañuelo, y volvió con el amuleto en la mano. Señora doña Catalina, me dijo con cierta sonrisa maliciosa: tengo el honor de entregarle la valiosa dádiva de mi tío.

La sangre se agolpó á mi cabeza, perdí todo miramiento á las personas presentes, y sin decir adios tomé la calle. Figúrate cómo iría; lo que pasó por mí no es explicable.

El general Morales, asesino, ladrón y avaro, era al mismo tiempo fanático por la religión, siempre andaba cargado de escapularios. Bóves, el feroz Bóves, decía que le tenía miedo. Este nuevo Nerón cayó sobre la América española como un rayo exterminador, y no solo daba muerte á las inocentes familias de los campos degollando ancianos, mujeres y niños sino que se extasiaba contemplando sus palpitantes miembros.

Pero aunque fuese tan fanático como ignorante ¿cómo pudo creer en la eficacia del amuleto, que preservaba de enfermedades cuando él sufría dos, las más horrendas que se conocen, la elefantiasis y la sífilis?

Volví á Madrid en el primer buque que se dió á la vela.

La afección de los nervios amenazaba seriamente mi salud. Andaba azorada pareciéndome que tenía á mi lado al General con su cara leonina y fijos en mí aquellos ojos sin pestañas, redondos y blancos..... Apenas me hallaba sola veía el lago de sangre de la playa, los cuerpos sin cabeza, las cabezas chocando en las olas, las llamas del pueblo de Caño de Loro, las mujeres pidiendo misericordia, los niños carbonizados dando saltos como monos, los lazarinos danzando.....

oía los ayes y las imprecaciones. . . . después veía á los cuatrocientos patriotas degollados recogiendo sus cabezas. . . . Oh ! no sé como no perdí el juicio.

Estuve en cama quince días.

El médico que me asiste me previno que viajase por las principales capitales del Continente: las impresiones penosas, me dijo, se curan con impresiones agradables.

Emprendí viaje, no sin verme en el caso de vender casi todas las joyas que me quedaban.

Me dirigí á Londres y de allí á París: recorrí la Italia y estuve en Berlín y en Roma.

Volví á París, que me había dejado encantada, tanto por su suntuosidad como por el trato de sus habitantes; de allí determiné regresar á Madrid; y unas veces en diligencias, otras en mulas, rendí el viaje: ¡ qué caminos, Conde, qué caminos ! Nuestra nación se distingue en todo por su atraso.

Estoy muy mejorada; únicamente algunas noches me asaltan los ensueños terribles: es una colección de cuadros pavorosos que llevo grabados en mi alma.

Dejé á una amiga encargada de recoger mi correspondencia, y ni siquiera me has escrito una carta; yo te he dirigido varias desde Londres, París, Berlín y Roma. ¡ Ingrato ! parece que te empeñas en que yo muera. ¡ Desgraciada de mí ! la pasión que me has inspirado me hace insoportable la vida sin tu amor. Alberto: ten piedad de esta infeliz. Ven, ven pronto á mi lado, y si no vienes pronto mándame en primera oportunidad la letra por diez mil duros, pues como el gobierno ha embargado las rentas de los olivares y viñedos y los alquileres de las casas, estoy sin un centavo.

El viaje por el Continente me ha costado una fuerte suma, pues como conocida de los principales perso-

najes de esos países no podía presentarme en la sociedad como una cualquiera.

Adios, adorado amor mío,

Catalina Madroño, viuda de Lozano de Torres."

El Conde de la fidelidad no contestó esta carta ni las demás que le había enviado doña Catalina, y viendo ésta que se negaba á reanudar las interrumpidas relaciones amorosas, buscó consuelo á su dolor en los brazos del Embajador de Rusia, quien pronto abandonó aquella sirena que le traía continuas y grandes erogaciones.

A los dos meses le dieron á doña Catalina las viruelas en una epidemia de esa flegmasia pustulosa que azotó á Madrid, y de sus resultas la dama más bella de la corte quedó tuerta, con la piel de la cara remendada, y fué la más fea.

Entonces se metió á beata: no salía de las iglesias, oía varias misas todos los días y se ejercitaba en adornar altares.

El Estado se incautó los bienes adquiridos en la sociedad conyugal.

Doña Catalina vendió las pocas joyas que le quedaban; y se mantenía dando pequeñas sumas á préstamo con usura.

Vivía en una boardillla de la calle del Arenal.

Tal fué el fin de doña Catalina Madroño. ¡Cuánto vale en la mujer la sólida virtud, y cuán poco la belleza física, flor de la mañana que se marchita al medio día!

Terminaremos diciendo que don Miguel Tacón gobernó con brazo de hierro la Isla cuatro años.

Los cubanos le deben no solo la morigeración de las costumbres sino importantes mejoras materiales, ta-

les como la cárcel pública, el mercado de la Plaza de Vapor etc.

En su tiempo proclamó la Constitución de la Monarquía en Santiago de Cuba el general Lorenzo, gobernador del Departamento de Oriente, secundado por el Arzobispo Fray Camilo Alameda y Brea, aquel que llegó á la púrpura cardenalicia y á consejero de Estado, sirviéndole de escala haber concertado el matrimonio del Rey con la princesa Isabel de Braganza.

El Arzobispo hizo que todo el clero jurase fidelidad al sistema constitucional. No quiso apoyar el movimiento el comandante de armas de la plaza, coronel Brodet, y la tropa le negó obediencia á Lorenzo, con cuyo motivo y en vista de que Tacón inmediatamente puso en movimiento cuantas fuerzas pudo para ir sobre Santiago de Cuba, el Gobernador y el Arzobispo huyeron, dejando en poder de la fiera á los vecinos, de los que centenares sufrieron larga prisión y muchos de los más entusiastas fueron á presidio ó salieron desterrados.

Avivó Tacón la linea divisoria entre insulares y peninsulares, y preparó de este modo las revoluciones políticas periódicas y el malestar en que se vive constante en la Isla, donde se puede decir que hay dos pueblos que se tratan con desconfianza y odio.

Hizo derramar mares de lágrimas y estableció, como dice Maltens, una civilización de piedra.

El cadalso, la proscripción y el presidio fueron los elementos de que se valió; la Historia lo conoce por "el tirano de Cuba."



FE DE ERRATAS.

Página	34	línea	25	Dice	Nazaret, léase: Nazareht.
"	44	"	13	"	toda, léase: todo.
"	50	"	11	"	travez, léase: través.
"	52	"	10	"	con excepción etc. Hay una llamada que debe decir: con excepción de lo que se dice de Ordoñez y Jovellanos, todo lo demás relativo á este hecho de armas y á la batalla naval es exactamente sacado de documentos oficiales.
"	56	"	24	"	Alberto, léase. Alberto Pontoni.
"	"	"	16	"	Louverturi, léase: Louverture.
"	59	"	15	"	montó á caballo en compañía, léase: montó á caballo y en compañía de un sirviente de la casa fué á visitar el cafetal Mariana.
"	60	"	19	"	foete, léase: fuete.
"	62	"	24	"	de público se decía, léase: públicamente se decía.
"	65	"	32	"	erguió, léase: irguió.
"	72	"	25	"	para que parezcan muy feos y temibles en la guerra, léase: para que parezcan muy feos y sean más temibles en la guerra.
"	77	"	4 ^a	"	consideraban, léase: consideraron.
"	"	"	21	"	Richeleau, léase: Richeleu.
"	78	"	14	"	los profesores contemporáneos más célebres de aquel tiempo, léase: los profesores más célebres de aquel tiempo.
"	84	"	20	"	foete, léase: fuete.
"	89	"	21	"	foete, léase: fuete.
"	93	"	25	"	se hallaba, léase: se hallaban.
"	94	"	9	"	harpa, léase: arpa.
"	"	"	11	"	"
"	97	"	33	"	fincaba, léase: cifraba.

Página	101	—línea	60	Dice	expansiones, léase: expansiones
"	113	"	8	"	su abrazo el de Judas á Jesucris-
				"	to, léase: su abrazo el beso de Ju-
				"	das á Jesucristo.
"	105	"	19	"	debo, léase: deba.
"	108	"	26	"	fungían de notarios, léase: desem-
				"	peñaban las funciones de Notarios.
"	127	"	7	"	en este instante oyeron la voz del
				"	jefe de policía que desde la puerta
				"	del cuarto donde estaba el Mar-
				"	qués gritaba con voz estentórea,
				"	léase: en este instante oyeron la
				"	voz estentórea del Jefe de policía,
				"	quien desde la puerta del cuarto
				"	donde estaba el Marqués gritaba:
"	129	"	20	"	erguió, léase: irguió.
"	132	"	14	"	rebosas, léase: rebosadas.
"	133	"	4 ^a	"	arrastrado, léase: arrostrado.
"	135	"	3	"	Visconde, léase: Vizconde
"	"	"	7	"	oscuro, léase: obscuro.
"	144	"	4	"	tribiales, léase: triviales.
"	148	"	21	"	proverse, léase: proveerse.
"	161	"	23	"	Ser, léase: Sir.
"	163	"	24	"	visoños, léase: bisonos.
"	165	"	21	"	isla de Elva, léase: Elba.
"	166	"	19	"	huestas, léase: huestes.
"	167	"	10	"	ballonetas, léase: hayonetas.
"	167	"	31	"	La llamada debe ir al fin del pá-
				"	rrafo.
"	169	"	14	"	evasiva, léase: evasión.
"	173	"	10	"	roca tarpella, léase: Roca Tarpeya.
"	175	"	33	"	beleidades, léase: veleidades.
"	176	"	32	"	llegó éste á San Juan, capital de
				"	la isla de Tenerife, léase: llegó
				"	éste á Santa Cruz, capital de la
				"	isla de Tenerife.
"	183	"	14	"	corssp, léase corps.
"	186	"	13	"	como todos los de las madrileñas,
				"	léase: como los de todas las ma-
				"	drileñas.
"	187	"	12	"	pon la bandeja en el cojín de ese

Página		línea	Dice
			sillón, léase: pon la bandeja en ese sillón.
„	188	„ 14	„ pendañ, léase: pendant.
„	190	„ 13	„ El señor Conde de la fidelidad y Marques de los 44, léase: el señor Conde de la fidelidad, Marqués de los 44.
„	194	„ 29	„ grado 3.º de la masonería, léase: grado 33 de la masonería.
„	205	„ 7	„ lo mandaría á ahorcar inmediatamente, léase: lo mandaría ahorcar inmediatamente.
„	207	„ 25	„ arterias, léase: arterias.
„	207	„ 15	„ asesinó, léase: mató.
„	209	„ 26	„ Matilde y Margarita, léase: Clementina y Matilde.
„	210	„ 13	„ después de haber asesinado, léase: después de haber matado.
„	218	„ 14	„ Una vez de celebrado, léase: una vez celebrado.
„	224	„ 3	„ Los escirros del cielo, léase: las apiñadas nubes.
„	241	„ 11	„ al colete del torero, léase: á la coleta del torero.
„	253	„ 22	„ ciervo, léase: siervo.
„	259	„ „	„ ¡ Cuántas diligencias hizo por saber su paradero y el de Matilde y Margarita!—léase: ¡ Cuántas diligencias hizo por saber su paradero y el de Clementina y Margarita!
„	263	„ 22	„ sentanbase, léase: sentábanse.
„	263	„ 29	„ servicio, léase: servicios.
„	276	„ 16	„ le han dado proteccíon, léase: les han dado proteccíon.
„	286	„ 16	„ La mendicidad es la última escala de la humillación y la desgracia: léase: es el último extremo de la humillación y la desgracia.
„	299	„ 25	„ noche, léase: noches.

Página	línea	Dice
" 314	" 1 ^a	" insomnio, léase: insomnios.
" 315	" 12	" Bembenuto, léase: Benvenuto.
" "	" 14	" foetes, léase: fuétes.
" "	" 22	" Bembenuto, léase: Benvenuto.
" 316	" 1 ^a	" " "
" "	" 17	" " "
" 318	" 29	" foete, léase: fuete.
" 324	" 20	" vertió, léase: virtió.
" 325	" 14	" West fiel, léase: West field.
" 354	" 2	" Benbenuto, léase: Benvenuto.
" 855	" 9	" " "
" 361	" 17	" Olvidábamese, léase: olvidábase-me.
" 362	" 5	" le sirven, léase: les sirven
" 363	" 15	" en ella Achad. léase: en ella á Achad.
" 366	" 3	" sueldas, léase: sueldos.



Esta obra se halla de venta al precio de dos pesos el ejemplar en los puntos siguientes:

PARÍS. - Librería de la Sra. Viuda de Ch. Bouret.
23 Rue Visconti.

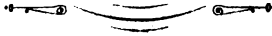
NEW YORK. - Librería de Nestor Ponce de León,
Broadway 42 and 43.

BOGOTÁ. - Librería de los señores Camacho Rol-
dán & Tamayo.

PASTO. - Departamento del Cauca (Colombia). - Li-
brería del Sr. Abel Torres, agente de negocios

CARTAGENE DE INDIAS. - Librería de Cipriano Ve-
ga, calle de las Carretas, esquina á Lozano.

Los pedidos en Colombia pueden hacerse envian-
do su importe en sellos nacionales al Sr Vega, ó al
autor, residente en Cartagena de Indias.

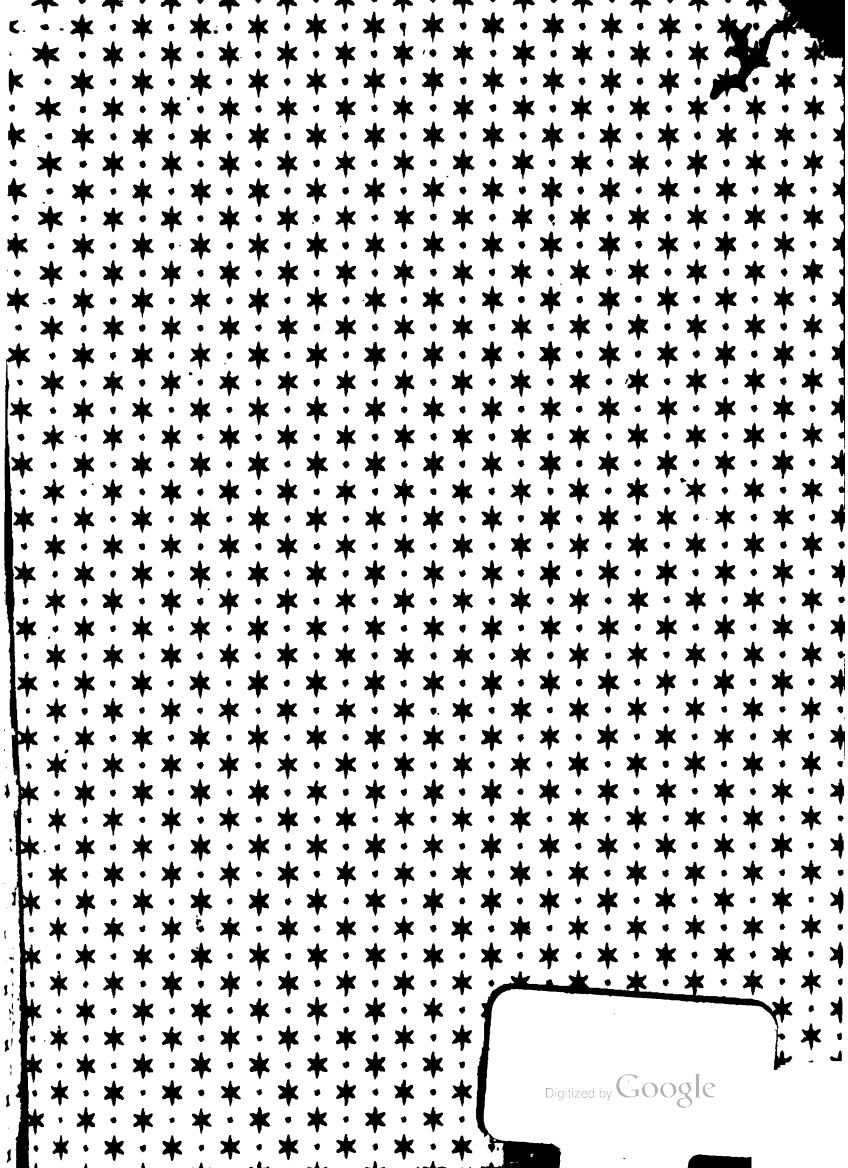


3

89092527803



b89092527803a



89092527803



B89092527803A